La terrible música de los cristales rotos

JAVIER LACOMBA TAMARIT

EDICIONES BABYLON

Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2021, La terrible música de los cristales rotos

©2019, Javier Lacomba Tamarit

©2021, Diseño de portada: Celia Portillo Sanchis (Representada por el Departamento de Diseño de Ediciones Babylon)

©Fotografía del autor:@lalentedepathos

Colección Noir, nº 4 Ediciones Babylon Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

e-mail: publicaciones@edicionesbabylon.es http://www.EdicionesBabylon.es

ISBN: 978-84-18612-02-2

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

Dedicatoria

A los míos y a aquellos profesionales que iluminan el camino en estos tiempos oscuros.

Parte I

Ayer

LASARTE ORIA, GUIPÚZCOA

MARZO DE 2022

Veía el cadáver de su hermana, que parecía congelado en el tiempo, con una expresión que distaba mucho de ser pacífica. Era como si, al saltar al otro lado, Cristina, suspendida por un momento en el vacío entre dos realidades, se hubiera dado cuenta de lo que le esperaba. Y que eso le hubiese hecho arrepentirse de su decisión.

De todas formas, era demasiado tarde. La niña que había compartido sus juegos y a la que él protegía desde que tenía uso de razón, su hermana pequeña, estaba muerta. Tendida sobre la cama, con solo una braguita para esperar a la Parca. Con una postura que recordaría al sacrificio de un crucificado si no fuera por ese brazo extendido hacia el cabezal de la cama, que formaba un extraño ángulo. De ese brazo manó la sangre, ahora ya espesa, que se extendía hacia el suelo; buscando, quizás, escapar también de allí.

Cristina se había fugado de esta vida y él no podía seguir sus pasos, porque era el único pariente que le quedaba, a excepción de esa mala puta que la dejó a su suerte. Su hermanito, su guardián, su protector, el que al final no la había protegido una mierda.

Se obligó a pasear su mirada por el brazo que permanecía quieto junto al costado de Cristina, pese a que se resistía a hacerlo, como un preso que llevaran al cadalso. Pero al final del recorrido allí estaba: el cúter, el instrumento que su hermana había utilizado para su huida hacia ninguna parte.

Separó los dedos rígidos que rodeaban el mango con sumo cuidado y respeto. Al final, una lágrima cayó sobre el filo de la hoja y se mezcló con el río rojo y seco de su muñeca, provocando una extraña amalgama que él encontró simbólica: la tristeza y la sangre. Él había jugado con esos conceptos en docenas de vidas ajenas, pero, aun así, no aprendió a asimilar cuánto tenían en común.

Guardó la hoja del cúter, que se deslizó con suavidad hasta alojarse en el mango de color rojo oscuro.

Miró el reloj. No era forense, y ese cadáver no iba a ser examinado por ninguno si él podía evitarlo, pero determinó que su hermana bien podría llevar dos horas muerta cuando llegó. Poco después de su mensaje, poco después de su silencio ante la respuesta que él había enviado, de la marca que jamás se volvió azul. Las doce en punto, medianoche. Decidió que esa sería la hora de su partida.

No sabía el motivo. Quizás era una forma de autodefensa de su mente, pero mientras realizaba los preparativos que su cabeza había ordenado unos minutos antes, solo ideas banales rondaron sus pensamientos. Recuerdos de aquella misma tarde: el hípster del parque paseando a sus tres perros, mientras silbaba de manera horrorosa y casi ininteligible La marcha imperial de John Williams; los dos adolescentes describiendo con todo detalle la obesidad mórbida de uno de sus colegas, deteniéndose en cada parte, de la cabeza a los pies, y con especial atención a lo que ellos llamaban sus «tetas»; el sabor salado de las patatas fritas que estaba comiendo, sentado en un banco, leyendo a Flaubert, mientras Cristina apuraba sus últimas horas. Hasta que, en un chispazo, al ver su mensaje comprendió lo que su hermana estaba a punto de hacer. No se le ocurrió siquiera llamar a emergencias, porque sabía que sería demasiado tarde. Lo sabía como si estuviera visualizando una película. No fue por eso por lo que condujo muy por encima de la velocidad permitida, recorriendo los más de trescientos kilómetros que los separaban en poco más de cien minutos; lo hizo por estar junto a ella, verla, fuera como fuese. Sobre todo, hacerlo antes de que alguien más la descubriera, lo cual era poco probable dado lo aislado de la casa familiar. Pero tenía que ser el primero. No quería que nadie más supiera la razón de su muerte. Esa verdad, y sus consecuencias, solo le pertenecían a su hermana y a él. Lo había logrado, eso al menos lo había conseguido. Sus pensamientos se ralentizaron con el aroma a madera del whisky vertido sobre la cama y las cortinas, y el humo del cigarrillo que acababa de encender.

Siempre había advertido a Cris de que fumar la mataría.

Sin darse cuenta del paso del tiempo, algo le susurró que ya era suficiente. La policía creería que se trató de un accidente, una colilla mal apagada que habría prendido en la tela. Una adolescente dormida que se habría dado cuenta demasiado tarde del fuego a su alrededor. Se maldijo por lo terrible de ese final inventado, que competía en crueldad con la verdad; pagaba el precio del creador, el no poder distinguir en ocasiones la realidad de la ficción. La mentira que quería mostrar al mundo, ante él aparecía disfrazada de horrorosa

verosimilitud. En el mundo alternativo creado por su imaginación, su hermana, en realidad, estaba viva, se despertaba de su sueño profundo, intentaba boquear en busca de oxígeno, mientras el calor comenzaba a hacer mella en su blanca piel. Se obligó a sentarse, casi mareado. En cierta forma, esa idea ficticia le producía sensaciones contrapuestas. Deseaba evitarla, no quería sufrir aún más con algo que nunca iba a ocurrir, igual que le había pasado desde pequeño. Respiró hondo. Controlar la mente propia era mucho más complicado que influir en la ajena.

Sacó de su bolsillo la hoja manuscrita de su hermana, cuida dosamente colocada en la mesita de noche y dirigida a él, con la letra redondeada tan típica de Cristina, sin ser capaz de detectar crispación en esos últimos trazos. La leyó una vez más, pese a que la verdad había calado ya en su interior, atravesándolo como una lluvia ácida.

Encendió el mechero y, al arrojarlo, ya no miró atrás, solo adelante.

Solo adelante.

SAN SEBASTIÁN, GUIPÚZCOA

UN AÑO DESPUÉS

Laura llevaba ya un buen rato viendo a la serpiente que se escondía detrás de la piel humana. No es que la mujer que se encontraba ante ella fuera un lagarto invasor disfrazado de modelo publicitario de ojos verdes, pero, al igual que aquellos, lo que mostraba era muy distinto a lo que decía.

La historia era como sigue: ambas se acusaban de poseer un valioso anillo desaparecido, una reliquia del siglo xvi que había pasado de padres a hijos en la familia de la esposa del difunto, fallecida dos años antes que él. Una joya perdida que la hija del matrimonio, que ahora gesticulaba nerviosa en su turno de pala bra mientras gastaba pañuelo tras pañuelo, consideraba que se hallaba a buen recaudo entre las bragas de la jovencita que había endulzado el último bienio de existencia de su padre.

Por supuesto, Bambi, la aludida, negaba la mayor, aduciendo por activa y por pasiva que ella no tenía más que el recuerdo de Toni (así llamaba Bambi a don Antonio Montalbán, el finado), además de tres casas y una considerable suma en su cuenta corriente.

Pero de anillo, nada de nada. Y que no, y que no y que no.

Laura las hubiera estrangulado a las dos, pero con más fuerza a Alicia, la hija. Por ser una mentirosa, solo para empezar.

Se abstuvo de levantarse de un salto y aplastar su cabeza contra la mesa transparente que soportaba sus codos, y solo dijo:

—Entiendo, Alicia, que has dicho que al menos consideras que… Bambi fue un elemento de felicidad en la vida de tu padre.

Aunque no la miraba, Laura notó la sonora inspiración de Bambi;

su pecho aumentó un par de tallas, por si ya era poco escaso.

—Sí, claro que lo admito. Eso no quita que sea una puta ladrona. ¿No ha tenido ya bastante con lo que ha recibido? ¿Tenía que quedarse con eso también? Joder, ni siquiera se ha dignado a ir al seguro.

Ahí estaba. Lo esperaba desde hacía, por lo menos, un par de sesiones. Por fin, se dijo Laura, la mención al seguro. Le dieron ganas de suspirar a ella también, pero ni siquiera ese alivio se podía traducir en un gesto que las partes malinterpretaran. Tenía que asentir con su mejor cara de póker.

—¿Qué opinas, Bambi, sobre lo del tema del seguro?

—Joder, que qué opino —repuso la rubia de amplios pechos—. Pues que sin problema, que lo hubiera dicho antes y nos evitábamos todo este rollo.

—Lo que te evitarás será la cárcel, bonita —espetó Alicia con amargura.

—Detengámonos aquí —propuso Laura—. Creo que estamos muy cerca de un acuerdo y no me gustaría que se estropeara por ir hacia atrás. Mañana lo podemos retomar desde este punto y ver a dónde nos lleva este camino. ¿Te parece, Alicia? ¿Te parece…, Bambi?

Ambas asintieron en perfecta coordinación, y se levantaron de sus asientos con un arrastrar de sillas que empeoró el dolor de cabeza de Laura. Por fortuna, era la última mediación del día, y su consulta de pacientes ya había cubierto su cupo de la mañana. Laura sonrió y estrechó las manos de las dos mujeres, en ambos casos blandas, de chicle. Mientras las veía salir (una delgada como un junco y la otra voluptuosa, la estrella de cine porno que era) se dijo que, en realidad, por dentro eran casi como gemelas.

En cuanto escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, Laura se dejó caer de golpe sobre su cómodo sillón de oficina y emitió un sonoro bufido mientras ponía los ojos en blanco. Luego los cerró, buscando visualizar un tranquilo lago, cristalino, bañado por la pura luz del…

—¡Joder, qué pesadas!

La aguda voz de Sara, su compañera en el despacho de la

Fundación de Gestión de Conflictos InterMediamos, devolvió a Laura de golpe a la realidad. Se permitió sentirse contrariada durante un momento, pero era imposible enfadarse con ella más de un segundo. Sara la miraba divertida, con esa expresión de niña asombrada ante todo lo que acontecía. Daba la impresión de no querer abandonar la infancia, con esa travesura en los gestos y esa risa —Laura sospechaba que algo exagerada— de novia del muñeco diabólico. Era abogada, y aunque apenas ejercía no se había dado de baja en el colegio. Durante sus años en los juzgados, esa actitud despreocupada que desgajaba toda la seriedad y solemnidad de sus actos había hecho que más de un contrario bajara la guardia. Un grave error, como comprobaron la mayoría de ellos. Porque, tras esa fachada, Sara poseía una gran inteligencia que usaba de manera modesta, casi con apuro.

—No lo sabes tú bien, Sarita —contestó Laura, aún repantingada—. Menuda pantomima y menuda pérdida de tiempo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sara mientras sorbía por la pajita que la conectaba a un batido de chocolate y guiñaba un ojo. Laura sabía que era una de esas preguntas ya respondidas, que en realidad había llegado a la misma conclusión, pero que quería jugar a Watson y Sherlock Holmes, como en tantas ocasiones.

—Bien, Watson… En realidad, Alicia no puede recuperar el anillo de su madre… porque ya lo tiene. Lo robó ella, quiero pensar que tras la muerte de su padre y para que Bambi no se lo quedara.

Sara hizo una «O» con su boca y se la tapó con una mano, haciéndose la sorprendida.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión, Holmes? ¿No le parece normal que acuda a mediación para un asunto tan grave y que le toca tan hondo, cuando podría estar esto ya en manos de un juez?

—Ni medio normal, querido Watson. Lo evita porque sabe que la investigación resultante la podría salpicar. A ambas les conviene el acuerdo, cobrar la herencia y la indemnización, y luego cada mochuelo a su olivo.

—Bueno, pues ya tienes el interés común de ambas, ya has ganado la partida. Ellas ya han llegado a su propio acuerdo, así que ahora te toca aguantar el tipo y dejarte utilizar como instrumento. Vamos, lo de siempre.

Laura asintió. Eso era verdad, a fin de cuentas. Ambas, como mediadoras, eran simples instrumentos de las partes para llegar a un acuerdo. La única diferencia era que, en ese caso, estaba convencida, la utilización era parte de un plan delictivo. Pero sabía que no lo podría demostrar y que, aun pudiendo, le ataba la confidencialidad del proceso.

—Vale —continuó diciendo Sara—, entonces será cuestión de una sesión más, y…

Se habla de la sincronía de los hechos significativos en la vida, de cómo los avatares forman una sinfonía con una pauta establecida, un patrón magnífico tejido por un hacedor desconocido. A veces, dos hilos se tocan. En ocasiones, dos cisnes negros se cruzan en un lago hasta entonces en calma, y justo dos cisnes negros se cruzaron en ese momento en la vida de Laura.

La primera llamada apareció en su iPhone como «origen desconocido». Acarició la pantalla justo donde aparecía el icono de «rechazar», pero finalmente deslizó el dedo para desbloquear el terminal y comenzar la comunicación.

—¿Sí?

—¿Señorita Olmos? ¿Laura Olmos?

Se detuvo unos instantes a analizar la voz de su oculto interlocutor: acento vasco muy marcado, acostumbrado a dar órdenes. Había preguntado, pero su tono tenía apenas aroma interrogativo. Sabía a la perfección que era ella la que estaba al teléfono.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Soy Imanol Arresua. No nos conocemos, pero seguro que tiene referencias mías.

La habitación se hizo más pequeña y Sara desapareció, difuminada. Cada erre del apellido que acababa de escuchar se clavó en ella como si la empalaran. Arresua. Se trataba de Imanol Arresua, tío de Iñaki Arresua. Aunque ella había conocido a Iñaki cinco años antes, en prisión, como «el Matarreyes», por el intento de homicidio de su propio tío, dueño de una próspera empresa de *software* de ofimática. De hecho, su tío, su víctima, era la persona con la que estaba hablando.

—Sí, traté a su sobrino Iñaki en las terapias del Centro Penitenciario de San Sebastián, cuando cumplía condena por…

—Por intentar matarme, sí. ¿Sabe que está a punto de salir de prisión? Ha pagado su deuda con la sociedad, al parecer.

Laura percibió cómo la habitación se iba agrandando de nuevo tras el impacto inicial que provenía de su pasado, y Sara entró otra vez en el cuadro. Una Sara que la miraba perpleja, de hito en hito.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —preguntó Laura. Notaba la boca seca, sin saliva.

—En principio, nada, pero para mí sí es un hecho relevante, señorita Olmos. Tengo negocios con Iñaki que quedaron en suspenso cuando él los intentó resolver a su bíblica manera. Sus métodos no son los míos. Yo creo en el diálogo como medio de solucionar un conflicto. Y eso es a lo que se dedica usted, ¿verdad?

—Si quiere que le demos cita para una mediación, puede venir… —dijo Laura, más deprisa de lo que ella pretendía.

—Sí, quiero una mediación —aseguró Imanol Arresua—, pero quiero que la lleve usted, y nadie más. No quiero comediación, ni tampoco daré un paso para ir a su Fundación. Quiero que quede en el ámbito más íntimo posible. A cambio, le pagaré, mucho. Y si resolvemos el… problema con mi sobrino y desbloqueamos el tema de la empresa familiar sin que corra más sangre, ese mucho será muchísimo. ¿No tiene un despacho propio donde podamos hacerla?

Su mente iba a toda velocidad; sintió vértigo. No, no tenía despacho propio, porque había dejado la consulta privada para dedicarse en exclusividad a la Fundación y a realizar informes periciales. ¿Podía hacer siquiera esa mediación? En los años que llevaba con Gloria jamás había hecho ninguna fuera de InterMediamos; pero con su jefa no había pactado tampoco exclusividad alguna. ¿O lo había hecho de manera tácita?

—No, pero nos pueden prestar uno en el Colegio de Psicólogos —aseguró. No sabría decir de dónde venía esa voz; no era, desde luego, de la reflexión ni de la prudencia. Era una voz visceral, nacida de las tripas y que no había atravesado las regiones cerebrales.

Solo deseaba volver a ver a Iñaki. Era así de sencillo.

—De acuerdo. ¿Cómo procederemos?

—Para que exista mediación, ambos tienen que querer.

Tendría que contar con Iñaki para que los dos…

—De ese se encargará usted. Sé que se hicieron amigos en prisión y que es la única a la que va a hacer caso para, al menos, intentarlo.

Laura sintió que tocaban su vanidad como si fuera un instrumento, una melodía de autoengaño que sonaba a flauta de Hamelín. Se creyó importante, disfrutando de que la consideraran influyente en Iñaki. Incluso se visualizó convenciéndolo para que se reconciliara con su tío. Creer que podía tener peso en el ánimo de un hombre así la hizo sentir mejor, incluso creer que era factible, ahora que Iñaki era libre, explorar otras posibilidades. En ese momento, en el que emociones reprimidas explotaban muy dentro, lo del tema de la ética profesional le sonaba como un trueno aún lejano.

—Ahora que sabe quién soy, cuando lo tenga claro, llámeme.

La comunicación se cortó. Laura sostenía la mirada de Sara, que abría la boca para decir algo cuando, justo en ese momento, pasó el segundo cisne negro.

Su móvil empezó a vibrar, insistente. Miró el número de la llamada entrante.

Casi se le escapa de las manos antes de acertar a pulsar la pantalla.

Comenzó a escuchar sollozos ahogados, y su corazón pegó una coz. Era su madre, su madre llorando, casi gimiendo. Sara era el espejo de su propia expresión, al mirarla desencajada.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?

—*Ai, filla meua, ai filla meua* —respondió una voz ahogada al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa? Por favor, ¿qué pasa?

Laura comenzó a componer el cuadro que se estaba pintando ante

sus ojos. Escuchaba carreras, gritos que no podía traducir a palabras pero que eran apremiantes. Sirenas ¿de la policía? No, eran ambulancias. Y bomberos.

—*Ai, filla*, que nos han quemado la casa. Nos la han quemado. Yo he salido de puro milagro.

En el lago en calma, los dos cisnes negros miraron a Laura. Y le advirtieron que tendría que despedirse de todo lo que conocía.

VALENCIA

La comunicación entre Valencia y San Sebastián distaba mucho de ser la ideal. Las opciones, todas, tenían un alto coste, tanto en tiempo como en agotamiento físico. El avión añadía el económico, además de que el aeropuerto más cercano estaba en Bilbao, lo que obligaba a coger el coche o el autobús para llegar hasta allí, sin olvidar las horas de aeropuerto, que se hacían mucho más largas y pesadas que el vuelo en sí. Ya había cogido una vez el autobús, desprevenida, pero se prometió que una y no más: fue un trayecto eterno, de pesadilla, una feria de los horrores en lo que se le antojó un ataúd rodante que escupía películas malas. Recordaba el olor a ajo de los bocatas, el aroma a pies sudados de quienes se descalzaban para estar más cómodos, sin importarles el bienestar de los demás. También temblaba al pensar en los bandazos que comenzó a dar el autobús aquel día, sin más razón aparente que la arena de Mr. Sandman sobre los ojos de un conductor agotado. Finalmente dominó el vehículo antes de que la cosa pasase a mayores y fuera pasto de las noticias, pero la certeza de que estuvo a punto a tocarle la lotería fúnebre no se la quitó ya de encima. La última vez, se prometió Laura al llegar a la estación de autobuses de Beltrán Báguena en Valencia, ya en noche cerrada, pese a que había salido de Donostia bien temprano. Del tren se fiaba más, pero las horas eran igualmente eternas; más que un ferrocarril que atravesara la península dejándole un tajo no muy extenso, parecía el transiberiano en cuanto al tiempo que te pasabas en las vías, pero sin el lujo y el boato de aquel.

Así pues, quedaba como mejor alternativa, distando mucho de ser ideal, la de carretera y manta hasta Valencia. Con paciencia no se hacían tan pesadas las más de cinco horas que te llevaba el trayecto. El primer tramo, saliendo de Donostia, tenía unos cien kilómetros por autovías de montaña en las que el verdor te recordaba que abandonabas el País Vasco, como un amante que deja ver su desnudez antes de que vuelvas con tu pareja.

Luego ya no era tan evocador, y la autovía mudéjar adolecía, como siempre, de encanto y de gasolineras. Ya podías tener el depósito bien surtido al salir de Zaragoza o podías pasar apuros.

Todo eso a Laura, aquel día, le era tan lejano como Venus. Se pasó el viaje dormida, con sueños abruptos y grises que apenas podía

retener al despertar, pero con un poso que permanecía.

Conducía Sara, que se había ofrecido a llevarla a la capital del Turia. Se habían tomado unos días para que pudiera estar con su madre. Su madre, que había perdido la casa familiar de toda la vida en Torrent; su madre, que ahora estaba alojada en una pensión del centro histórico, solo con lo puesto, pues ni una tarjeta de crédito había podido salvar de la quema. Una transferencia urgente al hotel, por parte de Laura, que tenía firma en la cuenta materna, le había procurado techo aquellos días, mientras los familiares más cercanos, en el Levante, temerosos del pasado de su progenitora, discutían acerca de quién la acogía.

«Claro —decían—, que a la loca se la lleve su hija, la psicóloga, allá al norte». Como si eso fuera tan fácil.

Ya por Sagunto, Laura comenzaba a ser consciente de lo poco que le faltaba para afrontar los problemas que se le venían encima. Los anteriores quinientos kilómetros parecían una tregua en la que todo quedaba suspendido y pudiera esperar. Era un engaño de la mente, porque en esas horas las cosas habían seguido avanzando: las investigaciones de la policía y los bomberos; su progenitora, sin salir de la cama por la desolación que sentía. Un desamparo, el de la madre, más clavado en la nostalgia que en las pérdidas materiales, pero desgarrador por igual.

—Neni, ya estamos llegando a tu tierra. Como vasca me siento más morenita, como en el Caribe, ja, ja, ja.

Laura sonrió todo lo que la situación y el dolor de cuello, por estar tantas horas en la misma posición, le permitían.

—¿Te he contado que salí con un valenciano? —le preguntó Sara, que no paraba de hablar en una estrategia poco disimulada, intentando que Laura no pensara en lo que estaba a punto de encarar.

—Sí, claro que me lo has contado. Bueno, eso de salir, salir… Dijiste que a distancia y para follar un par de veces, y ya.

—Vaya que sí —rio Sara—. El tío estaba bueno, pero tanta fama que tienen los valencianos, y este era tan romántico como un reguetón.

—No sería de la tierra. Algún ascendente del norte tendría —

bromeó Laura, quien se daba cuenta de que, una vez más, su amiga le servía de bálsamo. Eran tan diferentes y tan iguales... Como si tuvieran un tronco común cuyas ramas se hubieran desparramado en direcciones opuestas.

Sara encendió la radio, que había mantenido callada todo el tiempo para respetar el sueño de su compañera de viaje.

Y, justo, claro, un reguetón.

«Mueve tus caderas, nena, muévelas, muévelas, muévelas ya, así, y así».

Sara seguía la canción, cantándola y moviendo los hombros al compás. Laura no pudo evitar sonreír, pese a que ya veía a su izquierda Port Saplaya, señal de que la tregua estaba a punto de finalizar.

***

Laura, al reencontrarse al día siguiente con su madre, la abrazó de manera sentida, pero tuvo que aflojar por miedo a romperla de tan frágil que la notó, como si fuera a perderse y desaparecer engullida por esa fuerza. Casi se sintió culpable por ser joven y estar sana, mientras que su madre parecía quebradiza y avejentada. Pese a que la había visto por última vez hacía menos de dos meses, Mari Carmen Olmos parecía haber envejecido de golpe, como por el encantamiento de una bruja maligna. Dicen que uno de los terribles momentos de la vida es darte cuenta de que tus padres ya son ancianos, y que suele ocurrir de manera repentina, sin aviso, como una revelación camino de Damasco. Considerando que nadie, salvo en los cuentos, envejece en una noche, significa que la mente nos engaña, o dejamos que lo haga, hasta que, sin saber cómo, afrontamos la realidad en un chispazo, con lágrimas en los ojos, amargura en la boca y dolor en el corazón. Y arrepentimiento, porque nos damos cuenta de que, al igual que hay padres que se pierden la infancia de sus hijos, otros no viven la vejez de sus progenitores. En el caso de Laura, su padre las había abandonado poco antes de nacer ella, y después, cuando aún gateaba, ese hombre de cuyo nombre no quería acordarse y apellido que había relegado a segunda posición en cuanto pudo, murió en un accidente de tráfico. Respecto a su madre, además del marido, también le abandonó la cordura durante mucho tiempo.

—Mamá, tranquila, ya estoy aquí —le dijo mientras le acariciaba la espalda, sintiendo los relieves del batín acolchado con el que la recibió en la pensión. Laura se dio cuenta de que ni siquiera había sacado de las bolsas la poca muda que tenía. La cama estaba hecha, pero con profundas arrugas, como si su madre se hubiera acostado allí vestida, sin siquiera taparse.

—*Ai, filla, filla, que ho hem perdut tot.*

—Mamá, no hemos perdido nada. Las cosas de los abuelos, sí, y eso es lo que más duele, pero el seguro pagará el siniestro.

Su madre la miró con acuosos ojos azules y Laura percibió la leve negativa trazada por su cabeza.

—¿Qué pasa con el seguro? —preguntó Laura, alarmada.

—No lo sé, *filla*, no quieren saber nada. No han venido ni los peritos.

—¿Cómo? ¿Qué dicen? Para empezar, ¿qué se sabe del incendio? Porque a lo mejor es otro el que lo tiene que costear.

—No saben lo que lo provocó. Incluso piensan que pude ser yo, y que a lo mejor tengo que pagar los destrozos de los demás.

Su garganta se cerró de golpe.

—¿Cómo? ¿Y el seguro no se ha puesto en contacto contigo? Si así fuera, tienen que haber recibido alguna reclamación.

Su madre negó con la cabeza, esta vez de forma muy visible.

—Nada de nada, nada de nada.

Los pensamientos se empezaron a agolpar en su mente, quien siempre afrontaba los problemas con un momento de pánico seguido de una tormenta de ideas. Lo primero que pensó, por supuesto, fue en que contaba con Sara, que las esperaba abajo en el coche. Ella, si existía algún problema legal con el seguro, cuya póliza sabía que había sido renovada dos meses antes, lo solucionaría.

Una vez arreglado, y aunque su madre fuera declarada responsable del incendio, cosa que dudaba, ellos se harían cargo de las posibles

reclamaciones.

El cuento de la lechera se vio interrumpido por el teléfono de la habitación.

—¿Bajáis o qué? —se oyó decir a Sara.

—Ya vamos —contestó—. Mamá, nos marchamos. Solucionaremos esto, por lo civil o por lo criminal.

La madre se dejó conducir por Laura, quien la cogía del brazo con una mano mientras le llevaba la bolsa con la otra. Parecía que se iba a caer redonda en cualquier momento. Sara le abrió la puerta y metió el petate en el maletero. Mientras la madre se acomodaba, Laura se acercó a su amiga y susurró:

—Vamos a dejarla en casa de la prima Romina y luego nos tomamos un café, que te tengo que contar una cosa.

Sara asintió con una ceja en alto y se metió en el coche.

—Bueno, señora —dijo esta al encender el motor—, abróchese bien el cinturón, que emprendemos viaje. Durante el trayecto serviremos cacaos y unas chuches.

Al decir esto, abrió la guantera y descubrió una bolsa de plástico con golosinas y otra con cacahuetes pelados y tostados, ambas cosas la perdición de la señora Olmos, quien sonrió como una niña la mañana de Navidad y pareció rejuvenecer de golpe.

«Una vez más, Sarita dando en el clavo», se dijo Laura, quien a pesar de todo no podía quitarse la sensación de que algo muy malo se aproximaba. Por el momento era difuso, inconexo, pero, estaba convencida, ocultaba un significado. Y no sabía si lo de la sorprendente irrupción de Arresua formaba parte del mapa…

«El mapa no es el territorio», se obligó a pensar al hilo de la palabra que quería desactivar, tal y como muchas veces aconsejaba a sus pacientes, y, de manera más oblicua, a los usuarios de la mediación. Las palabras tienen poder, y no son siempre tus amigas. De hecho, son muy renuentes en ayudarte, hay que obligarlas a ello con mucho esfuerzo.

Quizás todo eran cosas suyas, engaños de la mente, producto de su

imaginación.

Podía ser, pero el diálogo interior no era lo suficientemente alto como para acallar una voz visceral que le decía que todo formaba parte de un mismo esquema.

Y que parecía trazado por un «alguien» sin su permiso, y ya que no creía en Dios para pensar en un «algo» responsable, tenía que ser una persona o personas, que caminaran y respirasen igual que ella.

La dejaron en casa de Romina —de los pocos parientes que toleraban a su madre— con besos y abrazos sentidos, y promesas de verse al día siguiente.

Ya que estaban por el barrio del Carmen y además era jueves, Laura condujo a Sara hasta la plaza de la Virgen, a una terraza en la que el sol pegaba cuchilladas al reflejarse en las mesas de aluminio. Ante ellas, la fuente de los nueve caños, que representaba al río Turia en forma de poderoso Poseidón alimentando a sus hijas, las acequias, producía un murmullo que se mezclaba con el ir y venir de los turistas y la cacofonía de sus diferentes idiomas. En aquel día caluroso, las puertas del Tribunal de las Aguas estaban a punto de abrirse, y Sara, como letrada, tenía curiosidad por ver el funcionamiento del tradicional órgano deliberativo que resolvía las disputas entre los regantes. Pero ya que aún faltaba media hora para el mediodía, ambas se sentaron a hablar de lo que le preocupaba a Laura mientras daban buena cuenta de una crepe.

—¿Y lo que te agobia *eeeeesss*? —preguntó Sara, nada más dar el primer bocado.

Laura dejó los cubiertos con los que cortaba su dulce como si la desarmaran.

—Me gustaría que hablaras con los del seguro del hogar de mi madre. Hay algo que no me cuadra en todo esto.

—Ajá, así que eso era —observó Sara con la boca llena—. Creo que deberías dejarlos trabajar, que la investigación prosiga. Si estaba bien cubierta, se harán cargo, al menos de los desperfectos de los vecinos. Deja que la investigación llegue a sus primeras conclusiones, que los peritos hablen, que valoren. Entonces sí que podremos ver más claras las cosas.

—Ya, pero es que temo que mi madre no estuviera asegurada.

Sara dejó de masticar.

—¿Por qué dices eso? Me acabas de decir que tenía seguro.

—Sí, pero cuando ayer entré en su cuenta a hacer la transferencia para que pudiera ir tirando, lo primero que comprobé es si lo habían cargado en el banco. Lo tenían que haber pasado a principio de mes, y estaba domiciliado en esa cuenta en la que tengo firma, en el Kutxa, ya sabes. Fui para atrás, lo revisé y nada. No había recibo.

—¿Tu madre no tiene otra cuenta?

—No, lo metió todo en el Kutxa.

—Bueno, no te preocupes —dijo Sara con un gesto con la mano que sujetaba el pequeño tenedor, quitando hierro al asunto—. Aunque no le hayan pasado el recibo por un olvido o error informático, ella sigue estando asegurada. Si hubieran rescindido el contrato de manera anticipada, se lo tendrían que haber comunicado con tiempo.

Laura se mordió el labio. Sara la miró con preocupación.

—¿Qué piensas…?

—No lo sé, pero lo averiguaremos esta tarde, ¿quieres?

—Qué coño esta tarde —dijo la abogada limpiándose el chocolate de la barbilla—. Paso de los abueletes, ya lo he visto por la tele. Me voy para allá. Tú quédate o vete al hotel a descansar, que yo me pongo en marcha.

Laura sonrió, agradecida.

—¿Tienes los poderes de mi madre?

Sara sacó una carpeta con el membrete de una notaría.

—No salgo de casa sin ella —dijo guiñando un ojo.

Laura la vio marchar mientras se escuchaban las campana das de la catedral, dando las doce.

SAN SEBASTIÁN

A Iñaki Arresua no lo esperaba nadie a la salida de la prisión de San Sebastián. Nada de vítores ni aplausos en su primer día de libertad, ni los medios de comunicación apostados para captar el fervor de las masas entregadas.

Lo esperaba un taxi, y gracias.

Observó que en el interior de la cabina había una pegatina de «prohibido fumar», y, tras contemplarla unos segundos y pensárselo, bajó la ventanilla y se encendió un pitillo. Captó en el reflejo del retrovisor la mirada rápida y contrariada del conductor, que no hizo el más mínimo comentario.

Era lógico. A saber a quién acababa de recoger y lo que era capaz de hacer. Se podía descartar que fuera un preso de ETA, salvo que fuera el preso de ETA más antisocial del mundo, y con lo de la dispersión era algo poco probable. Pero, además, debía de pensar el taxista, estaba esa mirada de acero azul que le hacía parecer un hombre decidido a imponer su voluntad sin importarle a quién tuviera que pasarle por encima. Ese que, si tenía prisa, más valía que no se cruzase un niño persiguiendo una pelota delante de su coche. No, no señor, sabía que no le diría nada. Y ese apestoso olor ya se lo tragaría el ambientador. Pero él pensaba llegar a casa con la parienta de una pieza, vaya que sí.

En apariencia ajeno a los pensamientos del chófer, Iñaki miraba por la ventana, contemplando los paisajes verdes que le habían sido negados durante nueve años. Nueve, se dijo mirándose las manos. Parecía mentira, un número tan pequeño, que cabía en tan pocos dedos, y que había abarcado tanto. Que le había arrancado tanto.

Nueve años, de los treinta a los treinta y nueve. Una edad fundamental en el cómputo de las experiencias de la vida. Pensaba por la noche, en su celda, en todos los placeres, en todas las mujeres, en todas las comidas que se había perdido durante ese tiempo. Y lo mejor de todo era que, una vez libre, no tenía ganas de probar ninguna de ellas.

Ya lo decía Laura en las terapias: las personas somos eternos

insatisfechos, siempre queremos lo que no tenemos, y si acaso llegamos a obtenerlo, siempre es demasiado pronto o no estábamos preparados. El caso es desear otra puta cosa. Lo de «puta» no lo decía ella tal cual, pero por lo demás era textual.

La doctora Laura Olmos. La buena de la doctora Laura Olmos. Había pensado bastante en ella. No con rencor, eso no. Tampoco de manera ñoña, ni se había hecho tampoco una paja imaginándola desnuda ni nada de eso. De hecho, Arresua no sabía cómo etiquetarla ni clasificarla, pero, si le preguntaran tras una honda reflexión, la palabra podría haber sido agradecimiento. Para él y para otros, la doctora Laura había sido uno de los pocos destellos de luz que llegaban a ahogar la penumbra de la estancia en prisión y sus malditas rutinas, que hacían parecer cada jornada como el mismo día de la marmota. Al menos, eso cambiaba los jueves con la visita de la psicóloga. «La valenciana», la llamaban algunos, porque provenía del levante español. No era vasca, pero al menos sí guapa y simpática. Difícilmente hubiera pasado por oriunda de Donostia aunque hubiera querido, con esos ojos y piel clara llena de pecas y el cabello rubio y rizado. Recordaba con una mueca cómo se enfren tó, armada solo con su sonrisa, a aquel capullo que quería quitarle el pañuelo de seda que llevaba anudado al cuello, el cual, según parecía, tenía algún valor sentimental para ella.

Ahí se plantó la *neska*, ante el tipo de dos metros, un pendenciero violento de lo peorcito de su barrio allá en Bilbao. Él, que no quería soltarlo, ella, que se lo pidió sin bajar la vista. Los demás, mirando expectantes, a ver cómo se resolvía la cosa. Porque el cabronazo, aunque asistía a todas y cada una de las sesiones, se las pasaba gruñendo y mirando con ferocidad a su alrededor, en apariencia ajeno a todo, con la sombra de la ira acariciándole el rostro.

Arresua se echó a reír recordando la frase de la doctora, sobresaltando al taxista.

«Carlos, es que si no me lo devuelves cogeré la gripe y no podré venir».

Sin mediar palabra y deshaciéndose como un helado en la moto de un repartidor de *pizzas*, le entregó mansamente el pañuelo y se dio la vuelta como un corderito, camino de su celda.

Ella, casi sorprendida, o de verdad sorprendida según sospechaba Arresua, que se quedó mirando la estatua de sal en la que se había

convertido la psicóloga. Laura tardó unos momentos en reaccionar y se anudó de nuevo el pañuelo al cuello con una sonrisa.

La bella había sometido a la bestia solo con sus palabras, tratándole como a un niño, pulsando los botones que nadie sospecharía que fueran a funcionar. La bestia que, a pesar de todo, no podría soportar un jueves sin la terapia de grupo con su psicóloga favorita.

Eso, a Iñaki Arresua, a quien le gustaba tomar la medida de la gente, le dijo todo lo que necesitaba saber sobre Laura Olmos.

Porque Arresua era un empresario, bien jodido, pero empresario; y se alimentaba de información, de amigos y de enemigos. Y era especialmente cuidadoso con la que le llegaba de un sujeto en particular: su peor enemigo. Aquel que lo había arrojado al foso de los leones. Su propio tío Imanol. La rama de cabrones de la familia Arresua.

Esos sí que eran unos putos traidores. La psicóloga, que se metió en bastantes líos y hasta llegó a tener una diana en su trasero durante un tiempo, no lo era, de eso Iñaki estaba seguro. Era una espabilada doctora de fuera que procuraba adaptarse a la vida en una prisión del País Vasco. Alguien que cumplía las normas a rajatabla, sí, aunque fuese por miedo. En eso sí que se parecía a su primo Ricardo. Pero para Laura Olmos, de eso él estaba seguro, cumplir las normas se supeditaba a la adaptación al microcosmos de la prisión y a sus propias reglas. Sí, lo apostaría todo a una carta. Laura Olmos no había sido una colaboracionista, por mucho que se la señalara, como a tantos, dentro y fuera de los muros.

Tu rostro en una diana, y ya sabías lo que eso significaba. Cuando menos te lo esperaras… ¡Bang, y a la nuca!

Percibió el alivio en el rostro del taxista al pagarle el viaje. Y ahí estaba Iñaki Arresua, plantado frente a su por tal, en el Antiguo Berri. Como si no hubiera pasado mucho más de un lustro, como si la yerba no hubiera crecido ni se percibieran las reformas del ayuntamiento en esos años. Habían asfaltado la medianera de árboles que separaba la ancha acera de su calle, y no encontró ninguna papelera donde tirar el cigarrillo. Echó de menos la que estaba junto a su patio. Tiró la colilla al suelo, ignorando la mala mirada de una cincuentona que pasaba a su lado, y respiró hondo antes de girar la llave y acceder al edificio.

El olor del vestíbulo le resultó familiar. Era un aroma agradable, a

ambientador bien escogido. El mismo de siempre, como si los encargados del mantenimiento de las zonas comunes no hubieran variado un ápice los métodos y productos de limpieza. Dudó entre usar las escaleras o el ascensor, pero al final optó por este, al darse cuenta del tiempo que había transcurrido sin utilizar uno. También para aprovechar el espejo y ver su reflejo en otro contexto, el de la normalidad, el que vería un hombre libre al subir todos los días a su hogar.

Al abrirse la puerta vio la de su casa, que quedaba justo frente a él, a unos cuatro pasos. Los anduvo, y entonces lo vio. Eso sí que era un cambio. Uno que echaba mierda sobre su recién estrenada «vida normal», porque lo que veía en la madera, lo que leía en la puerta, no tenía nada de normal.

Un mensaje. Durante unos momentos, Iñaki se preguntó si sus pensamientos sobre Laura Olmos en el viaje eran una premonición de aquel instante, de ese descubrimiento.

Se preguntaba si lo que leía tenía que ver con la psicóloga. Y si no, ¿con quién?

Unas letras toscas, rectas, afiladas, se clavaban en la madera de la puerta, y decían:

«FUE ELLA».

VALENCIA

El hormiguero ciudadano estaba en plena actividad cuando Sara Atxaga, tras un no demasiado largo paseo desde la plaza de la Virgen hasta la calle Colón, terminó ante la sede central en Valencia de la aseguradora Vitalis, situada junto a dos conocidos y mastodónticos bancos, como si estos fueran los guardaespaldas de una vecina más frágil. No fiándose mucho de su sentido de la orientación, Sara se había dejado guiar por la aplicación de mapas y direcciones de su móvil, quien la llevó por la calle de la Paz como medio más rápido a su destino. En realidad, Sara no confiaba tampoco demasiado en esos cacharros, que en el coche le habían jugado bastantes malas pasadas; pero, en fin, todos los caminos llevaban a Roma, y allí estaba. Cruzó el umbral de cristal, y tras pasar por información le asignaron una mesa de atención al cliente. Esperó su turno sentada y leyendo una revista de homeopatía ante la que alzó un par de veces las cejas, y se rio a carcajada limpia otras tantas, provocando las miradas de los de su alrededor, que ella contestaba con una sonrisa y encogiendo los hombros.

A los veinte minutos se encontró mirando a un tirillas con gafas y voz automatizada, como si lo acabaran de ascender aquel mismo día desde su anterior puesto de contestador automático.

—*Holaaaa*, buenos días… —saludó Sara con su cantarín estilo. Pero, ya en ese primer instante, la abogada supo que no iba a ser fácil el tema.

—Dígame —le dijo el empleado, mirándola sin mirarla, como si contemplara el vacío y no a una persona.

Sara sacó los poderes y su DNI, mientras comenzaba a hablar:

—Soy la representante legal de María del Carmen Olmos Ruiz, asegurada de ustedes. Anteayer hubo un incendio en su vivienda por causas todavía por esclarecer, lo cual ha sido de pú blico conocimiento a través de las noticias. Y lo que me extraña, como abogada suya, es que ningún perito de la compañía se haya personado aún, ni haya contactado con mi patrocinada.

—¿Esto no lo podría haber hecho por teléfono?

—Claro que sí, pero entonces no habría tenido el placer de conocerle en persona, ahí usted tan bien plantado con esa mancha en la corbata. Ahora, ¿me haría el favor de comprobarlo?

El oficinista, después de cerciorarse de que lo de la mancha era cierto y ruborizarse un tanto, pasó un dedo por los documentos y el DNI de Sara, como si los escaneara, y se puso a teclear sin mirarla ni hacer comentario alguno sobre su pullita.

El corazón de la abogada pegaba brincos mientras la pantalla, que ella no podía ver desde donde se encontraba, se iluminaba en distintos tonos ante la mirada impasible del operador. Era como esperar una sentencia, un juicio en unos pocos segundos que iba a decidir muchas cosas. Incluso vidas.

—No hemos ido porque esa señora ya no está asegurada por nosotros.

Ahí estaba la sentencia. Unas pocas palabras que lo cambiaban todo. La abogada se puso lívida.

—¿Cómo? Eso no es posible.

El empleado giró el monitor, y el cuello de Sara lo agradeció sinceramente. En la pantalla, un documento escaneado con la firma de la madre de Laura. Era una petición de baja del seguro de su hogar, justo un mes antes de su vencimiento.

Sara miraba la pantalla con la boca abierta, las ruedas de su cabeza girando sin parar, pero saliéndose de su eje. ¿Por qué la madre de Laura habría renunciado al seguro?

—Pero… el seguro tiene que estar vinculado a la hipoteca. ¿Por qué se lo han permitido? —preguntó por fin.

El agente del seguro se encogió de hombros.

—Ya la había amortizado. Eso es cosa del banco, pero en cualquier caso era libre como un pájaro para hacer lo que quisiera. Claro que, por lo que me cuenta, ahora ha visto que ahorrarse unos cientos de euros le va a salir bien caro.

Al decir esto el oficinista mostró una línea recta que pretendía

parecer una sonrisa maliciosa, y a Sara le entraron unas ganas irresistibles de pegarle un puñetazo en su cara de culo; de todas maneras, además de contenerse por el tema de las consecuencias de desahogarse, se sentía incapaz de salir de su bucle mental: ¿por qué?, ¿por qué lo hizo? Y, más importante, ¿y ahora qué? Por lo que ella sabía, por el momento las investigaciones apuntaban a la madre de Laura como culpable, y los daños en las propiedades ajenas (gracias a Dios, nadie había resultado herido) eran de muchos miles de euros. Pero muchos. Si realmente no estaba asegurada, se dijo Sara, solo quedaban tres caminos: demostrar su inocencia, averiguar si existía algún error de trámite, o…

No quiso pensar en el tercero.

—Necesito una copia de la póliza de seguro, condiciones particulares incluidas. La voy a revisar hasta que se caiga a trozos. Aquí hay algo que me huele fatal. Y quiero una copia de la renuncia. Seguramente pediré por oficio a un juez que pida el original para realizar una pericial caligráfica.

—Por supuesto, está en su derecho, pero yo veo las cosas bastante claras. Ahora se lo hago, aunque me tendrá que firmar una autorización y me haré copia de sus poderes.

—Pues venga, marchando.

La impresora emitió un ligero zumbido y escupió varias hojas. Estaban calientes y se pegaban en los dedos fríos de Sara, pero sus ojos pasaron con frenesí por la jerga legal, mientras el empleado del seguro se levantaba para fotocopiar los poderes otorgados por la madre de Laura.

Tenía que encontrarlo, tenía que encontrar algo. Si no, esa pobre mujer, la madre de su amiga, estaría en serios problemas. Y quedaba lo más importante: saber por qué, justo después de la aparente cancelación del seguro, la casa se había incendiado.

Sara no creía en las casualidades.

VALENCIA

A Laura Olmos el paseo por el centro de Valencia le estaba sentando muy bien. Hizo el recorrido que acostumbraba en los domingos perezosos de su pasado, cuando, aún con el sabor en los labios de los arroces del Restaurante Levante, acudía a las sesiones de los cines Lys o a las del Park, sola o acompañada, y luego se detenía a rebuscar entre las novelas de la Casa del Libro una que fuera de su agrado. Se había hecho muy amiga de Marta, una de las libreras, con la que, de manera milagrosa, siempre coincidía en gustos. Le encantaba debatir sobre literatura con ella, y se sorprendía de la cantidad de libros que Marta leía y de sus múltiples conocimientos sobre temas literarios. Luego, con la bolsa verde y amarilla apoyada en una silla, se tomaba un capuchino en un Starbucks cercano. Aquel día Marta no tenía turno, pero al menos en la cafetería sí estaba la barista que la atendía habitualmente, María. Era otra de esas personas que le sorprendían: siempre atenta, con una sonrisa en la boca, conociendo el nombre y los gustos de cada cliente, y respondiendo rápida y segura, por mucha cola que hubiera. Estaba convencida de que le iba a ir bien. Su compañera era Jessy, una chica joven con cara de ángel, pero con una sonrisa y un brillo en los ojos no exento de una sana picardía. Se fijó incluso en un chico rubio con perilla con el que había coincidido alguna vez, tanto en el cine como en la librería. Él alzó la vista de su portátil para agradecer a Jessy que le hubiera puesto ya aceite en las tostadas, y en ese momento Laura sintió la vibración de su móvil. Rápida, apremiante, pese a que era la misma vibración de cualquier llamada. Pero había algo, una sensación, una alarma. Vio por el identificador que era Sara, y supo con seguridad que se trataba de malas noticias.

—Dime, neni. —Era patente la contradicción entre el tono y el apelativo cariñoso con el que se trataban entre ellas.

—Laura, tenemos lío.

Lo soltó de repente, y luego siguió de carrerilla contándole lo que había averiguado en el seguro. A Laura le parecía que todo le daba vueltas y bajó la vista, fijándose en sus zapatos para tener al menos un punto donde centrarse.

—Joder, Sara, me lo temía...

—Tenías razón, Laura. Por eso no habían pasado el recibo al cobro.

Ella inspiró hondo antes de preguntar:

—Vale, ¿y qué podemos hacer?

—Tenemos que averiguar si tu madre de verdad firmó el documento de no renovación. Pediré una pericial caligráfica en el proceso que, seguro, habrá por todo esto. No va a tener abogado de la aseguradora, así que me tendrá a mí. Y, por supuesto, hay que demostrar su inocencia, que no fue ella la que causó el incendio. Porque o tu madre se ha vuelto loca de remate de repente, o aquí veo una pauta que no me mola nada. ¿Cancela el seguro y luego incendia la casa? Hombre, vamos, a qué santo.

Porque o tu madre se ha vuelto loca de repente…

El eco de las palabras de su amiga agitó en Laura recuerdos y culpabilidad. Sara no sabía apenas nada sobre cuán ciertas podían ser esas palabras…, pero no la desdijo.

—Sí, no tiene ninguna lógica —contestó en cambio—. Pero le van a caer todas las culpas. El hecho de ser mayor y viuda no la va a ayudar.

—Cierto, pero la ayudaremos nosotras. Haremos lo que haga falta, y si es preciso me busco un piso por allá, por el Parque de Cabecera, que se está tan ricamente, ¿eh? Yo, una paellita en el Levante y mis papeles.

—Gracias, Sara. Eres una amiga —contestó Laura con la voz ahogada—. Espero que no sea necesario. Tenemos que seguir trabajando. Si hace falta me llevo conmigo a mi madre a Donostia, ¿sabes? No quiero que esté sola.

—De acuerdo, pero hablaré con Gloria, a ver si me puedo quedar un tiempo por aquí —dijo Sara al otro lado de la línea—. Nombraré un procurador que esté atento al tema, por si actúan contra tu madre. Que pueda ser notificada a través de él, si es necesario. Hablaré también con la Policía para que me tengan en cuenta en las investigaciones, o si la llaman a declarar, que es muy posible. Lo veremos en los próximos días. La clave estará en que la cosa no vaya por la vía penal, pero no creo que nos libremos de ese camino.

—¿Vía penal? —Laura tenía la cara desencajada al oír esas dos palabras.

—No es por alarmarte, pero a lo mejor los del seguro de la comunidad de propietarios lo ven como una vía más rápida para rapiñarle a tu madre todo lo posible.

Laura peleó por tranquilizarse. Notaba su pulso cada vez más acelerado, y una opresión que hundía su garganta. Su madre ante un juez y jugándose la tranquilidad del resto de su vida. No era eso lo que ella esperaba para el futuro. Sintió la sensación de ser egoísta, rastrera, porque se preguntaba si la bilis que corría por su interior era por el futuro de su madre o, en realidad, era el temor a cómo su destino iba a condicionar el suyo.

En cualquier caso, estaba decidido. No iba a dejarla sola en Valencia. A pesar de todo lo ocurrido entre ellas, sentía que no podía abandonarla.

—Haz lo que puedas, Sara —dijo por fin, exhalando un suspiro.

—Ya sabes que sí, neni.

Y cortó la comunicación.

TORRENT, VALENCIA

Al día siguiente, Laura hizo el trayecto de veinte minutos que separaba Valencia de Torrent. Conduciendo hacia su pasado se alejaba de su asunto pendiente con los Arresua, hasta casi olvidarlo. Hacía tiempo que no iba por allí y, de hecho, casi se mete en el polígono industrial de la localidad, Mas del Jutge, pero siguió como le indicaron, paralela al barranco, y volvió a acceder al núcleo urbano de un pueblo que era más bien, dado su tamaño, habitantes y servicios, una pequeña ciudad. Ya ubicada, condujo hasta la avenida de Mariano Benlliure.

Pudo divisar ya de lejos la mancha en la fachada, que se pro yectaba hacia el cielo como un ángel oscuro que hubiera querido escapar de la casa de su madre alzando el vuelo. Había dos pisos por encima del de su madre, y podía apostar a que, como mínimo, el de la vecina de arriba no habría quedado muy bien parado. La psicóloga tenía el corazón en un puño; no se produje ron víctimas de milagro, pues lo que veía, sin ser una experta, le decía que el fuego fue virulento y se propagó con rapidez. Dejó el coche en un aparcamiento cercano y anduvo unos minutos hasta el portal de su madre. Vio a un policía local. Uno solo, pero con la mirada y el gesto de un perro guardián. O quizás estaba aburrido y era la sugestión de Laura la que la volvía un tanto paranoica. No, ese tipo no podía saber quién era ella, pero los vecinos sí. El edificio parecía un error. Una equivocación espaciotemporal, una cicatriz en la rutina y la normalidad que se respiraba a su alrededor. La gente del vecindario entraba y salía de sus portales en su quehacer diario, pero en esa urbe que era el edificio siniestrado no parecía haber movimiento. Puede que le hubieran pedido a la gente que no volviera a sus casas hasta comprobar que la estructura era segura, o quizás había sido una decisión propia de una comunidad muy asustada por lo que había estado a punto de ocurrir.

Al aproximarse Laura, el perro guardián pareció activarse como si lo hubiera encendido un sensor.

—¿Dónde va? —le dijo. Tenía el porte chulesco de los que están acostumbrados a acojonar con su simple presencia.

—Es la casa de mi madre. La que se incendió anteayer.

—¿Puede enseñarme su DNI?

Laura se lo sacó del bolso y se lo entregó. El policía local se quedó mirando la foto algo más de lo que debería, y finalmente le dio la vuelta.

—Aquí pone que usted vive en San Sebastián.

Laura empezaba a perder la paciencia. Aparte de su indudable cualidad de saber leer, al tipo había que aclarárselo todo. Eran esas preguntas policiales que obligaban a la gente a aclara ciones tales como: sí, el coche está a nombre de mi mujer, yo no me llamo Carlota; sí, el seguro es de este año, como puede ver en el recibo; sí, vivo en San Sebastián, pero sigo teniendo madre.

—Trabajo ahora allí —aclaró Laura respirando hondo. Rogó por no tener que dar más explicaciones.

—Puede entrar, pero no pasar de las zonas precintadas.

Le entregó el DNI, que Laura se guardó con un suspiro resignado. Accedió, midiendo cada paso que daba. El ascensor estaba inmovilizado o estropeado, y se dispuso a subir los cuatro pisos a pie. No sabía muy bien lo que venía a buscar allí; quizás se trataba de encontrar un ancla a la realidad, comprobar que de verdad había ocurrido. Las secuelas del incendio ya empezaban a dejarse ver a la altura del tercer piso. El fuego debía de haber sido una llamarada intensa y desquiciada pero que, por algún motivo, tuvo una vida efímera. Quizás los materiales o la rápida intervención de los bomberos… Lo que fuera, pero lo cierto era que se había confinado casi en su totalidad al rellano de su madre. Al llegar a ese cuarto piso, el de la vivienda de la señora Olmos, Laura se dio cuenta de que era imposible que su madre hubiera causado el incendio: tal y como se había extendido, dudaba de que hubiese sido tan rápida como para escapar de las llamas sin un rasguño. El nivel, que solo tenía dos puertas, lo mismo que cada piso de la finca, estaba destrozado. El milagro, el hecho que demostraba que ese día los ángeles estaban fumándose un pitillo en la azotea del edificio, era que la vecina de la puerta contigua no estuviera en casa y se encontrase de comida familiar.

«Dios santo, si hasta tenían un bebé», recordó. Cuando ella dejó Valencia era un recién nacido. Por tanto, ahora tendría unos cuatro o cinco años, calculó la psicóloga. Se estremeció al pensar en ello.

—Ya estará contenta tu madre —dijo alguien a sus espaldas.

Se giró, sorprendida porque aquella voz era pesada y contundente, pero parecía proyectada por un niño. No era así, sino que se trataba de una mujer de corta estatura, pelo en punta que algún día había sido negro y un estrabismo cuyas gafas no hacían ningún esfuerzo por ocultar. Llevaba una pequeña bolsa de la compra en cada mano, perfectamente equilibradas en su peso, al menos en apariencia. Vestía veraniega, con unos arrugados hombros al aire. Laura no la conocía de nada, pero los dos ojos, pese a no mirar en la misma dirección, supuraban igual cantidad de hostilidad.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que su madre tenía atemorizada con sus locuras a toda la finca. Nos temíamos que un día pudiera pasar esto…, y ha pasado.

La mujer hablaba pegando mucho las palabras y en tono monocorde. La parálisis que Laura detectó en parte de su labio inferior le daba una pronunciación gangosa que hacía que a la psicóloga le costara entenderla. En lo literal y en lo que implicaban sus palabras, pues no podía concebir a su madre como un amenazante peligro para una comunidad de propietarios; ni que estuviera hablando de un yonqui o de un maltratador. Su madre podía ser rara, pero era inofensiva.

«O, por lo menos, así la dejaste», pensó. Cayó en la cuenta, al igual que sucedió al recordar cuánto había crecido el pequeño Damián, de que en cuatro años podía haber pasado muchas cosas, muchas cosas malas que ella no había estado allí para evitar.

Laura se percató de que su propia postura tampoco irradiaba amistad. Se forzó a serenarse y a descruzar los brazos. Necesitaba más información para proteger a su madre, o al menos para defenderla.

—Disculpe —dijo en tono conciliador—. Soy su hija, como veo que sabe. Pero he estado fuera los últimos años, trabajando en San Sebastián, y me gustaría que me contara lo que desconozco.

Aquello tranquilizó un poco a la vecina. La miró por encima de sus gafas; incluso el ojo rebelde pareció reconciliarse con su recto hermano. Relajó el agarre de las bolsas y dejó a la vista sus manos

marcadas por la tensión del momento.

—Sé que es su hija. Siempre presumía de usted cuando la sacaban por la televisión en algún reportaje sobre el perdón entre presos y víctimas. A mí eso me parecía vomitivo, si me lo perdona, y no algo como para presumir, pero yo también tengo una hija y lo entiendo.

«Fantástico, por eso soy tan popular por aquí», reflexionó Laura.

—Sí, entiendo que piense así. Yo también tenía mis dudas —se sinceró Laura. Estaba convencida de que solo la verdad se abriría paso entre las preguntas que se le agolpaban en la cabeza y que necesitaba hacerle a aquella vecina.

—Me llamo Marta —dijo la señora. Era una buena señal.

—Laura…, pero eso usted ya lo sabe.

—Sí, lo sé. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—¿Podemos hablar?

Marta se lo pensó unos instantes. Sus ojos seguían sin ponerse de acuerdo.

—Muy bien. Tenga esta bolsa y acompáñeme. Vivo dos pisos más arriba y me estoy cansando. No quiero dejarlas en el suelo, que llevo huevos.

Laura cogió la bolsa y siguió a la señora en su pesado caminar por la estrecha escalera. Los escalones eran altos y cada uno se cobraba su esfuerzo. Al llegar al sexto piso, el último del edificio, la psicóloga comprobó que no había daños a primera vista. La fachada sería otra cosa, y el olor que lo impregnaba tardaría en marcharse, pero todo parecía como tenía que ser. La mujer sacó un manojo de llaves y lo estudió antes de decidirse por una.

Al entrar, lo primero que percibió fue un juego de luces que dejaba a la vista el polvo en suspensión. Era probable que fuera otro efecto secundario del incendio, o quizás siempre había estado allí, pero parecía un microcosmos sucio que mataría a alguien más alérgico o sensible. Por fortuna, ella no lo era, y en apariencia aquella señora tampoco, dado que no llevaba máscara antigás. Le pidió con un gesto la bolsa a Laura y esta se la entregó. En los instantes en los que la

vecina estuvo colocando las cosas en la cocina, a la psicóloga le dio tiempo a apreciar lo pequeño del piso y que tenía un diminuto balcón con la ventana abierta que, al menos, daba algo de ventilación.

—No lo cierro o esto sería irrespirable —aclaró Marta adelantándose a la pregunta de Laura.

Esta asintió con la cabeza sin dejar de mirar a su alrededor, hasta que se dio cuenta de que estaba siendo demasiado curiosa. Se obligó a sentarse donde le indicaron con un gesto, a asentir de nuevo y a mostrar una sonrisa que quería ser amable y expectante. No estaba segura de que le hubiera salido bien o si, por el contrario, enseñaba una mueca nerviosa. Marta no sonrió, ni le ofreció nada nuevo a la visitante, solo su mirada asimétrica.

—¿Qué me quería preguntar?

Laura tragó saliva.

—¿Cree de verdad que mi madre ha hecho esto a propósito?

Marta se levantó sin mediar palabra y sacó de un cajón un desgastado álbum de fotos. Se lo tendió a Laura, quien lo miró sin saber muy bien qué hacer. Era rugoso, y el mero tacto la llevaba a tiempos pasados a los que ella no quería ir. Pero la iban a obligar.

—Ábralo.

Laura lo hizo, y a su vez se abrió la caja de Pandora dentro de su cabeza. Los recuerdos reprimidos volvieron de golpe, atraídos por el olor a plástico revenido y tacto cuarteado que salvaguardaba las fotografías que ahora la miraban fijamente. Eran fotos de su madre. De los peores tiempos de su madre. Los vividos cuando era pequeña. Aquella vecina, en una versión más joven pero con los mismos ojos estrábicos, también los había experimentado, aunque Laura no la recordaba. Y debería, ya que aparecía en algunas cogiéndole la mano. Las miradas lánguidas, la falta de sonrisas. Parecía un mundo más oscuro, una versión más triste de tintes descoloridos y ropas y peinados de los primeros años noventa.

—No me recuerdas, ¿verdad?

—No, lo siento. Yo…

—No te preocupes, chiquilla. Yo también hubiera querido olvidarlo. Seguro que ya no tienes ni siquiera fotos de aquellos años, ni cintas de vídeo.

Así era. Sus primeras fotos, las primeras que guardaba, eran de la tardía adolescencia. Las otras las había destruido. Lo pasó mal cuando una Navidad le pidieron para un álbum del trabajo una foto que la mostrara de pequeña. Le costó explicar que ella no podía aportar ninguna. No tenía imágenes que le recordaran el miedo, el desamparo, al sentir que su madre iba perdiendo el control. El volver la vista atrás y verla revolver en contenedores sin saber bien qué buscaba. Solo ella lo sabía.

Nunca fue violenta, eso era verdad. Jamás le puso la mano encima. Pero, sencillamente, se olvidaba de que existía Laura, y no hacía caso a los ruidos de su estómago, ni a su llanto cuando pasaba dos días a base de yogures. Al final eran las vecinas, como aquella mujer que estaba allí, las que se conjuraban para ocuparse de ella. Casi se sentía en aquellos momentos como una princesa, hasta que recordaba que la bruja era su madre y no su madrastra.

Hasta aquella noche, la noche de los chillidos. Esa en que tuvo que meterse en su cuarto y cerrar con pestillo. Se tapó los oídos, pero le llegaban las palabras de su madre, que hablaba de los extraterrestres y el demonio. Del juicio final que nos llevaría a todos. Se tapó con la manta y se arrebujó en ella, buscando el consuelo que no llegaba. Lo que sí llegó fueron las sirenas de la policía y de la ambulancia. Llegaron los golpes y los forcejeos, y luego los gritos de su madre se fueron apagando. Hasta que por fin pudo quitarse la manta de encima y las manos de las orejas, que ya le dolían de tanto presionarlas. Oyó que llamaban a la puerta con suavidad, y cuando se decidió a abrirla vio a una mujer cuya voz amable recordaba, pero cuyo rostro era incapaz de dibujar. La llevaron con un antiguo amigo de su padre, un hombre llamado Alberto que se convirtió en su tutor y que la trató bien, como una hija, en los siguientes diez años, hasta que fue mayor de edad; continuaron en contacto hasta su muerte, cuando Laura tenía ya veinte. Le dejó algo de dinero en herencia, lo que la ayudó a mantener a su progenitora y a sí misma durante los años de estudios universitarios. En esa década, su madre desapareció, ingresada en el sanatorio psiquiátrico de Bétera.

Sí, ahora Laura recordaba, anclada por esas fotos, por el tac to, por el olor. No podía recordar las escasas visitas que realizó a su progenitora, ni tampoco sabría decir los progresos. Pero a los

dieciocho años, una vez cumplida la mayoría de edad, su madre volvió, aparentemente curada.

El problema es que, cuando regresó, era ella, pero a la vez no lo era.

Laura nunca había tenido que explicarlo, siquiera a sí misma. La madre que reencontró una década después había mudado el color de su pelo a otro más blanco; el brillo de sus ojos azules necesitaba una mano de pulimento: eran más calmados, más sosegados, con menos vida. Sus movimientos, también, más lentos y medidos. Pero no como si hubiera alcanzado un estado de serenidad, sino como si necesitara calcular cada uno de ellos para no desmoronarse. Su habla era lenta y pastosa, y le costaba hilvanar su discurso más allá de dos o tres frases. Al menos su voz no se alzaba hasta hacerse ensordecedora para luego bajar de tono, inaudible como antaño. No era con exactitud una lobotomía, pero se le parecía mucho. Al menos en los momentos iniciales. Con el tiempo, la madre de Laura se convirtió en una versión aceptable y con la que se podía convivir, aunque fuera al precio de no poder mantener una relación demasiado profunda: para confiar secretos, nunca pudo contar con ella; no se sentía cómoda hablándole de cosas que no fueran cotidianas. Al menos, ya no era dañina. Se las arreglaba por sí misma y ella se había vuelto ya lo bastante independiente como para apañárselas por sí sola sin necesidad de una figura materna.

Laura se bebió a tragos largos la carrera y la terminó en pocos años. Procuró estar en casa lo menos posible y, por supuesto, alargó su beca Erasmus todo lo que pudo. La convivencia con su progenitora terminó por ser aceptable, pero eran, y ella había comprobado que lo seguían siendo, una madre y una hija con los papeles cambiados.

Y allí, sentada, se preguntaba si aquella otra madre había vuelto.

—No me ha contestado. ¿Cree que ella ha hecho esto?

—Te preguntas si ha podido recaer de su enfermedad, esa es la verdadera pregunta que me haces. Y sí, estaba empeorando desde hace unos meses. Puede que, tras el desastre, ahora parezca un osito, pero en los últimos tiempos los demonios de la enfermedad mental la devoraban de nuevo. Tú estabas lejos, pero así era.

Laura encajó el reproche en silencio, apretando los labios. Siempre la culpabilidad, pensó. Pero no dijo nada.

—Tu madre —continuó Marta— atemorizaba a los vecinos de seguido. Creaba disputas con cualquier minucia. De vez en cuando aparecían meados en el ascensor, y no eran de perros. Lo hacía por joder a la de la limpieza, en su puta cara. Hasta que un día, en una reunión de vecinos en la que hablábamos de ella y de tomar medidas si la situación continuaba, apareció y se puso a chillar como la posesa que ya era. Llamamos a la policía, pero cuando llegaron volvía a estar en su fase depresiva, y dijeron que eso era cosa de loqueros y no de ellos. Ni siquiera nosotros, que estábamos allí, sabíamos cómo tomarnos sus frases entre gritos: si como una amenaza real o uno de esos delirios religiosos con los que nos había dado la tabarra más de veinte años antes. Ahora ya lo sabemos, claro.

Una mueca de amargura punteó la última frase.

—¿Con qué los amenazó? —quiso saber Laura.

—Ya te he dicho que hablaba sin sentido, sobre ángeles y demonios, pero sí llegamos a ser capaces de entender que algún día todos íbamos a arder.

SAN SEBASTIÁN

Poco a poco las píldoras iban haciendo su efecto, y la sensación placentera del olvido se iba cerniendo sobre la señora Dolores. Se suponía que era un momento para repasar su vida, su existencia durante sus setenta y ocho años, pero ella no notaba diferencia entre lo que experimentaba y cualquier otra noche solitaria y normal. Los párpados le pesaban y solo podía pensar en la llamada. O, a decir verdad, las dos llamadas. La primera, mientras estaba viendo su telenovela, varios meses atrás. ¿Seis, ocho? No estaba segura. Pero de lo que sí se acordaba era de la dulce voz de aquella joven, que no parecía impostada «¿Señora Dolores? —le preguntó—. Le llamo acerca del pequeño desencuentro que tiene usted con Francisco Iradier». «¿Quién? ¡Ah, Paquito!». «Sí, Paquito, eso es».

Lo dijo como quien premia a un perrito por coger un hueso, y eso no le gustó. Pero hablaba de Paquito. Desencuentro, ay, desencuentro. Hacía un año estaban a las malas, a las muy malas. Desde el piso de abajo, ella oía a los hijos de su Paquito y de aquella estirada de su esposa corriendo mientras abrían y cerraban la puerta de un portazo, gritando que querían la merienda, hambrientos como estaban después del colegio. A saber las porquerías que les daría la estirada. Y Paquito, mirando hacia otro lado, estaba segura. Con lo bien que le había alimentado ella cuando era un crío y su madre se pasaba el día fuera de casa vendiendo productos dietéticos, como si de una ejecutiva de multinacional se tratara. Eso lo hacía porque era una aburrida y quería imitar a su marido, que ese sí que era ejecutivo de verdad, aunque no tan alto como para que le exigieran el «impuesto revolucionario».

Se pasaban el día fuera, y la Dolores tuvo que hacer de madre para su Paquito. Con sus consejos y todo, y sus bocatas, a veces de pan con chocolate, a veces de jamón. Paquito era un niño reservado y ni de lejos tan ruidoso como sus hijos. Él era callado, ordenado y solitario. Los gritos, las voces de aquellos chiquillos y de aquella mala madre la volvían loca. Hasta había llamado a la policía local varias veces por el volumen al que ponían la televisión, que retumbaba en las paredes hechas con papel de fumar que los separaban. Oía muchas veces los gritos de aquella energúmena y se sentía satisfecha cuando los locales acudían y ella percibía cómo Paquito y la estirada hablaban en susurros hasta varios días después. Pero entonces bajaban la guardia y

todo volvía a empezar. Hasta que recibió la llamada de aquella chica que al principio parecía tan maja y que le hablaba de desencuentros, de mediación y de otras cosas que, aunque no llegaba a comprender del todo, sí le dieron a entender que Paquito quería hablar con ella a ver qué hacían; porque lo que estaba claro es que así no podían seguir. Y nada, dijo que sí, aunque fuera para que, por fin, le explicaran por qué se mantuvieron alejados de ella el día que enterraron a su marido; por qué después, hasta volver a la casa familiar cuando él se quedó en el paro, no habían ido a verla ni a preocuparse sobre su cada vez más precaria salud. Todo el contacto que tenían con ella eran los ruidos, las quejas, los reproches. A ver qué querían decirle a la cara en esa mediación.

La reunión, con los dos besos de Paquito y la mano fría de su mujer, que la muy… había ido también, y eso a Dolores no le hizo gracia, sí que empezaba bien el tema. Luego la cosa comenzó con un lento deshielo; la chica rubia y joven les hacía preguntas, les hacía recordar. Eso sí que le gustaba a Dolores: recordar; contar anécdotas de tiempos más felices conseguía que se engañara, que el pasado se mezclara con el presente, que aquel casi cuarentón volviera a tener trece o catorce años y a necesitarla de nuevo. Y la mediadora, aquella rubita valenciana, paraba los pies de la pelandrusca cada vez que intentaba meter baza, y, al final, la cosa era entre Paquito y ella.

Recordaron, vaya si recordaron. Y él se explicó, le dijo que ella, Dolores, también se distanció, que había congelado los puentes entre ambos como si de una hechicera de cuento se tratara. Y tuvo que reconocer que algo de cierto había en todo eso, y que pudiera ser que ella se pusiera en un plan que aconsejara dejarle espacio para despedir a su Jon como se merecía. Dolores lloró, Paquito lloró, y hasta la señorita que había descongelado esos puentes como si se tratara de la primavera derramó una lagrimita. Todos vertieron lágrimas excepto la puta, que se mantuvo entera, aunque fuera con un rictus pocho. Callando, dejando hacer, manteniéndose en silencio y con un leve asentimiento, reacción ante la promesa de Paquito de que, a partir de entonces, sus hijos serían los nietos que Dolores nunca había tenido, pues Jon no le había dado descendencia. Ella lo creyó, quiso creerlo, sintió un bienestar y una liberación como pocas veces en toda su vida.

Al día siguiente, los niños fueron a merendar a su casa, tal y como Paquito había prometido. Los llevó la bruja. Los niños jugaron y se lo pasaron bien, pero Dolores, a su edad, no les seguía en muchas cosas, como eso de que a través de los móviles se pudiera ver y cazar bichos que no estaban allí. Ella asentía y sonreía cuando se lo explicaban,

pero le parecía una historia de fantasmas, y siempre fue muy aprensiva con esos temas.

Pero, salvando la tecnología, le pareció que la cosa había ido bien. Se despidió con besos y abrazos de los dos niños hasta el siguiente día de cole, que era el lunes. Pero llegaron las cinco y media de la tarde con la merienda preparada y los hijos de Paquito no llamaron a la puerta. Ni ese, ni ningún otro día.

Los seguía viendo de vez en cuando, que para eso eran vecinos, en las zonas comunes, siempre de la mano de esa bruja controladora. A Dolores le parecía que le dedicaban tímidas sonrisas, algún ademán de saludo, que era contestado de inmediato por la bruja con un apretón de la mano. Cuando hacía eso, los niños la miraban, sorprendidos primero, con un encogimiento de hombros después. Luego se acostumbraron y, obedientes y sabedores de las consecuencias, agachaban la cabeza y miraban al suelo cuando ella estaba cerca. De la bruja, algún asentimiento y una sonrisa congelada, casi una mueca. De Paquito, alguna mirada avergonzada y un saludo que Dolores ya ni se dignaba a responder.

A Dolores ya le faltaban fuerzas para protestar, para intentar cualquier otra cosa, y ni mucho menos volver a la mediación. Se sentía vencida, humillada, derrotada. Engañada. La mediación y aquella psicóloga tan joven y guapa le habían fallado. No sabía qué habría ocurrido de no haber acudido a la reunión aquel día, pero, estaba segura, su claudicación fue la victoria de la bruja. Entre los tres le tendieron una trampa.

Todo esto se lo contó al joven que la llamaba cada día desde hacía meses, casi todas las tardes a las cinco y media, para interesarse por su caso.

Fueron muchas, muchas horas de confidencias. Empezaron por el tema, pero de ahí derivó a una relación de la que Dolores disfrutaba, porque, por primera vez en mucho tiempo, se sentía escuchada. Le contó miles de anécdotas y vivencias, y aquel chico las oía, se reía, se quedaba en silencio y comprendía. Sin verlo, sabía que la entendía. Y le encantaba su voz, tan radiofónica. Como de actor de doblaje, pero no de los de ahora, sino de los tiempos en que se pronunciaba James *Stiwart*.

Hasta que, no recordaba el día exacto ni a qué vino el tema, Dolores le soltó de golpe y sin anestesia que había pensado en

suicidarse y en quitarse la vida, en reunirse con su difunto y en descansar de una vez. La existencia se le estaba haciendo larga en los últimos tres años, como en esas series que nunca saben la forma de terminar y que, de tantos finales, aburren hasta al protagonista.

Lo hizo con la convicción de que el amable joven, que nunca se había identificado pero que ella suponía que sería de Servicios Sociales del Ayuntamiento, clamaría a voz en grito intentando hacerla cambiar de opinión.

Pero no. Para su sorpresa, siguió escuchando y hablando con su voz suave y cálida de siempre. Comprendiendo. Casi podría jurar que estaba allí con ella, dando más fuerza a sus razones.

Tan solo le aconsejó una cosa: «Haz que valga la pena, haz que la gente sepa lo que ha pasado, cómo te ha ocurrido y por culpa de quién ha sido.

»Escríbelo. Ya que no te quedan parientes, ya que la única familia que creíste tener ha resultado ser una panda de desagradecidos, que tu legado sea, al menos, la verdad. Cuenta tu historia y luego ve en paz, con la convicción de que tu marcha valdrá para algo. Ve».

El joven de la voz suave nunca empleaba ciertas palabras, como si comprendiera que tenían mucha importancia.

«Escríbelo con cuidado, Dolores. Y fírmalo».

Y así lo había hecho. Lo dejó junto al cabezal de su cama.

Ahora mismo lo veía al lado del bote vacío de medicamentos.

Eso y el rostro de su marido flotando ante ella fueron el preludio a la oscuridad.

SAN SEBASTIÁN

Iñaki Arresua, en la tranquilidad de la penumbra de su domicilio, se sentía indefenso, vulnerable. Por supuesto, ya había sentido antes esa sensación, pero jamás permitió que alguien se la notara. Eso era como un faro para que los demás encontraran el camino a sus debilidades. Y si algo aprendió de su tío, aparte de levantar un imperio a base de mentiras y extorsiones, es que las debilidades eran agujeros en los que los enemigos podían introducir sus cuchillos. Ahora no estaba tan seguro de que pudiera evitar que a los demás les llamara la atención el temblor de la mano que sostenía el cigarrillo casi consumido. Un temblor que esparcía las cenizas sobre su alfombra. Pero estaba solo. El único testigo de sus sensaciones era él. Habían llegado hasta la puerta, hasta la puerta de su propia casa, y le habían dejado un mensaje. Iñaki era muy consciente de lo que, hasta hacía pocos años, suponía recibir mensajes similares a ese en el País Vasco. Solo que aquellos eran normalmente pintadas en las paredes, con nombres rodeados por trazos bruscos que pretendían formar una diana. O *chivato*, o *pum, pum*, o… La variedad no era el fuerte de aquellos tipos, pero sabían hacerse entender. Claro que sí. Su mensaje era igualmente invasivo, llegaba a profanar lo que pensabas que era sagrado: tu puta casa. Pero, más que una amenaza, en este caso parecía una advertencia.

«Fue ella».

Fue ella, vale, pero… ¿quién? ¿El qué?

Su primer pensamiento había sido Laura Olmos. Que el mensaje se refiriera a la psicóloga, como si su misterioso autor hubiera podido leerle la mente, captado su obsesión por ella. Pero ¿qué había hecho Laura, si era así? ¿Delatarle? Tenía claro que a él no. Al fin y al cabo, su delito y su confesión fueron bien públicos, por lo que poco hubo que delatar. No, no podía referirse a una delación. Entonces, ¿a qué? ¿O no era ella? En cualquier caso, el autor tendría que haber pensado que él sabría de qué estaba hablando. Y, en realidad, Iñaki Arresua, por el momento, no tenía noticia de que nadie le hubiera hecho nada, a menos que contara lo de joderle los últimos nueve años de su vida.

Entonces, lo vio. El baúl. Un baúl que antes no estaba. Era un arcón grande, de madera. Hubiera podido, sin problemas, ser dibujado en uno de esos cuentos infantiles de piratas. Uno de esos en los que el pata de palo abre la cerradura con un certero golpe de su espada, dejando al desnudo unas cuantiosas monedas de oro. Pero, lo que sí era seguro, es que ese baúl no era suyo. Iñaki había pagado cada mes a una vecina para que la casa, a la que tanta estima tenía, no cayera en el abandono. El primer lunes de cada mes le pegaba un buen repaso a todos los rincones y la aireaba para que el pesado aroma del silencio no fuera un huésped permanente. Ciento ocho mensualidades en total las que Iñaki había abonado para que su sensación al llegar fuera la de no haber pasado un día sin pisar su hogar. Todo para esto. La única posibilidad es que lo hubiera dejado ella. Pero…

Dejó de pensar y se encaminó, decidido, hacia el baúl.

En los pocos pasos que los separaban, las ideas más disparatadas acudieron a su cabeza: que contuviera un cadáver, fajos de billetes, drogas… Incluso pensó en el famoso gato de Schrödinger del que había leído en la biblioteca de la prisión: hasta el momento de abrir la tapa, era posible que el baúl estuviera vacío. Sería él, al vislumbrar su contenido, el que lo crearía, el que le daría sentido. Todo eso le daba dolor de cabeza, y no era algo que le fuera a ser de ayuda en aquel momento. Empujó la tapa hacia arriba, pensando que estaría abierto. Pero no. Estaba cerrado con llave. Quizás para que, si lo descubrían antes los de la limpieza, no husmearan dentro. Vale. ¿Y la llave?

Iñaki empezaba a estar hasta los cojones del jueguecito. El teléfono en su bolsillo vibró. Un SMS de número desconocido.

«Lo que necesitas lo tiene tu difunto padre».

¿Mi padre, en el cementerio? No parecía probable que se hubieran tomado la molestia de exhumarlo y guardarle una llave en el bolsillo. Era una adivinanza digna de habitación de escape, pero a él le cabreaba. Quizás era eso: querían que abriera el baúl cabreado. Y a fe que lo estaban consiguiendo.

Buscó el retrato de su padre. Ahí estaba con gesto adusto y agrio, que parecía casi agarrar como un águila a su difunta madre y a él. Las caras de ellos también eran un poema. Y, detrás, por supuesto, la pequeña llave.

Casi se le rompe la cerradura al abrir el arcón. Ya no pensaba en

gatos, solo en ver de una vez de qué coño iba todo aquello.

Lo vio. Vio su contenido. Y ni en mil años lo hubiese adivinado.

Periódicos y revistas a un lado. Carpetas con copias de expedientes al otro. Abrió primero las carpetas. Hablaban de él, hablaban mucho sobre él. Eran informes psicológicos realizados por Laura Olmos. Lo definía como narcisista, histriónico y con pocos recursos sociales. Menudo trío de virtudes. «Así que eso era lo que pensabas de mí, doctora. Bajo tus palabras amables y palmaditas en la espalda, ese era tu diagnóstico». Arresua sintió que la bilis le subía por la garganta. Pensaba, tenía la… esperanza de que Laura Olmos fuese una de las pocas personas en ver la verdad en él. Ahora se daba cuenta de su error, de su autoengaño.

Pero aún quedaba lo peor.

Los periódicos, las revistas. No las conocía, no le llegaron, y debido a sus… complicadas relaciones familiares, nadie le contó nada. Los otros presos tampoco, los muy hijos de la gran puta. Eran artículos de crónica negra sobre su historia. *La Otra Crónica*, del periódico *El Mundo*. El suplemento dominical de *El País*. El del *Diario Vasco*. Todos hablaban de su historia, y recogían datos de una fuente no revelada que coincidía con los informes de Laura: las historias que contaba, su diagnóstico como narcisista e histriónico… Su caso tuvo eco en los medios, eso lo sabía, pero no podía alcanzar a concebir el hecho de que hubieran hurgado tan profundo. Tan sostenido. Cada cierto tiempo, algún periódico, revista o varias publicaciones a la vez habían expuesto a Iñaki Arresua a la visión escrutadora y revanchista de la sociedad. Claro, el tema lo tenía todo: una familia de empresarios con disputas a lo *Falcon Crest*, con un malo (él) acusado de intentar matar a su tío, el bueno, y detenido por su primo. ¿Acaso no habían aprendido nada de Walt Disney ¿Ni de Shakespeare? El malo siempre es el tío del protagonista.

Durante el juicio ya había sufrido ese proceso paralelo que terminó en sentencia condenatoria, tanto en lo social como en lo legal. Daba igual que en los bares, durante ese calvario, muchos le aplaudieran y le vitorearan como si fuera un héroe por haberse enfrentado a un guardia civil. Tampoco entendían nada. Ni los que le despreciaban y le hacían vacío por haberse negado su familia primero a pagar el «impuesto revolucionario», y después hacer negocio con la propia banda terrorista. Su familia más cercana y él fueron despreciados por todos, no gustaban a nadie. Era tan sencillo como eso. Pero Iñaki, en

una ingenuidad que le era impropia, pensó que esos ecos se apagarían a los pocos meses de estar en prisión. Confiaba en la verdad de los consejos de Laura, en crear un negocio legal y labrarse un buen nombre, otro nombre, en cuanto saliera de prisión. ¿En qué quedaba eso ahora? Se sentía muerto, decepcionado, vacío por dentro.

Sentía rabia hacia todo, pero lo enfocaba contra aquella mujer. Se sentó, apoyando su espalda en el arcón. Vale, ¿qué iba a hacer ahora? Su tío, que siempre quiso quedarse con la tajada de su padre, estaría al acecho. No tardaría en recibir sus llamadas para emplazarle a debatir qué se hacía con su parte en el negocio. A debatir a dentelladas, claro.

¿Le dejaba eso tiempo para venganzas? Tendría que decidir lo, pero eso era lo que le pedía el cuerpo. Reconstruirse a partir de la adversidad y luego vengarse.

A Iñaki Arresua, al ser un hombre inteligente y astuto, por muy emocional que fuera se le encendían ciertas luces en su cerebro, luces de la razón que era incapaz de ignorar. Le decían que no podía olvidar al mensajero. ¿Quién le había mostrado todo aquello? ¿Y qué ganaba con eso? Menospreciar a esa persona detrás de la advertencia, estaba convencido, sería un error.

VALENCIA

A Laura rara vez le dolía la cabeza. Tenía muchas amigas que se quejaban continuamente de sus jaquecas, de ese dolor que te traga como un agujero negro, allí donde no debía pasar jamás la luz porque la claridad era agonía. Sabía que la cefalea tenía un origen y una curación inciertos, al igual que tantos problemas provocados por ese amigo desconocido que era el cerebro. Pero, para ella, según había observado en muchos pacientes, la causa principal era el estrés, en el que las preocupaciones parecen tener una inteligencia propia. Una consciencia que se organiza como si fuera un ejército, atacando primero al cerebro, al sistema nervioso, y luego, con un método envidiable, a las funciones fisiológicas. Todo, desde los gases hasta los músculos, se controlaba por esa armada silenciosa que eran las preocupaciones. Por eso, dadas las circunstancias, a Laura no le extrañaban los alfileres que se le estaban clavando en las sienes, en los párpados, en la frente. Era una acupuntura dolorosa, en la que, aun cerrando los ojos, podía ver el pulso de su malestar, latiendo al ritmo de su corazón.

Su madre estaba dormida. Ella, por lo menos, descansaba. A Laura le daba la impresión de que, a pesar de todo, era una muñeca frágil, que no era muy consciente de lo que estaba pasando. Bendita. Sentía mucha envidia por ello. Porque, en su caso, no era así. Notaba el peso de todo lo que ocurría y saltaba cada vez que el teléfono sonaba o vibraba.

Como por arte de magia, escuchó el pegadizo silbido. Una sola palabra en el mensaje de su jefa, Gloria Escoriaza: *Llámame*.

—No quería molestarte por si estabas con tu madre, pero es urgente —le dijo a Laura nada más ponerse.

—No te preocupes, Gloria.

—¿Está ahí, contigo?

—Sí, está dormida.

—Pues será mejor que busques un lugar tranquilo para que hablemos... La policía ha estado preguntando por ti.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mejor me llamas cuando estés sola y con el ordenador con acceso a tus expedientes delante.

—Pero ¿de quién se trata? ¿Qué ha pasado?

Laura trataba de hablar en susurros, pero no lo conseguía. Vio que su madre se movía, como si tratara de soltarse del agarre del sueño.

—Está bien —dijo lo más bajo que le fue posible—. Espera, voy a coger el portátil y te llamo en cuanto pueda.

Colgó, y, para su sorpresa, se dio cuenta de que ya no le dolía la cabeza. Quizás la adrenalina lo enmascaraba, quizás era el alimento que su estrés requería para dejarla en paz, como el chute de un drogata que lo calma y alivia por un tiempo sabiendo que luego será peor, cada vez peor.

***

Laura eligió una cafetería cercana con red wifi y terraza concurrida, pero con un interior vacío, muy probablemente a causa del calor y de un penetrante olor a frito, mezclado con ¿sudor? Laura no estaba segura, pero procuraba respirar por la boca. A cambio, tranquilidad, pues la única camarera china estaba medio dormida mirando el móvil mientras su compañera, con un silencio de ninja, entraba y salía con presteza. Supuso que eran hermanas, y que la menor, en una versión manga de cenicienta, era la que se lo curraba.

Encendió el portátil y, con su contraseña, accedió a los archivos. No sabía siquiera de qué año se trataba, fuera lo que fuese que estaba pasando, así que mientras sonaban los tonos de llamada, de puro nerviosismo paseó el puntero por las distintas carpetas etiquetadas.

—Se trata del año pasado. María Dolores Enterría Gimeno.

—La tía Dolores.

Laura tenía una memoria asombrosa para recordar a toda la gente que había pasado por sus manos, fuera en la consulta privada o en el servicio de mediación. Este caso en particular por una parte le había

emocionado, y por otra le había dado la sensación de que había fracasado en su principal objetivo: cambiar los roles de las partes, el concepto que tenían del otro cada una de ellas. Se había llegado a un acuerdo, sí, pero en el método de mediación transformativo que ella practicaba eso era muy, muy secundario, y podía tener las patas muy cortas.

—¿Qué ha ocurrido?

Laura escuchó como su jefa cogía aire antes de contestar:

—Se ha suicidado, Laura. La han encontrado muerta, atiborrada de pastillas.

La psicóloga contuvo un grito, atrapando el aire de su boca abierta. No consideraba que, a primera vista, la mujer tuviera tendencias suicidas. Parecía una persona muy sensible, y la soledad era su sombra, hasta el punto de que pensaba que su caminar lento era porque esa soledad la doblegaba. Esa falta de compañía era su severa institutriz y el motor de todos sus actos. Sí, podía ser. Podría ser que, si las cosas no salieron con su vecino y sus hijos como ella esperaba, la señora Dolores hubiera determinado que, en su caso, había pasado ya el último tren. Tenía sentido, sí, ahora que lo pensaba. Pero era evidente que se trataba de algo más, de algo que tenía que ver con ella.

La conclusión se abrió paso: la estaban culpando. Culpaban a Laura del suicidio de aquella señora. Lamentaba más que nadie esa muerte. Sin embargo, la parte de ella que no quería que la pisotearan sin motivo le recordaba que de eso a ser la culpable del suicidio de esa pobre mujer había una gran distancia.

—Gloria, era un procedimiento de mediación, y tú lo sabes. Ni siquiera la estaba tratando en terapia.

Un suspiro.

—Sí, Laura, lo sé. Pero dejó una nota en la que te culpabilizaba. La policía solo quiere… Es una formalidad, pero…

—¿Cómo? ¿Que dejó una nota echándome la culpa?

—Laura, insisto, deberías venir y…

Las lágrimas de rabia son las más rápidas, y las de Laura caían sin control sobre su abrigo, tan veloces que no le daba tiempo a limpiárselas antes de que la dejaran empapada.

—¿A mí? ¿Me culpaba a mí? ¿Y a aquella arpía no la nombra?

Gloria guardó silencio ante la explosión de su subordinada. Podría haberla reprendido, eso era lo que Laura anticipaba, pero esperó a que se calmase.

—Vale, Gloria, iré para allá lo antes posible —prometió—. Tengo abiertos varios frentes, pero iré a declarar.

—Mira, coge un vuelo desde Valencia hasta Bilbao. Yo te recogeré allí y de camino a Donostia hablamos. Sara que se quede con tu madre mientras tanto. ¿De acuerdo?

Laura se limpió la nariz con la manga, casi de manera instintiva. Notaba su rostro húmedo e hinchado, como si acabara de tener varios asaltos con un peso pesado. Dijo en voz baja:

—De acuerdo, así lo haremos.

—Coge el de las diez. A las doce te recojo en la terminal.

Gloria colgó, sin más, y Laura se quedó sosteniendo el teléfono, frío como un bloque de hielo en contacto con su piel, caliente y enrojecida.

Esta vez no pensó en Sherlock Holmes, sino en James Bond o, más concretamente, en una cita de su creador, Ian Fleming:

«Una vez es coincidencia, dos, casualidad».

—Y tres… —murmuró completando la cita—, el ataque de un enemigo.

SAN SEBASTIÁN

A Iñaki Arresua, en su paseo por el casco viejo de San Sebastián, todo le parecía familiar y, a la vez, desconocido. Puede parecer contradictorio, pero imaginemos a Charlton Heston descubriendo la Estatua de la Libertad, al final de *El planeta de los simios*. Es su planeta, sí, se da cuenta de que la playa es una playa terráquea, el caballo podría haber corrido en un hipódromo, la chica podría ser su tataranieta, pero… no es su mundo.

Así se sentía Arresua al tomarse un *pintxopote* frente al Teatro Principal, allá por la calle Mayor, muy cerca de su pastelería favorita. Joder, hasta habían montado un sitio de sushi unos chinos que no sabrían ni decir *egun on*. Todo había cambiado desde el abandono de las armas, o eso consideraba Iñaki. La gente se había acobardado, acojonado. Ya no reivindicaban nada. Arresua pensó que su primito estaría volando en una nube. O aburrido, ¿quién lo sabía? Un vasco guardia civil, la madre que lo parió. Ese sí que era un delator. ¿Y la doctora? «Y dale con pensar en la puta doctora», se reprendió. En una mesa contigua, los golpes de fichas de dominó atronaban el ambiente. «Míralos. Ya no hay amenazados, ni amenazas. Ya no hay pintadas. La gente sigue con su vida, y con sus relaciones, como si nada hubiera pasado y les hubiesen dicho: "ya vale, ya podéis dejar de interpretar vuestros papeles, y no hace falta que os los llevéis a casa"». Pues sí que había pasado, hostia. A él le pasó. Como Caín con Abel, su propio tío destrozó la vida de su padre por colaborar con la banda armada y sacar beneficio de ello. Y ni siquiera se lo había podido hacer pagar.

Y después, ni en la cárcel estuvo tranquilo, con esa doctora enseñando sus vergüenzas a sus vecinos. Y a toda España. Menudo famosete estaba hecho. Le extrañaba que no le hubieran llamado aún de uno de esos programas que, a veces, los presos también veían. Se sentía observado por miradas veloces; al fin y al cabo, todo el mundo sabía quién era, incluso sin la intervención de la doctora. Estaba en tierra de nadie: no era una víctima a la que compadecer, ni un adalid de la lucha armada al que algunos siguieran vitoreando; no era miembro de ETA, aunque simpatizara con su causa pero no con sus métodos, y su familia hubiera hecho negocios con ellos. En realidad, no sabía aún quién era en ese viejo-nuevo mundo en el que se suponía que los roles habían dado la vuelta. Lo primero, claro, era reconstruir el negocio. Coger su parte y crearlo desde cero. Al fin y al cabo, las

tiendas de componentes informáticos de la familia sirvieron de tapadera para sus chanchullos con la banda, su puesto de información en el que susurraban nombres de objetivos y en el que los que querían dejar de serlo depositaban sobres y maletines. Las dos tiendas aún estaban en pie, y con parroquianos fieles que admiraban la lucha de su familia a favor de la causa. ¿El dinero? Eso era otro cantar. El dinero se esfumó, dilapidado por las deudas y los vacíos de poder que había dejado el encarcelamiento de su padre y el suyo propio. Todo se desvió a una empresa de *software* de soluciones ofimáticas y antivirus creada por su tío y su pareja sobre la que él no tenía ningún control. No estaba arruinado, y, pese a lo jodido del tema inmobiliario, contaba con una pequeña herencia y tenía una casa con un terreno que podía vender con cierta facilidad. Alquilar no, ni de coña; como para que se le metieran dentro unos de fuera y le destrozaran lo poco que conservaba del legado familiar. Vale, no nadaba en la abundancia, y de la entrada vip en el Bataplán y de los coches lujosos se podía ir despidiendo. Pero seguía teniendo muchos contactos en el deporte, por su pasado como boxeador. Le atraían las apuestas y las nuevas posibilidades legales que ofrecía Internet, un escenario más fuerte que nunca tras la pandemia. Si es que su tío no venía a jodérselo, el muy… Ojalá lo hubiera matado cuando tuvo la oportunidad y las cosas no se hubiesen quedado a medias entre ellos.

—*Kaixo*, guapo. Hacía mucho que no te veía.

Iñaki se miró un momento al espejo que tenía frente a él antes de levantar la vista y contestar a Arantxa, la camarera. El tiempo le había hecho mella, pero veía su piel pálida y los ojos verdes encajados en un rostro anguloso que parecía cortado por un tiralíneas y se sintió seguro.

—Como unos nueve años. Nueve años sin ver a una mujer fuera del trullo y solo a una dentro, y tú eres la primera que me dirige la palabra desde entonces.

Arantxa se puso una mano en la cadera en plan *pin-up*, mientras que con la otra sujetaba la bandeja.

—¿Y eso me da derecho a algo?

—Quizás sí —repuso Iñaki.

Aquella noche, en la oscuridad, mientras su cuerpo encajaba con el de Arantxa entre unas sábanas que olían a viejo, solo podía ver el

rostro de Laura Olmos.

—¿Qué haces, cabrón? ¡Me estás haciendo daño! ¡Quita, joder!

Iñaki se miró las manos que acababan de rodear el cuello de Arantxa. No parecían suyas. Al menos, ahora sí veía el rostro de la camarera.

—Pírate de aquí, desgraciado.

Iñaki se levantó y se vistió sin hacer ningún comentario, ni siquiera una disculpa. Pero muy preocupado por lo que le acababa de pasar. Tenía que aclarar las ideas.

Y, a lo mejor, llamar a la doctora Olmos.

BILBAO

Los pequeños contratiempos se acumulaban en algo tan sencillo como volar desde Valencia a Bilbao. Una mierda de sándwich en el aeropuerto, una eternidad para despegar, los auxiliares de vuelo con miradas que perdonaban la vida… Laura suponía que eso no era culpa del «Adversario» (así apodaba ahora a ese ser invisible que le estaba jodiendo la vida), sino de esos infortunios típicos del día a día que despachamos con un «joder» antes de seguir adelante. Pero, claro, cuando tu vida se vuelve del revés de la noche a la mañana, eres mucho más sensible a ese tipo de cosas. Son la sal que cae en una herida ya abierta, y no contribuyen a superar el dolor.

Con el cabeceo del aterrizaje, y mientras el avión iba en lo que, con gracia, se denominaba el «modo taxi», Laura se planteó si lo del Adversario era no una persona real, sino una especie de pensamiento mágico, una personificación de la terrible racha de mala suerte que sufría. A lo mejor se estaba volviendo paranoica. Quizás no había nadie detrás de todo aquello, más allá de un conjunto de descuidos y el hecho de que su profesión, no cabía olvidarlo, trataba sobre gente que no estaba del todo en sus cabales.

«Que seas una paranoica no quiere decir que no te estén persiguiendo», se dijo cuando el avión paró junto a la terminal y se escuchaba la lluvia de chasquidos de los cinturones.

Fuera como fuese, tendría que coger de cara los problemas, arrancarles las extremidades a mordiscos y luego tirar sus torsos a la hoguera.

Otra eternidad mientras esperaba a que se abrieran las puertas. Su resolución iba y venía como una ola. Necesitaba ver a Gloria. Necesitaba salir de ese avión. Necesitaba…

Se abrieron las puertas, y la psicóloga se apresuró por el pasillo con la manada. Por supuesto, la típica ancianita que va lenta. Por supuesto, el tipo que obstruía el pasillo tratando de sacar su maleta encajonada en el portaequipaje. Todo eso se daba por descontado. La cara de Laura era un poema, tanto que no miró siquiera a la auxiliar de vuelo que se despedía de ella.

Sintió el viento frío al bajar por la escalerilla y, por fortuna, como no había maleta que facturar, al menos se pudo ahorrar unos minutos en la cinta de transporte de equipajes.

Salió a la libertad, como si el aeropuerto fuera a explotar en cualquier momento.

Y allí estaba, vestida con un traje de chaqueta azul, con unas zapatillas de deporte también azules. Gloria, su jefa. Ojos oscuros de mirada inteligente, pelo rizado y moreno. Labios carnosos. Hacía un lustro o dos, un bellezón. Ahora, también, pero con un barniz de amargura. En los años que Laura había estado con ella no le había conocido pareja estable. Una gran jefa, leal con sus subalternos, y una compañera más cuando tocaba serlo. Pero solo cuando tocaba.

—Has tardado una eternidad. He estado por dejarte plantada —le dijo a Laura mientras le colocaba la bolsa de viaje en el maletero.

—Solo me hubiera faltado eso...

—Tranquila, ya estás dando el primer paso para arreglar las cosas.

Se cerraron las puertas del pequeño Toyota de Gloria. Seis años y aún olía a nuevo. Lo llevaba tan impecable como las ideas. Lo apodaba «su pitufo» por el bonito azul metalizado. Siempre llevaba puesta música *chill out*, lo que fue un baño de sosiego para Laura, que inspiró hondo y cerró los ojos mientras salían del perímetro del aeropuerto.

—¿Has comido? No me han dado hora para pasar por comisaría —le preguntó Gloria cuando enfilaban la autovía.

—Nada, una mierda. Pero tengo el estómago cerrado.

—Pues nada de un chuletón, pero hay un sitio de sushi que te mueres cerca de la comisaría.

—Vale, eso lo acepto.

—Ja, siempre has tenido hueco para el *sushi*.

—Vaya que sí. Y supongo que tendré que comer.

—Comer, dormir… Tienes que procurar cuidarte lo más posible.

Aunque los…

—Sí, lo sé. Aunque los disparos lluevan sobre nosotros, encuentra tiempo para cuidarte. Siempre nos lo decías.

Gloria asintió.

—Y es cierto, Laura. Hay que afilar el hacha antes de seguir talando árboles. En lo que no me hiciste caso nunca es en lo de no ser una vaquera solitaria.

—Vale, ahí va. El sermón.

—Nada de sermones, Laura, tú ya eres mayorcita. Y una excelente profesional. Pero en las mediaciones siempre te gusta ir de llanera solitaria, como una superheroína salvaje.

«No sabes ni la mitad», pensó, y una descarga de sentimiento de culpa le recorrió el cuerpo.

—Tengo a Sara.

—Sara no es mediadora a tiempo completo, es nuestra asesora jurídica y nuestra investigadora de vez en cuando. No es lo mismo. Y tiene su… propio estilo. Yo lo que siempre he querido es que, en ciertos casos, en esos en los que las cosas se te pudieran escapar de las manos, tuvieras la ayuda de otro mediador más experimentado.

—¿Lo dices por este, Gloria? Este caso era sencillo. Se resolvió en dos sesiones.

—A lo mejor otro mediador te hubiera dicho que eso era muy poco. Que estaba cerrado en falso.

—Oye, que yo no mando, y lo sabes perfectamente. Si las partes llegan a un acuerdo, yo no lo puedo impedir.

Lo dijo más alto de lo que pretendía.

—Baja ese tono, Laura.

Vio la intensidad de los ojos negros de Gloria, en los que ardía un fuego oscuro, a través del espejo retrovisor. Eso, al igual que Perseo con Medusa, la salvó de caer fulminada por su mirada.

—Perdóname, Gloria —dijo mientras notaba que se le escapaban las lágrimas—, pero estoy muy mal. Me siento muy mal. Quizás tengas razón, quizás tendría que haber hecho un mayor seguimiento, y ahí me equivoqué. Pero sí, lo cierto es que ellos quisieron llegar a un acuerdo.

Con un nuevo asentimiento, Gloria aceptó el razonamiento de Laura. El fuego de sus ojos bajó de intensidad.

—¿Cómo está tu madre? —dijo cambiando de tema.

—Todo lo bien que se puede esperar. Pero ha pasado algo muy raro con su seguro de responsabilidad civil… Sara está investigando.

Surgieron grietas en las mejillas de Gloria.

—¿El qué?

Laura se lo contó.

—Laura, ¿qué está pasando?

—No lo sé, Gloria. Pero me temo que esto no es más que el principio.

—Cuéntaselo a la policía —le aconsejó su jefa.

—¿Para qué? No me van a creer.

—Da igual, hazlo.

Laura le dijo que sí, que se lo diría, pero no estaba tan segura de que, en el momento indicado, fuera capaz de hacerlo. Habría que verse en la situación, todavía no estaba en ella. «Yang Sudah Ada», decía su aplicación de mensajería. Significaba en paquistaní «el que ya está allí», y era una frase que se repetía como un mantra cuando le tocaba bregar con una situación jodida de verdad. Le ayudaba a visualizar la situación, a estar allí de manera anticipada, a verse resolviéndola. Cuando volvía a la realidad después de hacer ese ejercicio, ya le parecía tener el camino medio hecho. Eso intentaba mientras se acercaban a Donostia, cada vez más cerca del *sushi* y, por tanto, cada vez más de la comisaría. Y de arreglar las cosas, o empeorarlas.

—No sé si saltarme lo del *sushi* y coger el toro por los cuernos ya —le dijo a Gloria.

—Mejor que vayas con el estómago lleno, cagada y meada, chica.

—¿Crees que…? ¿Crees que voy a pasar un largo rato?

Gloria se encogió de hombros.

«Por si acaso», pareció decirle.

Mientras comían hablaron de cosas triviales y Laura no quiso contagiarse del pesimismo de su jefa. Quizás todo sería mucho más fácil de lo esperado. Tenía que convencerse de eso, pues sabía, como psicóloga, que de sus creencias dependería su actitud, su lenguaje verbal y, en especial, su lenguaje no verbal, aquel que los policías estaban entrenados para detectar como sabuesos. Tenía que inventarse una historia, un discurso, y creérselo. Si no lo creía ella, no lo creería nadie. Pero ¿cuál era? Lo cierto es que Laura pensaba, por lo poco que sabía del caso, que ella no tenía ninguna culpa de nada. ¿Por qué una suicida se ensañaría con ella en su carta de despedida? ¿La habían falsificado, como la firma de su madre en el seguro?

Algo asomó, como siempre, en el razonamiento de Laura. El hombre del martillo, dispuesto a golpear ese discurso, a destrozarlo, a hundir los cimientos. ¿Y si su madre, DE VERDAD, no estaba otra vez en sus cabales? ¿Y si ella misma, DE VERDAD, la había cagado hasta tal punto que por su culpa una anciana solitaria había decidido quitarse la vida?

—No, no puede ser.

Lo dijo de pronto, mientras supuestamente, porque no era cierto, escuchaba a su jefa. Se llevó la mano a la frente como si pensara que tenía fiebre, y luego se frotó la cara.

Gloria calló a mitad de frase, consciente de que, en realidad, Laura asentía a sus historias de manera automática. Le cogió la mano y la miró a los ojos.

—Laura, estoy segura de que nada de esto es culpa tuya. A la mierda lo de la comediación, y al diablo si voy a aprovechar este momento para meterte en cintura. A la mierda todo. Tú no eres

culpable y te voy a apoyar hasta las últimas consecuencias. Como siempre hago con los míos.

Laura sonrió. Se sentía mucho más fuerte con aquellas palabras. Era lo que necesitaba escuchar. Se dijo que sí, que sí existía un adversario, y que no la iba a derrotar. No con facilidad, al menos. Allí estaba su primera victoria, el apoyo de su jefa. Se daba cuenta de que, de manera inconsciente, siempre había buscado su aprobación. Rara vez le hacía caso y no podía evitar que fuera una llanera solitaria, pero siempre, en todo momento, la admiración por Gloria había sido una constante. Las palabras amables eran esquivas. Las palmaditas en la espalda escaseaban, y eso, a menudo, le resultaba doloroso. Por eso fue un tanto en el marcador que le supo a ambrosía. Una sensación dulce que se mezclaba con la hiel de sentir que la estaba traicionando.

—Gracias, Gloria. Gracias de verdad.

—Y ahora, no lo dudes: vamos a pedir un postre que llevará tanto chocolate que es posible que tengas azúcar en la barriga para resistir varios días —le dijo guiñándole el ojo de manera encantadora—. Y luego, a por esos cabrones.

—A por esos cabrones, y a por todo lo que nos venga por delante —brindó Laura con la bebida isotónica que se había pedido.

El hombre del martillo de su cabeza se quedó quieto, aguardando a una próxima oportunidad, no sin antes preguntarle a Laura, con una sonrisa cruel, cuál creía que iba a ser el siguiente paso de su Adversario.

SAN SEBASTIÁN

No la llevaron, como temía, a un oscuro cuarto con un espejo que solo reflejara por un lado. No entró un poli bueno y luego un poli malo. Fueron amables, le ofrecieron hasta un café. Le comentaron que era una declaración como testigo en una investigación policial, en la que estaría presente un juez de guardia. Pero le remacharon la palabra «testigo» varias veces. Así que de abogados, ni hablar, no hacía falta. Sara le había dicho antes de salir que no fuera tonta, que la dejara acompañarla, que lo de su madre en un par de días no iba a avanzar nada. Pero Laura no cedió. Sara Atxaga era precisamente la única en la que podía confiar para proteger a su madre cuando ella no estuviera. De ese pensamiento, mientras esperaba a que entrara el juez, saltó sin saber cómo a darse cuenta de que no tenía hecho testamento. ¿Para qué, si era tan joven? La vida le había enseñado que nadie es demasiado joven para morir, que puede ocurrir en cualquier momento y que, si no había testamento, comenzaban los líos. Al menos, reflexionó, Sara le había asegurado que como Laura, pese a su atractivo, aún vestía santos («mira que eres zoqueta, neni», le decía), los bienes pasarían, precisamente, a su madre. Pero Laura pensaba que tenía que dejar las cosas mejor atadas. Era algo que le rondaba la cabeza desde la noche anterior, mezclado con todos los pensamientos dispersos y saltarines sobre sus problemas y sus consecuencias. Eran producto de esa sensación de peligro indefinido que experimentaba. Estaba segura.

Sus pensamientos se interrumpieron por la llegada del juez, un caballero de pelo canoso y gesto adusto cuya toga ancha dejaba bien a las claras su sobrepeso. Se ajustó las gafas, y al hacer las preguntas acompañado de los dos policías y una funcionaria miraba a Laura por encima de ellas.

—¿Por qué cree que la señora María Dolores Enterría la culpó a usted de su suicidio en la misiva?

—No lo sé. Solo realicé con ella dos sesiones de mediación, en las que, aunque yo no ejercía como psicóloga en aquel momento, sino como mediadora, no me pareció que presentara rasgos depresivos, más bien una pesadumbre ante una soledad que le costaba cada vez más llevar... Pero de ahí a hablar de tendencias suicidas, obra un mundo.

El juez se quitó las gafas. Laura esperaba severidad, pero solo había firmeza.

—Señorita Olmos, sé muy bien lo que es una mediación, lo que implica y lo que usted puede llegar a hacer en ella. Y en ningún caso la creo presunta culpable del suicidio de esta mujer, en el sentido de una manifiesta negligencia profesional. Si la hubiera tratado como psicóloga, a lo mejor estaríamos en otros términos, y no le voy a negar que esos términos se han manejado en conversaciones referentes a este caso. Pero, en lo que importa, pues soy el juez instructor que está dilucidando si existió algún tipo de delito en la muerte de la señora Enterría, yo no creo que usted pudiera, por muy mal que hiciera la mediación, causar ese efecto en esta señora. Otra cosa podría ser una posible responsabilidad civil derivada de una negligencia profesional que no fuera constitutiva de reproche penal, y al respecto sé que el Colegio de Psicólogos le ha abierto un expediente.

Laura abrió los ojos. ¿Expediente? ¿Por qué Gloria no le había dicho nada? Tampoco había recibido notificación alguna.

—Ahora bien, dicho esto, sí que necesito que me ayude a dilucidar una cuestión clave: por qué esta señora, en su última carta, se toma tiempo para culparla a usted. Y solo a usted.

Laura miró el vaso de plástico que le habían ofrecido. Intentó buscar una respuesta a la pregunta, porque también la consideraba fundamental: ¿por qué ella?

—Solo se me ocurre una posibilidad de que por propia voluntad me considerara culpable de su desgracia: la decepción —dijo por fin.

Los escasos segundos en los que se esperaba su contestación habían sido un lento arrastre por los laberintos de su memoria. En esas paredes cambiantes del recuerdo había visitado estancias de sus experiencias, de sus estudios, y en muchos de sus pasillos había visto a aquella mujer gruesa, tímida, con un hilo de voz, con los ojos apagados, agarrando su bolso como si fuera su último asidero. Probablemente, un regalo de su esposo.

—Explíquese —pidió el juez.

—Yo la llamé, le abrí la puerta a una posibilidad de ser feliz de nuevo. Ella se ilusionó, y esa puerta, en cambio, se le cerró en las

narices. Podría haberme tomado como personificación y catalizador de esa decepción.

—Ya. Es posible. Entonces, permítame decirle que lo mismo hubiera ocurrido con cualquier mediador.

—Agradezco su comprensión, señoría —dijo Laura con una sonrisa —. Ojalá tenga la misma el Colegio de Psicólogos, pero ese sería un buen motivo, considero, para acreditar que no fue mi negligencia la que causó el suicidio de esa pobre mujer. Solo hay un problema: en realidad, no creo que sea cierto.

Por primera vez, el gesto adusto del juez sufrió una caída. Los rasgos marcados casi parecían en sus pies, bajo el peso de la confusión.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Ya le he dicho que esa sería la posibilidad más verosímil de haber actuado por voluntad propia. Eso explicaría el motivo de mi mención en la carta, pero apostaría la vida a que solo me nombra a mí en esa nota. Ni siquiera nombra a su esposo siquiera para recordarlo, ni a su vecino, el otro mediado. Y, en especial, no me sorprendería que no dedicara una sola línea a la mujer de su vecino. Podría creerme, bajo la explicación que le he dado, que nos culpara a todos. Que los culpara a ellos, y que, por esa decepción, también me culpara a mí. Pero ¿solo a mí? Esa carta ha sido falsificada, o indujeron u obligaron a la señora Enterría a escribirla.

Laura no podía creerlo. No sabía de dónde venía la fuente de la seguridad que sentía en esos momentos al hacer tales afirmaciones ante un perplejo miembro de la judicatura que tenía más ganas de cerrar el expediente que de cualquier otra cosa. Pero Laura se daba cuenta de que ese sería un cierre en falso, una herida cubierta por una venda mientras alguien seguía acuchillándola. Tenía que provocar dudas, mover el avispero, sin saber a dónde podía eso conducirla.

—Lo… Lo que me cuenta es increíble. Lo siento, pero no puedo aceptarlo dados los indicios. Pediré más informes que me ayuden a esclarecer el caso, pero me niego a ir por esa dirección. No la voy a imputar de nada, pero manténgase localizada.

Dicho esto, cogió los expedientes, y él y la Letrada de la Administración de Justicia del juzgado se levantaron y la dejaron sola.

Incluso apagaron la luz, como para hacer un subrayado de la situación en la que se encontraba Laura.

Y sí, se sentía muy sola. ¿Realmente lo estaba? Siempre fue una solitaria, una independiente, se había sentido incómoda pidiendo favores. Ahora tenía que arrastrarse, implorar ayuda. La pobre Sara en Valencia, descuidando su trabajo y protegiendo a su madre. ¿Por cuánto tiempo? ¿Y ella misma? ¿Cuánto tiempo podría estar alejada de sus expedientes, de sus asuntos? No mucho. Tendría que llevarse a su madre a su piso en Donostia. No tenía otro remedio. Quería protegerla, por supuesto. La perspectiva le horrorizaba, le parecía un paso atrás. Se sentía horrible por ese sentimiento tan egoísta, pero no lo podía evitar. Se preguntó cuánto discutirían, cuándo la tendría que reñir, porque sabía que ese momento llegaría. Era curioso cómo los extremos se tocan, cómo los padres se convierten en hijos al final, como si fuera un equilibrio que mantiene el perpetuo movimiento.

Apretó los labios. Gloria la estaba esperando fuera, y a ella tampoco quería pedirle ayuda. Era su jefa, sabía que estaría allí para apoyarla si las cosas se torcían, mas no quería recurrir a eso. No que la salvaran. Pero existía la posibilidad de que lo necesitara.

Se levantó y caminó despacio hacia la puerta, dejando la penumbra a su espalda.

PISO DE LAURA OLMOS EN SAN SEBASTIÁN

Al llegar a casa aquella tarde, Laura hizo un recorrido no determinado del que no podría acordarse ni bajo tortura, antes de caer rendida de sueño y de cansancio. Pasaron nueve horas hasta que su reloj interno le dijo que ya estaba bien el asunto y se despertó, para su sorpresa, descansada. Tuvo un momento de confusión, de no saber muy bien dónde se encontraba o si los acontecimientos de los últimos días habían sido una pesadilla, de esas tan reales que transcurren en un cortísimo espacio de tiempo, y en las que los detalles son tan vívidos que casi parecen adherirse a tu vigilia como una garrapata. Pero no; tras esos momentos tomó plena consciencia acerca de en qué punto, geográfico y de situación, se encontraba.

En uno muy malo.

Por fortuna, esos enanitos del turno de noche que trabajan en nuestro cerebro habían hecho aquello para lo que se suponía que se les pagaba: ordenar sus ideas, clarificarlas como parte del proceso del sueño.

Entró en el ordenador para repasar sus expedientes. Laura era una obsesiva de la seguridad, y no solo por las consecuencias legales de no hacerlo. A través de un compañero, un experto en informática típico de las películas de *hackers*, uno de esos con sobrepeso y granos (aunque este era más sociable), había instalado programas que formaban una barrera que Josemi, que así se llamaba el David Lightman de Donostia, calificó de nivel «no se la saltan ni los chinos». Además, otro ejecutable que, de manera automática al iniciar el PC, advertía de cualquier intromisión sin que el intruso pudiera evitarlo por mucho cuidado que tuviera. Era el equivalente, le explicó, de poner un cordel fino atado al pomo de una puerta. Si el hilo estaba roto, ya sabías el pastel y lo que podía significar.

Encendió el ordenador y una carita sonriente le confirmó que, por lo menos, por ahí no habían entrado. ¡Bien!

Eso solo dejaba como opción una intrusión a través del servicio en la nube de la Fundación (que habría sido también advertida por los servidores) o una intrusión física en los ordenadores de la sede, que

tampoco hubiera pasado desapercibida.

«Vale. Seas quien seas, no tienes todos mis expedientes».

A pesar de eso, Laura decidió que haría un seguimiento de algunos de sus casos. No de todos, porque eso se le antojaba imposible después de tantos años de práctica.

Se dijo que, dado que la metodología del Adversario era llegar a ella, pero de manera oblicua, rodeando y atacando su periferia, podía descartar asuntos en los que hubiera trabajado en equipo. Pero esos no eran muchos, dada su vocación de llanera solitaria. La única relación que veía entre su madre y la señora Dolores, aparte de una edad aproximada, era la debilidad de ambas, su fragilidad y aislamiento. Si sus sospechas eran ciertas, el enemigo buscaba personas solas, en las que él, de alguna manera, pudiera influir sin interferencias. Su madre, sola en Valencia; la señora Dolores, también sola. Era una relación, una pauta, pero al tratarse únicamente de dos casos, aún era muy poco.

«Los métodos del adversario no son rápidos, requieren su tiempo. Quizás ya está actuando sobre otras personas de mi pasado, gente que ya debe de estar notando algo. Aunque no serán tan próximas a mí como para despertar sospechas tan pronto, o que relacionen lo que les está pasando con el hecho de conocerme».

Laura se dio cuenta de que necesitaba un listado de personas a las que hubiera tratado en el pasado y que se encontrasen solas, en una posición de dependencia.

«Dependencia. Eso es».

Atacaría a personas que no tuvieran a nadie, frágiles. Que pudieran llegar a depender de él. O de ella. Maldita sea, no se le había ocurrido. Podría ser una mujer.

Se estaba volviendo paranoica.

Saltó de la silla. Un pinchazo le alcanzó la médula espinal, o eso le pareció. Una descarga eléctrica que solo era el timbre del teléfono fijo. Nadie llamaba al fijo, salvo los teleoperadores. Ni siquiera lo tendría si no viniera integrado con la conexión a Internet.

El teléfono sonaba, sonaba. La sensación invasiva del primer

momento dejó paso a un perezoso fastidio, y luego, con el noveno timbrazo, a la aprensión. Se acercó, pensando si cogerlo o no. Lo miraba, como si intentara convencerlo de que se callase, de que guardara silencio. La casa estaba a oscuras, y ella, lejos de la lámpara de su despacho. Encendió la luz. El teléfono dejó de sonar.

Laura aguantó la respiración, convencida de saber lo que pasaría a continuación.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo. Otra idea cruzó su mente, contrapuesta a la anterior: ¿y si era importante?, ¿y si ocurría algo malo si dejaba de cogerlo? Laura advertía a sus pacientes contra las ideas irracionales, esas que dictaban que, si dejabas de hacer alguna cosa, esa omisión podría marcar tu rumbo, tu destino. Empujarte a algo malo, indefinible, una consecuencia negra de tu decisión.

Lo cogió.

—¿Diga?

Silencio.

—¿Diga? ¿Quién es?

Una canción. Comenzó a escuchar una canción al otro lado de la línea. Parecía un ritmo latino, pero Laura no estaba segura de cuál era. ¿Bachata?

Parecía una puta bachata, pero le aterrorizaba. Le recordaba a esas canciones que escuchas cuando te encuentras en una llamada en espera. La letra repetía una y otra vez una palabra: obsesión.

Laura colgó el teléfono, de manera tan violenta que base y auricular cayeron al suelo. Daba igual: la música, bajita, seguía al otro lado. La comunicación no se había cortado. Era un insecto que se negaba a morir. Gritó y tiró del cable, arrancándolo. Solo entonces se hizo el silencio.

No era mentira, no era una paranoia. Alguien iba a por ella. Alguien sutil, pero que le tenía muchas ganas. Alguien con la virtud de Job, pero que no había podido con la tentación de dejarse ver, de no ser una mano completamente invisible.

¿Quién? ¿Un paciente? Se dio cuenta de que estaba totalmente

perdida. Que su idea de intentar descubrir dónde atacaría su enemigo la próxima vez era una quimera. Podría ser imprevisible, incluso aleatorio. Lo de las habilidades psicológicas sí que lo tenía claro. Sabía manejar herramientas, de manera innata o aprendida. Al menos aprendida de forma rudimentaria. Se quedó con esos datos y los apuntó en el portafolios de su despacho, el que utilizaba para anotar las ideas de las partes en mediación. Aquí tendría que hacer lo mismo.

«Alguien de tu pasado (o de tu presente)».

«Que no dudaría en hacer cualquier cosa, a mí o a los míos».

«Conoce mis casos».

«Maneja herramientas conductuales (¿psicólogo?)».

Se permitió una nota de humor, y la escribió con una sonrisa amarga:

«Le gusta la bachata. Y de las horteras».

Se dio cuenta de que no tenía nada más, y que solo había una forma de obtener nuevos datos.

Que volviera a actuar, que se dejara ver. Cuanto más actuara, más detalles, más huellas cedería. Era muy probable que los grandes estoques, el momento incluso de la violencia física, se dilatara en el tiempo. O eso creía ella.

«¿Llegará a ser capaz de atacarme?»

No podía hacer nada más, por el momento. Solo esperar. Ir apagando los incendios según vinieran y aguardar. Esperar un error del Adversario.

CIUDAD DE LA JUSTICIA, VALENCIA

MAYO DE 2023

Sara disfrutaba con el sol de Valencia. Cálido, directo, sin rodeos. Te subía el ánimo nada más salir a la calle, te acompañaba, lo echabas de menos al caminar a la sombra —y vaya si bajaba entonces la temperatura—. Pero, cuando volvía a tocarte, de nuevo te sentías bien. Más que bien. Eras otra: más vital, más alegre. Era un turbo para su carácter dicharachero. Envidiaba a Laura por haber crecido en el clima mediterráneo. Se le ocurrió que habían sido cambiadas de lugar de nacimiento geográfico por un accidente cósmico. Consideraba que Laura era la valenciana más vasca que jamás hubiera conocido, y a ella la anulaba el clima de su tierra. La vida era injusta.

Por eso notó que su chispa se apagaba en cuanto entró, como había hecho casi cada día desde su llegada a la capital del Turia, por la puerta de la Ciudad de la Justicia de Valencia. Quería ver de nuevo el expediente sobre el incendio de la casa de la madre de Laura. Los informes de los peritos de las distintas compañías aseguradoras de los perjudicados se amontonaban sin cesar. Documentaban los daños a la propiedad que las compañías iban estimando, y cada día parecía entrar uno nuevo. En total, parecía que iban a concurrir quince perjudicados, incluyendo los dueños de los bajos. El asunto, que en principio hubiera correspondido a los juzgados de Torrent, había sufrido un traslado a Valencia a petición de la defensa, en base a que María del Carmen Olmos seguía empadronada en la capital. Ninguna de las partes se había opuesto, ya que, a fin de cuentas, el juicio oral se iba a celebrar en la Audiencia Provincial, y era más cómodo para todos.

La Ciudad de la Justicia de Valencia le parecía a la abogada vasca una especie de centro comercial del derecho, con sus monísimos ascensores transparentes que le daban vértigo si miraba a través de ellos los pisos que iba dejando debajo, y su amplio vestíbulo. Perderse era bastante fácil, y el primer día se armó un lío de cuidado, pese a haber consultado los directorios nada más llegar.

—¡¡Hooola, chicoos!!

Los miembros de la Benemérita que custodiaban el acceso y obligaban a los justiciables, así como a los que no eran partícipes de la maquinaria de la mujer con la venda en los ojos, a pasar por el detector de metales, siempre sonreían al verla pasar. Como abogada, tenía la prerrogativa de acceso sin hacer la incómoda cola; la sonrisa contagiosa de Sara y su desparpajo animaban la mañana de los agentes de la Guardia Civil.

—¡Hola, Sara! —saludó el mayor.

Era increíble ver cómo, en tan poco tiempo, Sara Atxaga se había ganado al personal. Ya se conocía no solo el nombre de su señoría, el de la Letrada de la Administración de Justicia y el del oficial que llevaba su caso, sino el de todos y cada uno de los funcionarios adscritos al juzgado.

Las demandas de las compañías de seguros, los documentos, las periciales…, se iban acumulando cada día sin dar respiro. Los tomos y los folios subían de altura como la torre de Babel, deseosa de alcanzar el cielo y de desafiar a Dios. A lo que desafiaba era a su paciencia, así como a sus ojos. Así que, desde unos días atrás, se hacía acompañar de Jorge, el procurador que había seleccionado para ser la personificación en el proceso de la señora Olmos. Un tío simpático y espabilado, pero que se veía desarmado ante el huracán Sara. Escritor aficionado, además. ¿Y quién no lo era ya?

—Hombre, guapetón —le dijo al engominado Jorge nada más verle, antes de plantarle dos besos—. Aquí está mi hombre. Creía que ya no me querrías después de lo que te he pedido.

Jorge se encogió de hombros y sonrió, con el color subido en el rostro.

—¿Nos tomamos un café antes de dejarnos unas cuantas dioptrías?

—*Clarooo*, pájaro. Hasta invito yo, mira.

Sara cumplió su promesa y convidó al procurador al desayuno (sin extras, eh) en la cafetería de las instalaciones. Parlanchina como siempre, le hizo mil preguntas sobre su trabajo y su familia, y le contestó otras tantas. Le caía bien el chaval, la verdad. Y ella a él. Pese a que Jorge ya estaba casado y Sara nada interesada en él, formaban una buena pareja judicial. Algunos abogados despreciaban a

los procuradores, los consideraban una molestia y unos vagos. Los letrados inteligentes (y ella lo era) sabían a la perfección que les ahorraban una gran cantidad de molestias y problemas. Había de todo tipo, claro, pero si encontrabas uno que cumpliera y se ajustara a tus manías, era como para no soltarlo. Y Jorge, le parecía a ella, era de esos. Discreto, listo y con recursos. La charla en el desayuno no era banal, sino una forma, también, de medir a su colaborador.

Él quiso coger el ascensor, pero ella lo retó como una chiquilla a ver quién subía antes las escaleras. Sara subió corriendo, provocando las miradas de serios togados a su alrededor, y Jorge, finalmente, aceptó; pero eso sí, con parsimonia, arrastrando los pies.

La funcionaria, tras poner los ojos en blanco y perdonarles la vida con una mueca, les puso todas las carpetas del expediente sobre la mesa de consultas del juzgado y cerró la puerta.

Allí estaban los dos, con carpetas, una vez más, que luchaban por llegar al techo.

Volvieron a escanear con la mirada las carpetas que ya se sabían casi de memoria. Tenían que seguir buscando un dato, un hecho que no cuadrara y que dejara en evidencia las tesis de los contrarios, que se iban armando con cada nueva pericial. Había solicitado, hablando de periciales, una caligráfica para estudiar la firma en la cancelación del seguro del hogar de la madre de Laura. No iba a tardar, pero algún presentimiento extraño le rondaba la cabeza. Los hechos no le cuadraban, y la actitud de la madre de Laura, tampoco. Se comportaba como una niña pequeña a la que hubieran pillado haciendo una travesura. ¿Y si lo canceló para ahorrarse pasta por el «no va a pasar nada»? Sara debía pensar en esa posibilidad como algo factible. Y si era así, tenía que descubrirlo antes de que los demás se lo echaran en cara. Debía ir un paso por delante. No hacer jamás una pregunta de la que no supiera la respuesta antes de formularla.

—¿Duermes, Jorgito? —preguntó ante la cara de aburrido de su procurador, que ya había pasado a la última pericial. Que a ellos les constara, era la última de verdad. Ya no quedaban más reclamantes por adherirse a la demanda.

—No —dijo por toda contestación.

Sara hizo el gesto de tirarle una pelotilla invisible.

—¿Qué estás, con el último informe pericial? Déjame adivinar: incendio por negligencia al acercar la señora Olmos quitaesmalte a una fuente de calor, que produjo una combustión y patatín y patatán…

Jorge no respondió. Se había quedado blanco como un espectro del bosque.

—Joder, no —respondió temblando—. Joder, mira esto.

Sara casi le arranca las manos al quitarle la carpeta con el informe. Venía firmado por alguien del colegio de ingenieros.

«Posible presencia de acelerantes».

Sara sintió que el corazón le daba un vuelco, y que nubes grises que habían pasado inadvertidas hasta entonces se hacían patentes precisamente por su repentina marcha. La sensación de pesadez que le acompañaba desde el inicio se hizo, acaso, más liviana.

Era la primera vez que se hacía una mención que no casaba totalmente con la de un accidente doméstico. Por el momento, el juez daba el beneficio de la duda a la señora Olmos, pese a las afirmaciones de sus vecinos, y no había ordenado su detención ni su declaración como investigada. Al menos, por el momento.

Porque esa mención a un posible agente propagador de las llamas gritaba «incendio provocado».

Marcos Ibáñez. Ese era el perito que lo firmaba. Era una línea aislada, que seguramente le habría pasado inadvertida al abogado de la asegurada o, más bien, al empleado que hacía las demandas en serie, a falta solo de la firma del letrado.

Sara anotó con el corazón desbocado el nombre completo y el número de colegiado de su verdugo con estilográfica y bloc de notas.

—Vale, Jorgito, creo que con esto nos hemos ganado un descanso —dijo Sara estirándose como una gata.

—¿Crees que van a ordenar su detención? —preguntó Jorge con los ojos como platos.

—Bueno, si el fiscal se fija en esto le va a tocar volver a declarar, y

aunque no la ingresen en prisión, dadas las circunstancias y que ya no puede destruir pruebas, es muy posible que la dejen en libertad con cargos —dijo Sara, procurando moderar su optimismo. Lo controlaba también para sí, teniendo en cuenta que era una única voz entre el coro, incluyendo a los bomberos. ¿Por qué ellos no habían apreciado algo así? Era otra cosa más a averiguar. Esto lo cambiaba todo. La pauta de normalidad se había roto. Y ahora tendría que descubrir el motivo, repasando de nuevo todos y cada uno de los informes. ¿Quizás el único que había investigado a fondo, que se interesó por el caso sin prejuicios y sin una opinión preconcebida era el tal Marcos? ¿Los otros cerraron el expediente sin más, sin comprobar nada más allá de que se trataba de una mujer que había tenido un fatal accidente doméstico? ¿O algo se le escapaba? ¿Qué era más sencillo, que Marcos Ibáñez fuese el único que se equivocaba, o que todos los demás estuvieran errados? Antes de hacer cualquier pregunta delante de un juez o de dar un paso procesal, tenía que averiguarlo.

***

Esa misma tarde, desde su improvisado despacho, Sara llamó al del ingeniero tras dar con sus datos de contacto en el listado del Colegio. Respondió al segundo timbrazo, como si esperara su llamada.

—¿Sí?

Sara contuvo el aliento un par de segundos antes de responder. Había bajado la guardia unos instantes.

—¿Sí? —repitió una voz grave, casi autoritaria. No parecía de a los que les gustaba tener que decir las cosas dos veces.

—¿Señor Ibáñez? ¿Marcos Ibáñez?

Sara fue consciente de que su timbre parecía el de una niña, en especial por teléfono. Estaba acostumbrada.

—¿Quién quiere saberlo?

Sara ya cogió carrerilla a partir de ahí, y la eficiente abogada tomó el mando:

—Soy Sara Atxaga, la letrada de Laura Olmos.

—Ah, sí, la del incendio.

—Exacto. He estado leyendo el informe pericial esta mañana. El que ha realizado para la aseguradora de la puerta siete, los vecinos del piso de abajo.

—Sí, los daños no han sido muchos en el caso de estos asegurados. ¿Qué quiere saber?

—¿Sabe por qué ha llamado su informe mi atención?

Sara escuchó una suave risa al otro lado del teléfono, que se estropeó con un carraspeo.

—Sí, sí, me lo imagino. Pero no se deje atrapar por esas líneas.

Sara frunció el ceño y compuso una mueca. «¿Qué me quiere decir este tipo?».

—¿Por qué dice eso?

—Supongo que se refiere a mi sospecha de que intervino un agente acelerante en el incendio de la vivienda de la señora Olmos. No creo que fuera una simple sartén al fuego lo que lo provocó. El incendio pudo comenzar así, pero luego existen «saltos». No he podido inspeccionar la vivienda en la que se originó el fuego, eso es asunto de los bomberos, y su informe no tardará, pero, en lo que a mí respecta, hay cosas que no me cuadran. El calor en ciertas habitaciones dañó el techo de nuestros asegurados en algunas estancias de su domicilio, pero en otras no fue para nada tan virulento. Eso no me parece normal.

El corazón de Sara ya daba triples saltos mortales, pero en su cerebro, la zona que conocía muy bien su fondo de armario dada su experiencia como letrada, una voz le recordaba que habría algo más. Siempre había algo más.

—Hay algo que no me está diciendo, ¿verdad?

Hubo un prolongado silencio al otro lado.

—No puedo darle más información. Lo declararé en su momento, si llega el caso.

—Claro que me lo puede decir —contestó con rapidez Sara, temiendo un corte brusco de la comunicación—. Soy la abogada de la señora Olmos. Si no lo sé antes, lo sabré después. ¿O va a ocultar elementos relevantes en su informe?

—Solo es una sospecha.

—Pues hágame partícipe —contestó Sara sin transigir. Tuvo la percepción, al escucharse, de que su voz ya no era la de una niña.

—Creo que fue provocado, sí, y que lo provocó la propia señora Olmos. Si viene a mi despacho le ampliaré detalles.

SAN SEBASTIÁN

Iñaki Arresua decidió que tenía que tomar un camino: volver a empezar o estancarse en el pasado. Decidió que era mejor la primera opción. El caso es que tenía ganas de intentarlo. Dio un largo paseo por la marginal del río Urumea, con las manos en los bolsillos, el corazón acelerado y el cerebro bullendo de ideas. Era tan rápida la sucesión que no venía una sin que apartara de un manotazo otras dos, desechándolas. Lo primero que tenía que hacer, ya que su deuda estaba saldada con la sociedad, era cambiar la estructura de la empresa. Si Shakespeare dijo en *Enrique VI* que lo primero sería matar a todos los abogados, lo primero que haría él sería matar a todos sus asesores fiscales. O despedirlos, que para el caso era lo mismo. Tendría que buscar a alguien que no le dijera lo que los de su clase quieren escuchar. De los honrados, estrictos, inteligentes y legalistas. Vamos, de los que cobraban poco. Iba a ser jodido encontrar alguien así, quizás un pollito de la facultad. Y nada de *abertzale*, sino votante del PP a poder ser. Descartó de inmediato el tema socios. Por experiencia sabía a dónde conducía la cosa. Entre la lluvia de ideas se le apareció Laura Olmos, maldita sea su estampa. ¿Por qué tenía que recordar a la cabrona que le había vendido? El caso es que ahí estaba. No sabía si era amor, si era deseo o una sensación de asunto pendiente, inacabado. Pero su rostro acechaba, se metía donde nadie le llamaba. Tenía que buscarla, que verla, que pedirle explicaciones. Se obligó a seguir pensando en el tema de los socios, lo zanjó con un «ni de coña» y luego recordó a su tío. El rencor que le guardaría, qué andaría haciendo en ese momento. Sabría que él estaría ya fuera de prisión y que, conociendo como conocía a su sobrino, su primera decisión tras paladear la libertad sería montarse un negocio por su cuenta.

Su tío, que antes muerto que ver la empresa legal, y un poco más y lo consigue.

Se preguntó si, mientras él andaba, sintiendo la rasca que provenía del Urumea, su tío Imanol estaría calentito, en el despacho de un abogado, planeando su ataque. Podría ser, incluso, que ese abogado ya hubiera estampado su firma sobre alguna notificación, alguna advertencia, algún aviso lleno de jergas legales incomprensibles más allá del subtexto evidente: «vamos a por ti, y te vamos a joder vivo».

No podía estar pendiente de eso ni un segundo más. Tenía que empezar a trazar su propia trayectoria. Como si su tío y el resto de su maldita familia no hubieran existido nunca. Estaba condenado a una vida solitaria, a Navidades vacías, por mucho que no las celebrara. A la mierda con todo. Reconstruiría su vida a partir de ese mismo momento. Una pareja reía, feliz, cerca de él. Los envidió. ¿La reconstrucción incluiría esos pedazos de felicidad? ¿O solo dinero? ¿La estabilidad económica le llevaría a la estabilidad sentimental? O, ¿de verdad necesitaba a alguien? Había aprendido a no depender de nadie, a hacerlo todo por sí solo. La mera idea de la compañía le resultaba, en aquellos momentos, tan lejana como su inocencia. Pero una parte de él no estaba segura de soportar un viaje tan largo sin una compañera en el barco.

Había perdido tanta práctica… Ahora no sabría por dónde empezar. Lo de tener novia era cosa de otro mundo, de una vida pasada de la que solo extraía fragmentos inconscientes. Conocer a una chica, cortejarla… Correr un Ironman sería más fácil. De camino a la librería procuró observar a las chicas que se iban cruzando con él, y le agradaban sobre todo las que sonreían sin ningún motivo en particular, a veces solo mirando al suelo. Algunas sí que cruzaron miradas que a él le parecieron apreciativas. Pero… ¿y si se equivocaba? No iba a abordarlas sin más, ¿no? ¿Y si se sentían molestas? ¿Y si llamaban a la policía?

El miedo, el miedo paraliza. Iñaki tenía más miedo a quedarse solo el resto de su vida que a su tío, a los chungos de la cárcel o al tipo que le había dejado el mensaje sobre Laura, fuera quien fuese. Era su debilidad, su kriptonita, y como tal le paralizaba a la hora de pensar en cualquier cosa que cambiara la situación.

Con esos pensamientos llegó hasta la librería casi sin darse cuenta, y se percató de que la librera, una chica morena de rostro dulce y ojos azules, era la primera mujer desconocida con la que hablaba desde su salida de prisión.

Le preguntó por los libros de gestión empresarial, e Iñaki aceptó el ofrecimiento de Beatriz, que así se llamaba según la etiqueta colgada en su camisa, para aconsejarle los mejores. Cogió uno de Peter Druker, junto con un añadido de Steven Covey, como inspiración. Y luego otros más técnicos sobre control de costes y *marketing* digital. Añadió un par de legislación del juego, *start-ups* y uno más de redes sociales. Mientras los hojeaba, escuchó de refilón una conversación entre Beatriz y otra empleada. Por lo que pudo captar, se trataba de un

problema de logística con un pedido de libros. A Iñaki lo admiró la decisión con la que esa tal Beatriz, que no parecía ser la encargada, abordó el problema y le dio un enfoque práctico que lo encarrilaba a una solución. La chica decidió en unos instantes que el pedido se realizaría de nuevo a la editorial de manera directa, pero con el albarán de la distribuidora para esquivar las férreas normas de la casa madre de la franquicia. Pensamiento lateral y un paseo salvaje por el límite de los procedimientos. Era admirable. Cargado con el botín esquivó sin saber por qué la mirada de la vendedora mientras le cobraba, musitó un tímido adiós y salió por la puerta. Cerca, en un escaparate, había un espejo y se miró en él. Veía un hombre delgado, con pómulos marcados hasta el exceso, flequillo castaño y ojos azules. Eso era lo que veía él, mas ¿qué veían los demás? Podía tener sexo fácil, pero el amor le resultaba complicado hasta la extenuación.

«Lo primero es lo primero», decía uno de los libros de Covey. Y lo primero, antes que buscar el amor, si es que era posible encontrarlo, era acabar con su tío. Su tío, a quien la gente consideraba un santo, incluyendo a su hijo, y que había sido en realidad el encargado de convertir un negocio próspero de componentes informáticos en la tapadera de un traficante de pistolas vuelanucas para la banda ETA. Alguien que sabía moverse como pez en el agua en el mar de la política, la patronal y, llegado el momento, incluso de los medios de comunicación. Alguien capaz de destrozar la vida de su hermano, de su sobrino y de utilizar a su hijo y su condición de guardia civil para montar su fachada.

Comenzó a llover. Primero de manera tímida y luego con mucha más fuerza. Iñaki abrazó las bolsas de sus libros y se refugió en un portal, cerca del hotel Londres.

Se encendió un cigarrillo, con cuidado de no mojarlo. La primera calada le supo a gloria, la mejor desde su salida de prisión. Ni idea de por qué, pero era así.

Cerró los ojos. El mundo no existió para él durante esos benditos segundos.

Sintió una opresión en el pecho. Había alguien más a su lado. Abrió los ojos; una mujer con un paraguas que le tapaba la cara en parte estaba plantada delante de él, desafiando la lluvia. Solo por los labios supo quién era.

—Hola, tía.

—Iñaki, ¿podemos hablar?

***

La tía conservaba su porte elegante, recto, imponente que Iñaki recordaba. Era alta, de busto generoso y delgada como un junco, e igual de poco proclive a dejarse romper. Desde su matrimonio, doce años antes, tras la muerte de la tía Alaia (tan arpía o más que esta segunda esposa), había ejercido con eficacia como *consigliere* de su marido, y algunos decían que era la verdadera ideóloga del cambio de objeto social de tienda de componentes para ordenadores a traficante de armas. Pero Iñaki no lo creía. Sabía que la idea había sido de su tío Imanol, pese a que ella fuera el complemento perfecto para él. Así eran las parejas muchas veces, las dos caras de una misma moneda. Incluso, si nos fijamos bien, las dos mitades de una pareja se parecen mucho físicamente. Pues eso ocurría con aquel matrimonio de hampones. Las dos manos de un mismo cuerpo. Ambos despiadados, inteligentes, alimañas.

Por eso Iñaki, como tantas veces, sintió un frío que no provenía del viento que se había levantado para acompañar el chaparrón. Era un frío que venía de dentro, de los intestinos, que notaba que se aflojaban. Como cuando era un crío. Sentía lo mismo en las visitas a casa de sus tíos, en las fiestas señaladas o en reuniones inevitables. La posibilidad de ser juzgado y castigado en ese preciso instante se le representaba con total nitidez.

—Me alegro de verte tan saludable, después de lo que has pasado.

Iñaki pegó una calada al cigarrillo, y el humo se mezcló con el vaho de su boca. No contestó.

—Estamos muy parlanchines hoy, ¿verdad? ¿Te han arrancado la lengua en una pelea, como se hace con los chivatos?

—No creo que tenga nada que decirte. A la cárcel no viniste mucho a verme. ¿Temías que no te dejaran salir? —dijo por fin.

—Temía que no te dejaran salir a ti, «sobrino». ¿Nueve años por una tentativa de homicidio y lesiones sin ningún beneficio penitenciario? Tu tío tiene muchos amigos, no saliste bien librado. Te debió de fastidiar bastante. El pobre Iñaki. Y da gracias a que no nos

convenía que se airearan demasiados trapos sucios de la empresa. Luego se mancha el nombre y es difícil de limpiar.

—Claro, por eso os conformasteis con llenar de mierda a mi padre. Que sepas que para mí es como si lo hubierais asesinado vosotros.

Ella apretó los labios, cerró el paraguas y se metió en el portal con Iñaki. Algún transeúnte los hubiera tomado por novios, pese a la diferencia de edad. La intención de ella era estar cerca de él, sí, pero para que el ruido de la lluvia no fuera obstáculo en la conversación.

—Escúchame bien, Iñaki: tu padre, que en paz descanse, era un débil de conciencia que no supo plantar cara a la vida, ni soportar el peso de sus actos.

—Cualquiera diría que estás grabando esto. Por favor, no me digas que te crees lo que estás diciendo. ¿El peso de sus actos? Mi padre luchó por mantener un negocio que podía ser próspero lejos de vuestras manos y de vuestros amigos de la capucha. Cuando supo lo que estabais haciendo a sus espaldas…

—¿A sus espaldas? Mi marido puso el dinero para poner en marcha la tienda, y fue él quien llevó todo el papeleo y contactó con los primeros proveedores. Tu padre nunca quiso saber nada. No tenía cabeza para los negocios, solo sabía currar. Más horas que un chino, lo concedo, pero cuando veía «los papeles», que decía él, se ponía malo. Mucho menos se podía contar con él en la contabilidad, que la tuve que llevar yo en los inicios, cuando lo que yo estudiaba era otra cosa.

Iñaki tuvo un amago de carcajada, pero se contuvo. Sí, la contabilidad creativa de su tía postiza, que llevaba ella sola, incluso cuando el negocio creció, sin asesor fiscal alguno. Hacienda nunca la pilló en un renuncio. No se repitió la historia de Al Capone, por desgracia. Tampoco contaba con empleados que la ayudaran en esa tarea. Guardaba en su cabeza todas las claves bancarias, los archivos contables. Con seguridad, con todo lo que habría allí oculto, no compartirlo era la manera de no pasar por la incomodidad de eliminar testigos, con un finiquito en la nuca como fin de la relación laboral. Los creía perfectamente capaces de eso y de más.

—En los inicios y en los finales —dijo Iñaki—. Si aún la seguirás llevando, tía. Hasta el último cuadre de banco, hasta el último desvío de fondos. ¿Cómo va el negocio en el que se supone que yo participo? ¿Habéis vuelto a diversificar ahora que se os ha acabado el chollo de

rearmar a criminales? ¿Qué es ahora, tráfico de blancas, suministráis niños a pedófilos?

La tía estampó a Iñaki una sonora bofetada. Con la mejilla caliente, la miró desafiante e hizo lo que peor podía sentar a su tía tras un gesto tan teatral: dejó que su risa corriera libre. Ella hizo ademán de volver a golpearlo con la otra mano, cambiando de lugar el paraguas, pero ese gesto le dio a Iñaki mucho tiempo de reacción y la mano se quedó en el aire, pegada a la muñeca que ahora Iñaki agarraba con fuerza.

—Vale ya, tía, que no soy Jesucristo. Ni tampoco un niño al que puedas acojonar con tu numerito de villana de dibujos animados.

—Lo que eres es un hijo de la gran puta, y nunca mejor dicho, ¿sabes? Suéltame ahora mismo o te juro que caerás al vacío mucho más rápido de lo que todos esperamos.

Iñaki aflojó algo el agarre, sin soltarla. Todo se estaba convirtiendo en un baile, pensó.

—¿Me estás amenazando?

Ella estiró, liberándose. Iñaki notó que apretaba los labios. No quería frotarse la muñeca delante de él, pero el entumecimiento se leía en sus ojos.

—Ya te bastas tú solito para caer. Solo que si sigues así te pondremos plomo en los zapatos.

—Ya veo que te pone cachonda lo del plomo, e intimidar a la gente. Pues tened cuidado, mi tío y tú. No me refiero en cuanto a acabar en el cementerio, donde iréis después de pasar por la cárcel, cuando encuentre las pruebas que necesito. Me refiero al negocio que voy a montar con lo que me dejó mi padre.

—¿En serio crees que vamos a permitirlo? Te recuerdo, Iñaki, que sigues siendo socio de nuestra empresa por la herencia de tu difunto padre. ¿Te vas a hacer la competencia a ti mismo? Si lo haces, lo consideraremos una deslealtad con la sociedad. Ya es bastante que seas una garrapata cogida a nuestra piel como para que, además, nos chupes la sangre.

—Voy a salir de vuestra puta actividad. Para hacer algo totalmente

distinto. Y legal.

La risa exenta de humor de la mujer se acompasó con el trueno.

—¿Por qué motivo? Somos nosotros los que te podríamos tirar. Pero no lo haremos.

—Podríamos seguir cada uno nuestro camino, si me dejarais marchar. Si dejáramos pasar todo este tema, empezar de cero. Pero no lo haréis, ni tampoco quiero que sea así. En realidad, creo que quiero pelear, que haya lucha entre nosotros. Quiero que paguéis por lo que le hicisteis a mi padre, por lo que le hicisteis a vuestra propia gente. Quiero guerra. En un terreno distinto, eso lo he aprendido, te lo aseguro. No volveré a cometer dos veces el mismo error. Pero no os saldréis con la vuestra. Os voy a arruinar, os voy a ver metidos en la cárcel. Y todo saldrá de aquí —afirmó señalando su sien—, saldrá de mi cabeza. No tendré que ensuciarme las manos.

—Si quieres guerra, la tendrás. En todos los frentes posibles.

—Así sea. Esta conversación ha terminado. Y dile al tío que tenga cojones de venir él a dar la cara la próxima vez.

—Lo hará, pero eso será cuando y como él elija. Bienvenido al mundo de los adultos, Iñaki.

Tras decir esto, abrió el paraguas e Iñaki la vio alejarse, el sonido de sus tacones compitiendo con los pitidos de los coches.

La lluvia no amainaba.

PISO DE LAURA OLMOS EN SAN SEBASTIÁN

La convivencia de Laura con su madre no estaba siendo fácil. No solo porque la señora Olmos se comportaba como una cría. No, eso no era lo peor. Lo más complicado de sobrellevar no eran las manías de su madre, esa necesidad de atención casi constante. Laura no podía plantearse quedar a tomar café con una colega, o con su jefa, sin una mirada de desaprobación materna. Un «¿no puedo acompañaros?» seguido de un mohín infantil ante una respuesta negativa. Unos ojos de cordero o de gatito desamparado que alejaban a Laura del sabor del café o de la compañía de la amiga. Un punzón de culpabilidad se le clavaba en el pecho por dejar a su madre sola, pese a que sabía que no era lógico que las acompañara. A su pesar, el chantaje emocional funcionaba, y su madre, que la conocía bien, era muy consciente de ello. Pero no, lo peor no era eso, sino que, además, Laura sabía que su madre sentía un rechazo casi visceral hacia todos los vascos, exceptuando, quizás, a Sara, y porque consideraba que esta era una especie de *supergirl* llegada de otro planeta, a quien sus padres adoptivos de Bilbao, tras recogerla de entre los restos de la nave estrellada, habían cosechado el peor de los fracasos a la hora de adoctrinarla como una *abertzale*.

Con el resto era distinto. A la señora Olmos no le gustaba que su hija, por si no fuera poco el hecho de que se mezclara con maltratadores entre rejas, hubiera elegido como destino profesional una zona de guerra en teoría en tregua, o con cese definitivo, o todo lo que pregonaban los medios y las tertulias, pero tierra quemada, a fin de cuentas. Y ella no se fiaba: pensaba que los vascos tenían una doble cara: que con una mano te ofrecían un pintxo y con la otra te clavaban un hacha en la que se enroscaba una serpiente venenosa. Gente de pasamontañas y manteles con la ikurriña, y encima máscaras con boinas puestas. Además, ahora, madre e hija estaban juntas de nuevo.

Todo era discusiones, y cuando se terminaban, a volver a discutir. Laura se desesperaba, no se fiaba de su madre y no quería que se quedara sola demasiado tiempo, pero por otro lado tampoco podía aguantarla. Por ello iba a su oficina, miraba papeles, despachaba otros, recibía con prisas a un par de personas y vuelta al hogar. Enfrentamiento con la madre, portazo, paseo por el parque cercano a su domicilio y la rueda volvía a girar.

—Vale, mamá —le dijo al tercer día—, o sabemos comportarnos, o yo no aguanto aquí ni un minuto más. No quiero dejarte sola, no ahora, pero al final conseguirás que vayamos cada una por nuestro lado. Otra vez —remachó con algo de crueldad.

—Ay, hija —le reprochó—. No aguantas nada. Yo sí que estoy pasándolo mal.

Laura contó hasta tres antes de contestar a su madre. Sus amigos pensaban que, por el hecho de ser psicóloga y mediadora, era una especie de superheroína, más equilibrada que unos cereales integrales de marca, y siempre con la respuesta más adecuada y certera para cada momento y situación. Pero no era así; no tenía superpoderes y notaba que la lengua le picaba con una respuesta de la que luego se podría arrepentir.

—¿Crees que tú lo estás pasando mal? Pues a mí esta situación no me sale gratis, ni a Sara, que ha tenido que dejar su trabajo para…

—¿Sara? Sara estará en la Malvarrosa, tan ricamente. Hasta a lo mejor se queda a vivir en Valencia, que es donde le tocaría haber nacido.

Laura ya no pudo más y explotó:

—¿Tan ricamente, dices? ¿Tan ricamente? ¡Sara se está dejando los cuernos por ti!

La madre de Laura adoptó un gesto de niña dolida ante el grito de su hija. Era una teatralidad que la psicóloga conocía bien, un comportamiento que había provocado que las visitas a su Valencia natal hubieran sido cada vez más esporádicas. No era por el agobio del trabajo o por la mala comunicación, como ella solía excusar. La verdad de la buena era que Laura toleraba cada vez menos a su madre. La quería y no podía dejarla sola, pero su presencia le provocaba un cansancio profundo y exigente.

—Hija, no hace falta que te pongas así. Ni que le hables así a tu madre.

—Mejor me voy —contestó Laura, ya dándose la vuelta y cogiendo el abrigo. La rueda volvió a girar con un nuevo portazo.

Laura salió y recibió unos tímidos rayos de sol que le proporcionaron cierto consuelo. Sintió de nuevo ganas de llorar, pero se dijo, también una vez más, que no les sería tan fácil vencerla. Se ocuparía de las cosas una por una, y al final las solucionaría todas, como siempre había hecho. «Con una pequeña ayuda de mis amigos», si era preciso.

Porque amigos sí tenía, se dijo. Muchos conocidos, pero un puñado de buenos amigos, entre los que destacaba Sara, aunque no era la única. También estaba Patxi. E Iván, en Valencia. Maldita sea, ni siquiera había llamado a Iván. Amigos tenía, pero no le bastaban. Necesitaba, en aquellos momentos, un tipo de consuelo que no podía encontrar en ellos. Cada tarde, de lunes a viernes, al salir del trabajo, iba al gimnasio a descargar lo que se le había metido dentro en la jornada laboral. Muchas veces, no siempre, lo conseguía. Pero luego, al llegar a su apartamento, notaba el vacío de su hogar. Se refugiaba entre las sábanas en cuanto cenaba. A veces se masturbaba, siempre leía. Eso la llevaba al país de los sueños, con unas cuantas pesadillas de invitadas. La alarma del teléfono vibraba con la promesa de un nuevo día, que al final resultaba ser igual que el anterior. Laura era muy buena solucionando los problemas de los demás, hablándoles del compromiso con uno mismo como forma de forjar un proyecto vital, pero luego no era tan buena aplicándose el cuento. Consejos tengo que para mí no vendo. De hecho, era bastante mediocre gestionando su existencia. Se daba cuenta de ello, como un drogadicto se da cuenta de su adicción sin poder evitarla; o como un enfermo de TOC sabe que es irracional lavarse tanto las manos, justo antes de abrir el grifo con sus ajados dedos. Laura era consciente de ser demasiado sibarita, de estar inmersa en la quimera de un hombre ideal que no existía. Pero seguía sin dejar entrar a nadie en su vida que no fuera exactamente lo que ella buscaba.

Lo que buscaba… era un imposible, algo forjado por las idealizaciones de las que se había alimentado desde niña. El imposible personificado en un gánster vasco, un tipo que podría haber colaborado con ETA, y que había intentado matar a su propio tío para quedarse con el negocio familiar. Un negocio familiar que se dedicaba, bajo una tapadera, a conseguir armas para la banda asesina. Un chanchullo que se les había ido a la mierda con el alto el fuego y con el torpedo en profundidad que supuso la intervención de su propio primo, la oveja blanca de la familia. Menudo clan.

Con ese hombre ideal, lleno de peligro y de promesas, era con el que deseaba follar Laura cada uno de los días de la terapia semanal

con los presos. Su actitud chulesca, su perfil, su desinterés hacia todo lo que no fuera él mismo…, la habían vuelto loca. A punto estuvo de dejar su trabajo cuando las cosas se pusieron mal de verdad al ser señalada por los presos proetarras como colaboradora con el Estado español. Eso de ser valenciana y no una verdadera vasca no se perdonaba en algunos ambientes. Laura no tiró la toalla, no. ¿Lo hizo por cabezonería, por orgullo, por convicción o por Iñaki?

Es probable que la respuesta fuera como las de las pruebas de los psicotécnicos puestas a mala leche; esto es, todas son correctas. Porque Iñaki había tenido mucho que ver en el tema de aguantar.

A veces le había parecido que él tenía también un interés: ciertas miradas, ciertos gestos. Pero, al volver a casa y masturbarse, le parecían, al terminar y apoyar jadeante su cabeza sobre la almohada, sueños de loca.

Cuando el trabajo de Laura terminó, la despedida no fue nada del otro mundo, desde luego. Un movimiento de cabeza, ni una palabra, y adiós, *good bye*, *sayonara*.

Todo esto nunca se lo comentó a nadie, ni siquiera a su Sara. Incluso logró arrinconar ese ideal, sustituyéndolo por deseos fugaces de otros hombres que al final tampoco llegaban a parte alguna.

Ahora se preguntaba ciertas cosas, ciertos planteamientos que su mente racional ni siquiera se atrevía a conectar. Cosas que tenían que ver con el deseo, el peligro y la necesidad de que la protegiera alguien tan malvado como aquel que la perseguía. Laura abrió la aplicación de mensajes y allí estaba uno que todavía esperaba su atención: ella lo había retrasado, en parte por todos los frentes que tenía abiertos, en parte por ser consciente de que se trataba de un camino que no podría deshacer. El mensaje con los datos de contacto de Iñaki Arresua. Acarició la pantalla, procurando no presionarla por error.

VALENCIA

Sara acudió en taxi al despacho del perito del seguro y, en esta ocasión, no dio carrete al conductor. Se limitó a indicarle las señas y se recostó en el asiento trasero del vehículo, cerrando los ojos para proteger su quebradiza paz mental. Agradeció que el taxista fuera de los silenciosos. No era de esos que parecían creerse en la obligación de dar conversación al pasajero, como si eso fuera un extra añadido al servicio; tampoco era de los que pegaban volantazos, o bocinazos a la menor oportunidad. Parecía un tipo suave y tranquilo al conducir, y además escuchaba Radio 2, con esa música clásica suave y evocadora, solo rota, de vez en cuando, por las explicaciones del locutor, quien tampoco era de los que levantaban la voz. Intentó aprovechar el trayecto, de unos veinte minutos hasta la calle Colón, en el corazón de Valencia, para reflexionar sobre lo que se les venía encima: la propia madre de Laura como autora consciente, con acelerante incluido, del incendio que había destrozado su vivienda y dañado las colindantes. ¿Cómo era eso posible? No conocía en exceso a la señora Olmos, le parecía una mujer excéntrica, con sus cosas que sacaban de quicio a Laura, como pasa con casi todos los hijos de treinta años con sus padres, pero no una persona fuera de sus cabales. Ni mucho menos capaz de algo así. Pero era casi como si, de una manera terrible y bizarra, todo tuviera sentido. O quizás es que no la conocía en absoluto. Laura no le hablaba demasiado sobre su infancia y juventud. Ahora que lo pensaba, no le hablaba demasiado de nada de su pasado.

Parecían encajar, de un modo perverso, los dos hechos: el de no renovar el seguro de incendios, por una parte, para luego provocar uno en su propio hogar. Parecía… un suicidio económico, no se le ocurrió mejor forma de expresarlo. Como si quisiera, de manera voluntaria, caer en la ruina, en la prisión, incluso. Si hubiera habido heridos, o incluso víctimas…

Pero eso no podía ser, era inconcebible. Ni siquiera se había atrevido a comentarle nada al respecto a Laura, no antes de que el perito le explicara de dónde venían sus sospechas. Y de averiguar cómo él había sido capaz de ver lo que ninguno de los otros expertos había visto. O quizás los demás habían dado el carpetazo muy pronto, cómodos con las conclusiones obtenidas con el mínimo esfuerzo.

Al llegar, Sara le dio una buena propina al taxista, que este aceptó

con una sonrisa y ni un solo comentario, haciendo que la abogada se planteara si, en realidad, era mudo. En ese caso, para su profesión era una ventaja. Con la de cosas que se escuchan en un taxi, eso garantizaría una discreción absoluta. A lo mejor era el taxista que utilizaban los políticos corruptos en Valencia para sus trayectos de adjudicación en adjudicación, pensó.

Ya se estaba rallando. Le pasaba mucho, siempre que se ponía nerviosa o estaba a punto de cruzar un umbral importante, un momento decisivo que la exprimiera. Momentos antes, divagaba. Puede que fuera su versión de la concentración, de dejar la mente en blanco antes del desafío. El caso es que, sin darse cuenta, estaba ya allí plantada ante la puerta del perito.

Llamó al timbre. Al poco le abrió un hombre algo obeso, de rostro agradable y pelo escaso. Llevaba gafas, y llamaba la atención con su descuidada camisa rosa, que no casaba muy bien con sus pantalones verde oscuro. O quizás sí lo hacía, dependiendo de dónde daba la luz.

Había abierto él mismo la puerta, lo que sorprendió a Sara, pues esperaba algún tipo de secretaria. Sara sonrió, y él también; la viveza de los ojos del hombre agradó y preocupó a la abogada al mismo tiempo.

El apretón de manos fue firme, sin ser brusco.

—Tú debes de ser Sara —arrancó él—. Yo me llamo Marcos Ibáñez.

—Hola, acertaste. Sara Atxaga.

—Bueno, la verdad es que te he reconocido por la voz, pero ya nos hemos desvirtualizado.

Sara pensó que no era exactamente una desvirtualización, ya que habían hablado por teléfono. ¿O sí? Esos términos modernos, pese a que no era precisamente vieja, la abrumaban. Y, además, estaba divagando de nuevo.

El perito la hizo pasar. Recorrieron un pasillo largo, con fotos en las que Ibáñez posaba con una mujer rubia en distintos países del mundo. Llegaron a su despacho, en el que a Sara le llamó la atención la absoluta falta de diplomas o títulos, más allá de una orla que estaría allí por nostalgia, más que por vanidad. Sara pensó que Ibáñez no necesitaba que el mundo supiera cuánto sabía a través de cuadros

colgados en la pared, sino que se ocupaba de demostrarlo con sus actos cada día. Eso la preocupó de nuevo, pero la animó al mismo tiempo. Era contradictorio, pero «peligroso» y «justo» eran los adjetivos que acudían a su cabeza a la hora de definir la primera impresión que de Ibáñez se había hecho al conocerlo en persona.

El perito se sentó en un sillón de los de oficina, y Sara en una silla que no casaba con el resto del mobiliario. Se notaba que Ibáñez no había previsto aquella estancia para recibir visitas.

—¿Cómo ha llegado a la conclusión que me comunicó por teléfono? —fue directa Sara.

Ibáñez tamborileó unos momentos los dedos, mirándola con expresión de estar ya arrepintiéndose de aquel encuentro.

—Mire —le dijo mostrándole una serie de fotografías que acababa de sacar de una carpeta. Las fotos estaban marcadas en rojo en algunas de sus partes, y justo allí le señaló Ibáñez—. ¿Ve esas manchas? Son restos de acelerante.

—¿Qué tipo de acelerante?

—Alcohol polivinílico. No es un producto usual en el hogar. Si se hubiera tratado de acetona, por ejemplo, o de aguarrás, hubiera tenido en cuenta la posibilidad de una presencia incidental en el incendio. ¿Pero esto? Se trata de un producto específico que se emplea como desmoldeante de materiales composites, y no he visto restos ni trazas de esos productos en la vivienda. No tiene sentido que esté allí, y mucho menos por ciertas zonas de la vivienda.

—¿Cómo sabe que se trata de ese producto?

Ibáñez señaló, por toda respuesta, una figura en el fondo del despacho que hasta el momento le había pasado desapercibida. Era un Mazinger Z, con los colores originales de la serie de televisión, que ella también había visto de pequeña.

—Joder, qué chulo —exclamó Sara con entusiasmo.

Era admiración genuina, pero también quería empatizar con alguien cuyo testimonio podía ser básico para el éxito o el fracaso de su defensa.

Ibáñez sonrió satisfecho, pero en seguida recobró la compostura profesional. Le mostró un envase metálico vacío y otro de plástico de color blanco. Memorizó el lugar donde los había comprado Ibáñez: Glaspol Composites, en Valencia.

—Está hecho de resina de poliéster y fibra de vidrio, entre otros materiales. Y yo también he empleado el alcohol polivinílico, y sé qué tipo de manchas y rastros deja. Hubo una zona que no fue alcanzada por el fuego, y, en una de las sillas, encontré un derrame de ese material. Es un producto inflamable y cuyo disolvente puede ser un acelerante tan bueno como la gasolina. Lo mandé analizar en un laboratorio independiente, a costa del cliente, claro, y… ¡bingo!, confirmaron que se trataba de ese preparado químico.

Sara intentaba procesar la información lo más rápido posible para fabricar una réplica. Ibáñez la miraba como un profesor paciente cuya alumna no asimila la lección, y no le gustaba sentirse de esa manera: con la guardia baja, tomada por sorpresa. Eso, en un tribunal, sería mortal de necesidad.

—Pero no tiene sentido —adujo Sara—. Aún suponiendo que la señora Olmos hubiera provocado el incendio, lo cual ya me parece un disparate, no puedo creer que fuera tan retorcida como para buscar un producto así si no lo conocía previamente.

—A mí tampoco me encaja del todo con el perfil de la señora por la información que he podido recabar de sus vecinos, pero no veo otra salida que concluir que el incendio fue provocado por ella.

—¡Vale! —exclamó Sara—. Imaginemos que es cierto que el incendio fue provocado, pero… ¿por qué afirma que fue provocado por ella? ¿No pudo hacerlo un tercero? ¿No pudo ser ella la víctima?

Ibáñez suspiró de forma exagerada.

—Sara —dijo, tuteándola—, la lógica es un juez inapelable: la señora Olmos tuvo demasiado tiempo de reacción para salir por su propio pie, dado donde afirma ella que estaba en el momento del comienzo del incendio. De ser eso así, jamás hubiera podido resultar indemne. Sin una sola quemadura. Pero una cosa le concedo: existe otra posibilidad.

—¿Cuál? —Sara abrió mucho los ojos al formular la pregunta. La mera existencia de otra posibilidad ya le parecía la mejor noticia que

había recibido en muchísimo tiempo.

—Que fuera instruida para hacerlo, que fuera guiada por alguien más. Que todo esto no fuera por iniciativa propia. Estoy abierto a contemplar esa posibilidad en mi informe. No sé hasta qué punto eso le serviría de manera legal, pero para mí entra dentro de lo razonable pensar en una «mano negra» manejando los hilos.

«Una mano negra», pensó Sara, sin hacer ningún comentario. Por supuesto que existía una mano negra. La misma que estaba haciéndole la vida imposible a Laura, y que utilizaba a la madre de su amiga como vehículo para ello. Pero… ¿cómo? ¿Cómo había logrado convencerla para hundir su vida de aquella manera, y de paso la vida de su hija? Todo eso no se lo podía revelar a Ibáñez por el momento, al menos hasta que tuviera más pruebas, hasta conectar puntos. Justo lo que le estaba pidiendo aquel perito que actuaba, gracias al cielo, guiado por un cierto sentido de la justicia, y no solo por el de quitarse el problema y cobrar lo antes posible. Sara había conocido profesionales así en el turno de oficio. Eran perlas, pero existían. Ante ella estaba otra de esas perlas, aunque fuera en una pieza distinta del engranaje judicial. Tenía que aprovecharla, sacarle el mayor brillo posible y ver a dónde conducía todo aquello.

—De acuerdo, Marcos. Voy a reunirle esas pruebas para su informe. Y sí, si demuestro que mi cliente lo hizo, si es que lo hizo, bajo amenaza o con cualquier tipo de anulación de su capacidad volitiva, puede ser muy importante.

Ibáñez sonrió satisfecho.

—Parece que tenemos un trato, señorita Atxaga. Sara le miró un momento, entornando los ojos.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó.

Ibáñez encogió los hombros sin dejar de sonreír con un brillo en los ojos. Joder, pensó Laura, con la que se venía encima, y él estaba… ilusionado.

—Puede elegir qué creer: porque soy un defensor de las causas perdidas y combato la injusticia, o porque me aburro y esto da una perspectiva emocionante a mi vida.

—Cualquiera me vale, Marcos —dijo Sara devolviéndole la sonrisa.

SAN SEBASTIÁN

Todavía no se había atrevido a llamarlo, pero tenía más de un tema que tratar con él. Y es que Laura se planteaba seriamente recurrir a la ayuda de Iñaki Arresua para enfrentarse al Adversario, aprovechando su contacto con él por el asunto de la mediación con su tío. Le parecía descabellado, además de poco ético, y lo era. Ambas cosas. Se trataba de ponerse en las manos de un peligroso criminal, acusado de tentativa de asesinato y sospechoso de obtener ganancias por la venta de armas a ETA, aunque eso último nunca se hubiera acreditado. Todo un yerno para presentárselo a su madre; aunque, en el plan en el que estaba, lo que seguro más le iba a molestar era que conjugara un nombre y un apellido tan vascos. Pero un zumbido persistía en el fondo del cerebro de Laura. No era nuevo, había estado allí desde que inició la terapia de la prisión: había cosas que no le encajaban. No le encajaba en el perfil de luchador por la patria vasca, ni tampoco en el de mercenario. En cualquier caso, cuando le asaltaban esas dudas siempre se hacía la misma consideración: no estaba allí para juzgar a nadie. Ya habían sido juzgados y condenados, por eso estaban entre rejas, por eso acudían a la terapia con ella, una vez a la semana; entre las paredes del centro penitenciario, y no en una cómoda consulta con sofás de cuero. Ahora ella solo iba a mediar en un tema mercantil y económico. Y punto.

Tampoco podía descartar que la afinidad, por decirlo de algún modo, que sintió por Arresua casi desde el principio no estuviera nublando su juicio. Tanto en las terapias pasadas como en la futura mediación. Ese sentimiento, por llamarlo de algún modo, procuraba borrarlo de su mente en las sesiones, pero no podía evitar un vacío, una ausencia, cada vez que salía de los muros de la prisión. En cualquier caso, siempre había sido buena compartimentando. Y, como su carácter era el que era, procuraba recordarse, cada vez que le atacaban sensaciones y pensamientos en ese sentido, lo injusto y discriminatorio que sería para los demás presos cualquier trato de favor, aunque fuera involuntario, producto de un impulso hacia Arresua. Lo mismo valía para su tío, fuese o no el peligroso criminal que pintaba Iñaki.

Se imaginó a solas con él, en una cafetería, como dos personas normales libres de ataduras.

«¿De qué podría yo hablar aquí fuera con un tipo como Arresua?», pensó con horror.

Con un exconvicto, con un tipo que había traficado con armas utilizadas para cometer atentados. Pero… ¿y si había sido un error judicial?

Se estaba volviendo loca. Vio, de manera fugaz, a Gloria atravesar a paso rápido el corredor que conectaba todos los despachos de la sede. Laura se preguntó el motivo de la prisa, y lo que diría su jefa si conociera sus intenciones. Con seguridad la consideraría (además de una traidora) una demente, una demente de esas que escriben cartas de amor a presos en el corredor de la muerte y se casan con ellos por Skype.

¿Era una de ellas? Siempre se había burlado de esa clase de mujeres, que llevaban al extremo ese complejo de redentores que habita en muchos de nosotros, y de la que Hollywood se había aprovechado a la hora de fabricar sus mayores éxitos: chica buena redime a chico malo buenorro y lo lleva por el buen camino. Si es que en el fondo no era tan malo, solo necesitaba una guía. Y vivieron felices y comieron perdices. Eso, en la vida real, se traducía en casos de violencia de género. En violencia y muerte. Porque el malo es malo y no cambia. Nunca. Se puede disfrazar, puede disimular durante un tiempo, con los dientes apretados. Pero, al final, las aguas del odio hacen que el dique se desborde, y entonces estallan las mejillas.

Solo que… ella seguía pensando que algo no encajaba en la historia que le habían contado sobre Iñaki.

Ahora tenía su número de teléfono, y un dilema. La verdad es que Laura no pensaba con claridad en aquellos momentos, pero sabía que necesitaba ayuda y solo Arresua venía a su mente. No quería contratar a un detective privado, aunque le constaba que Sara estaba buscando uno por su cuenta; la policía, al menos en esos momentos, no la creería sin falta de pruebas, y tampoco quería involucrar a amistad alguna. No quería poner a nadie en peligro, al menos a nadie que no perteneciera ya, por elección propia, al mundo de la violencia.

Decidió arrojarse a lo que le parecía el vacío: dejó la mente en blanco y marcó el número de «el Matarreyes».

ANOETA, SAN SEBASTIÁN

Iñaki saludó con un simple movimiento de mentón a los que eran ahora sus compañeros en el club de boxeo cercano a Anoeta que frecuentaba desde hacía unas semanas. El entrenamiento había comenzado y ahí cada uno iba a lo suyo, en su propio microcosmos de movimiento, ligado por la sangre y la adrenalina.

«La mano que no golpea, defiende»; «éntrale, éntrale»; «le estás dejando mucho espacio»… Fueron algunas de las frases entrecortadas que escuchó de camino al vestuario, mientras piernas ágiles bailaban y puños enguantados eran lanzados y retirados con la misma rapidez, como el pescador que tira el sedal y lo recoge con la esperanza de capturar algún pez, o algún rostro en este caso. Olía a sudor agrio de tal manera que cualquier paseante ajeno que se hubiera atrevido a curiosear, hubiera salido despavorido respirando por la boca y en busca de una máscara de gas, pero los parroquianos ni siquiera lo percibían ya, ni Iñaki tampoco. Arresua había comenzado a practicarlo en la prisión, en las muchas horas muertas que esta le proporcionaba. No lo había hecho por encontrar atractiva la violencia, ni porque le apetecieran nuevos empastes, pero para Iñaki Arresua el noble arte había comenzado como una forma de meditación: en efecto, pegarle al saco durante minutos, a veces durante horas enteras con su descanso de un minuto de cada tres golpeando, le facilitaba entrar en un estado que, suponía, no se debía de diferenciar mucho del que alcanzaban los monjes budistas de un monasterio tibetano. No sabía si el dalái lama aprobaría sus métodos, pero él entraba en una especie de túnel en el que los pensamientos fluían en libertad, sin enquistarse ni ser juzgados. Eso le permitía planificar, visualizar, decidir… Todo ello en un ambiente placentero para sus cavilaciones. Era como si los ejecutivos a cargo del manejo de sus procesos mentales trabajaran en una villa en pleno campo en vez de en una oscura oficina en medio de una ruidosa calle en el centro de una contaminada ciudad, que era lo que ocurría cuando esas reflexiones las hacía tirado en el camastro de su celda, mirando al techo.

Ese hábito, como todos los que dan resultado a través de un esfuerzo placentero, se había adherido a su rutina; por eso entrenaba en casa de manera diaria, y varias veces a la semana en el

microcosmos de Anoeta, ese lugar en el que cada cual iba a lo suyo, pero en el que existía una camaradería, a veces silenciosa, a veces ruidosa, como solo podía haberla entre los que se ahostiaban en un deporte de contacto.

—Hola, máquina, ¿cómo vas? —le saludó Kristoff, un rumano con el pelo cortado a cepillo, y ancho de hombros como el arco de un acueducto—. ¿Te apetecen unas caricias? —propuso, agitando las manos enguantadas en el aire.

—Gracias, tío, pero hoy prefiero darle al saco. Tengo cosas en las que pensar.

—Vale, *crack* —aceptó; su acento se arrastraba como llevado por un velcro—. Ahí estoy si quieres.

Iñaki llegó a los vestuarios y constató que se encontraban vacíos, algo que agradeció. Se miró el rostro en el espejo. No estaba en sus mejores momentos, pero la luz no le era adversa y sonrió satisfecho a sus facciones. Con calma, comenzó el ritual de enrollarse las vendas alrededor de sus manos, se subió el calzón, se puso una camiseta de tirantes y se colocó los guantes, ajustándose el cierre con la boca. Hizo unos cuantos movimientos de calentamiento, incluyendo saltos, y bajó las escaleras. Había un saco libre en su rincón, gracias a Dios por los pequeños favores. Miró el reloj para dar inicio a los tres minutos reglamentarios, calculándolos en su cabeza. Eso se repetiría quince veces en la siguiente hora. Tres minutos, un minuto de vuelta a la calma. Y otra vez.

Los primeros asaltos fueron de preparación, pero en el quinto la adrenalina comenzó a dar paso a ese estado mental que buscaba; los pensamientos empezaron a fluir sin más, como si fueran improvisaciones inconexas de su cabeza a las que todavía hubiera que dar un sentido. Luego comenzaron las palabras sueltas: «negocio»; «futuro»; «dinero». Era la manera por la que el cerebro de Iñaki le contaba que necesitaba un plan, un proyecto, una misión que convirtiera su capital en algo mucho más importante. Pero todavía no había llegado a eso, eran palabras sueltas con hilos deshilachados que tenía que unir e hilvanar. Eso llegaba en los momentos de descanso, de respirar, de pasear como un gato acorralado durante los sesenta segundos de pausa entre asaltos a su invisible oponente, que no era otro que él mismo.

El octavo asalto de la jornada comenzó, las ideas se fueron

haciendo más precisas.

«Necesito algo distinto, una actividad con la que no me puedan acusar de competencia desleal». (Esquivo, directo derecha).

«Ellos han convertido su empresa de componentes en una empresa de software ofimático y de seguridad informática». (Croché izquierda, ballesta hacia atrás).

«Yo también quiero estar en la red de redes, es donde hay que estar». (El saco se desplaza, me agacho, gancho derecha desde abajo).

«¿Qué sé hacer?». (Coordino desplazamiento con golpe, me aparto).

«Tengo muchos contactos en el mundo del deporte. Conozco el mundo de las apuestas deportivas legales». (Sucesión de rectos, izquierda, derecha, me olvido de respirar durante los últimos treinta segundos del asalto. Golpeo, golpeo… Se acabó el tiempo).

Catorceavo asalto.

«Aparte de los tocacojones de mis tíos, puede haber otras amenazas». (Me desplazo, coordino mi paso hacia adelante con un directo).

«La legislación sobre el juego podría ser aún más estricta si sigue gobernando la izquierda». (Ahora me desplazo hacia atrás, coordinar los pasos con los golpes se hace más complicado).

«Joder, es la punta del iceberg y ya me estoy volviendo loco».

Quedaba un asalto, pero estaba ya exhausto y con la cabeza a punto de estallar. Había sobrecargado el sistema. Pero el agua comenzaba a hervir, y las ideas sueltas en su cabeza iban encontrando acomodo en un esquema. Apoyó la espalda en la pared y se fue dejando caer lentamente, con los ojos cerrados. Tal y como aconsejaba el libro de Napoleon Hill que estaba leyendo, intentó visualizarse a sí mismo en la cumbre del éxito, repartiendo billetes como un *gansta*; pero la imagen se le antojaba difusa, como de dibujos animados.

Lo que tenía delante, reflexionó mientras los latidos iban volviendo a la calma, era un camino que requería de audacia, pero que no era tan complicado en la ejecución; era andar por un campo liso, sin montículos, por donde era fácil transitar. Hasta que te dabas cuenta de

que en el cartel de la entrada, corroído por el tiempo, lo que se anunciaba como «Campo de xxxxnas» no eran manzanas, sino minas, encajando en tu mente justo cuando escuchabas el sonido del percutor bajo tus pies, sin tiempo para reaccionar. Organizarlo sería fácil, solo necesitaba externalizar el sistema informático y contratar a alguien que orquestara todo, un crupier virtual que gestionara los flujos de dinero y las transacciones en coordinación con los ingenieros web. De hecho, sería ese tipo de negocios que, una vez por la buena senda, necesitan muy poca supervisión, lo que a su vez le haría el regalo más valioso: tiempo para diversificar, para crear nuevas opciones.

Lo complicado, aparte de la posible batalla legal con sus tíos, sería la fundamental parte del *marketing*. Su padre no entendía de esas cosas, pero siempre le había dicho que si tenía tres pesetas, empleara una en el producto y dos en que los demás lo descubrieran. Aquello no iba a ser distinto, pero conocía el mundo deportivo por sus años de juventud, en los que había llegado a militar en la Real e incluso a ser tentando por el Madrid. Muchos representantes se acordarían aún de Arresua y le podrían abrir bastantes puertas. Quizás eran las endorfinas, pero a cada segundo que pasaba allí, con los ojos cerrados y viendo el proceso de crecimiento como si fuera el espectador de una película de superación personal, más factible le parecía.

Sintió una punzada cuando se dio cuenta de algo que en ese momento le parecía tan complicado como atravesar el casco viejo sin pararse a tomar un vino: encontrar una mano derecha, alguien en quien confiar para la fundamental labor de coordinar el sistema.

Abrió la taquilla y se dio cuenta de que en su móvil aparecía una llamada perdida. Sin mensaje. Se lo pensó durante un momento, pero dejó que su dedo presionara la pantalla para devolverla, aún jadeando. Al cuarto tono, y tras preguntar quién era, una voz familiar atravesó su cabeza como un disparo.

—¿Iñaki? ¿Iñaki Arresua? Soy Laura Olmos, la psicóloga de prisión. Supongo que no tienes grabado mi número.

Así que ahí estaba ella, la comecocos aparecía en escena; era el momento de hablar de muchas cosas.

DESPACHO DE LAURA OLMOS EN SAN SEBASTIÁN

Laura se sentía sola, con la frialdad de su despacho como única compañía. Esperando, sin saber muy bien el qué. Quizás lo mismo que esperaban aquellos que mandaban un mensaje a alguien querido y se quedaban mirando como tontos la pantalla, en busca de una respuesta inmediata. Era la cruz de los tiempos: la inmediatez, pesar la amistad y el amor en número de «me gusta» o «me encanta»… En esos momentos, solo por preguntarse algo que distrajera su mente, empezó a cuestionarse cómo sería una sociedad en la que no existieran redes sociales, cuando el corazón le dio un vuelco: su teléfono estaba sonando. Lo sacó de su bolso, y pudo leer que se trataba del móvil de Iñaki Arresua. Contuvo la respiración y el dedo se deslizó con torpeza, luchando contra la barra de desplazamiento como si estuviera aceitosa.

La voz se escuchó en cuanto desbloqueó la pantalla:

—¿Diga?

—¿Iñaki? ¿Iñaki Arresua? Soy Laura Olmos, la psicóloga de la prisión. Supongo que no tienes grabado mi número.

Silencio al otro lado; Laura sintió que el alma se le escurría por los pies.

—¿Cómo te va, comecocos? Hacía tiempo.

No había nostalgia ni ánimo amistoso en la contestación.

Laura sintió una barra fría alojada en sus tripas.

—Ya te dije que lo de comecocos era para los psiquiatras — repuso Laura intentando garabatear una sonrisa en su rostro.

—Y para la gente que le come el coco a los demás. ¿Por qué me llamas?

—Sabes que soy mediadora, ¿verdad? —repuso Laura peleando contra un paladar seco y las pulsaciones que marcaban un bultito rítmico en su muñeca.

—Sí. Tú eres muchas cosas, ¿no?

Laura no supo cómo tomárselo, así que decidió que lo único sensato era no andarse con rodeos con el vasco.

—Tu tío Imanol ha contactado conmigo. Quiere una mediación contigo por el tema de vuestra empresa.

Laura escuchó un golpe metálico al otro lado, puede que un puñetazo contra algo duro. Cerró los ojos, esperando el chaparrón.

—¿Sobre el tema de la empresa? ¿Y qué tal sobre la muerte de mi padre? ¿Qué tal sobre la mancha en mi apellido que me impide tener una vida normal?

—Iñaki, todo eso lo podéis tratar juntos, reelaborar vuestra historia de manera que os veáis como personas diferentes.

—¿De verdad crees eso? ¿De verdad?

Laura no supo qué contestar. Era muy fácil decirlo, pero cuando la ponzoña estaba tan larvada, la mediación no podía hacer mucho y ella lo sabía. Conocía mediaciones con éxito en el ámbito familiar incluso con violencia doméstica, pero no podía tener constancia de si ese éxito había sido duradero. Era como el final de los cuentos y las películas. Podía ser feliz hasta donde tú sabías, pero el «felices para siempre» no tenía ninguna garantía.

—Al menos podéis probar a hacer la sesión informativa, a ver qué ocurre —propuso Laura.

—No va a funcionar, no va a funcionar… —repitió Iñaki entre dientes—. A ese hijo de puta lo que habría que hacer es matarlo. Dime, comecocos, te voy a hacer una pregunta de las que a ti te gustan. Mira, no me creo una mierda de lo que me cuentas. ¿De verdad aceptarías esta mediación si no estuviera yo en ella?

—No, seguramente no —contestó Laura, y su sinceridad le quitó un peso de encima.

—Entonces… ¿Cómo decías tú? Ah, sí. Entonces, ¿para qué la haces?

Ahí estaba, el cazador cazado. Detrás de la decisión, el interés. Y detrás de ese interés, la necesidad… Pero, ¿y si había más de una? Laura decidió decir de nuevo la verdad, aunque esta vez sabía que era incompleta.

—Lo hago porque necesito tu ayuda —replicó sin más preámbulos —. Alguien va a por mí, a por mi familia, y quizás a por mis pacientes. Lo de mis pacientes está pensado para atacarme a mí, como daño colateral, pero al final es gente inocente que se está viendo involucrada, sufriendo y hasta muriendo.

Un nuevo silencio, mucho más largo.

—¿Alguien? ¿No sabes quién es?

—No, solo sé que tiene conocimientos de psicología, y muy altas capacidades de liderazgo y de persuasión.

—Parece que me estés describiendo al mismísimo diablo.

El diablo. Laura no había pensado en la comparación, pero era muy acertada. En realidad, ella misma, a nivel primario, con seguridad ya la había trazado al apodarlo «el Adversario», como lo denominó San Pedro en su evangelio: «*Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar*». Lo recordaba a la perfección de la catequesis a la que asistía cuando era niña.

El Adversario, como el diablo, intentaba pasar desapercibido, que solo se supiera de él por las consecuencias de sus actos, como un ente que no llegarías a identificar jamás.

—Puede que el diablo me hiciera una visita a mí también — continuó diciendo Iñaki.

El estómago de Laura se volvió del revés, como si le dieran la vuelta a un calcetín.

—¿Cómo dices? ¿Te ha contactado?

—No, pero te ha señalado con el dedo. Me dejó un mensaje.

Te culpa por las filtraciones a la prensa de nuestras sesiones.

Laura sufrió un mareo, y tuvo que apoyarse en una pared para no caer redonda. Por supuesto, poner a Iñaki en su contra era un movimiento lógico.

—No, Iñaki, yo no he filtrado nada, no es mi estilo. Intenta manchar mi nombre.

—En eso estoy contigo. No creo que seas así, hay algo que no me encaja. También quiero decirte otra cosa: apostaría incluso a que mi tío puede tener algo que ver.

—Está bien. ¿Cuándo podemos vernos? —preguntó Laura, sintiendo que el viento había cambiado a su favor. Lo malo es que el viento nunca es favorable para quien no sabe a dónde va.

—¿Mañana estás en Donosti?

—Sí —contestó Laura mordiéndose el labio. En realidad, le había prometido a su madre que volverían a Valencia a primera hora del día siguiente. Lo retrasaría unas horas; a fin de cuentas, su madre no tenía que ir a firmar al juzgado hasta el jueves.

—De acuerdo, nos veremos mañana al mediodía, junto al tiovivo del paseo.

Iñaki cortó la comunicación, dejando a Laura pensativa y con el teléfono en la mano. Las cosas empezaban a moverse.

El juego comenzaba, y era un juego en el que Laura estaba dispuesta a ganar.

VALENCIA

«No repares en gastos». Eso le había dicho Laura. Aunque a su amiga no le hacía gracia lo de meter a detectives privados desconocidos, pero la cosa no era tan fácil. Los informes periciales, unidos a las declaraciones de algunos de los vecinos con los que había tenido encontronazos, serían fundamentales para cambiar la situación procesal de la madre de Laura. En cuanto llegaran a manos del fiscal y del juez de instrucción, la orden de detención podía cursarse por la vía urgente. Sara no podía ni concebir la bomba que supondría la detención e incluso posible entrada en prisión de la madre de Laura. Para todos. Tenía que darse prisa: la reunión con Ibáñez había sido todo risas y amabilidad, pero ocultaba una amenaza inminente. Una amenaza que el perito le había vendido como una oportunidad; incluso Sara había entrado en ese juego, pero, en realidad, era una trampa mortal. El «no repares en gastos» de Laura había derivado en la contratación, le gustase a la psicóloga o no, de una detective privada local que ayudaría a Sara en sus pesquisas. La policía no había encontrado nada, pero porque no habían sabido dónde buscar. O, sencillamente, no habían encontrado ningún motivo para tener que buscar.

La investigadora elegida, Raquel Alcántara, había resultado ser una expolicía fumadora y con voz grave, de rostro algo basto pero atractivo y cuerpo de pasarse muchas horas en el gimnasio. Venía recomendada por varios procuradores y abogados, a los que Sara, desconociendo el terreno local, había preguntado en la Ciudad de la Justicia. No era barata, le habían asegurado, pero tampoco de las caras. Y era buena, muy buena. En especial, sacando información a posibles testigos. Y eso era justo lo que Sara necesitaba. Así que tras el necesario encuentro para ponerla al día y darle el adelanto, Raquel se dirigía al antiguo domicilio de la madre de Laura.

Ya contaba con la hostilidad de sus vecinos, pues algunos habían visto propiedades calcinadas, y sus vidas y las de sus familias, alteradas. Pero Raquel esperaba que el paso de los días, el anticipo de las indemnizaciones y el realojo paulatino que, tras comprobar la seguridad del inmueble, los bomberos estaban permitiendo hubieran atemperado en parte los ánimos. Al bajar del coche a Raquel le pareció que todo estaba en calma, como si nunca hubiera habido incendio, ni problema alguno, que interrumpiera la vida cotidiana del

vecindario. Torrent era una ciudad más que un pueblo, pero en la barriada se conocerían todos los vecinos. Por tanto, los rumores estarían por ahí a la orden del día.

Al acercarse al inmueble, Raquel sí que fue capaz de distinguir una sombra, producto sin duda del humo resultante. Pero la herida en la fachada, que Laura había visto aún supurando unos días antes, comenzaba a cicatrizar. También se había retirado el control de acceso policial. Raquel entró en el patio a la vez que una señora que venía de hacer la compra, lo que le valió una mirada suspicaz de la buena mujer. La investigadora puso su mejor sonrisa.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó Raquel sin preámbulos, de los que no era partidaria—. ¿Conocía usted a la señora Laura Olmos?

La señora dejó las bolsas en el suelo, como si fuera imposible para ella sostenerlas un segundo más. Su mirada de sospecha no había desaparecido; se agudizaba por momentos.

—¿Quién quiere saberlo? ¿Es usted policía?

—No, soy investigadora privada. La mujer abrió mucho los ojos.

—¿Como en la tele?

—Como en la tele.

«Gracias, Jessica Jones», pensó Raquel. La mujer había abierto los ojos de par en par, y ahora era expectación e ilusión lo que se leía en ellos. Era muy probable, dados los anteojos de cerca que le colgaban de la solapa de la chaqueta, que la vecina se pasara bastantes horas muertas viendo canales en streaming, instalados por su nieto a instancias de su hijo, para que la abuela no diera tanto el coñazo por teléfono. Lo de presentarse como investigadora privada, obviando toda discreción, a veces le abría puertas a Raquel. Otras se las cerraba, y parte de su trabajo consistía en, a la hora de captar testigos, saber distinguir el momento de utilizar el truco.

—¿Qué quiere saber? —preguntó la anciana, que ya se veía apareciendo en un programa de televisión de los de la mañana junto con alguna presentadora con revista propia, y rodeada de tertulianos del famoseo. La envidia de sus amigas.

—Quería preguntarle sobre la señora Olmos. La madre, Mari

Carmen —se apresuró a aclarar Raquel, por si las conocía a las dos.

—Mari Carmen… Ay, la Mari Carmen, menuda nos ha montado. Ya se veía venir, ¿sabe? Con su carácter y con su hija dejándola sola. Pero tampoco es que a la niña se la pueda culpar después de la infancia que pasó, la pobre.

Raquel observó con rapidez la falta de hostilidad en la respuesta, más bien era compasión lo que percibía. O su casa no se había visto afectada, o eran amigas; o todo a la vez.

—¿Tenía mucho trato con ella?

—Ay, hija, pues éramos vecinas y coincidíamos en el ascensor. Ella arriba y yo abajo —explicó la mujer—. Entre que entrábamos y salíamos, pues sí que nos decíamos nuestras cosas. Y en el bar, a veces se juntaba con nosotras para jugar al *truc*.

—Entiendo. ¿Puede decirme su nombre? —preguntó Raquel sacando un pequeño cuaderno del bolsillo de su chaqueta.

La mujer dudó un momento antes de decírselo:

—Elisa. Elisa Fontilles.

—De acuerdo, Elisa. Ya que coincidían bastante, le querría preguntar: ¿venía usted notando algún comportamiento extraño en Mari Carmen días antes del incendio?

—Meses —contestó Elisa, tajante.

La respuesta pilló con la guardia baja a Raquel.

—¿Meses?

—Sí, no digo días, digo meses —afirmó la anciana—. La Mari Carmen estaba ya muy ida, tenía enfrentamientos con los vecinos en los que sacaba el demonio, y otras veces estaba como alelada; pero, por lo menos, como mínimo, hacía varias semanas que parecía que alguna mosca le había picado.

—¿En qué sentido?

La mujer bufó. Cogió de nuevo las bolsas y las apartó a un rincón.

Allí comenzó a hablar entre susurros, como si estuviera contando los más salvajes secretos de alcoba de su vecina.

—Siempre tenía que estar en casa a una hora fija, ¿sabe usted? A veces, cuando coincidíamos en el bar y estábamos echando la partidita, se levantaba de repente y decía que se tenía que ir, que la iban a llamar. Pero bueno, eran sus rarezas, como toda la vida. Y antes peor, ¿sabe usted?

No, no lo sabía, y eso le preocupaba, porque significaba que su cliente le ocultaba cosas. Pero Raquel decidió priorizar la información inmediata.

—¿Les dijo quién?

La mujer negó con la cabeza.

—No, nunca. Nosotras bromeábamos sobre si se había echado novio o qué, pero ella no decía ni mu —aclaró Elisa haciendo el gesto de cremallera en boca.

—Entiendo. ¿Eso pasó más de una vez?

—Más de una, y más de tres. Eso fue lo que nosotras vimos, lo que saltaba a la vista, pero creo que la llamaban muchos días. Más o menos sobre las cinco de la tarde.

«Las cinco de la tarde. ¿Por qué las cinco de la tarde?», pensó Raquel. «Alguien ha tenido abundantes conversaciones con la madre de Laura. ¿Quién y para qué?». Las ruedas de la cabeza de Raquel giraban sin cesar. Sara, casi con toda seguridad, iba a citar a declarar a esa mujer. Menudo golpe de suerte. ¿O lo sabía todo el vecindario?

La señora, ajena a estos pensamientos, ya era una ametralladora dando explicaciones:

—La verdad es que en las dos últimas semanas a la Mari Camen ya ni se la veía. Hasta que pasó lo que usted ya sabe.

Raquel supo de inmediato que había justificado bien el salario del día. Además de como testigo, el testimonio que acababa de obtener les serviría para pedir los registros telefónicos de la madre de Laura. Saber qué llamadas se habían producido, y desde qué línea. Eso si su misterioso interlocutor no había borrado su rastro o llamado desde

algún cibercafé o locutorio, que era lo más probable.

—Le agradezco sinceramente su ayuda —dijo Raquel, y no era una fórmula de cortesía. Le entregó una tarjeta—. Si recuerda algo más o se entera de alguna cosa, ruego contacte conmigo en ese número.

Elisa se guardó la tarjeta en el bolso.

—A cualquier hora —remarcó Raquel.

—Claro —repuso Elisa—. Ya me contarán cómo queda el tema. Pobre Laura.

—Le aseguro que será de las primeras en ser informada —contestó Raquel.

Abandonó el zaguán, reflexionando sobre si debería hablar con más vecinos. Lo haría, y no solo serían preguntas sobre el presente, sino también sobre el pasado. Quería saber más de ese supuesto ayer oscuro que le estaban ocultando, y ver qué influencia podía tener en el hoy.

Miró el reloj. Las seis y media. En dos horas, la verdad incómoda compuesta por los testimonios de los vecinos sobre Mari Carmen Olmos se abriría paso y le revolvería las entrañas.

PRISIÓN DE SAN SEBASTIÁN

SEPTIEMBRE DE 2019

Laura se ponía una máscara de profesionalidad cada vez que se situaba en el círculo de la verdad, como llamaban a las sesiones de terapia en prisión. En principio se habían creado para tratar a violadores y maltratadores, y Laura había lidiado con ellas exitosamente. Al menos los internos la apreciaban, incluso muchos veían más allá de sus curvas y sus ojos azules, teniéndola en gran estima por su capacidad de diálogo. Se amplió en meses posteriores a todo tipo de reclusos, condenados también por todo tipo de delitos. Laura descubrió que la cabeza de un violador no funcionaba igual que la de un estafador o la de un ladrón, y aunque se adaptaba a cada uno de ellos, procuraba que el grupo fuera homogéneo. Al final, con todos se enfrentaba a problemas similares: conseguir que la aceptaran y confiaran en su persona, dado que era una profesional que hurgaba en sus mentes sin haberla elegido ellos, y prepararlos para el día en que vieran la luz fuera de aquellos muros.

Con Iñaki Arresua, la máscara de Laura se hizo añicos. El primer día que acudió Arresua a sus sesiones, quizás por mero aburrimiento o por evitar la clase de pilates como alternativa, Laura se sintió casi mareada de atracción. Ni siquiera había reparado en él cuando el grupo entró en la sala y cada uno tomó asiento. Fue, simplemente, como si hubiera estado siempre sentado en esa silla, justo enfrente de ella, las seis de sus doce en aquel círculo. Sentado con una mirada azul y lánguida, como un caballero que fuma en un club de Birmingham, pero sin cigarro en la boca. Alto, o al menos de extremidades largas, y un rostro anguloso e inmaculado, cuya barbilla sostenía unos labios carnosos.

Laura intentó concienciarse, en aquellos primeros momentos, de que su obligación era ser profesional. No siempre lo había llevado a rajatabla, lo de no cagar donde se come. En sus primeros años como psicóloga clínica se había enrollado con algún paciente de su recién nacida consulta privada. Pero un miedo, un gran terror, la abrazó tras reflexionar sobre sus actos. Que se extendiera el rumor, que los pacientes masculinos comenzaran a acudir a ella como quien busca el

final feliz de un masaje en el Barrio Chino. Dijo al paciente que no se iban a ver nunca más, y lo remitió a un compañero. Tuvo sobre su cabeza la espada de Damocles de poder ser denunciada en venganza, pero su lío ocasional resultó, después de todo, ser un tipo decente. Laura consideró que había tenido mucha suerte, y decidió no volver a tentarla.

Pero el deseo más puro la tomó por sorpresa en aquella sesión con Iñaki. Como suele suceder, no elegimos de quiénes nos enamoramos, y Laura tampoco tuvo elección aquella tarde.

El corazón martilleaba sus sienes cuando se acercaba el turno del vasco. Se odió, pues las reflexiones sobre la libertad ganada y perdida del compañero que le precedía a él llegaban amortiguadas, sin sentido. Laura las despachaba con un asentimiento de cabeza, aunque en realidad no las escuchaba. Se formó el silencio de un agujero negro cuando fue el turno de Iñaki Arresua. Laura rezó a un Dios a quien se había prometido no pedir nada por que no se notara su voz temblorosa cuando le dio paso.

—Es tu primer día aquí y toca presentarse —le invitó. Laura mantenía las manos quietas en su regazo. No era casual—. ¿Quién eres y qué esperas de estas sesiones?

Iñaki Arresua le mostró a Laura una sonrisa torcida, tomándose su tiempo en contestar.

—Me llamo Iñaki Arresua, y espero no cargarme a todos los de esta sala por no poder aguantar más sus gilipolleces.

Hubo un momento de silencio sepulcral, en el que Laura deseó poder desaparecer en ese agujero negro en el que se había sentido hacía unos instantes.

Lo rompieron las risas y los aplausos de los demás reclusos. Iñaki no abandonó su sonrisa torcida, y Laura notó que el alivio daba paso a otra sensación: se estaba poniendo cachonda. Lo peor es que notaba que Iñaki se daba cuenta, y eso encendió sus mejillas. Laura cabalgaba sobre olas, unas olas excitadas por un mar encabritado, en el que no sabía si terminaría ahogándose. Trató de recoger su máscara.

—No sé si eso es lo que esperaba, pero lo tomaré como una respuesta. No obstante, ¿esa es tu única expectativa? ¿Que no ocurra algo? ¿Y qué te gustaría que ocurriera?

—¿Qué le gustaría a usted, doctora?

Nuevas risas y rubor en sus mejillas. Laura estaba perdiendo el control, y lo sabía.

—Que me respetaras, y que no fueras el payaso de la clase. ¿Tu máxima aspiración es que te rían las gracias? ¿Como en el instituto?

El sentir cómo minaban su autoridad, el control sobre el grupo que había ido construyendo tan cuidadosamente, enervó a Laura hasta el punto de parar en seco su atracción.

Aferrada a su dique, dirigió una mirada severa a los demás presentes antes de devolver su atención a Iñaki.

—¿Sientes que la cárcel te rehabilita? ¿O que estás siendo tan solo castigado?

—¿Rehabilitarme? Yo no me levanto pensando todos los días que hice mal intentando matar a mi tío. Al contrario, hice lo correcto, pero soy consciente de que la ley no se podía poner de mi parte. No es castigo, ni rehabilitación. Es un trámite que intento pasar lo mejor posible.

—Entonces, ¿cómo enfocas tu tiempo? ¿O al ser un mero trámite no vale la pena aprovecharlo?

—Yo no he dicho eso —contestó Iñaki—. ¿Usted no aprovecha las colas en el supermercado, en el banco, o en Hacienda, para leer en el Kindle? Yo aprovecho esta situación para estudiar, y para entrenar mi cuerpo. ¿Ha oído hablar del kaizen?

—La mejora continua japonesa.

—Exacto —reconoció Iñaki—. Tras la Segunda Guerra Mundial, Japón estaba bien jodido. Pero como esos amarillos los tienen bien puestos, decidieron no dedicarse a lloriquear. Los japoneses no se rendían o lamentaban, se levantaban más fuertes o se apartaban del camino con un *seppuku*, no había término medio. Así que, conscientes de que no iban a volver a levantar su imperio en unas horas, decidieron hacerlo poco a poco, cada día, de manera constante. Se prometieron a sí mismos que cada jornada iban a mejorar en algo, en tener una nueva aptitud de la que carecieran en la anterior. Ese

concepto, dado que tienen términos para todo, lo bautizaron como *kaizen*.

—Joder, sí —intervino Franz, un tipo musculoso dedicado a pegar palizas a morosos en otra vida—. Yo tengo un Toyota y el vendedor me rayó la cabeza con eso, antes de que yo se la rompiera a él.

Franz empezó a reír con estridencia y los demás le secundaron, incluyendo a Iñaki. Laura incluso se permitió una sonrisa. En el fondo, sabía que volvía a retomar el control.

Sobre la sesión, no sobre sí misma.

PASEO DE LA CONCHA, SAN SEBASTIÁN

JUNIO DE 2023

Todos esos recuerdos estaban ahí, mientras Laura esperaba a Iñaki en un café del Paseo de La Concha, junto al tiovivo. Y, sin que ella lo supiera, también eran compartidos por el propio Iñaki al divisarla a lo lejos, con un vestido negro, fino como si estuvieran ya en pleno verano, y lo suficientemente corto como para que él no apretara el paso, pese a que llegaba veinte minutos más allá de lo acordado.

«¿Trata de seducirme?», se preguntó Iñaki. Se reconoció que la comecocos lo tenía hoy más fácil que nunca. Pese a que no se lo confesaría ni a su mejor amigo, si lo tuviera, se encontraba en un momento delicado en lo emocional, y con las defensas anímicas muy bajas desde su salida de prisión. La cabeza le iba a mil por hora con las amenazas de su tío y su dedicación absoluta a su nuevo negocio legal, pero se sentía como los que tienen un miembro amputado, con una pareja fantasma a la que, sin existir, echaba de menos, y que tiraba de él en muchas ocasiones. Y allí estaba ella. Laura. Esperándole con su vestido negro corto, junto al tiovivo.

Cuando al fin llegó a la mesa, Laura no se levantó para darle dos besos. Le dirigió una mirada que a Iñaki le recordó la del gato con botas de Shrek. Cabizbaja, sin atreverse a alzar su rostro, mucho menos a intentar ponerse a su altura. La acompañó con una sonrisa de un asentimiento, indicando de esta manera, o así le pareció a Iñaki, que agradecía su presencia.

«Que esté en horas bajas no quiere decir que esté desarmado ante ti, comecocos», pensó antes de sentarse.

Sus miradas ya trazaban una línea recta. Ella apreció que el rostro de él se había afilado, resaltando aun más sus ojos. Él pensó que Laura estaba igual, con una sofisticación en parte impostada para impresionarlo, pero también con la elegancia de aquellos que se ganan bien la vida y pueden ir a comprar a sitios caros.

Ambos desearon poder leer la mente del otro.

—Hola, Iñaki. Me alegro de verte fuera de allí. Al aire libre.

—Ya, te aseguro que yo también me alegro de que me veas respirando contaminación pura.

—Yo… siento que te hayas enterado así de lo de la mediación solicitada por tu tío.

—¿Por ti? ¿Y de qué otra manera me iba a enterar? ¿Con las marcas de un punzón en mi puerta?

—No creo que fuera él quien dejó el mensaje. Ya te dije que tengo un enemigo, alguien que va a por mí y que va a utilizarte a ti. No al revés, como tú crees.

—¿Me has llamado para esto?

—No, te he llamado porque necesito tu ayuda.

Iñaki encendió un cigarrillo y le pegó una buena y profunda calada, intentando calibrar a Laura.

—Al menos no te andas con demasiados preámbulos —dijo el vasco entornando los ojos—. ¿Es por ese adversario del que me hablabas?

—Sí. Me odia hasta la médula, y ni siquiera sé el motivo. Que yo sepa, ha asesinado al menos a una persona para hacerme daño, y ha destrozado la vida de mi madre. Ni siquiera se mancha las manos para hacerlo, es un hábil manipulador y juega con las personas como un consumado maestro de ajedrez. También intentó ponerte en mi contra, con lo que…

—Con lo que yo también soy parte de la partida —dijo Iñaki terminando la frase.

—Así es —confirmó la psicóloga. Su café ya se había enfriado—. Lo cual quiere decir que tú estás en peligro también. Iñaki reflexionó unos instantes, ante la expectación de Laura.

Su posible aliado sopesó los últimos acontecimientos, en especial la aparición de su tío y la amenaza de su tía. ¿Y si alguien tiraba de sus

hilos? No estaba seguro de si sentía algo por Laura, más allá de la necesidad de llenar su soledad si fuera necesario. Pero su enemigo también podía ser el suyo.

—Bien, supongamos…, solo supongamos, que accediera a ayudarte. ¿Cuál sería el plan?

—Necesito localizarlo, y que luego le pegues unas cuantas hostias.

—Ah, es un plan genial. En eso soy bueno.

Laura comenzó a reír de manera espontánea, por pura descarga de todo el peso emocional que sentía, y él, para su sorpresa, la acompañó. Para ambos fue una liberación, y tras la catarsis les sobrevino a los dos una sensación de irrealidad, un fallo de *Matrix*.

No fueron conscientes del beso hasta que sus rostros se separaron. No sabrían decir si duró segundos u horas, ni si el mundo había cambiado en aquellos instantes.

La realidad hizo de nuevo acto de presencia, y Laura no supo interpretar la mirada de Iñaki, que era como la del que despierta de un sueño cuyo recuerdo se diluye como granos de arena en un reloj.

Iñaki tampoco sabía qué pensar, ni podía dilucidar si ese instante había cambiado algo. Hasta saberlo, tenía que seguir caminando hacia delante.

—¿Quién te puede odiar tanto?

—No lo sé. He pensado en algún antiguo paciente, pero no soy consciente de haber dañado tanto a nadie como para alimentar tanta sed de venganza.

—¿Y como mediadora? —insistió Iñaki. Tenía claro que, además de odiar a Laura al máximo, el Adversario también la conocería al máximo. Cada uno de sus secretos y anhelos.

Laura meditó durante unos instantes, hasta que al final negó con la cabeza.

—No —dijo, tajante—. Mi papel como mediadora se diluye entre los mediados. Por eso el suicidio inducido de mi paciente y que me culpase a mí tiene tan poco sentido. Solo soy una transmisora, una

traductora entre partes que hablan diferente lenguaje porque parten de necesidades e intereses distintos.

—Joder, déjate de historias —la interrumpió Iñaki al verla embalada—. Deja eso para vuestra presentación…

—Sesión informativa.

—Lo que coño sea. Los tipos como esos te pueden odiar por motivos que tú no podrías ni concebir. Además, todos tocamos la vida de los demás y la alteramos, sin ni siquiera darnos cuenta. Tenemos que repasar tu lista de pacientes y mediados, o como los llames. Uno por uno. Sabemos que es muy inteligente y que tiene conocimientos informáticos. Es poco, pero algo por donde empezar. Es alguien que ha podido seguirte de cerca sin que te enteres, con lo que es muy probable que viva aquí, o por lo menos que sus vínculos estén aquí.

Laura asintió. El razonamiento le convencía.

—Tenemos que ir más allá de los finales de tus expedientes —continuó Iñaki—. En especial de los finales felices o anodinos, que eso seguro que te habrán pasado desapercibidos. De la forma en que está haciendo las cosas, no se trata de una deuda de dinero, ni de uno de esos proetarras de prisión que te llamaban colaboracionista y española. Creo que se trata de un final feliz que acabó bien jodido. Eso son los mimbres para empezar a buscar un patrón.

Laura se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta de la tarea que tenía por delante. Eran más de cinco años de ejercicio profesional. Muchos casos. Algunos delicados, aunque no fueran violentos.

—¿Has sido testigo o perito en juicios, no? —preguntó Iñaki.

—En algunos, sobre todo de rupturas y custodias.

—Nos centraremos en eso. ¿Alguno de temas penales?

Laura hizo memoria. Sí, en un par de ocasiones había tenido que declarar como perito judicial sobre la idoneidad del acusado para ser juzgado, para dilucidar si sabía lo que hacía, pero…

—Ningún asesino —concluyó Laura—. Un conductor suicida que se emborrachó para ir en contradirección por la A-8 y un drogadicto que atracó una gasolinera. El primero se suicidó, el segundo murió de

sobredosis. Ambos antes de entrar en prisión.

—Joder, eres la reina Midas de la mierda. Pero nadie dice que hayan sido ellos —adujo Iñaki—. Puede ser un familiar en busca de venganza.

—Cierto —admitió Laura.

«Todos tocamos las vidas de los demás», rememoró Laura las palabras dichas por Iñaki unos momentos antes.

—Es un trabajo de chinos, comecocos, pero habrá que hacerlo. Tenemos que jugar al descarte, comparar a los vivos y a los familiares más cercanos de los muertos con el perfil que tenemos y los datos que me has proporcionado. Esa es nuestra única arma. Esa y la tecnología.

Laura levantó las cejas.

—¿La tecnología?

—Sí, podemos usarla para intentar localizar a tu amigo si vuelve a enseñar la pata. Porque tenemos que hacer otra lista entre tus pacientes y allegados, y esperar a que una línea las una a las dos por algún sitio.

«Claro», pensó Laura, «la lista de sus futuras víctimas».

Una lista en la que podía estar cualquiera de sus seres queridos.

—¿Y qué vas a hacer con lo de la mediación que propone tu tío? Si quieres lo olvidamos, porque de verdad que no creo que sea él el que está detrás de esto.

Laura lo dijo con la esperanza de que Iñaki se negara. Ahora que ya contaba con él, ya no tenía nada que ganar y sí mucho que perder. Pero la trampa en la que se había metido solita se cerró tras ella cuando una afilada sonrisa, con la que te podías cortar si te acercabas, se dibujó en el rostro de Arresua.

—Poned lugar y fecha. Estoy deseando verlo y reelaborar mi historia con él —dijo, recordando la conversación bajo la lluvia con su tía.

SAN SEBASTIÁN

Tres días después del encuentro con su tía, y al siguiente de su conversación con Laura, Iñaki Arresua se puso manos a la obra en la labor de perseguir lo que él denominaba «su renacimiento».

Para Laura hubiera sido como un puñetazo en el estómago de haberse enterado, pero lo cierto era que Iñaki apenas había pensado en ella y en el tema del Adversario en las horas previas; ni siquiera tenía presente su beso fugaz, ni su despedida esperanzada, confiando ella en que sería su caballero blanco. Apenas pensaba en su tío, ni en la mediación que prometía transformarlos, cuando él solo aspiraba a transformar su ancho rostro a patadas. Por el contrario, las últimas cuarenta y ocho horas las había pasado leyendo, cogiendo ideas de aquí y de allá, anotando, haciendo diagramas, cuadros, análisis contables. No había perdido el tiempo en prisión, y había aprovechado para estudiar contabilidad y finanzas. Su formación universitaria era Derecho, que emprendió después de tontear con el fútbol, aunque nunca había ejercido, ni se había planteado opositar. La carrera le había gustado, aunque en su aplicación a la empresa y a la vida diaria, no en su vertiente profesional. Pero el tema de las cuentas, aunque había elegido alguna optativa en ese sentido, se le había escurrido de entre los dedos. Por eso, aprovechando su tiempo a la sombra, había realizado un curso a distancia sobre contabilidad y hojas de cálculo. Había aprendido cuán importantes son los costes, su control y su adaptación a la realidad de la empresa. Por eso hizo un cálculo del patrimonio del que disponía por la herencia de su padre, y una estimación de lo que iba a ser su colchón económico. También se había dado de alta como autónomo, y su intención era, en el plazo de pocos días, utilizar el local que había arrendado su padre y pagado puntualmente hasta su fallecimiento. El arrendador no había puesto pegas a su subrogación y solo necesitaba preparar el local, así como contratar a informáticos que mantuvieran los servidores (o quizás subcontratarlos, esa era otra decisión a tomar) y, lo más importante, alguien de confianza que lo coordinara todo. No le hacía gracia lo de hacer entrevistas. Ni puta gracia.

La idea lo atravesó como un rayo: la chica, la de la librería. Beatriz. Vale, no la conocía de nada, pero le había hecho la entrevista más

eficaz del mundo. Había sido su cliente. No solo eso, sino que había comprobado in situ, sin pretenderlo, su capacidad de resolución de problemas y, en cierta manera, su liderazgo. Le habían consultado a ella, y no a la encargada. Eso era por algo. Por no hablar del cinco por ciento de descuento que le había hecho en los libros. Era una corazonada, una locura. Y por eso podía funcionar.

No lo pensó más. Iñaki se encaminó a buen paso hacia la Avenida de la Libertad, sin sentir siquiera el frío que supuraba el Urumea aquel día al atravesar el puente de Santa Katalina. Su decisión no flaqueó, sentía dentro de sí un horno combustionando que bombeaba sangre a sus músculos. Eso y la sensación de estar haciendo lo correcto. Entró de manera atropellada en la librería, que estaba muy poco concurrida a esa hora. Solo una cajera, y no era Beatriz. Se obligó a respirar hondo y a tranquilizarse: de otro modo, se dijo, era más que probable que saliera de allí esposado. Ya tendría bastante con que la chica, con su pinta de sinvergüenza, no lo considerase un acosador. Puso su mejor sonrisa a la cajera y esta le correspondió. Subió sin alterar su rictus, y con la mayor tranquilidad de la que fue capaz, los peldaños de la escalera que lo separaban del piso de arriba; se dirigió hacia la sección de economía y finanzas, allí donde lo había atendido Beatriz. Se preguntó cómo podía abordarla, y las piernas le temblaban tal que si fuera un adolescente que va a pedir salir a una jovencita. En realidad, no era muy diferente. También se basaba en la confianza que le transmitiera y, en cierta manera, dependía de una cierta química, aunque no fuera sexual. Al durísimo Iñaki, al convicto de vuelta de todo, le sudaban las manos y estas se deslizaban por la barandilla de madera. Cayó en la cuenta de que podía ser su hora de comer o que, sencillamente, podía no ser su turno. En tal caso, pensó, echaría un vistazo y volvería otro día, mejor si era un jueves por la tarde, al igual que la otra vez.

Pero sí, allí estaba. Primero vio el pelo moreno y rizado que caía por encima del chaleco de tres colores, única pieza del uniforme de trabajo de la librería. Estaba ordenando y clasificando unos libros que llevaba en un carrito, lo que Iñaki dedujo que sería la parte más farragosa de su trabajo.

Iñaki se acercó con cuidado. El chicle que mascaba era la única barrera que tenía contra la sequedad de boca, y para evitar un hablar pastoso.

—Hola, disculpa…

Beatriz se giró, y le dedicó una sonrisa con un brillo de reconocimiento en los ojos.

—¡Hola! —le saludó—. ¿Ya te has acabado todos los libros que te llevaste?

Iñaki le devolvió la sonrisa, más amplia de lo que recordaba haberla mostrado en años.

—Eh… La verdad es que no.

Hubo un silencio que a Iñaki se le antojó incómodo. Decidió ir al grano y soltarlo de golpe:

—Mira, soy empresario y quiero montar un pequeño negocio por Internet. Todo virtual, con poco coste. Pero incluso lo virtual necesita de personas de verdad que lo lleven y lo manejen. Que estén ahí en el día a día. Para que funcione, yo me tendré que ocupar de las relaciones públicas y llenaré mi tiempo en hacer contactos. Por eso necesito a alguien de confianza a mi lado.

Beatriz abrió mucho los ojos, como si le hubieran clavado un puñal en el pecho en ese preciso instante.

—¿Estás…? —A Iñaki no se le escapó el tuteo que empleaba la chica—. ¿Estás pensando en mí? ¿Cómo voy a ser de tu confianza, si no nos conocemos?

Bea lo remachó con una suave risa, franca y exenta de burla. Eso animó a Iñaki a continuar con su parlamento, mientras oraba para sus adentros para que ningún cliente o circunstancia lo interrumpieran.

—Cierto. Pero mira, yo ahora tengo las siguientes opciones: contratar a alguien por amistad, sabiendo que eso siempre sale mal —Bea asintió como si hubiera tenido alguna experiencia en ese sentido, lo que hizo que Iñaki se alegrara de no tener que confesar que en realidad no tenía amistad alguna a la que echar mano—, o bien hacer una interminable sucesión de entrevistas con las preguntas habituales y las respuestas de manual de los candidatos, escoger a uno de ellos y arriesgarme a que no me resulte rana, teniendo que empezar otra vez de cero y volver a buscar. O puedo fiarme de mi instinto, y de la ventaja que supone haberte visto en acción desde la perspectiva de un cliente.

—Ja, ja, ja… Como si hubieras probado un coche dando una vuelta a la manzana antes de adquirirlo en el concesionario.

—Sí, algo así —admitió Iñaki con una sonrisa.

Beatriz hizo ademán de pensárselo por un momento. Iñaki previó que le pediría tiempo para considerarlo, pero lo que hizo la chica fue preguntarle:

—¿De qué va entonces el negocio?

—Son apuestas *online*. Totalmente legales —quiso aclarar Arresua al ver que Bea arqueaba la ceja—, y con el aval de deportistas conocidos.

Bea puso una sonrisa socarrona, y a Iñaki una sensación de triunfo le explotó en el vientre.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Un poco de todo —le dijo—. Pero, básicamente, serás mi mano derecha. Me complementarás.

—¿Te complementaré? Iñaki asintió.

—Sí, sí, no me refiero a nada raro. Yo soy bueno para ciertas cosas, aunque me tendré que esforzar en recordar cuáles. Pero para otras soy un puto desastre. Siempre he necesitado a alguien detrás de mí, para ayudarme en cosas que para otro pueden resultar elementales. Alguien con quien hablar del negocio, como si fuéramos socios. Voy a estar solo en esta aventura, y ese tipo de cosas no las podré hablar con nadie si no es contigo. Serás tu propia jefa, y si va bien la cosa, la de uno o dos empleados, a lo sumo. Pero aunque nominalmente la empresa será mía y así lo seguirá siendo, recibirás un sueldo acorde con esa responsabilidad.

Iñaki disfrutó unos momentos de la perplejidad de Bea, que tenía la boca abierta y miraba a su alrededor, quizás en un último intento de buscar una cámara oculta.

—Responsabilidad relativa —añadió—, ya que el negocio es mío, y yo soy su primer y último garante ante cualquiera. Bueno, ¿qué te parece?

Bea hizo esfuerzos por cerrar la boca, y ordenó con ganas a sus músculos faciales que se movieran para decir:

—Acepto.

Iñaki sonrió satisfecho, casi sin poder creer el salto de fe que acababa de realizar la chica. Vendrían tiempos muy jodidos, se tendría que enfrentar a adversarios muy peligrosos, pero la aventura comenzaba.

Y luego, estaba lo de Laura.

VALENCIA

—Vale, Laura… Han llamado a declarar a tu madre como investigada por un delito de incendio provocado en concurso con tentativa de homicidio.

Sara no fue con rodeos al comunicarle la noticia a su amiga. La había recibido esa misma mañana por parte del procurador. La rueda de la Justicia ya estaba girando, lenta pero implacable. Ibáñez podría haberse metido en un lío gordo por hablar con ella, pero retrasar más la entrega del informe podría haber significado su tacha y consecuencias mucho peores. No representaba, por tanto, una sorpresa, y así se lo había comunicado Sara a Laura al día siguiente de su conversación en el despacho del perito. Así las cosas, Laura estaba sobre aviso. Pero de la perspectiva de qué pudiera ocurrir al llegar a ese momento, iba mucha, mucha distancia. Distancia que Laura afrontaba con vértigo. Estaba cansada de ser golpeada por todas partes. Quería contraatacar, mas no sabía cómo, ni a quién. Pero entonces Sara le habló de Raquel, y de lo que la detective había averiguado.

—¿Crees… que él, sea quien sea, influyó en mi madre para que se comportara de esa manera?

Sara se lo pensó un momento, con el auricular del fijo del apartamento que había alquilado en la Malvarrosa ardiendo en su oreja. «Él». Sonaba tan vacía la palabra, pero a la vez tan llena de promesas y amenazas…

—Sí, es posible. Igual que influyó en la señora Dolores para perjudicarte. Sabemos dos cosas por tanto: que va a por ti a muerte, y que puede ser alguien muy persuasivo.

—Ha ido a por mi madre para llegar hasta mí, es increíble —se lamentó Laura.

—Sí. Quien quiera que sea, te conoce muy bien, se ha molestado en saber cuáles son tus puntos débiles y cómo machacarlos. Cómo machacarte.

—Voy a acabar con él, cueste lo que cueste.

—Lo sé, y yo te voy a ayudar, cueste lo que cueste. Cuenta con mi hacha, con mi espada y con mi coño, si hace falta.

—Cueste lo que cueste —repitió Laura obviando la broma de su amiga—, aunque tenga que pactar con el diablo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo contaré.

—Solo cuéntame si es guapo.

Laura no pudo evitar sonreír por fin al otro lado del teléfono. La sonrisa se le congeló cuando volvió a pensar en su madre.

—Sara, ¿qué va a significar para mi madre ser investigada?

—¿Sabes qué, Laurita? La verdad es que ser considerada como investigada, lo que antes se conocía como imputada, solo puede significar, aunque no te lo puedas creer en este momento, buenas noticias para tu madre.

—¿Qué quieres decir?

—Hummm… Pues jamás creería que pudiera llegar a decir esto, pero una vez la mierda ha salpicado y sigue saltando, esto es lo mejor que podía pasar.

—Joder, que no te entiendo, Sara.

—Vamos a ver: es una jugada muy arriesgada, pero si de verdad no fue tu madre, esto nos dará medios de investigación procesal de los que antes no disponíamos. Y con los que podemos crear una duda razonable al jurado en su momento.

—Sara —dijo Laura con la boca seca—, siempre me has dicho que en este tipo de cosas, en las que dependes de un tercero, más vale no hacer apuestas.

—Lo sé, lo sé, y también te he dicho que «si soy culpable, prefiero que me juzgue un jurado; si soy inocente, mejor que sea un juez». Pero lo cierto es que, al final del cuento, jugamos con probabilidades. Eso hacemos los abogados, y también lo haces tú cuando ayudas a la gente

a gestionar conflictos. Somos, en realidad, jugadores de cartas, calibrando estadísticas, posibilidades, bailando con el azar. Por eso hay acuerdos antes de llegar a juicio; algo a lo que, en un último extremo, siempre podremos recurrir.

—Eso es cierto, pero la responsabilidad civil…

—Sí, puede ser de un par de cientos de miles de euros, también lo sé. Y habría que satisfacerla para llegar a una conformidad. Pero hay una cosa muy positiva que puede salir de todo esto, Laura: podemos accionar alternativas como parte del derecho de defensa que hasta el momento nos estaban vedadas. Una de las más importantes, el Ministerio Fiscal.

—¿Crees que el Fiscal nos ayudaría? —preguntó Laura con incredulidad. Sabía por experiencia que muchos fiscales, no todos, se dedicaban a acusar por sistema, solo porque entendían que era lo que se suponía que tenían que hacer.

—Si le llevo pruebas, y es mínimamente tratable, espero que sí. Todavía tengo que conocerlo, hasta ahora solo me ha llegado su fama de cabrón razonable, pero lo conoceré. Además —añadió Sara—, esto nos da otra ventaja: tiempo. No creo que, dado el caso, a tu madre le pongan medidas cautelares. No hay riesgo de fuga ni peligro de destrucción de pruebas, ni el tema ha creado alarma social. Son muchas acusaciones, informes cruzados… Va a llevar tiempo, y por lo que me han dicho, los juzgados de por aquí están ya bastante saturados. Puede que, antes siquiera de que se abra juicio oral y se celebre, ya hayamos cogido al *sudes*.

Sara empleó el término *sudes* como en las series de la tele, y Laura tardó unos instantes en darse cuenta de que era la abreviatura de «sujeto desconocido», derivado del unsub que empleaba el FBI para referirse a los asesinos en serie.

—De acuerdo, Sara —dijo Laura, más esperanzada—. Ahora el tema es cómo se lo explico a mi madre. A veces parece… enajenada. Más de lo normal. Quizás debería llevarla a algún especialista en…

El silencio sustituyó a la palabra que Laura no quería pronunciar.

—No mentes a la bicha —intervino Sara—. Raquel me lo ha contado todo. Todo vuestro pasado, me refiero. Espero que no te moleste, pero era su obligación.

Se hizo el silencio entre ambas. La mínima estática confirmó a Sara que no se había cortado la comunicación.

—Yo… siento no haber hablado mucho sobre ello —se disculpó Laura.

—Calla, calla, no tienes que darme ninguna explicación, ni a mí ni a nadie. Cada uno cuenta lo que quiere, eso no me lo tomo como una falta de confianza.

Laura contuvo la respiración hasta provocarse una larga apnea sin pretenderlo. Intentaba discernir si lo que decía Sara era sincero o existía un tono de reproche soterrado. Le parecía que no, porque Sara no era así, pero la propia Laura no se perdonaba ser tan hermética con su bagaje. Suponía que era un medio de autodefensa, la construcción de una nueva identidad forjada solo de presente, mientras negaba o ocultaba su vida anterior. Lo malo era que el pasado resulta ser muy obstinado, y al final siempre asoma la cabeza.

—Tu madre es como es —continuó diciendo Sara—, y lo ha pasado muy mal. Alguien se está aprovechando de ella para joderte viva, y se lo vamos a hacer pagar. Lo primero que voy a hacer es hablar con Raquel para que siga investigando. Nos costará dinero, pero es una tía rentable, te lo garantizo. Hablaré mañana con el fiscal para comentarle la nueva vía de investigación que me ha sugerido Raquel y que confirma tu teoría, y ya te diré de qué pie cojea. Voy a pedir a la compañía de teléfono los registros de las llamadas que pueda haber recibido tu madre. No creo que el sudes sea tan tonto como para haber dejado un rastro que nos conduzca a él, pero sí puede serlo lo suficiente como para plantar una semillita de duda razonable.

—Sara, no sé cómo agradecerte todo esto.

—Ya me lo cobraré en carne, neni… Carne del asador del Antiguo Berri, claro. Je, je, je, je.

La risa de muñeco diabólico de Sara hizo sonreír de nuevo a Laura.

—También se lo tendré que agradecer a Gloria, que te deja estar allí. Pero no sé cuándo se le acabará la paciencia.

—No te preocupes, neni. Yo en unos días, cuando tu madre haya declarado, podré dejar esto rodando y volveré al *txirimiri*. Dejaré al

procurador y a Raquel husmeando y yo controlaré desde Donosti, pero más morenita.

—De acuerdo, Sara, ya me sigues informando.

—Eso siempre, neni.

Ambas cortaron la comunicación. La esperanza de Laura era como una montaña rusa, y en ese momento de soledad enfiló una caída que no parecía tener fin.

VALENCIA

En la Valencia de primeros de junio, el padre invierno había decidido visitar a su díscola hija primavera, tan disipada ella. Al invierno le gustaban estas visitas cortas, pero llenas de intensidad, al *Cap I Casal*, habida cuenta de lo breves que eran sus estancias en su ciclo natural. En momentos así, se comportaba como un turista ebrio al que no le importan las consecuencias de sus desmanes: un gran chaparrón de agua se había instalado sobre el cielo de la capital del Turia, pillando a contrapié a las autoridades municipales.

Se había decretado el nivel naranja de alerta por fuertes precipitaciones, pero debía ser un naranja como el que recibe el sol en los atardeceres, pues una tromba de agua era escupida desde un banco nuboso que había tenido un mal viaje al tragar la caliente agua del mar Mediterráneo. Eran las ocho de la mañana, las radios iniciaban los editoriales de sus programas matinales, y la Gran Vía Marqués del Turia era una arteria obstruida por bloques de hierro con ojos de luz, en la que sus ocupantes hacían sonar el claxon como imposible forma de conjurar todo el caos en el que estaban inmersos. Eran lemmings ciegos y confusos, cada uno dueño del microverso del interior de su vehículo. Cada uno con su historia, pero la única que interesaba a la psicóloga Laura Olmos, la suya propia y la de su familia, se encontraba en un Fiat 500 que esperaba su turno para girar desde la Gran Vía hacia la Avenida Jacinto Benavente. Junto a ella se encontraba su madre, tiritando de frío pese a que iba arrebujada en un grueso abrigo y con la calefacción en pleno funcionamiento; si miraba por el espejo retrovisor, a falta de visibilidad trasera debido al aguacero, podía ver a la perfección a su amiga Sara, tumbada a todo lo ancho que daba el utilitario y con un ojo y una mano repasando sus notas, mientras dedicaba el resto del par a su madre, a quien echaba breves vistazos y acariciaba el hombro con suavidad.

—Tranquila, señora Olmos, que esto lo tenemos chupado — le decía Sara.

—Vamos a llegar tarde, vamos a llegar tarde, os lo dije… —se lamentaba la madre de Laura. Era una letanía que ponía de los nervios a la psicóloga. Tenía que echar mano de su autocontrol para no saltar, pero su amiga le había advertido que su progenitora tenía que llegar lo menos alterada a la declaración.

«Como si eso fuera posible», pensaba Laura. No podía hacer caso omiso a ese consejo de su amiga y letrada, así que apretó con fuerza el volante y cerró los ojos, como si ello pudiera provocar una reacción en el universo que despejara el camino. A fin de cuentas, consideró cuando los abrió unos momentos después y se encontró el mismo panorama, era un pensamiento tan mágico como el de su madre y sus «ya te lo dije»: ambas cosas iban a ser de la misma utilidad. Intentó vocalizar sus siguientes frases para no saltar como una tapa bajo presión.

—Vamos con tiempo, mamá. La comparecencia es a las diez, aún quedan dos horas. De hecho, no abrirán hasta las nueve.

—Y si no, iremos volando… *Volandoooooo* —dijo Sara con voz cantarina y haciendo un gesto con la mano que intentaba representar a un avión surcando el espacio aéreo del habitáculo. Una risa espontánea brotó de la señora Olmos, y el ambiente se apaciguó un tanto.

«Es como una niña pequeña con su Mary Poppins», reflexionó Laura. Más toques de claxon. El eje de la tierra dio un nuevo giro, y los coches que estaban delante del de Laura se comenzaron a mover.

—*Yupiiiiiiii* —exclamó Sara, rompiendo los tímpanos de Laura. No estaba muy segura en aquel momento de cuántas niñas iban en aquel vehículo.

Aparcaron por fin en el centro comercial cercano a la Ciudad de la Justicia, ante la imposibilidad de hacerlo en la zona azul contigua, ya atestada de coches a esas horas, tanto los que en doble fila dejaban a abogados y ciudadanos, como los de los padres que dejaban a los alumnos en la puerta del colegio. Desa yunaron en una de las cafeterías, ganando algo de tiempo hasta que se hicieron las nueve. Era viernes y no se notaba un gran movimiento, como si a las tiendas satélite del establecimiento les costara subir las pulsaciones.

—Y ahora toca choparse, maldita sea —anunció la madre de Laura apurando su carajillo de Baileys. A Laura incluso ese mínimo comentario le dio rabia. Se daba cuenta de que su progenitora tenía en reserva el depósito de la normalidad, y que si no se calmaba griparía antes de que terminara el día. Solo esperaba que no fuera delante de la Jueza de Instrucción. Cerró los ojos, respiró hondo y recordó quién era, así como el motivo por el cual estaba allí.

Abrieron los paraguas al salir de la protección de la zona comercial, pero los pocos metros que los separaban de la sede judicial valenciana se hicieron interminables. El viento golpeaba aquí y allí como un boxeador ciego, doblando los paraguas y haciendo difícil cada paso. La lluvia no respetaba la verticalidad y era un látigo en el rostro. A pesar de ello, y con su cartera de letrada bien metida en una funda de plástico, Sara hacía la payasa imitando un clásico musical norteamericano, provocando la sonrisa de madre e hija. Era de lo poco que existía capaz de unirlas.

Al llegar a la entrada las puertas ya estaban abiertas, pero no les esperaba un ambiente menos gélido. La estructura recordaba a otro centro comercial, las «Galerías Justicia», como las llamaba Sara.

—Ciudad de la Justicia —comentó la abogada al entrar mientras cerraba el paraguas—. ¿A que parece el nombre del cuartel general de un grupo de superhéroes?

Ante ellas se mostraba un amplio *hall* abierto que se alzaba franqueado por varios pisos surcados por largos pasillos, y de cuyo suelo brotaban estructuras transparentes que albergaban ascensores y un entramado de escaleras que se erguían paralelas a los elevadores, como hiedras enroscadas al tallo translúcido de una planta.

La señora Olmos se quedó boquiabierta digiriendo lo que veía. Sara puso una mano comprensiva en su hombro y le señaló una cola.

—Bueno, chicas, ahora como en el aeropuerto. Que parezca que nos vamos a Honolulu —dijo Sara.

En efecto, madre e hija se pusieron las últimas en una cola en la que los justiciables pasaban por el control de un detector de metales, bajo la supervisión de dos guardias civiles. Por su parte, los profesionales del derecho, incluyendo a Sara, iban pasando con rapidez por la mirada atenta de otro miembro de la benemérita, quien les franqueaba el paso a la vista de su carné profesional; todo transcurría con un rápido «buenos días» o un mero asentimiento, que en el caso de Sara vino acompañado de una sonrisa cordial. Sara Atxaga los tenía a todos en el bolsillo.

La cola de los ciudadanos, por su parte, era mucho más lenta: los justiciables y testigos andaban en fila hacia el arco de detección de metales; arrastraban los pies y una densa nube de preocupación y

pesar parecía flotar sobre ellos. No era una visita grata la del ciudadano a los salones de la mujer de los ojos vendados. De vez en cuando el arco protestaba, y algún despistado tenía que volver a depositar sus olvidadas monedas en la bandeja antes de volver a pasar. Las gotas de los impermeables y paraguas empapados formaban una estela líquida y resbaladiza que marcaba la procesión. Parte de esa Santa Compaña eran Laura y su madre, que esperaban cabizbajas su turno. Sara observó que en todo el rato en el que estuvieron juntas esperando su momento no se habían dirigido la palabra.

«Madre mía, parece que haya un muro de hielo entre ellas», pensó Sara mordiéndose el labio.

Cuando por fin superaron el control y llegaron al vestíbulo, habían pasado casi quince minutos. En los maceteros del vestíbulo los abogados tenían sus primeras charlas mientras esperaban a algún otro testigo o parte, o quizás al procurador. La cafetería se comenzaba a llenar también. El suelo estaba sucio ya a tan temprana hora.

—Ale, vamos para arriba —dijo Sara al reunirse con ellas—. Jorge nos estará esperando.

En efecto, Jorge ya había acudido media hora antes, cuando se dejaba entrar a los profesionales que tenían un procedimiento ese mismo día. Se dirigieron al ascensor de subida, situado en la columna marcada por un gran recuadro rojo que indicaba la presencia de los juzgados del ámbito penal. Un gran estruendo las sobresaltó. Era el sonido del agua, el de unas goteras que se habían concentrado en un punto del techo cercano al ascensor, y que el personal de mantenimiento trataba de contener en lo posible valiéndose de grandes cubos que se llenaban con rapidez. Los operarios de limpieza se veían obligados a reemplazarlos una y otra vez, como modernos Sísifos.

—*Vayaaaa* —observó Sara—. Las cataratas del Niágara, ja, ja, ja.

Laura ya no sonrió. Pese a estar acostumbrada a los ambientes judiciales, aquel se le antojaba opresivo, hostil. Sus anteriores experiencias en juicios habían sido muy diferentes: era su trabajo y afectaba a terceros, a gente a la que solo le unía motivos profesionales. Ahora le tocaba a ella. Se preguntó cómo se debía de sentir Sara. Concluyó que, pese a sus continuas bromas, no debía de ser un trago grato. Al llegar al ascensor que correspondía al área penal, observaron una nueva hilera de caras soñolientas y

preocupadas, junto con resignados profesionales que calculaban los tiempos para no llegar tarde a las primeras comparecencias de la jornada.

—¿Pero qué pasa? ¿Qué regalan? —preguntó Sara a un compañero togado.

—Los ascensores, que solo funciona uno. Vaya novedad —respondió este con sarcasmo.

—Uhhhhh…

Sara se dirigió a Laura y a su madre:

—¿Qué tal tres pisitos de buena mañana? ¿O preferís esperar y voy subiendo yo para quemar mis primeras calorías de hoy?

—Vamos contigo —respondió Laura. Su madre no dijo nada, ni siquiera expresó el más leve asentimiento. Sara la miró con preocupación. Tenía la mirada perdida, repleta de vacío. Podía ser el lógico miedo, pero también algo más.

—Pues *andiamo*…

Una fúnebre comitiva comenzó el ascenso peldaño a peldaño. La encabezaba la madre de Laura, para adaptarse ambas a ella y que no se rezagara. La cerraba Sara, que contemplaba la lentitud de la mujer con resignada y callada desesperación. Pensó en adelantarlas por la derecha, pero cambió de opinión para evitar la brusquedad del gesto.

En medio, como el jamón del sándwich, la psicóloga contemplaba el lento caminar de su madre. Veía su pelo moreno recogido y su nuca, y se fijó en una peca en medio de su superficie en la que nunca había reparado, pero que seguramente siempre había estado ahí.

Laura sentía oleadas de amor y de odio hacia su progenitora que se iban superponiendo unas a otras, según venían recuerdos de un momento u otro de su pasado en común. Era su madre, y la quería, pero a la vez no lo era y la odiaba por ello. Por no serlo. Por ser otra cosa. Por condicionar su infancia y el resto de su vida. Le era imposible lograr que esas dos imágenes se unificaran en una sola, las veía como alguien que intenta enfocar un grano de su nariz. Pese a todo, en ese momento, en el presente, su madre la necesitaba. Y estaba ahí por ella.

Llegaron a un largo pasillo en el que se sucedían hileras de mostradores en apariencia iguales, desnudos y fríos como aquel día. Sara apretó el paso; a Laura le parecía que dudaba si estaba en el pasillo correcto (los minúsculos carteles indicativos no ayudaban) hasta que una figura, casi al fondo, llamó su atención. Era Jorge, el procurador. Llevaba un gran maletín, una camisa sin corbata y la toga en el brazo, como una chaqueta que te quitas en un día de primavera. Sara le plantó dos besos al llegar a su altura.

—Jorgito, estoy cegata, no te había visto.

—No te preocupes —contestó el procurador con algo de rubor en las mejillas. Laura sospechó que no era a causa del frío.

—Te presento a las dos señoras Olmos —dijo Sara—. Mari Carmen, nuestra defendida, y su hija Laura, la psicóloga con la que formo el dúo Zipi y Zape.

—Encantado. ¿Las dos se apellidan Olmos? —preguntó Jorge enarcando las cejas.

—Me cambié el orden de los apellidos, una larga historia —respondió Laura con una ligera sonrisa.

El rubor de Jorge aumentó, temeroso de haber preguntado demasiado. Solía meter en la pata en circunstancias sociales y era muy consciente de eso. Estrechó la mano de Mari Carmen Olmos, que le pareció casi robótica, como si estuviera sonámbula. Tampoco le extrañó del todo, había visto a gente de mediana y avanzada edad declarar como imputados y muchas veces, salvo en los delitos violentos en los que ostentaban la chulería propia de quien ha hecho de la agresión una trayectoria vital, parecían estar en un mal sueño a la espera de despertar. Pero así y todo…

—Quedan veinte minutos y la declaración será en la minisala de vistas, aquí mismo. Bernie suele llegar justo a la hora, ni un minuto antes ni un minuto después. ¿Te parece que demos otro repaso al expediente? —sugirió Jorge.

—¿Bernie? —preguntó Laura.

—Bernardo Maldonado, el superfiscal —aclaró Sara—. Todo un Yoda, ya lo veréis.

Jorge sonrió ante la ocurrencia —esa era nueva—, y ambos entraron en una sala en la que tan solo había una mesa y dos sillas, junto con una aparatosa fotocopiadora. Varios expedientes estaban arrinconados a un lado de esa mesa, y justo en el centro, el de la madre de Laura, alto y peligrosamente inclinado. Procurador y abogada entraron en la estancia bendecidos por un leve movimiento de cabeza del auxiliar de Justicia que ahora se encontraba en el mostrador. Mientras cerraban la puerta tras de sí, Laura pudo observar que ese mueble ahora custodiado por el funcionario solo era un pórtico a una hilera de estanterías y archivos, con mesas también repletas de expedientes que invadían a su vez las mesas del personal del juzgado, como champiñones tras la lluvia. Laura ayudó a su madre a ocupar uno de los asientos empotrados del otro lado del pasillo, a la vez que se preguntaba cuántos universos, cuántas vidas, podría haber allí encerradas, esperando su destino, aguardando un pronunciamiento judicial que determinara su existencia hacia uno u otro lado, como una moneda que da vueltas sobre sí misma antes de mostrar su cara o su cruz.

—Venga, mamá, Sara estará ahí dentro, contigo. Todo va a ir bien.

—Debería haberme traído una muda.

Esas fueron las primeras palabras de su madre en mucho rato, y de las primeras pronunciadas desde que se habían encontrado por la mañana.

—Venga, no digas tonterías —le dijo su hija—. No eres Al Capone. Sara ni siquiera cree que te vayan a poner fianza. Si no retiran las acusaciones, te harán venir a firmar y ya está.

Laura dijo estas palabras con forzada convicción, pero algo, una pequeña voz dentro de ella, le decía que la jornada no iba a tener un buen final.

Oyeron pequeños golpes que reverberaban en el suelo. Laura, antes de girarse, pensó que se trataba de madera que golpeaba con la cadencia de un andar pesado, y no se equivocaba. Pudo ver una figura togada, grande y rechoncha, que caminaba despacio ayudado por un bastón de cabeza de nácar. Mostraba un rostro serio al que la grasa privaba de cualquier rastro de arrugas. Tras sus gafas se ocultaba una mirada azul que acumulaba inteligencia. Las costuras de la fina tela negra que llegaba hasta sus pies amenazaban con romperse a cada

paso, y eso que, a juzgar por la insignia con las siglas B. M. que lucía a la altura del pecho, debía de estar hecha a medida, solo Dios sabía cuánto tiempo y kilos atrás. No las miró al pasar, y se introdujo en el juzgado sin anunciarse, como si fuera el *sheriff* de un pequeño pueblo entrando en el *saloon*.

Estaba claro que se trataba del fiscal Bernardo Maldonado.

Unos minutos después, Sara y Jorge salieron de la estancia. Sara apenas tuvo tiempo de guiñarles un ojo antes entrar en la Sala de Vistas en la que Maldonado les había precedido hacía unos instantes.

Laura se fijó en que las persianas dejaban vislumbrar figuras a las que podía distinguir solo algo más que entre sombras: ahí estaría la jueza, el Letrado de la Administración de Justicia, y ahora Maldonado, junto con Sara y Jorge. No había más abogados. Según le había comentado Sara, las compañías de seguros se habían adherido a las peticiones del fiscal, junto con la consecuente responsabilidad civil que luego se dirimiría y que el Ministerio Público tenía la obligación de defender, y no se habían personado de forma directa como acusaciones particulares.

Tras acostumbrarse un momento a la imagen «codificada» que le devolvían las ventanas, pudo identificar cada bulto. Veía el perfil de su madre y el de Sara, con su nariz algo aguileña y cara alargada, un efecto que no se notaba tanto cuando la tenías de frente. También el perfil carente de cuello de Maldonado, y la amplia espalda sobre la que caía la media melena de la jueza. Esta bajaba la vista, con seguridad para leer el expediente que tenía ante sí, y movía la mano derecha con teatralidad. Imaginaba que estaba instruyendo a las partes. Laura suponía que la declaración en un lugar así (que igual podría haber sido en el despacho de la propia magistrada) estaba exenta de formalismos: en efecto, el fiscal a la izquierda de la jueza, Sara y Jorge a su derecha, y un poco más adelantada, su madre, la compareciente.

Maldonado pareció echarse un poco más hacia delante, como si quisiera mostrar sus fauces más de cerca. A Laura, más que a Yoda, le había recordado a un bulldog mezclado con el porte de Winston Churchill, lo que no dejaba de resultar algo redundante, dado que las parodias que retrataban al Primer Ministro inglés se basaban precisamente en esa raza de perro. También gesticulaba con la mano con la que habitualmente movía el bastón para remarcar sus palabras. Laura dedujo que era un perro que no soltaba su presa hasta que la

había partido a dentelladas. Casi podía escuchar sus ladridos.

Su madre lo escuchaba, impávida. Como un gólem al que todavía no le hubieran escrito la palabra «emet» en su frente. A veces Maldonado esperaba, pero la señora Olmos no reaccionaba, permanecía impasible. Laura se esforzaba en enfocar sus labios por si estos se movieran pese a la quietud del resto de su cuerpo, pero no lo hacían.

La jueza estaba girada hacia ella, seguramente repitiendo las preguntas, o cerciorándose de que entendía las consecuencias de ejercer su derecho a no declarar. Sara parecía poner cara de póker, pese a que había intentado que la madre de Laura hilvanara al menos un discurso en el que saliera a relucir el Adversario. Laura suponía, cuando la cabeza de su amiga comenzó a rebotar como uno de esos juguetes para niños, que intentaba mantener el contacto visual con su progenitora mientras leía las preguntas que tenía para ella, a la espera de cualquier atisbo de respuesta. Pero su madre seguía quieta, muy quieta.

«Maldita sea, mamá», pensó, «lo estás estropeando todo».

—Dilo. Dilo, maldita sea… —espetó en voz alta. El funcionario del juzgado que asomaba al mostrador, el cual era ahora otro distinto, la miró con reprobación, pero su llamada desesperada no parecía haber tenido ningún efecto en la habitación que Laura ahora veía como un teatro, como una espectadora de una escena muda y sin subtítulos cuyo final no iba a venir acompañado por las luces de la sala de cine y un recuerdo cada vez más vago, sino que tendría serias consecuencias para ella.

La jueza pareció mover unos papeles, y habló durante un minuto mientras todos los demás presentes en la sala, a excepción de su madre, le prestaban gran atención. Porque Mari Carmen Olmos seguía a lo suyo, que era la nada.

Le llegó el primer sonido audible del interior, el de las sillas arrastrándose mientras los abogados se levantaban (Maldonado con una agilidad inesperada) y se firmaban las actas. Sara tuvo que ayudar a su madre a levantarse, cogiéndola del brazo. Lo hizo con lentitud, como si la señora Olmos se resistiera a separarse de su asiento. Laura cerró los ojos. «Todo ha ido mal, muy mal. Van a meterla en prisión provisional, o con una fianza que no podremos pagar», se dijo para sus adentros. En el siguiente instante, pensó en qué familiares o amigos

podrían ayudarla a reunir el dinero. Quizás Iñaki… No, ni se le ocurriría pedir ese tipo de ayuda a Iñaki. Entonces, quizá su jefa… Los pensamientos de Laura corrían más que el tiempo, pero el ruido de un picaporte le hizo abrir los ojos de nuevo. La puerta se abrió; Sara sujetaba a su madre y detrás iba el procurador, Jorge. Maldonado permanecía dentro de la sala, ocupado en volver a meter el ya voluminoso expediente en su maletín. Laura intentó leer la cara de su amiga Sara, y no le gustó lo que vio.

Corrió hacia ella.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado?

Sara no respondió de inmediato. Miró a la encogida señora Olmos, que ya casi parecía un escarabajo, y luego le dijo a Jorge:

—¿Puedes quedarte un momento con ella mientras hablo con Laura?

Ningún chiste, ninguna sonrisa, ninguna broma, ninguna palabra tranquilizadora. Eso asustó a Laura más que nada. Nunca había visto así a su amiga, con tantas sombras en su rostro. Ni en los peores momentos desde que se conocían.

Ambas se separaron unos metros y Sara le susurró:

—Laura, pinta mal la cosa. Maldonado va a por ella, y la verdad es que tu madre con su actitud no ayuda.

—¿Qué ha dicho?

—Ese es el problema: no ha dicho nada. No ha contestado a las preguntas del fiscal, ni tampoco a las mías. Ni siquiera reaccionaba cuando la jueza, que al menos parece que es de las majas, le preguntaba si entendía nuestras cuestiones. Tiene derecho a no declarar, pero ha perdido su oportunidad de defenderse, de explicar lo que queríamos que explicara. Y la imagen que daba… Joder, tú la has visto… Parece ida, catatónica… Incluso estoy preocupada por si… Además, el fiscal nos ha arrojado a la cara las declaraciones de los vecinos. Las tendrán que ratificar, pero la jueza las ha tenido ya en cuenta.

—¿Qué ha dicho la jueza? ¿Han decretado fianza?

—No, ha decretado libertad con cargos, con la obligación de devolver pasaporte y de comparecer cada semana. Quizás será mejor que os quedéis ya aquí en Valencia…

—Pero eso es bueno, ¿no? —la interrumpió Laura, ya sin susurrar.

Sara se mordió el labio.

—¿Lo es? —reflexionó esta un instante—. Sí, quizás lo sea. De hecho, Maldonado pedía prisión provisional, el muy cabrón. Así son los fiscales…

—¿Cómo?

Laura se estremeció. Había arrinconado tanto esa posibilidad que la mera mención de que su madre podría haber tenido que ir directa a prisión le sentó como escuchar un diagnóstico terminal.

—Mira, Maldonado podría haber pedido de paso una cita con Gal Gadot, pero tu madre ya no va a destruir pruebas. No tiene vínculos en el extranjero que puedan facilitar su huida, la alarma social, más allá de una mención sobre el caso en algún programa matinal, tampoco era un motivo sostenible… Es un hijo puta y ya está…, más de lo que me habían contado. Pero lo que me preocupa no es eso.

—Entonces… Si la jueza ni siquiera ha decretado fianza, es que no lo tiene tan claro, ¿verdad?

Sara miró a su amiga, y no pudo evitar que sus ojos reflejaran algo de lástima. Pensó que una psicóloga como ella, inteligente, instruida y con experiencia judicial, ahora que el tema le tocaba tan de cerca no actuaba de manera diferente a uno de tantos clientes del turno de oficio legos en derecho.

—Mira, Laura, te voy a ser franca. En clase de ballet yo tenía una compañera excepcional, precisamente una valenciana, llamada Andrea. Nuestra profesora no paraba de llamarle la atención por cada pequeño detalle, mucho más que a mí, y muchísimo más que a otras compañeras que no sabían ni hacer un giro sin perder el equilibrio. Hasta que un día la presionó demasiado, y Andrea le plantó cara. Le preguntó: «¿Por qué siempre me corriges a mí más que a nadie?». Y nunca olvidaré la respuesta de nuestra instructora: «Porque eres la que tiene el

mayor potencial de todas.» Eso significaba, si leías entre líneas, que aquellas a las que no reprendía nunca podían empezar a dedicarse al parchís, porque a la danza seguro que no. Ahora Andrea es bailarina, e incluso tiene un estudio en la Malvarrosa. Todo este rollo viene porque la jueza no ha decretado medidas cautelares severas contra tu madre no porque piense que es inocente, Laura. No. Si la ha dejado en libertad es porque piensa que es culpable, y que además está como una puta regadera.

PLAZA DE LA VIRGEN, VALENCIA

A Daniel, la ciudad de Valencia le susurraba que matara a todos los tontos. Que limpiase sus calles de imbecilidad. No valía cualquier tonto, no. No contaba el despistado, el que se olvidaba la cartera en una tienda, el que se equivocaba de dirección mientras era presa de los cantos de sirena de la aplicación Maps de su automóvil. Ni siquiera eran su objetivo aquellos que combinaban el rojo con el rosa. No, la ciudad no lo alentaba a exterminar a esa clase de tontos, sino a los tontos dañinos. A aquellos que sí podían ser un peligro, no solo para sí mismos, sino también para la sociedad. Su deber era proteger a la gente inocente que no tenía la culpa de que el azar de la existencia los hubiera puesto ahí, a su lado. En un raro equilibrio; si ese caprichoso destino había diseminado la imbecilidad, como justa contrapartida también lo había colocado a él para compensar las cosas. Cada día, la ciudad de Valencia había obligado a Daniel a revisar las redes sociales en busca de tontos de los que nutrirse. Repasaba las noticias, los vídeos subidos y compartidos, en pos de aquellos que pugnaran por el honor de pasar por su mano. Por no mencionar su descuido al decidir la privacidad de sus perfiles. Encontraba tantos soplapollas que se tomaba muy en serio la selección posterior. Los tontos pasaban por varios filtros, en los que una escala de creación propia medía la peligrosidad de su gilipollez para el prójimo.

Pasó el cuchillo jamonero de su padre por el gordo cuello de una mujer que no paraba de publicar reseñas negativas de todo comercio y producto al que enfilaba: tiendas, gimnasios, libros que ni parecía haber leído. La descarga de negatividad e indignación que desprendían los textos de la vecina de la capital del Turia activaron un resorte en Daniel, de tal manera que su método de selección saltó por los aires. Y Annaisa, que era su firma en las reseñas de una estrella en TripAdvisor y Amazon, escaló posiciones con rapidez hasta convertirse en su prioridad número uno.

Luego estaba lo jodido, saber quién coño era Annaisa, pues la foto de su perfil de Facebook y las tonterías que publicaba allí y en otras redes sociales le daban a Daniel pedazos del conjunto, pero no la información suficiente como para averiguar un nombre y una dirección. Ahí era donde Daniel en realidad fallaba: era un asesino en

serie con dominio del Word a nivel usuario, algo que tenía que admitir. Lejos de sus aspiraciones quedaban esos *serial killers* del cine, todos ellos *hackers* expertos. Daniel se preguntaba si los conocimientos avanzados de informática eran una inevitable consecuencia de la psicopatía. Era probable, pues él no se consideraba un psicópata: al fin y al cabo, los libros de psicología que había leído le confirmaban que una de las señas de esa enfermedad mental era la falta de empatía hacia los demás.

Daniel, en cambio, sabía que su necesidad de asesinar provenía, además de la voluntad inequívoca de su ciudad, de su total empatía hacia aquellos que tenían que soportar esa imparable sucesión de idiotas. Las madres, los padres, los vecinos, los congéneres de aquellos desechos… Como su tocayo el profeta, Daniel estaba inmerso en una interminable misión de salvación.

Consciente de que se alejaba de todos los tópicos que rodeaban a los asesinos en serie del cine —ni siquiera se consideraba una persona inteligente en exceso, aunque sí constante—, Daniel estaba convencido de que eso era justo lo que dificultaba a la policía el poder atraparle. Tras cerrar el expediente de la mujer insatisfecha, se encargó de una *influencer*, de un tronista y de un tipo que presumía en las redes de su forma de hacer muñecos vudú a partir de animales vivos. Consideró muy en serio eliminar también a todos los que habían compartido el vídeo, pero se lo pensó mejor al reflexionar sobre la logística. Ay, la logística, el eterno problema. Sin duda, un perfilador de la policía le hubiera considerado un asesino desorganizado. Pero aun así todavía no le habían atrapado. Al menos no la policía.

Caminando por la Plaza de la Virgen dos días antes, en dirección a la Catedral —la ciudad de Valencia le susurraba el siguiente objetivo a través del Santo Grial, cosa que al parecer sí tenía algún sentido—, Daniel se sintió observado. No era una observación casual: una pesada mirada le atravesó mientras tiraba el envoltorio de un Big Mac en una papelera, y también más tarde cuando las palomas levantaron el vuelo; Daniel iba a un paso que comenzó a ser apresurado mientras los nervios empezaban a apoderarse de él. Pensó en su pequeño apartamento registrado de arriba abajo, con la policía aplastando hasta su último reducto de intimidad, incluyendo sus archivos de porno lésbico —el único que le gustaba de verdad—. Tampoco le hacía gracia a Daniel representarse la escena de los maderos entrando en el pequeño despacho de abogados para el que trabajaba como pasante. Un trabajo que no le permitía sentirse el justiciero que en realidad era, pero con el que tiraba adelante. Sintió como su vida se

caía a pedazos, aunque también pensó en la película que harían sobre él, y sintió arcadas. Miró a su alrededor, pero cada uno seguía a lo suyo. Del lado contrario a su mirada sintió un golpe seco sobre su brazo, y se giró con rapidez. Vio un grupo de turistas, encabezados por una mujer gruesa portando un llamativo paraguas; él atravesó su espacio, evitándola solo lo justo, como un río rodeando unas rocas sin darle mayor importancia a su existencia. No pudo distinguir a la persona con la que había tropezado. Por lo demás, nada había cambiado salvo el escozor pasajero en su hombro. Pero a la vez todo había cambiado, pues notaba un nuevo peso en el bolsillo de su chaqueta.

Una piedra. Una piedra en la que estaba grabado el símbolo del Grial. Volvió a mirar a su alrededor, pero su atención, con la repentina revelación de que aquel que lo observaba ya se habría esfumado, se centró en la piedra que había recibido. Su tacto era suave, y pronto descubrió lo que parecía una finísima hendidura que la rodeaba. Intentó presionar su superficie en varios puntos, igual que abriría la sorpresa de un huevo de chocolate, pero fue inútil.

Volvió a su casa, olvidando el Grial y sus susurros por esa jornada.

Pudo olvidar dichos susurros, pero no podía olvidar la piedra. Se pasó la noche en vela tocando su superficie, pellizcándola, hasta que, en una combinación que no sabría repetir, la falsa piedra se desgajó en dos mitades.

En efecto, era hueca, y en su interior albergaba un pequeño papel enrollado, como el que se encontraría en una galleta de la suerte. Lo desplegó, luchando contra su excitación y torpeza. Lo leyó bajo la luz del flexo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que se trataba de unas coordenadas. Y de una fecha: el día siguiente. Solo omitía un dato importante: la hora.

Daniel no pensó en esa omisión al introducir las coordenadas en el navegador de su móvil. Lo llevaban a la biblioteca de la calle del Hospital. El amanecer le sorprendió cayendo de puro rendido en su cama. Necesitaba todavía algunas horas para recuperarse, para prepararse para su cita. Pero abrió los ojos de golpe: ¿y si llegaba tarde? ¿Y si lo que se esperaba era que YA estuviera allí?

Atravesó a toda prisa el casco antiguo, la Plaza del Ayuntamiento y

la Avenida del Oeste hasta llegar a la calle del Hospital. No había pegado ojo, pero la adrenalina que sentía lo mantenía en pie. Se sentó en uno de los bancos de piedra que daban a la larguísima calle de Guillem de Castro. Desde donde se encontraba, podía ver la fachada de Futurama, la tienda de cómics en la que habían transcurrido tantas horas de su adolescencia, y también de su edad adulta. Cuatro estaciones, como dice la canción, parecieron ir y venir con el paso de las horas de un mismo día. Daniel se había pertrechado de lectura y de algo para comer, pero bebía a pequeños sorbos por no ser negligente con su misteriosa cita, la cual podía aparecer en cualquier momento. Tenía que continuar despierto. Y nada de orinar, nada de distraerse. Acaso era algún tipo de prueba en la que se había metido de cabeza sin pensar demasiado. También podía ser una trampa. Pero pesaba más la emoción de aquella extraña aventura. Daniel, el exterminador de tontos, se sentía como un niño atrapado en una emocionante historia de pistas, claves e incierto final.

Sobre las seis de la tarde bajó la guardia. Pegó una pequeña cabezada, como si algo invisible lo empujara al palacio de los sueños. Luchó por liberarse, pero ese forcejeo con la vigilia fue suficiente. Notó un pinchazo en la nuca, y luego solo hubo oscuridad.

La gente que pasaba a su alrededor debió de tomarlo por un vagabundo que se había quedado dormido en un banco de piedra, o eso dedujo Daniel. Despertó con un inmenso dolor de cabeza, casi como si su testa fuera a parir sin cesárea. Durante unos minutos tuvo problemas de visión, una neblina que ocupaba el centro de la imagen y que, poco a poco, se fue disipando. Aturdido como estaba, decidió palparse los bolsillos para asegurarse de que sus pertenencias estaban intactas, que no faltaba nada.

En realidad, no solo no faltaba, sino que había algo más. Al igual que la otra vez, su misterioso interlocutor, con el que en realidad no había cruzado ni una sola palabra, le había dejado otro regalo, esta vez en su llavero. Una memoria USB, de forma anodina y funcional, color azul. La más barata que podrías encontrar en un bazar oriental.

—Joder, esto ya empieza a ser una puta costumbre —murmuró.

Aunque lo cierto era que le encantaba, casi tanto como dar caza a los tontos.

***

Al llegar a casa y poner el USB en la ranura de su ordenador —ni se planteó que pudiera contener un virus—, la pantalla mostró dos archivos. En el primero, etiquetado como «Pasados», se desplegó ante él en una serie de subcarpetas, todas nombradas con una extensión de vídeo. Clicó en el primero. Lo reconoció: era un tipo que desafiaba a sus colegas a darse palizas a través de YouTube. Ya lo tenía fichado, sabía que se movía por el barrio del Carmen. Pero, al terminar los diez segundos extraídos del vídeo que más popular le había hecho en las redes, la pantalla, dentro del mismo vídeo, comenzó a escupir imágenes, tanto vídeos como fotos fijas, de su rutina durante las veinticuatro horas: dónde trabajaba, a qué gimnasio acudía a entrenar y a qué horas, dónde vivía su novia. Todo. Todo aquello que le hubiera costado muchos días de investigación, estaba allí a un solo clic.

Fue pasando de carpeta en carpeta. Cada una de ellas era una oda a la estulticia, a la estupidez más absoluta. Daniel se recreó en cada detalle, en cada pose, en cada idiotez.

Allí había de todo: maltratadores de animales que utilizaban a un perro como bala de cañón; inconscientes que sacaban al balcón a sus bebés mostrándolos al vacío mientras los pequeños no paraban de llorar; imprudentes al volante, en contradirección; ciclistas que hacían carreras por las aceras atestadas de peatones; más tronistas, hinchados de venas y músculos. Era un menú lleno de posibilidades, cuya belleza comenzó a abrumar a Daniel como la Santa Croce de Florencia había hecho con Stendhal. Se obligó a cerrar la carpeta, y colocó el puntero del ratón sobre el otro archivo del USB.

«Futuro».

No había vídeo, solo expedientes. Un montón de expedientes llenos de tontos, tontos nacionalistas vascos. Si algo no podía soportar Daniel, era a un nacionalista. Uno vasco, o peor aún, catalán, de esos que querían conquistar a su amada ciudad y meterla en un contubernio denominado «Países Catalanes». Se trataba de expedientes judiciales, todos ellos de los juzgados de San Sebastián. Contenían delitos relacionados con la kale borroka: quema de contenedores, cajeros automáticos, altercados… En todos ellos, un denominador común: una misma abogada de oficio. Lo único que podía ser peor que un tonto. La defensora de los tontos.

Una tal Sara Atxaga.

SAN SEBASTIÁN

La relación con su madre se volvía más complicada con los días, y tras la conversación con Sara y el silencio hermético ante la jueza, Laura comenzó a temer que el *sudes*, o el Adversario, como lo denominaba la psicóloga, continuara influyendo en su progenitora de alguna manera desconocida. Ya días atrás había pensado confiscarle el móvil, con el fin de comprobar llamadas sospechosas. Como si fuera un chiquillo con malas compañías; o un marido cuya mujer alberga sospechas que la llevan a cometer un delito, esos delitos que la gente normal comete de vez en cuando sin darse cuenta siquiera. Un abogado con el que había colaborado le había dicho que, como media, la gente comete un delito cada seis meses, sin saberlo. Normalmente, sin consecuencias. Normalmente. Ella era muy consciente de lo que tenía la intención de hacer. Ya no podía confiar en su madre. Alguien la había manipulado para destrozarle la vida. Ahora tendría que confrontarla, averiguar por qué se había dejado utilizar como cómplice para joderse la existencia y, de paso, la de su hija. Iba a ser una conversación amarga, pero eso les permitiría seguir tirando del hilo. Pero… ¿cuándo? Las horas iban pasando, y Laura no se había decidido a iniciar la charla que debía comenzar informando a su madre de la apertura del procedimiento penal contra ella, por un delito de incendio premeditado con riesgo para las personas en concurso con tentativa de homicidio. Nada menos que de diez a veinte años de prisión. No entendía cómo podía estar Sara tan tranquila. Daba por hecho que el fiscal y las acusaciones pedirían cinco años de prisión, y que el jurado podría absolverla por falta de pruebas de su autoría. Conformidades, eximentes, lograr destapar la verdad y que se exculpara a su madre… Todas esas posibilidades daban vueltas, pero ninguna parecía tener visos de realidad. Y esta realidad era la que era: que su madre era la única «investigada» por los hechos. Y Laura no estaba segura de que, por mucho que se lo explicara, pudiera hacerle entender las consecuencias de algo así. En cuanto al otro asunto que estaba postergando, la mediación del tío de Iñaki Arresua la había dejado en vela, incluso antes de las malas nuevas de Sara. ¿Podía ser una coincidencia algo así? Laura no lo creía. El tío de Iñaki había recurrido a ella por razones muy específicas. ¿Qué quería conseguir? Laura, tras quedarse sola en el despacho, se había planteado decirle a Gloria que no podía hacerse cargo de la mediación. Pero, al final, no lo había hecho. Porque, en realidad, se moría de ganas por ver a Iñaki.

«No puedo postergar más lo de hablar con mi madre.

Ignorarlo no lo hará desaparecer».

Con este pensamiento, se decidió. Antes se permitió un paseo por el parque. Se sentó en un banco; pese a que el día era soleado, hacía frío. Arropada por su abrigo, las decisiones le bullían por dentro. Laura se fijó en las personas que estaban a su alrededor: un corredor calvo y delgado, cuya cinta para el sudor rodeando su frente sin pelo le daba un efecto cómico. Una chica sudamericana que llevaba un carrito de bebé de dos plazas; a Laura le dio la impresión de que eran gemelos. Una madre joven que estaba más atenta a la pantalla del móvil que a sus dos hijos. Laura no los juzgaba, solo observaba, tratando de reconstruir los detalles de sus vidas. Era algo que hacía como ejercicio de vez en cuando. El juego tenía varias funciones: servirle de práctica deductiva y ejercitar su mente era la más obvia, pero también le servía para calmarse, para concentrarse, para dejar las ideas obsesivas a un lado centrándose en la más pura deducción. A veces lo hacía en el parque, otras en bares o cafeterías. Pero siempre que tenía que tomar una decisión importante, o limpiar su disco duro mental de basura antes o después de una sesión de terapia o de mediación intensas, el juego de la deducción comenzaba.

Después de analizar siete u ocho vidas ajenas (Laura nunca anotaba nada, ni llevaba ningún registro del «juego»), se levantó del banco y se encaminó a su apartamento con la mente en blanco. Ninguna estrategia, ningún planteamiento. Solo sabía que su madre estaría allí. Apenas salía de casa.

El sonido de las llaves y el pitido de desconexión de la alarma fueron el gong que anunciaba que el combate estaba a punto de comenzar. La otra púgil se encontraba tirada en el sofá, en batín, leyendo una novela con los ojos casi cerrados. Era *It*, de Stephen King, un tochal con el que Laura nunca se había atrevido.

—Mamá, tenemos que hablar.

La señora Olmos dejó el libro y miró a su hija con alarma, como si fuera un niño al que no le cabe la menor duda de que sus padres le han pillado robando dinero del armario.

—¿Qué pasa, hija? Me estás asustando...

Su madre volvía a poner esa cara de corderito degollado que tan

bien se le daba. Laura se preguntó en ese momento, en ese justo instante, si su madre era, en realidad, tan buena psicóloga como ella. Si, en realidad, era mejor que ella, y esas dotes de deducción y ese «run-run» para adivinar las intenciones de la gente no serían, tan solo, una herencia. O que, incluso, esas supuestas habilidades palidecieran al lado de las maternas. Cabía la posibilidad de que, sencillamente, la madre fuera, además, mucho más sutil a la hora de utilizarlas sin hacerse notar por la hija. Laura se planteó, en realidad, cuánta manipulación habría sufrido toda su vida.

—Tienes motivos —repuso Laura—. Te lo voy a decir de manera muy clara: o empiezas a decir la verdad, o te van a joder lo que te queda de vida, mamá. Y a mí, de paso. Porque claro, lo que te ocurra a ti me afecta a mí, aunque sea a través del fantasma de mi mala conciencia. Hasta que un día se acabe todo, ¿sabes? Hasta que un día no pueda más y me dé igual, pase de todo y no vuelvas a saber de mí. Un día estarás en prisión y te preguntarás: ¿por qué mi hija no ha venido hoy? Y te harás la misma pregunta una semana, la siguiente, hasta que, cuando te dejen salir, no tengas a nadie que te espere fuera.

La madre de Laura se quedó callada, con los labios apretados y las lágrimas pugnando por salir de sus ojos.

—No te atreverías —dijo con rabia. Parecía no haber escuchado toda la parte de la cárcel, o bien no le había dado importancia, como si las únicas palabras que hubieran tenido sentido se refirieran al abandono de su hija, sin importar el dónde.

—¿Has escuchado lo que te he dicho, mamá? Saben que fuiste tú la que causó el incendio ¡a propósito!, poniendo en peligro muchas vidas y dejando en la calle a tus vecinos. Si no empiezas a contar por qué coño lo hiciste, date por encerrada y arruinada. Y te juro que yo no heredaré tus deudas. ¿Qué cojones hiciste?

Su madre volvió a guardar silencio. Era un púgil arrinconado en la esquina del cuadrilátero, pero aun así pensaba aguantar los golpes de su hija hasta que esta se cansara. Mas Laura ya se conocía esa canción; la había cantado demasiadas veces.

—Contéstame, madre.

La palabra «madre» arrastró toda la rabia de Laura. Mari Carmen encajó el golpe como pudo, y se puso en guardia para contraatacar. Pero, de repente, se sintió muy agotada. La presión de tanto tiempo de

silencio era una masa dura que golpeaba sus sienes de forma rítmica. No se dio cuenta de que había dejado de respirar hasta que tomó aire para responder:

—Él me dijo que nadie saldría herido. Y que tú me volverías a hacer caso.

La madre de Laura se derrumbó con un llanto sin lágrimas. Las lágrimas se habían secado, absorbidas por esa masa negra que habitaba en su interior; una masa nacida de la infelicidad, del aislamiento, de la soledad. A la señora Olmos la gente con la que coincidía en el barrio le parecía ajena, unos simples extras en su vida. No se planteaba tener marido, ni novio, porque eso había dejado de tener sentido para ella. Sus pocas amigas, o conocidas, eran sombras que se iban como habían venido. Le daban igual. Un buen día, desaparecerían. Pero su hija…, su hija sí que tenía una importancia vital para ella. Y la había dejado, se había marchado. No a la calle de al lado, ni siquiera a Valencia. No, estaba a muchísimos kilómetros de ella. La había dejado sola, esperando con ansia el momento de la llamada diaria, de apenas dos o tres minutos, en los que apenas se cruzaban unas cuantas palabras sobre la cena y el momento de acostarse o tomarse las pastillas. Aceptaba el motivo, aceptaba que se lo merecía después de la infancia que la había dado, e incluso posiblemente una parte de sí misma lo quería así para protegerla a ella, pero lo cierto era que a eso había quedado reducida su existencia. Eso era lo que restaba de sus expectativas, de sus alegrías.

Todo eso lo comprendió Laura en el instante del abrazo, que comenzó siendo tan solo un apoyo para que su madre no cayera, desplomada. Cuando notó que se empezaba a calmar, contando la distancia entre sollozos ahogados, le hizo la primera pregunta:

—¿Llegaste a saber quién era? ¿A verle la cara?

En su pecho, Laura notó que su madre negaba con la cabeza.

Con tranquilidad la condujo a la mesa de la cocina, y una vez ahí Laura preparó dos tilas.

Su madre al principio no se atrevía a mirarla a la cara, prefería fijar su vista en cualquier otro sitio que no fuera su rostro.

Laura decidió esperar, con tranquilidad, sin juzgar, hasta que su madre estuviera preparada para hablar.

El agua de la tila ya estaba tibia cuando, sin haber tocado siquiera la taza, la señora Olmos alzó los ojos.

—Me llamó al teléfono de casa. Recuerdo que ese día estaba estropeado el ascensor, y volvía de comprar. Debí de contestar con la respiración agitada. Escuché un clic, como el que se oye en esas llamadas que te hacen para venderte algo a la hora de comer, y entonces su voz.

El corazón de Laura luchaba por atravesar su pecho. Dio un nuevo sorbo a la taza y esperó a que su madre continuara, invitándola con un asentimiento.

—Tenía una voz muy agradable. Parecía un hombre joven, con voz de locutor de radio. Preguntó por ti, comentando que era un compañero de la facultad de la Universidad de Valencia que quería contactar contigo. Como tú nunca has querido tener el feisbuk ese ni esas cosas, no me extrañó que lo intentara llamando al número que le darías en su momento, y yo le dije que ya no vivías ahí. Lo que sí que me debió extrañar es que en ese momento no me preguntara cómo podía encontrarte, sino que me preguntó por los detalles de tu marcha. Yo me explayé, contenta de poder contarle a alguien lo orgullosa que estaba de lo que habías conseguido fuera de tu tierra después… de la vida que habías tenido. Y él siguió hablando, y preguntándome si te echaba de menos.

«Hijo de puta. Sabía qué resortes tocar», pensó Laura, y también se preguntó si se estaba enfrentando de verdad a un compañero de carrera, pues al menos desplegaba conocimientos de psicología. Intentó rememorar amistades o antiguos novios de facultad con los que hubiera quedado mal, y que fueran lo bastante retorcidos como para trazar un plan así, pero no se le ocurrió nadie. Pero tendría que seguir considerando esa posibilidad. Un compañero de profesión. Era muy posible, sí.

La madre de Laura continuó con su relato:

—Me hacía un montón de preguntas. Sobre ti, sobre mí, sobre tu infancia… Quería que rememorara los buenos momentos que habíamos pasado juntas: el parque, el viaje a Cuenca cuando tenías seis años con el Seat… Se lo conté todo, ¿sabes? Los primeros días sin que me dijera siquiera su nombre. Se lo conté todo como si lo conociera de siempre…

La mujer volvió a llorar; esta vez las lágrimas salieron con facilidad, impacientes.

—¿No te llegó a dar ningún nombre?

—Al final se lo pregunté —contestó su madre entre sollozos—. Recuerdo que se lo pensó un momento, y al final me lo dijo. Por eso también confié un poco más, porque sabía cómo se llamaba. Ya no era un desconocido para mí.

«¿Un desconocido? No, se trataba de un psicópata que sabe escuchar, mamá. Y que, por supuesto, te daría un nombre falso», pensó Laura. Pero quería que se lo dijera de todos modos.

—¿Cómo te dijo que se llamaba?

—Jaime Rimayort.

«Jaime Rimayort». Laura jamás había oído ese apellido, ni le sonaba de nada respecto a alguien que lo hubiera conocido. Pero despertaba un leve eco, aunque lejano.

Tecleó en el buscador de su teléfono. La respuesta no le devolvió ningún resultado, ni tampoco añadiendo la palabra «psicólogo». Ni siquiera el apellido parecía existir.

Un apellido inexistente. Una pausa antes de pronunciarlo. Se lo estaba pensando. Se lo pensaba porque era un acrónimo, una palabra formada por las letras desordenadas de otra, la que se quiere ocultar. Ocultar a plena vista.

Apuntó las letras en un papel mientras su madre se secaba las lágrimas. Su mente funcionaba a toda velocidad desplazando posibilidades, variables. En un instante, todo encajó.

RIMAYORT. JAIME. JAMES. MORIARTY.

El Adversario la conocía muy, muy bien.

SAN SEBASTIÁN

El Skype era la forma de comunicación más habitual entre Sara y Laura. Más directa que el teléfono, y menos agobiante que verse las caras a través del FaceTime de sus móviles. Así que utilizaban sus respectivos portátiles para ponerse al día antes de que la mañana hiciera acto de presencia. Ambas se levantaban muy pronto: Laura por no poder dormir (las pastillas la tentaban, pero aún no había sucumbido a esa opción) y Sara para sacar a su perrita Cotufa, que se había llevado para Valencia y a la que paseaba cada día por la playa. Ese paseo tranquilo también le procuraba tiempo para pensar, pese a que la traviesa de su perra la llevara de calle, arrastrándola de aquí para allá. Pero no podía vivir sin ella, la quería más que a un novio.

—*Holiiiiii* —saludó Sara. A través de la pantalla se la veía con el rostro cansado, pero con una sonrisa radiante.

—Hola, neni —contestó Laura. A ella las ojeras le llegaban al pecho, pero Sara se había cansado de decírselo a su amiga.

—¿Qué tal, alguna novedad? —preguntó Sara.

—Por aquí, las cosas jodidas. Ayer mi madre se confesó.

Sara abrió mucho los ojos.

—No jodas, ¡haberme llamado antes!

—Fue apenas hace unas horas, Sara.

—¿Qué te dijo?

Laura le explicó todo lo que le había contado su madre. Y, más importante, sus motivos, y cómo la habían atrapado y manipulado como una mosca en la red de una araña. Cuando terminó, Laura percibió en el rostro de Sara una pincelada de… ¿miedo?

—Tiene que declararlo ante la policía de inmediato. Eso es justo lo que necesitábamos.

Laura se mordió el labio.

—Pero… ¿la creerán? ¿Después de lo que pasó en la declaración?

—En un principio, no, pero podemos conseguir indicios, que es lo que yo estaba buscando. Y algo así puede ser muy bueno de cara al jurado.

—Aun así —dijo Laura—, el hecho de que la indujeran no la va a eximir de culpa. Ella fue la mano que provocó el incendio. A él lo joderemos con suerte, sí, pero ella caerá también. Si declara, se va a autoinmolar.

—Muy probablemente ocurrirá igual, pase lo que pase. Escucha, yo tenía la esperanza, al principio, de que todo hubiera sido un accidente. Trabajaba con esa hipótesis, hasta que empezamos a encontrarnos con lo del seguro no renovado y todo eso. Pero, Laura, te voy a ser franca: desde el momento en que hablé con ese perito supe que tu madre estaba perdida. Que declare lo que me acabas de contar es la única manera que veo de que no ingrese en prisión. Sobre todo…

Sara miró hacia arriba. Laura percibió que le era difícil articular las siguientes palabras.

—¿Sobre todo…?

—Sobre todo si la incapacitamos, si demostramos que tiene sus facultades mentales alteradas. Después de lo que ocurrió en la declaración de ayer, es muy posible que lo podamos llevar adelante. Más aún con sus antecedentes.

Laura encajó el golpe de su amiga. Rara vez Sara se andaba con rodeos y esa no había sido una excepción. Incapacitar a su madre, demostrar que sus capacidades mentales estaban alteradas y que un tercero la había utilizado para cometer un hecho que, en realidad, era parte de un plan de venganza contra su hija. Si es que lograban atrapar a ese tercero. Podría ser que recluyeran de nuevo a su madre en un hospital psiquiátrico y que allí terminara la investigación. «Solo o en compañía de otros», pensó, sin saber por qué, en el caso de la familia Urquijo. Esa frase de la sentencia que condenaba a Rafael Escobedo se había quedado allí, en un misterio, en una única acusación y condena. Laura concluyó en su debate interno que, con toda seguridad, la investigación se detendría en su madre. Que no

habría suficientes pruebas, aunque consiguieran el registro telefónico de las llamadas, para seguir ahondando en el tema. Encerrarían a su madre, arruinada, y tirarían la llave. Pero, y de eso también estaba segura, el Adversario no se detendría ahí. Seguiría acosándola. Milímetro a milímetro, vida a vida.

No pensaba permitirlo.

—De eso nada, Sara. Esos no son mis planes. No le voy a dar el gusto a ese hijo de la gran puta.

—Lauri, nos estamos quedando sin alternativas.

—Mi madre es inocente. Ni siquiera tienen más pruebas que los acelerantes y la compra.

—Nena, ¿y eso te parece poco?

—¿Y si demostramos que no fue ella? ¿Y si planteamos que alguien que pudo realizar el pedido del acelerante con su tarjeta de crédito entró en su casa y provocó el incendio?

—Laura… —dijo Sara, ahora muy seria—. Eso es de ciencia ficción.

—¿Y no lo es todo lo que está pasando? No es que me acosen todos los días psicópatas *super cybertech* con capacidades hipnóticas.

Sara miró por un momento a su amiga en la pantalla del portátil, con esos ojos de ciervo cegado ante los faros de un coche. Luego una risita contenida. Luego… En fin, Sara comenzó a descojonarse con ganas. Su amiga la siguió, y prosiguieron sus risas hasta las lágrimas.

A Sara ya le dolía el estómago cuando al fin pudo articular palabra.

—¿*Super cybertech*? Ja, ja, ja, parece una película de David Hasselhoff cuando estaba en el paro.

—Ja, ja, ja… A ver quién supera eso —repuso Laura, consciente de lo poco apropiado y loco que resultaba todo. Pero, ¿qué más daba ya?

—En serio —prosiguió Laura recobrando algo la compostura, pero con el abdomen quejándose aún—. Creo que puede ser nuestra mejor baza. Incriminarlo a él como autor material, no como un inductor espiritual o lo que sea, sino como el puto cabrón que entró en casa de

mi madre, y aprovechando que estaba dormida le prendió fuego. Así que mi madre no va a confesar nada.

—Laura, la entrada no estaba forzada.

—Ya iremos pensando en eso, y en cómo consiguió las llaves —replicó; su mente trabajaba a toda velocidad.

—Entonces… ¿Vas a trazar una historia alternativa que exonere a tu madre? ¿Vas a intentar descubrir la identidad de un fantasma?

—De un fantasma muy parlanchín, por lo que sabemos.

—Y… ¿crees que vas a salirte con la tuya, jugando con un genio maniaco que parece conocerte muy bien?

Laura asintió con una media sonrisa.

—Joder, Laura, me encanta, cuenta conmigo. ¿Cuándo empezamos?

Ella asintió, asombrada ante el cambio de postura de su amiga.

—Ya. Empezamos con un artículo que tengo pendiente escribir en mi blog sobre el acoso telefónico. Voy a darle ciertas claves, que sea consciente de que conozco su estrategia y que estoy en el juego.

—¿Crees que no lo sabe? —preguntó Sara, escéptica.

—Es posible que no. Él hace que parezca que todo es una sucesión de desgraciadas coincidencias, y se cree más listo que nadie; seguro que ni siquiera se esperaba que mi madre me contara la verdad. Al menos, no tan pronto. Voy a apartar la piedra y que ese malnacido salga a la luz, y entonces le atraparé.

—¿Y si lo encabronas?

—Voy a buscarme protección —repuso Laura.

—¿Protección? ¿De quién? La policía…

—Nada de policía. Las circunstancias me han puesto en el camino de un antiguo conocido, alguien con los suficientes recursos como para facilitarme las cosas.

—¿Un conocido? ¿Quién? ¿El diablo guapo que mencionaste la otra vez? Porque, neni, tus contactos en los últimos tiempos han dejado bastante que desear. Vamos, que no has tenido una puta cita que funcionara en siglos.

—Joder, Sara, te agradezco la sinceridad. Pues sí, no es nadie recomendable, pero esa es la única clase que ahora puede ayudarme.

—Vale, ¿pero quién? —insistió Sara.

Laura pensó en callar, en no dar su brazo a torcer. Pero Sara era su aliada, su amiga. No iba a jugar a los secretos de Sherlock Holmes con ella.

—Se trata de Iñaki Arresua.

—Joder —resopló—. Joder, tía, es oficial: estás loca de verdad.

—Creo que me puede ayudar, Sara. Eso me ha dicho. Tiene los contactos y los cojones. —Laura no quiso recordar que todavía no le había devuelto la última llamada.

—*Claaaaro*, aunque a ti lo que te interesa es lo segundo, más bien. Para metértelos, así, y así.

Laura no quiso ver la cara de su amiga, entrecerrando los ojos y simulando una mueca de placer. Eso sin perder de vista sus manos y sus dedos, pasando por el aro del gesto de «todo O.K.» de su mano derecha el dedo índice de la izquierda.

Lo peor era que la parte racional de Laura no creía de verdad, pese a intentarlo, lo que estaba diciendo, pero su parte irracional pensaba aún con su islote al sur del ombligo.

Sara era su parte racional, al otro lado de la pantalla. El espejo de la conciencia de la madrastra de Blancanieves, pero con Skype.

—Vamos, tía, ¿qué contactos tiene? Acaba de salir de la cárcel… Puede que no esté desplumado, pero tampoco irá forrado de pasta, dado todos los rollos que tiene con su tío por la empresa familiar.

El rostro de Laura cambió ligeramente de color, y Sara lo percibió incluso con el monitor de por medio.

—Vale. ¿Qué pasa con su tío?

—Pues que voy a mediar entre ambos por el tema de la empresa.

—Estás desquiciada. Mira, vale, habla con él porque no te voy a poder convencer de lo contrario. A ver qué pasa.

Laura asintió, menos segura de sus ideas y posibilidades después de las frases de su amiga. A veces, las ideas escuchadas en la voz de otra persona no parecen tan buenas como dentro de nuestras cabezas.

«Por eso hay que soltarlas», pensó Laura, «para descubrir caminos nuevos». Por eso, todo Sherlock necesita un Watson. Por muy listo que se crea.

—Vale, iremos viendo. Ya sabes que siempre ha sido nuestro lema.

—Cierto —convino Sara—. Pero mi otro lema es «a Dios rogando y con el mazo dando». Si tu madre tiene pasta, y ya que no quiere confesar, o tú no quieres que confiese, coméntale la posibilidad de que nuestra detective siga escarbando.

—Sí que hay pasta. No tanta como para lo que se nos vendría encima si perdemos, pero sí para defendernos. Dile a la detective, a Raquel, que tiene vía libre para investigar.

—Se lo diré. ¿Cuándo tienes la mediación?

—¿La primera sesión? Pasado mañana.

—Pues ya me contarás, neni. Por cierto, lo de los principios de imparcialidad y de neutralidad como mediadora, en este caso, como que a la mierda, ¿no?

Laura no vaciló en su respuesta:

—Sí, como que a la puta mierda.

SAN SEBASTIÁN

El día de la mediación, Laura se despertó desubicada. Al abrir los ojos no estuvo muy segura de dónde se encontraba; si era San Sebastián, Valencia, Oz o la tierra de Nunca Jamás. En la penumbra, pudo distinguir su despertador y escuchar la suave respiración de su madre en la cama de al lado. Una vez establecido que seguía en Donosti, Laura recordó todo lo demás: estaba en una casilla muy concreta del calendario, el día en el que iba a mediar entre Iñaki Arresua y su tío. Eran las siete menos dos minutos y su despertador estaba a punto de sonar, pero Laura se adelantó y, con el sigilo de un ninja y sin despertar a su madre, se encaminó a la ducha. Mientras el agua caliente caía por su espalda, repasó todos los detalles que ese día iba a tener que llevar en la cabeza. No era nada fácil lo que se le ponía por delante: nada menos que dos familiares enfrentados, uno de los cuales había intentado asesinar al otro. Muchas cosas las sabía por la prensa, otras se las había sacado a Iñaki con un sacacorchos en las sesiones de la cárcel. Parecía casi Shakespeariano: un tío malvado que corrompe la empresa familiar y lleva al suicidio al Rey Lear… perdón, al patriarca, provocando la justa ira de su hijo, cuya mano enguantada sujetando un puñal su primo detiene en el último momento. Aunque, en este caso, el puñal había sido una somanta de palos que habían dejado a Imanol Arresua para el arrastre, y que lo hubieran llevado a la tumba si no llega el primo Ricardo en el último momento. El tío al parecer había rehecho su vida con una misteriosa mujer tan reticente a las fotos como la cantante Sia, y el vengador Iñaki acabó por cumplir nueve años de prisión, poco después de que ETA anunciase el abandono de las armas.

«Qué extraño debe de haber sido para Iñaki volver a una Euskadi tan distinta a la que dejó», se sorprendió pensando Laura. También consideró lo ingente de una tarea como mediar en una situación así.

Pensando en prioridades mientras acababa de ajustarse la falda, un impulso la llevó a abrir un cajón que casi siempre permanecía cerrado. Allí estaba, como recordaba. Cogerlo fue acceder a un pasado que esperaba que volviera a tener importancia. Se sintió como una cría mientras se lo anudaba al cuello.

***

Desde el primer momento en el que se encontraron en la sala de espera cedida por el Colegio de Psicólogos, Iñaki Arresua y su tío no tuvieron inconveniente en mirarse a la cara. Ninguno de los dos bajó el rostro cuando Imanol, que llegó algo más tarde, fue invitado a pasar. El saludo entre ambos familiares fue corto y educado, como extraños que se conocieran de vista de toda la vida. No se perdieron el ojo el uno al otro mientras Imanol tomaba asiento en un mullido sofá de una plaza, justo enfrente del de Iñaki. Ambos se calibraban, se medían, como dos animales en una jaula a punto de disputarse el último trozo de carne del cuidador. Nadie agachó, durante largos minutos, la cabeza. Ninguno desvió la mirada. Apenas unos segundos antes de que los llamaran se atisbó una sonrisa en el rostro de Iñaki, como si hubiera ganado un pequeño duelo que solo ellos hubieran entendido, invisible para los demás.

—Pueden pasar —anunció una de las empleadas que trabajaban en la sede, y en ese momento Iñaki recordó que estaba a punto de volver a ver a Laura, que solo unos pasos la separaban de ella, instantes apenas. Lo malo era que no sabía si, al verla, iba a tener más ganas de estrangularla que de cualquier otra cosa. Aparte de eso, se preguntó si la oportunidad de sonsacar información a su tío la iba a poder aprovechar, o si este se iba a cerrar en banda. De ser así, estaba perdiendo el tiempo.

Ambos cruzaron el ancho pasillo en paralelo, los hombros tocándose, pues eran de alturas similares. Sin embargo, fue Imanol el primero que entró en la sala. Iñaki contuvo el aliento, entreviendo a una Laura que estrechaba la mano de su tío, en parte oculta por las grandes espaldas de este. Cuando Imanol fue a tomar asiento, Laura ocupó el campo visual de Iñaki. Estaba tan guapa y elegante como el día de su café junto al tiovivo. Con el añadido del pañuelo, el pañuelo que no se había dejado arrebatar por aquel matón en prisión. No podía ser una casualidad. Se había puesto aquel pañuelo para él. Pero, ¿para qué? ¿Qué quería? Iñaki, al mirarla a los ojos, vio algo de miedo mezclado con esperanza, y subrayó su convencimiento de que quien quiera que fuera el que la había acusado de filtrar su expediente a la prensa, lo había hecho para joderla. Ella era inocente. No había atisbo de la vergüenza o incomodidad que esperarías de un encuentro con aquel al que has echado a los leones. No. Allí no había nada de eso.

El saludo de Iñaki fue frío, y el de Laura correcto y profesio nal.

También percibió un ligero temblor en el labio de la media dora.

Imanol ya había tomado posiciones, así que su sobrino se dirigió al asiento que quedaba libre, justo a la derecha, mirando el rotafolios que se encontraba detrás. En aquel despacho no se había dejado mesa alguna entre mediadores y mediados. De hecho, las sillas habían sido arrastradas desde una redonda mesa transparente, seguramente fabricada de metacrilato, sobre una base ornamental de resina de poliéster; una mesa sin uso aparente situada en un lado de la sala, casi discriminada.

Imanol se había sentado en la silla de la izquierda y mantenía un gesto de amplitud cómoda, casi despreocupada. Iñaki no sabía lo que significaba lo de sentarse a la izquierda, pero la postura intentaba transmitir dominio, eso lo tenía claro. Pero, ¿por qué toda esta pantomima? Si, como su tía le había advertido, iban a arrancarle las entrañas a dentelladas, por lo legal o por lo criminal, ¿para qué todo aquel rollo de la mediación? Había venido solo, su tío ni siquiera se había traído un abogado.

A menos… A menos que… Iñaki creyó comprender lo que pretendía su tío. Joder, era *El arte de la guerra*, de Sun Tzu, en acción. No todos los días ocurría algo así. «Pues vale», pensó Iñaki justo antes de que Laura, que acababa de sentarse, tomara la palabra.

«Vamos allá».

Ambos hombres asintieron y, como si lo hubieran ensayado de antemano, Laura cogió el testigo:

—Hola, buenos días. Mi nombre es Laura Olmos y seré la mediadora en este proceso. Soy psicóloga y tengo una experiencia de cinco años en el campo de la mediación, durante los cuales he intentado guiar a partes en conflicto, animándolas a encontrar una solución a algo que llevaban consigo, enquistado. Algo que las separaba y que les entorpecía la comunicación. No siempre lo he logrado, no me saco conejos de la chistera, así que depende de ustedes encontrar el camino del acuerdo; el mediador puede ser su brújula, pero no podemos hacerlo por ustedes. Yo voy a colaborar y seré su guía hasta el consenso. Porque, aunque muchos mediadores piensan que ese no es el objetivo real de la mediación, para mí sí lo es, y más en este ámbito empresarial. Quiero que lleguen a un acuerdo, a los acuerdos que sean necesarios y que ustedes quieran alcanzar. Porque de lo que se trata es de ayudarlos a tender los puentes entre ustedes,

procurar que vean lugares de tránsito que jamás sospechaban que pudieran estar ahí, ocultos por la maleza de la falta de entendimiento. Pero están, y se los mostraré.

La psicóloga recitó de forma ordenada los principios legales de la mediación, sin creerse que fuera a respetarse uno solo de ellos: voluntariedad (¿estaban los Arresua allí de forma voluntaria o se sentían obligados por sus propios intereses, entre los que no se encontraba llegar a un acuerdo?), confidencialidad (Laura no se fiaba de que uno no fuera a utilizar la información obtenida allí en contra de su oponente), neutralidad e imparcialidad del mediador, lo que provocó el sonrojo culpable de la psicóloga al salir el término de sus labios.

Ella sentía la mirada de Iñaki como un hierro candente, pese a que procuraba equilibrar la atención entre ambos hombres («se me nota, joder, seguro que se me nota que a él lo miro "de otra manera"»); también podía casi sentir la mirada invisible de la ausente Gloria, y era de desaprobación.

Esa mediación nacía maldita, pero la psicóloga no tenía otro remedio que salir adelante.

Laura respiró hondo y decidió tomar las riendas:

—Bien, quizás quieran empezar comentando qué los ha traído aquí.

La tormenta se acercaba, los relámpagos se proyectaban en las nubes, como anuncio de lo que estaba a punto de estallar.

Y dicho estallido se produjo en forma de carcajada por parte de Iñaki.

—¿Lo que nos ha traído aquí? ¿A este lugar y preciso momento? Vamos a ponernos filosóficos —dijo señalando a su tío, que lo miró con ferocidad. Laura observó que, pese a su pose tranquila en apariencia, sus grandes manos temblaban—. Lo que nos ha conducido aquí ha sido mi abuela, que en paz descanse, que trajo a este cabrón al mundo antes que a mi padre.

—Yo no te permito…

—Un momento, Imanol, déjeme a mí. —Dirigiéndose a Iñaki, Laura reformuló—: Entiendo que echas la culpa de todo lo ocurrido con la

empresa a tu tío.

—Sí, él exprimió a mi padre y a su idea, cogió todo su trabajo de doce horas al día y lo deformó, lo convirtió en un monstruo. Era vasco orgulloso, igual que yo, pero mi padre odiaba todo lo que representaba ETA, y era su empresa, no la de este bastardo y su puta.

—A ella la dejas fuera de esto… —advirtió Imanol cerrando los puños.

—¿No te la has traído? —preguntó Iñaki, desafiante. Se sentía como un púgil castigando a su rival, enfadándolo para que cometiera errores, para que hablara más de la cuenta…

—He dicho que…

La pesada sombra del tío de Iñaki hizo ademán de levantarse, pero Laura intervino a tiempo:

—Vamos a respetar los turnos, y a respetarnos entre nosotros —expuso ella—. Me gustaría conocer la opinión de Imanol.

El Arresua mayor pareció rebajar marchas en su ira, y se sentó de nuevo antes de comenzar a explicarse. Iñaki continuaba con una mirada y una sonrisa que no ayudaban.

—Mi hermano era un buen hombre, pero los hombres con miedo pierden la bondad. Estaba amenazado y temía por su familia, y por ti también, Iñaki. Eso lo respeto. Pero fue él el que aceptó ser recadero de ETA. Lo hizo por nosotros, por ti. El amor siempre es un buen motivo, pero él hizo lo que hizo, y deberías aceptarlo ya. No hacerlo te ha costado ya mucho, nos ha costado ya todo. ¿De verdad crees que debemos continuar por ese camino?

—Eso son putas mentiras —soltó Iñaki.

—Están avaladas por resoluciones judiciales —replicó Imanol.

—Por jueces comprados por vosotros. Como el que me condenó a mí.

Laura se sentía obligada a intervenir, pero no estaba segura de ni cuándo ni de cómo. Ella también era la árbitra en una pelea en la que los directos y los ganchos iban y venían, y le resultaba difícil parar el

combate.

—Ambos sabéis cuál es vuestro pasado, pero ¿qué podéis decir respecto al futuro?

—Mi tío ya lo sabe: quiero llevarme mi parte en la empresa, la que me corresponde y he recibido por herencia.

—Eso es imposible. Hacerlo supondría la liquidación efectiva del negocio. Su desaparición. Sé que eso es lo que te gustaría, claro. Las malas noticias son que no tienes ninguna base legal para solicitarlo.

—Creo que lo que queréis… —comenzó a decir Laura.

—Lo que yo quiero es mi puto dinero —la interrumpió Iñaki—. Pero esta vez no voy a ser tan tonto. Esta vez será por lo legal. Prepara dinero en abogados, y tu culo para quedarse cuadrado de tanto banquillo.

—¿Y esta vez los jueces no estarán comprados por mí?

Iñaki guardó silencio. El contrario había conectado un buen golpe.

—Las cosas han cambiado desde que yo me fui —acertó a replicar.

—Ambos habéis expuesto vuestras posiciones… —dijo Laura con un hilo de voz. Con mucho, era su peor mediación, y, como si hubiese tenido una revelación, supo que sería la última. Perdía la fe como el sacerdote que fracasa en un exorcismo y ya no es capaz de decir misa.

—Oh, no, él todavía no ha expuesto la suya —dijo Iñaki—. ¿Tú qué vas a hacer al respecto, tío? ¿O vas a amenazarme para que no emprenda mi propio camino como ha hecho tu furcia?

—Maldito seas, hijo de la gran puta. —La alta envergadura de Imanol Arresua pareció crecer aún más al levantarse, casi de un salto. Empujó la silla hacia atrás, la cual terminó golpeando la pared. Iñaki se levantó con más calma, pero ambos se quedaron uno frente al otro, como dos toros. Laura se levantó también, dispuesta a separarlos si llegaban a las manos, sabedora de que podía salir de allí bastante peor de como había entrado. Pero ambos hombres la ignoraban, solo se miraban con una respiración pesada, quizás midiendo sus reacciones, quizás anticipando los posibles golpes. Puede que cada uno estuviera reviviendo aquel día en el que Imanol Arresua se cubría la cabeza

como podía mientras Iñaki lo pateaba sin escuchar sus súplicas, sediento de sangre.

—Voy a joderte vivo, voy a ir a por todos tus proveedores y clientes. Recibirás inspecciones hasta en el papel higiénico, te denunciaré a las autoridades de protección de datos y a la Comisión Nacional del Juego.

—Te estaré esperando. Y veremos quién queda en pie —dijo Iñaki por toda respuesta, y sin siquiera mirar a Laura, se marchó; sin echar la vista atrás, sin dejar que ninguno advirtiera la sonrisa triunfal en sus labios.

Imanol Arresua, sin embargo, se quedó allí plantado de espaldas a la mediadora, aunque esta adivinaba sus ojos cerrados intentando conservar la calma. Laura lo observaba como se observa a un oso jadeante con el que tropiezas en un bosque, deseando no llamar su atención.

Se mantuvo muy quieta, sin siquiera respirar, cuando el tío Imanol se volvió hacia ella con un rictus crispado y los ojos vidriosos. Parecía un ser a mitad de transformación. Un grito comenzó a nacer en la garganta de Laura, pero lo que surgió fueron unas palabras murmuradas entre dientes, y no fueron de ella:

—Supongo que terminamos aquí. En su cuenta ya estará la transferencia, pero permítame decirle, señorita Olmos, que me parece usted una mediadora de mierda.

Dicho esto, cogió la chaqueta y salió del despacho. Las piernas de Laura flaquearon y se dejó caer antes de comenzar a llorar. Lloraba por la sensación de derrota, porque le parecía haberlo perdido todo y, en especial, porque no podía hacer otra cosa que darle la razón a Imanol Arresua.

FUNDACIÓN INTERMEDIAMOS, SAN SEBASTIÁN

Laura estaba metida en un laberinto para ratones en el que el queso estaba envenenado. Se dio cuenta aquella noche que siguió a la violenta mediación entre Iñaki Arresua y su tío.

La posible respuesta a lo que había conducido a ese día le vino como un gancho de izquierda. El Adversario sabía que iba a intentar recabar la ayuda de Iñaki, y había dirigido a su tío hacia ella. No para acercarlo, sino para alejarlo mucho más, pues cualquier contacto o petición de ayuda vería comprometidas su imparcialidad y neutralidad como mediadora. Cosa que, por supuesto, había ocurrido. Todo había saltado por los aires, y la mirada de odio de Iñaki al abandonar aquel despacho no le hacía pensar a la psicóloga que el vasco tuviera ganas de verla pronto, o de acceder a cualquier petición que le hiciera.

Laura no pudo dormir esa noche, y los ojos se le salían de las órbitas cuando le confesó a Gloria, una vez estuvo esta de vuelta de su viaje, todo lo relativo a la mediación entre Iñaki y su tío. Lo peor es que le contó el porqué, lo último que debería haber hecho; más grave en apariencia que el hecho de haberlo perpetrado a sus espaldas.

—¿Otra vez con tus gilipolleces? —le respondió de sopetón Gloria tras escuchar el nervioso anuncio de Laura—. Creo que a veces te crees que estás en un cuento, o en una película. Lo que aún no tengo claro es de qué género.

Laura tragó una saliva que le supo amarga. Notaba la boca pastosa.

—Vale, lo que quieras —contestó—. Pero creo que merecías saberlo.

Gloria la observó de arriba abajo, con lástima.

—Estás despedida. Te procuraré un buen finiquito, eso te lo aseguro. Pero tú no vuelves por aquí.

Laura comenzó a temblar, sin control. Como una yonqui dispuesta

a suplicar por un último chute, estaba a punto de arrodillarse ante Gloria para rogarle otra oportunidad. Pero se sentía muy cansada, y no solo por el agotamiento de la noche en vela. Se sentía una muñeca, una muñeca de cuyos hilos tiraba un sujeto desconocido sin rostro y que, con un palo, la obligaba a seguir una ruta marcada en su laberinto particular. Ese había sido el siguiente paso: le había quitado su trabajo. Tan solo había tenido que anticiparse a sus movimientos, y conocerla muy bien.

—De acuerdo, recogeré mis cosas —anunció Laura con toda la dignidad que le fue posible. Apretaba los dientes, sin tener ni idea del motivo de una reacción tan extrema por parte de su jefa.

—Tendrás buenas recomendaciones —le dijo Gloria mientras firmaba unos papeles encima de su mesa. En realidad, una excusa para no mirarla a la cara—. Pero no te quiero aquí.

—Ya te he escuchado la primera vez —remató antes del inevitable portazo.

***

Una vez respiró el aire exterior, en Laura bullía la rabia mezclada con una especie de sentimiento de liberación. Se sorprendió al principio por experimentarlo cuando de manera tan brusca se había cerrado una etapa de su vida, y se tomaba la reacción de Gloria como una traición. Una parte de Laura, cada vez más predominante, sentía que, de alguna manera, ese paso había sido necesario. Necesitaba cortar amarras para afrontar con garantías lo que se le antojaba como la mayor batalla de su vida.

Antes de afrontar cualquier proyecto vital, de cualquier tipo, tenía que derrotar al Adversario. Su trabajo era la última pieza cobrada, no habría más. Se acababa, a partir de ese mismo momento, el tiempo de reaccionar a los estímulos, a los golpes. Llegaba el momento de contraatacar.

CIUDAD DE LA JUSTICIA, VALENCIA

El Fiscal que llevaba el caso de la madre de Laura estaba con un pie en los juzgados y con el otro en un tranquilo balneario en Benidorm, alejado del ruido de las togas. A Bernardo Maldonado, Bernie, como le llamaban los compañeros, le faltaban pocos meses para la jubilación, y hasta ese momento parecía decidido a dar guerra.

Por su parte, Sara, tras su clase de Zumba de los martes, se encontraba dando cuenta de un buen desayuno en una cafetería cercana a su gimnasio, mientras repasaba la vida y milagros de «Bernie». El gimnasio elegido por Sara estaba situado en un gran centro comercial, y gracias a su pulsera verde podía acceder también a las recién inauguradas instalaciones en Donosti, o a cualquiera de la misma cadena. Así que, por el momento, era parroquiana del de Valencia, pues no podía vivir sin liberar endorfinas. Era una condición necesaria para mantenerse cuerda en su trabajo. Bailar y sudar eran de las cosas que más la liberaban —a veces se planteaba dejar la abogacía de una puta vez y convertirse en monitora certificada— y las clases con la venezolana Patricia del Río lograban que desconectara de todo y de todos durante cuarenta y cinco minutos. No se ponía en la primera fila, donde los alumnos destacados, pero tenía que reconocerse a sí misma que no se le daba nada mal.

Así que allí estaba Sara, con su café con leche de soja XXL, a pleno rendimiento y jugando al ajedrez jurídico. Eso significaba, según le había dicho don Venancio, su preparador en las oposiciones que nunca se sacó, meterse en la cabeza de sus oponentes y adelantarse a sus movimientos. Incluso antes de que ellos mismos lo supieran, a poder ser.

En el caso de Bernie, parecía estar ante un venerable anciano con muy mala hostia. Eterno aspirante a Fiscal Jefe del Tribunal de Justicia de la Comunidad Valenciana, profesor de la Escuela de Práctica Jurídica, profesor asociado en la Universidad de Valencia y preparador de oposiciones como su entrañable Venancio, entre otras muchas cosas. Tantas que todo LinkedIn no sería suficiente para listar sus méritos, honores y menciones. Pero lo que quedaba si escarbabas en ello y leías los suficientes artículos de prensa, era que Bernie

Maldonado se trataba de un fiscal de la vieja escuela. Uno de esos que lleva el sentido común por bandera, y al que no le gustan los chanchullos ni los arreglos. Ni siquiera, por lo que había podido averiguar, le agradaban en exceso las conformidades. Solía hacerlas con el gesto torcido, y no se esforzaba en las negociaciones si no lo tenía muy claro.

Eran buenas y malas noticias para la madre de Laura. Buenas, porque todo eso le hacía pensar que se trataba de un fiscal justo, que solo mantendría la acusación si lo tenía muy claro, a pesar de su demoledora postura inicial. Las malas, que si no era capaz de convencerlo, iría a muerte a por la señora Olmos.

«Y claro, aunque me lo lleve a él al huerto, todavía quedará el resto de acusaciones particulares. Ellos no van a soltar la presa tan fácil, se juegan mucha pasta en todo esto».

Pero Sara sabía que tenía que ir paso a paso en aquel juego. Convencer a Maldonado convertiría a este en un aliado, y eso la jueza lo tendría muy en cuenta. Sería un peso importante a la hora de decantar la balanza de la ciega justicia.

Sara cerró la carpeta y la introdujo en el portafolios. Se despidió de Sagra, María y Silvana, las camareras de la cafetería.

—Lo de Silvana, ¿te lo pusieron por la actriz? —quiso saber Sara.

—No, qué va —dijo la chica sonriendo—, es por un libro que le gustó a mi madre.

—Pues el mío sí que fue por la folclórica.

Sara se dirigió con una sonrisa de total determinación a la siguiente casilla del juego: el despacho de Bernardo Maldonado, con quien tenía cita concertada una hora más tarde.

***

El pequeño despacho del fiscal no era ningún lujo, algo lógico dentro de las mínimas dependencias y espacio vital del que se disponía en la Ciudad de la Justicia. Cada centímetro de hábitat tenía que ser compartido por funcionarios, letrados de la administración, jueces y miembros del Ministerio Fiscal. Maldonado estaba adscrito al

Juzgado número veintitrés de lo Penal de Valencia desde hacía solo unos meses, pero en ese pequeño espacio en el que Sara le estaba esperando, había dejado su huella: fotos con diferentes presidentes de la Generalitat —a alguno lo había metido en prisión él mismo meses después de tomarse la instantánea—, fotos con Ministros de Justicia… Incluso una foto con el expresidente Zapatero, con un fondo que parecía provenir de los Cursos de Verano de El Escorial. La misma Sara reconocía la residencia en la que había cursado un seminario sobre delincuencia internacional dirigido por Baltasar Garzón. Eran otros tiempos, pero para Bernardo Maldonado no parecían haber pasado.

Sara notó la presencia del fiscal incluso al escuchar sus pasos aproximándose al escritorio. Cada dos pasos se escuchaba el golpe seco del bastón de Maldonado. La edad y el sobrepeso no perdonaban, pero aun así Bernie era imponente, con una altura que podía llegar, calculó Sara, al metro noventa de largo. Llevaba el pelo muy corto, casi con aspecto militar, contrastando con unas pequeñas gafas sobre las que intentaba imponerse una mirada curiosa, cortesía de unos pequeños ojos negros sobre los que sobrevolaban unas gruesas cejas blancas.

Maldonado tomó asiento en una silla en la que apenas cabía y resopló de manera casi desafiante, en un gesto que en realidad Sara interpretó como de puro hartazgo.

—Y bien, señorita —dijo Bernie sin más preámbulos—. ¿Qué se le ofrece? Sabe que tengo por costumbre no hablar con las partes hasta mi escrito de calificaciones.

—Lo sé —contestó Sara. Dudó si tutearle, pero decidió que no era una buena idea—. Pero me gustaría que viera lo que le traigo.

El fiscal se apoyó en su bastón como un cansado señor Miyagi a punto de perder la paciencia. Controlando el temblor de su mano, Sara desplegó ante él los informes de la compañía telefónica que detallaban las llamadas recibidas en el fijo de la casa de la madre de Laura. Todos los días, a la misma hora, recibía una llamada de un número de Madrid que más tarde se comprobaría pertenecía a una línea IP utilizada por un locutorio. La primera llamada era muy corta, de apenas unos segundos, pero inmediatamente después, de manera invariable, la señora Olmos recibía una segunda llamada, esta vez mucho más larga. A veces de veinte minutos, otros días de una hora.

El día anterior al incendio, la conversación había durado tres horas.

Sara se estremeció pensando qué podría haberse dicho en aquella larguísima charla. Qué podría haber susurrado el diablo para que la madre de Laura tomase aquel camino de fuego y desgracia.

El siguiente informe fue el de Raquel, la detective. Un informe que, por supuesto, carecía de validez hasta su ratificación, pero que incluía la declaración de la vecina de la señora Olmos, a la que Sara también pensaba citar, sobre el misterioso amigo de la madre de Laura.

Maldonado no podría negar la evidencia: había alguien más. Alguien que quería destrozar la vida de las dos Olmos, o que —la idea le cruzó como un rayo en aquel momento—, en realidad, esperaba que su víctima muriera en el incendio provocado por ella misma.

—Tengo que admitir que me produce curiosidad —concedió Maldonado—. Pero esto no es suficiente para que retire la acusación. Ni mucho menos.

Sara intentó tragar una saliva que no encontró en la sequedad de su boca.

—Al menos abra otra línea de investigación, admita que puede haber un nuevo sospechoso.

Maldonado golpeó dos veces el suelo con su bastón, como un viejo airado.

—No nos sobran los recursos, señorita. ¿Qué me sugiere?

«Allá voy...».

—Quiero que la Policía Judicial revise los expedientes de la hija de la señora Olmos, Laura. Creemos que todo esto es una venganza contra ella por un antiguo caso.

Maldonado miró a Sara por encima de sus gafas. La enfocaba, la escudriñaba, tratando de dilucidar hasta qué punto Sara hablaba en serio, o si solo era un pretexto dilatorio para ralentizar la acusación y, por tanto, el juicio.

—¿Y qué se supone que debemos encontrar? ¿Qué motivo de venganza podrían tener contra esa chica para que alguien se tome

tantas molestias en incriminar a su madre?

—Eso es lo que no sabemos —contestó Sara casi en un susurro.

—¿Es usted consciente, señorita, de lo endebles que suenan sus argumentos?

Sin quererlo, Sara agachó la cabeza y bajó la vista al suelo. Se sintió otra vez como una opositora en paro más, gastándose el dinero de sus padres en un juez retirado y con el vetusto nombre de don Venancio, alguien que no le pasaba ni una al recitar los temas.

—Tan consciente como lo es usted de que hay algo que no encaja aquí, por mucho que alguien se esfuerce en retorcer las piezas.

—Eso se lo concedo, algo no encaja. Pero las pruebas apuntan de forma abrumadora a su defendida. Esperaba una alegación de trastorno mental después del numerito del otro día, pero esto me pilla a contrapié. Y la inestabilidad no es algo que me agrade, como puede comprobar, señorita Atxaga —dijo el fiscal señalando su bastón.

—Llámeme Sara, que vamos a tratarnos mucho tiempo por lo que veo…, Bernie. Y, por cierto, lo del otro día no fue un numerito. Yo fui la primera sorprendida.

A Maldonado le agradó el descaro de la chica. Era un soplo de aire fresco tras décadas de aburridos gilipollas, en las que solo en contadas ocasiones habían surgido perlas que supusieran para él una diversión.

—Supongo que sí —replicó el fiscal—. Como le he dicho, no voy a cambiar un ápice, por el momento, mi escrito de acusación. En cualquier caso, no es la responsabilidad penal la que debería usted temer, sino la civil. La suma de las indemnizaciones que van a tener que afrontar son millonarias. Eso es lo que debería quitarles el sueño, y no la Fiscalía.

—A menos que establezca —puntualizó Sara— lo que estoy dispuesta a demostrar: que mi cliente es inocente.

—¿Inocente? ¿Porque fuera inducida? Le repito que eso no le va a librar de la responsabilidad civil.

—No. Lo que voy a demostrar es que mi defendida ni siquiera estaba allí cuando se declaró el incendio.

—Eso sí que es nuevo —dijo Maldonado conteniendo un resoplido.

En efecto, era nuevo incluso para la propia Sara. Nada apuntaba a ello, era una simple bravata, pero se veía obligada a una huida hacia delante.

Como un novelista que encuentra un nuevo cauce para desarrollar su trama, Sara veía abrirse un camino en todo aquel proceso. Pero aún estaba demasiado borroso.

—Lo demostraré —repitió con toda la convicción que pudo reunir, que era poca.

—Le deseo suerte, abogada.

Maldonado cerró el expediente y ambos se miraron. Sara pensó en los exámenes que aún le quedaban por pasar con aquel viejo profesor.

SAN SEBASTIÁN

Tal y como Laura sospechaba, ayudarla no estaba entre las prioridades de Iñaki; en realidad, él consideraba que tenía mucho que perder y poco que ganar, más aún con la batalla legal que se adivinaba en el horizonte. Tras el fracaso de la mediación, su tío seguía con la idea de comprar la empresa de su difunto padre. Y si no lo conseguía, Iñaki daba por descontado que diversificaría el negocio familiar, haciéndole la competencia en el sector de las apuestas *online*. En realidad, daría exactamente igual qué decidiera emprender Iñaki, pues su tío se encargaría de pisárselo. Era una forma de atacarlo, ahogarlo, confundir a sus potenciales compradores. Pero Iñaki pensaba defenderse, eso lo tenía muy claro. Por no hablar de que le molestaba profundamente el tema del beso con Laura. Estaba enfadado consigo mismo, por dejarse distraer por ella de su claro objetivo principal. En cuanto se sumergió en sus propios problemas, todo eso de el «Adversario» se le antojó un cuento chino, algo incluso inventado por Laura para tenerlo cerca. Qué pillada estaba de él en la cárcel y cuánto se le notaba. Le parecía increíble que no hubiera intentado montárselo con él, que se hubiera aguantado las ganas, que no se hubiera jugado su trabajo por él. Para ser sinceros, eso también le molestaba. La mezquindad habitaba en Iñaki, pese a que él la negara. Conviviendo con una cierta decencia, sí, pero haciéndose oír de vez en cuando.

Pero no podía dedicar más tiempo a eso. Eran días de contactos, de hablar con gente que debía favores a su padre y que no tenía en excesiva consideración a su tío. Ese terreno era el que tenía que pisar. Habló con un par de directores de sucursales bancarias. Con el primero tocó en hueso, pero al segundo sí que le valió el aval de la hipoteca sobre unos terrenos rústicos que había recibido en herencia y que, por su situación geográfica, tenían buen potencial.

Con ese dinero pudo hacer su primer presupuesto y establecer un fondo de tesorería que le serviría de colchón. En efecto, el tiempo, con las catorce horas diarias que le dedicaba a su recién nacido negocio, no le sobraba para andar jugando a detectives con la psicóloga. O, mejor dicho, para la psicóloga. Laura lo iba a tener jodido si él era su última esperanza, de eso estaba muy seguro.

Se preparó a conciencia para presentar batalla. Iñaki ya soñaba con

nuevos patrocinios en un futuro cercano, pero también era consciente de las zancadillas que estaba a punto de recibir. Su arma secreta, su esperanza, era encontrar un gran inversor, un patrocinador de los grandes. Y ya tenía a alguien en mente.

También estaba Bea, la chica de la librería, su única empleada con nómina mensual y afiliación a la Seguridad Social. Le estaba cogiendo cariño, un cariño fraternal, casi de hermano mayor. Ahí su decencia sí que se hacía de notar, o quizás ella la alimentaba. Estaba muy tranquilo con Bea. La chica lo tenía todo controlado, trataba a la perfección con los proveedores y solucionaba las incidencias técnicas con rapidez. En efecto, tal y como él había previsto, Bea le complementaba a la perfección y se anticipaba a todo lo que podía necesitar, casi como si le leyera la mente. Tenía la impresión de que, en el hundimiento de un barco, ella le acompañaría hasta el final.

Pero no pensaba dejar que el barco se hundiera, eso lo tenía muy claro. Se impuso, durante muchos días, un método de trabajo estajanovista, dedicando la mayor parte de la jornada a llamar a deportistas locales y nacionales, los cuales también esperaba, en muchos casos, que se convirtieran en impulsores del proyecto. Inició una gira por los pueblos de alrededor de San Sebastián, ofreciéndose a la organización de eventos deportivos, maratones *fitness* y jornadas de ocio saludable. Encontró receptivos a muchos consistorios, aunque a otros no tanto. Lo del juego y la ludopatía como patrocinadores no era muy popular. Pero la cosa avanzaba. Día a día, poco a poco, pero avanzaba.

En un inicio de semana, Iñaki comenzó a notar el contraataque de su tío tras el fracasado «intento de paz». Varios concejales de educación y deportes de los ayuntamientos con los que había contactado le llamaron, justo el mismo día, un lunes teñido de negro, anunciándole que retiraban la iniciativa por necesidades presupuestarias.

Cada llamada era un golpe, lleno de disculpas y silencios incómodos, que Iñaki encajaba con resignación y contención. No le daban muchas explicaciones, pero el tono de voz de sus interlocutores le proporcionaba todas las que pudiera necesitar. Iñaki apenas mostraba su malestar, su decepción, apenas se resistía. Sabía que sería inútil. Su tío seguía teniendo muchos contactos, y también sabía qué botones pulsar si era necesario. No todos se echaron para atrás, pero sí que una parte significativa de su esfuerzo estaba siendo derribado. Iñaki se sentía como el niño sensible que construye un precioso

castillo, lleno de detalles, en la arena de la playa, solo para encontrarse con que un abusón, más grande que él, se dedica a derribarlo a manotazos.

Después de los ayuntamientos, fue el turno de los patrocinadores privados. Y tras ellos, algunos clientes potenciales con los que había logrado contactar, que le anunciaban haber recibido una oferta mejor de la nueva filial de Componentes Arresua S.L.: Betfitness S.L.

Su tío. Su tío era el abusón.

Eso fue un lunes.

El martes, Bea observaba en silencio y con preocupación a Iñaki, quien intentaba poner su mejor cara de póker para, a su vez, no aumentar la desazón de su mano derecha.

Iñaki, que no era de los de rendirse con facilidad, compuso varios diagramas en los que plasmó posibles estrategias de actuación. Si no le era posible sacarse de encima la enorme mano que mantenía la cabeza de su nueva empresa debajo del agua, respiraría por cualquiera de sus cicatrices. Tenía fondo de maniobra y era una empresa pequeña y ágil, que podía adaptarse de manera mucho más rápida a las circunstancias que el mastodonte de su tío. Él podía ser una Hidra de mil de cabezas, pero su cuerpo era muy pesado. Esa era su ventaja. Bea se dio cuenta de que la mirada de Iñaki tenía un nuevo brillo cuando salió del despacho despidiéndose hasta el día siguiente.

Bea, tras los primeros meses juntos, ya había comenzado a calar a su jefe mucho más que gente que lo conocía de años y años. De hecho, era de las pocas personas, se daba cuenta el propio Iñaki, que conocían todos sus lados, aunque con ella apareciera el más positivo. Bea era capaz de sacar lo mejor de él.

El miércoles, Iñaki ya tenía un plan. Un plan que se basaba en convencer a alguien que pusiera dinero, mucho dinero.

***

Por su lado, Laura se fue dando cuenta con el paso de los días de que, en efecto, Iñaki no iba a mantener sus promesas. Decidió que no podía depender de él. Se daba cuenta de que aceptarlo era aceptar hasta qué punto había tirado por la borda su relación laboral y de

amistad con Gloria por un encoñamiento y una quimera, pero por el momento se había cansado de mendigar. No podía fiarse de él, sino que debía apoyarse en Sara Atxaga, y en Raquel, la investigadora, que estaba haciendo un buen trabajo.

Podía haber metido la pata hasta el fondo con el Matarreyes, pero eso no iba a derrumbarla. Se sabía lo bastante fuerte como para no sentirse derrotada. Eso, al menos, estaba en su haber.

La convivencia con su madre seguía siendo complicada, pero por lo menos su progenitora había hecho un par de amigas en Donosti, donde su caso no era tan mediático. O mejor llamarlas conocidas, quizás, porque Laura sabía que, para los de fuera, la amistad con locales era de las de cocer a fuego muy, muy lento. Si no formabas parte de «la cuadrilla» los filtros eran severos, bien lo aprendió ella en sus inicios. Pero si pasabas esos filtros, te acogían como si hubieras convivido con ellos toda la vida. Laura tenía la esperanza de que eso fuera así con Rosalinda y Maite, los dos nuevos descubrimientos de su madre; al fin y al cabo, Sara Atxaga, a quien había conocido en el trabajo, se había convertido en su mejor amiga. Al menos, lo cierto era que ahora Laura contaba con más oxígeno para desenvolverse. Sin medidas cautelares, pues el fiscal no las había solicitado y solo una acusación particular las había pedido sin éxito, el procedimiento seguía su curso como solo puede hacerlo la maquinaria de la justicia, con ruedas dentadas que giran lentas pero imparables, mientras los justiciables intentan correr y ponerse a refugio.

En ese *impasse*, y con la invisible presencia del Adversario haciéndose menos de notar, Laura aprovechaba para indagar en cada uno de los expedientes que había trabajado. No pasó por alto el hecho de que el suicidio de la señora Dolores presentaba una singularidad: el Adversario no había puesto su mirada en uno de sus pacientes de diván, sino en una mediada. Algo le decía que esto era significativo.

De hecho, cuanto más repasaba sus expedientes, más descartaba que el germen de todo lo que enfrentaba se hubiera larvado en su consulta. Laura se había dedicado casi por completo a pacientes con situaciones complejas, pero que siempre habían terminado de forma positiva o, por lo menos, con una mejoría respecto a su punto de partida: había tratado con éxito agorafobias, manías, depresiones, apatías, e incluso trastornos obsesivo-compulsivos sin necesidad de prescribir receta alguna —la gran diferencia con sus rivales, los psiquiatras, que sí podían recurrir a fármacos— solo a través de lo que Freud llamaba el *Talking Cure*, la cura a través del diálogo, de la

conversación. No recordaba ningún paciente conflictivo, ni tampoco, por mucho que pasaba las páginas de sus anotaciones, problema alguno con familiares o personas cercanas a ellos. Los procesos habían cursado con éxito. No siempre con curación total, pero sí con, al menos, notables avances en la calidad de vida del paciente y en la de aquellos que los rodeaban. Descartado este bloque de riesgo, Laura se centró en los pacientes que había tratado en las terapias carcelarias. La gran mayoría de ellos estaban en prisión, entrando y saliendo como si fuera su casa, y uno había muerto de sobredosis meses atrás. De manera concienzuda, y pese a que sabía que ella nada había tenido que ver con su muerte, la consecuencia de una adicción sin control, intentó buscar referencias a familiares cercanos del drogadicto fallecido en sus anotaciones. Contuvo un momento la respiración al comprobar que su anotación era clara: aquel pobre hombre estaba solo en el mundo, sin nadie que lo llorara… o que la culpase de alguna manera con su muerte. Iñaki era el único de aquel grupo al que había tratado que ahora era un hombre libre… y vivo.

En diez ocasiones, según pudo comprobar Laura, había prestado testimonio como perito judicial. Comprobó que todas las condenas habían sido leves en aquellos casos en los que ella había declarado en contra del acusado, incluyendo tres absoluciones. Las dos únicas condenas severas, el drogadicto y el borracho, estaban cumpliéndose ahora en el cementerio, antes incluso de entrar en prisión. En una de las que declaró a favor fue por un delito leve sin mayores consecuencias, un tipo que había perdido los nervios y amenazado al dueño de un bar. En definitiva, ninguna consecuencia que generara el odio suficiente como para convertirse en un asesino tan retorcido y con tanta inquina hacia ella y su familia.

Quedaba la mediación. Todo estaba en la mediación, estaba segura de ello.

«Cuando se descarta lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, es la verdad».

La frase de Sherlock Holmes, uno de sus mantras, la animó para sumergirse en la carpeta de expedientes en los que había intervenido como gestora de conflictos. Justo allí donde su presencia debería haber sido más invisible. O, al menos, esa era la idea. Se suponía que como mediadora tan solo tenía, sobre el papel, que poner en comunicación a las partes. Ser una traductora de los intereses y necesidades que se agazapaban detrás de sus posiciones. Ser una guía que fuera tendiendo puentes entre ellas, guiándolas para que se

encontraran en algún punto del camino que ellas iban construyendo. Pero lo bien cierto era que el juicio y las herramientas que había empleado como mediadora en cada uno de los casos habían marcado el rumbo de la situación. Y no solo era eso. Muchos de los asuntos que habían terminado con un acuerdo…, ¿cómo habrían continuado después?

Ni siquiera podía llegar a saber si en realidad el convenio se había cumplido en todos los casos. A veces, si conocía a la representación de alguna de las partes, le preguntaba por el devenir de los mediados. Pero otras, tenía que reconocerlo, todo caía en el olvido. Al menos, para ella, porque era evidente que alguien no había sido capaz de pasar página.

Laura cogió el teléfono y le solicitó a Siri que contactara con Sara. Pero no hubo respuesta, el tono se perdió tras unos momentos de espera. Ni siquiera saltó el contestador, lo cual extrañó a Laura.

Probó suerte con Raquel, la investigadora. Esta vez sí.

—Hola, Laura —contestó una voz alegre.

—Hola, Raquel. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy recogiendo a mi crío del cole, ya que su padre parece que tiene prioridad con el *crossfit*.

Laura sonrió, intentando imaginarse a la fornida Raquel, con unos bíceps seguramente más grandes que la cabeza de su vástago, recogiendo a su nene, mientras su «fitmarido» se entretenía con su WOD de los miércoles.

—Vaya faena, y yo te voy a dar otra —dijo Laura mientras empleaba una de las carpetas como abanico improvisado. Hacía calor en su habitación—. Necesito que realices los seguimientos de ciertos protagonistas de mis historias.

Ahora fue Raquel la que sonrió mientras ataba la silla de su hijo, divertida una vez más ante la forma de expresarse de Laura.

—¿Pacientes?

—No, se trata de mediados. Quiero saber qué pasó con ellos, con las dos partes del conflicto. Si fueron felices y comieron perdices o si,

por el contrario, la cosa se cagó hasta lo indecible. Creo que en estos expedientes pueden estar posibles futuras víctimas del Adversario.

—Y también el propio Adversario… —conjeturó Raquel.

—Exacto.

—De acuerdo, hazme una copia y considéralo hecho.

—Gracias. Y…

—Lo más rápido posible, ya lo sé.

—Exacto, otra vez —se despidió Laura.

Colgó el teléfono, y de alguna manera supo con toda certeza que algo iba mal con su amiga Sara.

No se equivocaba.

CIUDAD DE LA JUSTICIA, VALENCIA

Sara había tenido un día complicado en los juzgados de la Ciudad de la Justicia de Valencia. Discusiones interminables con funcionarios que tapaban las miserias de sus compañeros la habían llevado a la impotencia y a la desesperación. Peticiones de periciales que arrastraban mucho tiempo sin ser evacuadas, todo para determinar el origen de las llamadas que habían llevado a su defendida al punto de ruptura. Tenía que seguir esperando, la Unidad de Delitos Tecnológicos aún no había sido llamada a la acción por el juzgado. Sara sabía que eso iba a ser decisivo, que supondría un salto de gigante para encontrar al Adversario. Los de la UDT eran buenos, muy buenos. Si se ponían a la faena, era complicado que los detuviera cualquier contramedida que el Adversario se hubiera podido plantear. El fiscal apoyaba esa medida de investigación al cien por cien, al menos en eso Bernie Maldonado había cumplido tras su conversación con él, pero con el funcionario de turno habíamos topado, y eso sí que era un muro impenetrable.

—La petición es poco clara —le dijo una auxiliar del Letrado de la Administración de Justicia, antiguo Secretario Judicial, encargada de la tramitación de su expediente. Era pequeña, de ojos oscuros de hurón, y con una mopa de pelo negro y ensortijado. A Sara le ponía de los nervios. Una parte de ella era consciente de que debía ganársela por las buenas antes que convertirse en su enemiga. Esa parte sabía que eso era mucho mejor para sus intereses y los de su defendida, pero esa clase de gente podía con ella.

—¿Le parece poco clara la mía o la del fiscal? ¿O quiere que hablemos con él también?

—No se dirija a mí en ese tono.

—Pues haga su trabajo, o al menos finja que lo disfruta y no me convierta esto en una carrera de obstáculos, que ya lo es bastante sin necesidad de su ayuda.

Jorge, el procurador, permanecía a su lado sin saber qué hacer ni dónde mirar. Se ajustó las gafas en un par de ocasiones y se las limpió

otras tantas, mientras la tensión iba en franca escalada. Desde el inicial «buenos días» cantarín típico de Sara, su voz había ido agudizándose ante el enroque de la funcionaria en pedirles un escrito aclarando las peticiones que debía transmitir el Juez a la UDT, que para ella eran un crucigrama chino. En realidad, la funcionaria había tenido grandes hitos en su trayectoria, como confundir el guion de inciso en una sentencia con un signo negativo precediendo a una cifra, lo que la llevó a pensar que el victorioso ejecutante de la sentencia, en vez de embargar dinero, debía pagarlo. Junto con una gran mayoría de grandes profesionales, también convivía gente como esa en el ecosistema judicial, y si te la encontrabas, ya podías rezar lo que supieras.

—Tenga —intervino Jorge—. Su puto escrito. Fírmalo, Sara. Acabarás antes.

Sara sonrió por el exabrupto, raro en los labios de Jorge, y echó un vistazo al folio que le tendió el procurador junto con la pluma con la que lo había redactado. La funcionaria lo leyó con una languidez comparable a una novela de bolsillo en una hamaca playera, pero al menos asintió levemente con la cabeza. El puño y letra del procurador eran claros, y las medidas a tomar, comprensibles para un niño de primaria, teniendo en cuenta lo listos que son ahora si nos creemos los concursos de la tele.

—Joder, mira que pensaba que los procuradores debíais desaparecer. Total, para lo que hacéis de firmar y contar fechas... Y vas y llegas tú y me jodes la teoría —le dijo Sara en broma a su escudero al alejarse por el pasillo que llevaba a los ascensores.

—Para que veas —contestó Jorge con un brillo de orgullo en las pupilas que esperaba ocultaran sus lentes—. Me gusta dejar bien a mi profesión.

—Me parece que contigo me ha tocado la lotería.

—Conmigo te ha tocado la lotería, tigresa.

—¿Mary Jane Watson? ¿Citas a Mary Jane Watson? Joder, ahora sí que te quiero, tío.

Ambos rieron chocándose las manos, provocando la perplejidad de un par de letrados que soportaban la eterna espera del ascensor.

—Mejor bajamos por las escaleras.

—Mejor —convino Sara.

***

Era viernes, y el bullicio de diario dejaba paso a una tranquilidad que presagiaba el fin de semana. Los juicios ya se habían celebrado y el éxodo comenzaba. Eso permitió que Sara, tras despedirse de Jorge hasta la semana siguiente, notara que algo extraño ocurría cuando se encaminaba al centro comercial, donde aguardaba su coche.

Por supuesto, la vida transcurre a nuestro alrededor, y cuando estamos centrados en nuestras cosas el resto del mundo nos parecen fantasmas, borrones a los que no prestamos atención. Extras, figurantes que solo recitan su papel sin perturbarnos. Pero Sara, aquel día, se fijó en que uno de esos borrones había aparecido dos veces de manera inconexa en su jornada. Una vez a la salida del gimnasio. Quizás en su cafetería habitual, no estaba segura. O quizás en una de las franquicias de pan o montaditos justo enfrente. No podría siquiera describir ese borrón, pero había vuelto a verlo, con toda su indefinición, en la Ciudad de la Justicia. Quizás al pasar el control de seguridad, quizás en el *hall*. No lo podría precisar. Pero allí estaba. No sabía el motivo por el cual le había llamado la atención. Pero estaba, joder. Y comenzaba a sentir una aprensión punzante al llegar a su automóvil en el *parking*. Una vez dentro activó los seguros del coche, hasta que se dio cuenta de que no había pagado y se sintió como una estúpida. No salió del vehículo, pese a que la separaban escasos metros de la caja central. Fue salir y entrar, unos pocos segundos, pero en esos instantes en los que la tarjeta de crédito se le cayó al suelo y tuvo que teclear el pin dos veces tras un intento fallido, entendió lo que debían de sentir los que padecían de agorafobia al encontrarse en un espacio abierto. Al volver a su zona de seguridad de dos metros cuadrados, el chasquido del bolso al cerrarse se sincronizó con un golpe en el cristal, justo en el asiento del conductor. Lo primero que vio Sara fueron las manchas de grasa en el cristal, formando las huellas de una mano. Le pareció que jamás podría borrarlas de allí. Esa sensación duró unos segundos que le parecieron eternos. Dicha eternidad se desvaneció al darse cuenta de que se trataba del cajero del aparcamiento. A pesar de ello, Sara no bajó la ventanilla.

—Se la ha dejado —repuso el empleado enseñándole la tarjeta de crédito olvidada por Sara. Lo hacía con cautela, consciente de que la

había asustado, a juzgar por el rostro ceniciento de la abogada. El trabajador, empático como era, se sintió la encarnación de la guadaña apareciéndose a un moribundo, y no se extrañó cuando Sara bajó la ventanilla solo lo justo para que le alcanzara la tarjeta como si la introdujese en una fina ranura.

Sara la guardó en el bolso y decidió gastar los diez minutos de cortesía de la salida del *parking* enviando dos mensajes: uno a Laura y otro a Raquel, contándoles sus sensaciones. Porque solo eran eso, sensaciones. Pero, por lo que sabía del Adversario, no podía bajar la guardia. Al menos, si le pasaba algo las demás sabrían que su desaparición no había sido casual. No sabía si le iba a ser de utilidad, pero menos era nada. Intentó enviarlos, mas no había cobertura.

—Mierda.

Ya lo intentaría al llegar a casa, con el bendito wifi.

La música de la radio, que comenzó a sonar al girar de nuevo la llave del contacto, la tranquilizó un poco, y al subir la rampa y recibir el sol de cara, que despuntaba tras la Ciudad de las Artes y las Ciencias, se planteó si quizás estaba siendo exagerada, si todo podían ser imaginaciones suyas.

«La imaginación, qué puta es», pensó.

Su mente condujo en piloto automático el resto del trayecto. Al llegar a la puerta de su garaje, apenas registró la habitual secuencia de acciones: pulsar el botón del mando, la luz parpadeante, el ligero chirrido de una puerta metálica que clamaba por un engrase. Hizo que el coche avanzara poco a poco y enfiló la rampa de caracol que la llevaba al segundo nivel, a esas horas casi vacío de coches. Planeaba seguir trabajando en nuevas peticiones mientras esperaba el resultado de las anteriores. Realizó un par de maniobras de más para aparcar el coche, cuya dirección cada día se le antojaba más dura. Notó el pinchazo de un mosquito en su cuello girado al hacer la última, marcha atrás. Fue como si aquello estuviera fuera de contexto: ¿un mosquito? ¿Qué mosquito? Todo le daba vueltas. Agradeció estar sentada para no caer, y entonces se dio cuenta de que el temor albergado era real. Había alguien más, alguien más *detrás*.

No era un sueño, no era una fantasía. Alguien le había inyectado algo en el cuello, y no podía saber si eso la iba a sumir en un placentero sueño, o si este iba a ser temporal o eterno. O en qué

situación despertaría. Qué harían con ella al despertar. Boqueó desesperada con esa certeza inapelable, la de que su existencia estaba a punto de cambiar para siempre, que estaba a punto de experimentar una pesadilla en vida. Trató de enfocar al pasajero indeseado, pero siguió siendo un borrón del que apenas pudo distinguir unas gafas redondas y gruesas. Abrió la boca para gritar, pero su garganta ya estaba paralizada.

Oscuridad sin conciencia de soñar.

SAN SEBASTIÁN

JULIO DE 2023

Iñaki archivó en su subconsciente un extraño detalle que le había llamado la atención al salir de su despacho aquella mañana: la postura progresivamente más encorvada de Bea, parapetada tras su escritorio de madera. Los dedos más crispados, la voz no tan cantarina al decirle buenos días. Eran pequeños ladrillos que iban formando un muro que comenzaba a tomar una cierta altura. Bea seguía siendo Bea, y era todavía fácil para un espectador ajeno encontrar los momentos de complicidad que tan buen equipo les hacía ser. Pero Iñaki sabía, en el fondo, que algo le pasaba a su ¿secretaria? En realidad, casi la consideraba una socia. Bueno, borremos el casi, con la salvedad de que su sueldo estaba por encima del de ella. Por lo demás la consideraba una igual, y así la trataba, por mucho que ella todavía lo tratara como un jefe y le pidiera permiso por WhatsApp hasta para salir a un recado personal de unos minutos. Iñaki se recordó la necesidad de hablar con ella, saber qué susurraba al teléfono aquella mañana. Un cliente seguro que no era. Se trataba de algo personal, algo que la afectaba mucho.

Lo archivó, pero puso su mente a trabajar en la reunión que tenía por delante. La reunión más importante de su vida desde el primer día de su vida, meses atrás, al salir de la prisión. Si convencía a John Salgado, el fundador de SalsaBoxing —era el cardio latino de moda, que además mezclaba otras disciplinas de deportes de combate—, de que le diera la exclusividad en España de su línea de ropa y complementos, además de un patrocinio acompañado por una fuerte inversión, pegaría tal patada en los huevos a su tío que no podría levantarse ni a mear.

El SalsaBoxing estaba triunfando en los gimnasios, especialmente entre el público masculino, que hasta entonces había sido minoritario en otras disciplinas similares y que ahora encontraba lo que a ellos les parecía un deporte de combate rítmico, que aprovechaba los

movimientos del boxeo y otras disciplinas similares para crear coreografías que se asemejaban a los bailes de un púgil en el cuadrilátero. Todo al son de ritmos latinos, lo que además permitía incluso a los luchadores entrenar para sus combates reales, lo cual no dejaba de ser una publicidad constante para la casa de apuestas de Iñaki.

Salgado no lucía, desde luego, el rostro amable que suele mostrar el fundador de una modalidad deportiva popular. Era un tipo serio, rudo y de ademanes nerviosos. Mirada franca de penetrantes ojos azules en rostro moreno y curtido, sin una sola cana en el pelo pese a haber sobrepasado el medio siglo seis años atrás.

Pero los iris de Iñaki también eran azules, y no era de los que se arredraban. Le explicó su proyecto a sabiendas de que su tío ya le habría contactado antes que él.

Salgado lo miró, tras terminar su exposición, con los ojos entornados.

—Su tío me ha hecho una propuesta. Porque es su tío, ¿verdad?

—Si se refiere al hijo de puta que quiere pisarme cada idea que tengo, pues sí. Es mi tío.

Salgado mostró una media sonrisa, curtida desde niño en los barrios pobres de Medellín.

—Tiene un respaldo financiero mucho más amplio que el suyo —repuso el creador del Salsaboxing.

«Ahora o nunca».

—Sí, está podrido de dinero, y de influencias también, tejidas a base de corrupción y sangre, y de echar su mierda a mi padre hasta que lo mató.

—Y usted intentó matarlo a cambio. He hecho los deberes, señor Arresua.

—Sí, y he pagado mi deuda; me condenaron a pasar varios años en la cárcel. Y no ha servido de nada, porque volvería a hacerlo. Pero no lo repetiré, no porque piense que no se lo merece, sino porque he aprendido las consecuencias. Eso es lo único que me detiene. Salí hace

poco, y ya ve que no he perdido el tiempo: he utilizado el dinero de mi herencia que mi tío no ha logrado bloquear, el dinero que le quedó a mi padre de la ruina en la que casi le sumó su hermano. Pero míreme, estoy construyendo una base sólida, y quiero más, mucho más. Para mi tío, en cambio, usted es un juguete para hacerme daño, y una vez me quede fuera de juego se aburrirá de usted. Puede que cumpla el contrato en sus términos más estrictos, por miedo a posibles demandas. Pero nada más. ¿Quiere a alguien motivado por la ambición, o a alguien cegado por la venganza?

Salgado mostró sus dientes, formando una terrible sonrisa con la que, en ciertas noches, Iñaki soñaría. Tan solo dijo:

—Los hermanos son los hermanos. Desde el principio de los tiempos.

Solo once palabras, un encogimiento de hombros seguido de un asentimiento, y un apretón de manos. Iñaki lo había logrado. La exclusiva de la utilización de la imagen de las estrellas del SalsaBoxing era suya. El ardor que sentía en todo el cuerpo se desplazó primero a sus pies, y luego dejó paso a una sensación de calma. La calma de aquel que lo consigue, que consigue su objetivo cuando parecía imposible. David y Goliath.

En realidad, Iñaki sabía que era una batalla en la que su tío no contaba con la intervención de un enemigo muy poderoso: el pasado, el recuerdo. Y es que se rumoreaba que el hermano de Salgado había intentado disputarle el negocio, aduciendo que la marca era suya. Eso fue poco antes de morir en un accidente de tráfico, en una recta de perfecta visibilidad.

Caín y Abel.

A decir verdad, su tío, en este caso, ya llevaba el golpe de la piedra en la frente, incluso antes de comenzar.

—De acuerdo, hablemos ahora de nuestra imagen de marca en España.

—He pensado —dijo Iñaki sacando dos fotos de su portafolio— en dos representantes aquí que se unan a las estrellas internacionales en las competiciones, cada uno de uno de los mundos que estamos maridando: te presento a Patricia del Río y a Fabio Miguel Gomes.

Salgado hojeó las fotos y sonrió con aprobación. Era una mueca un poco más cálida, como una solitaria estufa en un páramo nevado, pero una sonrisa, al fin y al cabo.

Iñaki sintió el subidón de la victoria. Eso bastaba por ese día, pero su preocupación por lo que se estaba larvando a su alrededor era golpeada y arrinconada por esa sensación, y eso dejaba a su mundo vulnerable.

***

Horas después, la satisfacción perduraba. Tras una sesión de boxeo en la que había intentado canalizar su adrenalina, Iñaki se daba un homenaje en la parte vieja de San Sebastián, olvidándose por una vez de las miradas a su alrededor.

El teléfono, desde el cual estaba actualizando las redes sociales de la empresa, se oscureció de repente, mostrando tan solo un número desconocido en la pantalla y las opciones de contestar o colgar. Iñaki dudó unos momentos y pulsó sobre el recuadro verde en la superficie de la pantalla.

—¿Diga?

—Iñaki, soy Ricardo, tu primo.

—Pero qué coño…

—No me cuelgues. Tenemos que hablar.

Iñaki no lo podía creer. Justo ahora, después de tantos años, su primo el picoleto, el que le había metido en la trena, se ponía en contacto con él. No podía ser una casualidad.

—¿Te ha dicho tu padre que me llames?

Ricardo parecía casi ofendido cuando contestó:

—Sabes que paso de él. No te perdono que intentaras matarlo, porque es mi padre, pero yo voy por mi cuenta. Y a veces me planteo si las cosas son como me las han contado.

Iñaki se dio cuenta de que la voz de Ricardo había bajado una

octava, ahogada por una emoción que trataba de entender en su primo. ¿De verdad Ricardo se estaba dando cuenta ahora de lo que había pasado *en realidad*? Aun así, el perdón estaba lejos.

—¿Qué quieres, pues?

—Avisarte. Tu nombre ha aparecido en una investigación en curso.

Iñaki suspiró. «Otra vez»

—¿En qué clase de investigación?

—Varios suicidios que han derivado en una investigación de negligencia profesional.

«Joder». Fue en todo lo que fue capaz de pensar Iñaki.

—Laura Olmos. Investigáis a Laura Olmos.

—Exacto. Tenemos su teléfono pinchado y os hemos oído hablar del tema.

—¿Y por qué cojones me filtras esto? ¿Eres consciente de que puedes acabar expulsado de tu querido cuerpo de verdecitos? ¿Que tus jefes podrían estar escuchando esta misma conversación?

Iñaki se tapó la boca de manera instintiva al pensar que su teléfono podría estar pinchado. Se sentía grabado, fotografiado, espiado… Su seguridad se había esfumado como un fantasma tras la revelación de su primo. Miró a su alrededor en busca de sombras. Y quien busca las sombras, las encuentra, incluso a plena luz del día.

—Yo no he dicho que la hayan pinchado mis jefes.

Ricardo, al otro lado de la línea, disfrutó del siguiente silencio, imaginando la miríada de microexpresiones de perplejidad de su primo.

—¿Qué coño quieres decir?

—La han pinchado unos compañeros.

—¿Sin orden judicial?

—Correcto.

—No puedo creer lo que me estás diciendo... Sé que estas cosas son el pan nuestro de cada día, pero ¿tú? ¿Alguien tan atado a las putas normas y a la Constitución como tú, metido en algo así?

—Ya te he dicho que no he sido yo, cojones, Iñaki. Han sido unos compañeros, entre el que se encuentra mi compañero de promoción, Joseba. Él me ha pedido que me tragara el sapo, y que hablara contigo.

—¿Por qué la estáis siguiendo? ¿Por qué no creéis su teoría del Adversario?

Los segundos de silencio se arrastraron antes de que Ricardo contestara:

—La seguimos porque la creemos.

—¿Qué…? —comenzó a decir Iñaki.

—Vamos a vernos y te lo contaré todo —le interrumpió el guardia civil—. En el Kursaal, en una hora. Junto a las taquillas.

Iñaki se lo pensó, pero no vio otra salida.

—De acuerdo —convino por fin—. Pero también hablaremos de la familia.

Ricardo rio sin humor al otro lado del teléfono.

—Claro, primo.

Y cortó la comunicación.

SAN SEBASTIÁN

Laura estaba tan preocupada por la desaparición de Sara que ni siquiera prestó atención a la puntual letanía de su madre. Se había prometido que la escucharía, que la comprendería, pero la señora Olmos era un disco rayado con una aguja que ya rascaba la superficie del vinilo, con un sonido que exasperaba a la psicóloga. Por otra parte, la melodía que la confortaba, la de la risa de su amiga Sara, le estaba siendo negada. Ya hacía muchas horas que Sara tenía el teléfono apagado. Sin respuesta. Sin que su procurador o algún compañero hubiera tenido noticia alguna de ella. Había llamado a su gimnasio, y también a Emma, la fisio a la que acudía para hacer hipopresivos. Sara ni siquiera había llamado para cancelar su cita del día anterior.

—¿Tampoco ha ido a la sesión con Ana? De acuerdo, Emma, gracias. En el momento en el que sepa algo te prometo que te aviso —le aseguró, pero al colgar el teléfono tuvo la sensación de que eso no iba a ser posible.

Cuando volvió a establecer comunicación, fue para marcar el teléfono de la policía. Habían pasado unas veinte horas. Aunque Laura sabía que lo del margen de veinticuatro horas antes de denunciar una desaparición era un mito, también era consciente de que, tratándose de una adulta hecha y derecha, las autoridades querrían un cierto margen y algunas evidencias antes de poner en marcha el dispositivo.

El agente que la atendió parecía cortés, y Laura casi podía escuchar el roce del papel al anotar cada detalle de las últimas horas de vacío. La psicóloga dudó en hasta qué punto contarle para dar al policía la mayor cantidad de información posible, pero sin que pareciera una broma: no mencionó al Adversario, pero sí que Sara era abogada penalista, y que se encontraba inmersa en una investigación criminal.

El agente pareció tomarla en serio, y le pidió que fuera a Valencia a ratificar la denuncia. Laura le dijo que sí sin dudarlo. Volvería con su madre a Valencia, y allí se quedarían hasta que apareciera Sara. En el viaje tendrían tiempo de hablar si su madre quería, aunque Laura no sabía cuánto espacio de escucha le iba a dejar la incertidumbre; la

incertidumbre, que en ciertas historias la consideraban más peligrosa que el filo envenenado de un puñal. Esa sería la tercera compañera de viaje en aquel vehículo.

En realidad, Laura estaba tan preocupada por la desaparición de Sara que hasta se olvidó de Iñaki, quien intentaba contactar con ella para anunciarle que su caso ya tenía una posible conexión. Eran noticias que tendrían que esperar un cierto tiempo, y que se darían demasiado tarde.

Aquel mismo día, con unos cuantos cafés de más, Laura se echó de nuevo a la carretera en dirección a Valencia. Apenas cruzaron madre e hija unas pocas palabras, lo que supuso un alivio para la conductora, mientras que la señora Olmos cerró los ojos y pareció dormir prácticamente todo el viaje. O quizás fingía, consideró Laura por la poca profundidad de la respiración de su progenitora.

En realidad, Laura se volvía a sentir culpable. Culpable por no ser una buena hija; culpable por no saber aplicar la teoría, e incluso la práctica, que empleaba con sus pacientes a su propia madre. Por su jefa. Se sentía culpable de tantas cosas... ¡Era tan fácil aconsejar a los demás lo que tenían que hacer! Cuando sus pacientes le confiaban sus problemas, Laura tendía a etiquetarlos en los conceptos que ella conocía por otras experiencias con otros sujetos, por libros que había leído, por su formación… Etiquetarlos le permitía subsumirlos a esquemas que ella podía manejar con más facilidad, y aplicar a cada caso un mecanismo compensador que normalizara la situación. Si alguien sufría un TOC, sabía lo que tenía que hacer. ¿Agorafobia, dice usted? ¡Por supuesto! ¡Estudiemos los mecanismos de evitación! Sabía de la utilidad de la psicología en millones de casos, pero una parte de ella no podía evitar sentirse como un médico que receta un paracetamol sean cuales sean los síntomas que le relatan, todo por no salir de su propia zona de confort. Porque cada persona es un organismo complejo, no solo a nivel celular, sino también a nivel emocional, lleno de matices y vericuetos impredecibles. En realidad, diagnosticar, aconsejar incluso una pauta de comportamiento, era como recomendar la lectura de un libro que no habías leído, solo en base a la experiencia con otros similares pertenecientes al mismo género literario.

«Joder, eso es lo que quiere que pienses. Te está ganando», se reprendió a la altura de Zaragoza, en ese cruce de caminos en el que, recordaba, se perdió la primera vez que regresaba de Donosti.

Llegó a Valencia al caer la tarde. Dejó a su madre con una amiga de ambas, Susana, con la que había coincidido en el instituto y en la que podía confiar. No se quedó tranquila al hacerlo. Laura no estaba segura de que los impulsos hubieran desaparecido. En ese momento comprendió, por primera vez, cuál había sido uno de sus grandes errores: si no era capaz de ser una buena hija no podía ser tampoco, ni mucho menos, una buena psicóloga para su madre. Por lo tanto, tendría que recurrir a otra profesional que la ayudara hasta el momento del juicio. Pero ese era otro aspecto que tendría que esperar. Que debería esperar hasta que apareciera Sara.

Laura entró en la comisaría de la Policía Nacional de Ángel Guimerá, muy cerca de la calle del Hospital, donde se ubicaba la biblioteca en la que ella había estudiado tantas jornadas durante la carrera. Echó un vistazo a la sala de espera; dos turistas que parecían de algún país del Este aguardaban su turno para ser atendidos, con seguridad para denunciar algún robo. Le dio más escalofríos otra de las ocupantes de la sala, a la que los dos extranjeros miraban de soslayo de vez en cuando: una adolescente rubia con las medias rotas y la cabeza entre las piernas, sobre las que caían unos rizos largos que se movían al ritmo de sus ahogados sollozos. Una mano aferrada a un pañuelo que no utilizaba, la otra sostenida por alguien que, a juzgar por los mismos rizos rubios, debía de ser su madre. Una madre de rictus serio y mirada perdida.

Laura se temía la razón de esa chica para estar allí, y no pudo evitar mirarlas a ambas y olvidar por unos segundos su propio universo.

—¿Señorita Olmos? Soy el agente Vázquez, hemos hablado antes por teléfono.

Era un hombre canoso, con el pelo cortado a cepillo y un rostro severo. Laura no estaba segura de cuál podría ser su edad: igual podría tener unos cincuenta bien pasados que cuarenta mal llevados, pero dados sus evidentes músculos se podía apostar más por la primera opción. Andaba erguido, como si se hubiera comido el palo de una escoba, con un porte que le hacía parecer más alto, aunque Laura le calculaba un metro setenta o incluso algún centímetro menos.

Tenía un rostro rudo pero sabio, y eso a la psicóloga le dio tranquilidad, pues daba la impresión de que se trataba del agente que se había hecho cargo de la desaparición de su amiga. Iba a necesitar al mejor, y más aún, iba a necesitar que ese mejor la escuchara y la

creyera.

De camino al despacho de Vázquez, se dio cuenta de una de las debilidades del Adversario: mientras las acciones se iban acumulando y aumentando de intensidad, más se veía obligado a revelar su presencia, y más fácil se volvía, por tanto, poder señalarlo con el dedo, aun cuando fuera una figura difusa. Pero no estaba dispuesta a tener que pagar como precio la vida de su amiga.

Lo primero que llamó la atención de Laura cuando Vázquez cerró la puerta tras de sí, fue el absoluto silencio del despacho. Una ventana dejaba pasar la luz de las farolas del exterior, pero estaba cerrada a cal y canto. El aire acondicionado parecía funcionar, aunque también era silencioso como una roca. Parecía aislado del caos exterior, como si Vázquez hubiera solicitado, como una prerrogativa, la total insonorización de su cubículo. Laura se sentó frente a él en una dura silla de plástico, y él solo la miró, quizás evaluándola, durante unos pocos segundos antes de espetar:

—Deme algo que pueda utilizar para ayudar a su amiga.

Laura se quedó unos instantes sin saber qué decir, ni lo que se suponía que debía contestar.

—¿A qué se refiere? ¿Qué necesita?

—Necesito convertir su desaparición en un delito si queremos disponer de unos medios adecuados para su búsqueda. Si su amiga… —Vázquez se tomó unos segundos para consultar en sus papeles—, Sara Atxaga, fuera una menor, tendríamos ya a agentes peinando la zona donde residía, pero con treinta y cinco años, a menos que tenga indicios sólidos de un delito apenas podré poner en marcha algo de burocracia y de papeleo inútil.

Laura fue consciente de que los ojos se le humedecían, y Vázquez también lo notó.

—Perdone que le haya sido tan franco… —se disculpó el policía con un deje de culpabilidad—, pero es lo que hay.

—Me hago cargo —dijo Laura—, y sí, creo que tengo indicios que apuntan a que su desaparición no fue voluntaria. Mi amiga Sara Atxaga también era mi abogada, y se encontraba aquí en Valencia, no en San Sebastián, que es donde reside habitualmente, por una

investigación criminal. Alguien me está destrozando la vida, a mí y a los míos. Ha causado el suicidio de una de mis pacientes, y ha implicado a mi madre en un incendio provocado. Eso es lo que Sara estaba investigando, y había obtenido una pista que estaba siguiendo cuando desapareció.

Vázquez la miraba con los ojos muy abiertos. Laura veía la familiar incredulidad en ellos, pero también notaba que la seguía estudiando, quizás confiando en su instinto más allá de las apariencias.

—¿Me puede dar los detalles sobre el procedimiento judicial? —le preguntó por fin.

—Claro, le he sacado una copia de las actuaciones hasta el día de hoy. También está el nombre del procurador, Jorge Grau, que mañana presentará una solicitud de aplazamiento junto con la denuncia que voy a tramitar.

—¿Seguro que no es una maniobra dilatoria para ganar tiempo?

—¿Cree que jugaríamos con eso? ¿Qué íbamos a ganar por unos cuantos días, arriesgándose Sara a las responsabilidades profesionales e incluso penales que supondría algo así?

—Bien, solo quería jugar al abogado del diablo.

Vázquez pasó las hojas del expediente con rapidez, con una mirada que iba y venía recorriendo el ancho y largo de las páginas.

—¿Cree que a su madre la liaron para que provocara ese incendio? ¿No le parece que, si es así, el responsable se arriesga mucho al actuar sobre su amiga?

—Su objetivo no es mi madre —repuso Laura—. Su objetivo es hacerme daño a todos los niveles. Mi madre solo ha sido un peón y, aun así, incluso dando este paso hacia delante, sabe que existirán dudas hasta que consigan atraparlo. Y él no cree que eso vaya a ocurrir, no antes de que termine su partida.

Vázquez dejó la carpeta sobre su escritorio y miró a Laura. Esta le sostuvo esa mirada sin parpadear.

—De acuerdo. Solicitaré al juez que se encargue de la instrucción de su caso que lo califique de alto riesgo —anunció por fin el policía

—. Pero eso no le garantiza nada. Los plazos son muy cortos, y la mayoría de las veces, esa es mi experiencia, los casos de desaparecidos terminan con un triste auto de sobreseimiento.

Laura era muy consciente de ello. Esa resolución judicial archivando el caso solo servía a los familiares de los desaparecidos como pañuelo de papel para sobrellevar la angustia de una de las peores enfermedades posibles: la incertidumbre.

—Lo sé.

—En ese caso, si hay archivo provisional se cerrará el grifo y no podremos seguir buscando —advirtió Vázquez, pese a intuir que Laura tenía experiencia en el tema de las desapariciones.

—Hagan lo que puedan, Sara se lo merece.

—Estoy seguro —dijo el policía mientras la acompañaba a la puerta. Laura casi percibió el pensamiento en la mente del agente: «¿Y quién no?»

Sintió una opresión en el pecho que no mejoró al bajar las escalinatas de la estación de metro de Ángel Guimerá. Tenía un presentimiento funesto, la sensación de que toda búsqueda por parte de las autoridades iba a resultar inútil para encontrar a Sara.

Por desgracia, no se equivocaba.

VALENCIA

«En casa del herrero, cuchara de palo. Es uno de mis refranes favoritos».

Esas fueron las primeras palabras que escuchó Sara Atxaga tras salir del sopor del cloroformo. A decir verdad, no es que hubiera salido todavía. Estaba en un tira y afloja con su propia consciencia, consciencia que quería emerger de una profunda piscina sin saber nadar, aferrándose a la vigilia mientras las terribles criaturas de su panteón mitológico personal esperaban, con uñas y dientes, que volviera a su sueño. No era el sueño tranquilo del narcótico, y si lo había sido, había pasado una frontera llena de terribles pesadillas en la que diferentes formas encarnaban una misma realidad: una muerte sin retorno. Poco a poco Sara Atxaga fue ganando su batalla, y tomando más conciencia de que se encontraba en un oscuro sótano sin ventilación, atada a una silla. Y, para su alivio, vestida y sin aparentes magulladuras, salvo el punzante dolor en el cuello, sin duda vestigio del pinchazo que había transportado la droga a su torrente sanguíneo.

Estaba ante la pantalla de un televisor, sin imagen. Casi podría jurar que de ahí habían provenido las palabras que acababa de escuchar, pero no estaba lo bastante espabilada como para asegurarlo. La cabeza le daba vueltas, y tampoco podía enfocar bien lo que veía o, más bien, lo poco que veía. Parpadeó con rapidez, como si ese aleteo le fuera a proporcionar respuestas. Se dio cuenta de que no estaba amordazada, pero intentó salivar sin generar ni una sola gota. Notaba la boca pastosa. Todo era natural si se pensaba en la droga. Salvo lo de escuchar voces en una habitación que parecía sacada de una película gore, lo que no auguraba nada positivo.

—Es algo que me planteé al trazar mi venganza. Yo sabía que era bueno matando, pero… ¿lo sería vengándome, o me quedaría corto?

—Joder, pues sí que habla, la tele —dijo Sara con toda la fuerza que pudo.

—Oh, sí, claro que habla. La estoy viendo, señorita Atxaga. Seguro que piensa que la situación no puede tener peor pinta.

—A lo mejor si veo tu careto la cosa puede que empeore aún más —respondió Sara con burla.

—La risa es la enemiga del miedo, pero sus chistes no tienen más público que nosotros dos, señorita Atxaga. Quiero algo de usted.

—¿Jugar a un juego? La llevas clara.

—Puede. Pero sigo haciéndome la misma pregunta: ¿soy tan bueno vengándome como matando? Mi amigo Daniel, el que la ha traído aquí, mata por venganza. O por justicia, como le gusta decir a él. Su propia justicia poética basada en el reparto equitativo de muerte entre los tontos. Pero es como un pollo sin cabeza. ¿Verdad, Daniel? No es demasiado bueno haciendo planes de futuro, no se le da bien trazar líneas que converjan al final en un objetivo principal. Pero yo le he alimentado de nuevos tontos, a cambio de que la trajera aquí y que podamos tener esta conversación.

Sara pensó en mandarlo a la mierda, pero se dijo que era una gilipollez ponerse chula, dadas las circunstancias. Mejor ganar tiempo, o esperar. Esa era la conclusión que había sacado tras leer cientos de cómics y tragarse decenas de películas de superhéroes. Mejor dejar que el supervillano muestre sus cartas. Y sin duda, estaba ante el supervillano de la función, el Moriarty de Laura: estaba ante el Adversario. O, al menos, era su voz a través de un plasma.

—Todo es una actividad económica, ¿sabe? Cualquier cosa. La contabilidad, la medicina, el arte... Matar también es una actividad económica: se puede alquilar, subarrendar, externalizar a otros profesionales... Igual que usted como abogada trabaja con compañeros expertos en urbanismo cuando el encargo lo requiere, yo también necesito de especialistas en mi campo más... físicos que yo cuando no tengo tiempo para abordar mi método con personas como usted, que no conocen el dolor que de verdad importa de cerca. Hay muchos tipos de dolor, señorita Atxaga, y el dolor físico es el menos significativo. Podría haber recurrido a algún experto en provocar dolor para tratar con usted, pero no hubiera sido coherente conmigo mismo. Sentimos dolor físico porque nuestro cerebro nos invita a hacerlo, y nosotros le abrimos la puerta para que se introduzca en nosotros. Depende de nosotros, en realidad, sentir o no ese dolor. Pero el emocional... El dolor emocional es otra historia. Por eso es mi argamasa, lo que utilizo para modelar la desesperación, y le aseguro que soy un artesano cualificado. Pensaba que yo era ajeno a cualquier

emoción, que jugar con ellas, sentirlas palpitando entre mis dedos, sería lo más cerca que estaría de experimentarlas. Hasta que Laura Olmos acabó con lo único que me importaba, cuando destrozó la única vida que no me era ajena. Este es mi turno de mover, señorita Atxaga, y usted es el peón que protege a la reina.

Sara pudo ver como en la pantalla negra se dibujaba un brillo fugaz, justo antes de que su cabeza casi se separara de su cuello por el tirón del pelo. Percibió el olor del cuero de una chaqueta vieja y guardada en un armario durante mucho tiempo e incluso saboreó el metal de la cremallera que rozó con su boca, un sabor metálico que se mezcló con el de la sangre que comenzaba a atragantarla. Lo del cuello vino después; el dolor lacerante de la línea que lo atravesaba fue lo último antes de la oscuridad.

«No va a venir ningún héroe a rescatarme».

SAN SEBASTIÁN

Imanol Arresua pasó la mano por la mesa de caoba colocada justo en el centro de la sala de reuniones. Esperaba con paciencia la reacción de su mujer a los últimos movimientos de su sobrino.

—Debajo de la mierda solo hay más mierda.

Esa fue la reacción.

—Ocurre lo mismo con las familias —continuó la tía—. Debajo de un cobarde tocahuevos, solo puede criar un tocapelotas que se cree muy valiente… y muy listo.

—El chico no es ninguna amenaza. Podemos controlarlo a través de la psicóloga —repuso Imanol.

—¿Pero de verdad eres tan ingenuo? ¿Hemos compartido cama, hemos jodido entre nosotros y a los demás todos estos años y no me había dado cuenta? Iñaki es más independiente de lo que tú crees, y está decidido a ir a por nosotros. A tragarnos, a devorarnos. Y si descubre las pruebas que nos pueden incriminar, podrá hacerlo. Caeremos, y él se quedará con todo y se descojonará de nosotros mientras nos ve caer.

—Las pruebas están muy enterradas.

—¿Olvidas a tu hijo? ¿El que te salvó la vida? Los archivos que recopiló en la investigación están llenos de pruebas. Solo que su mirada no las sabe encontrar, o no quiere encontrarlas. Algunos de los etarras con los que negociábamos están en prisión, muy gallitos y callados, pero eso también puede cambiar: cuando vean que sus compañeros van saliendo, con ese arrepentimiento espontáneo y ese perdón a las víctimas que abre puertas, mientras que ellos siguen teniendo que pedir permiso para cagar, veremos qué pasa. Un día se pueden ablandar. Y somos una *delicatessen* para las autoridades. ¿Imaginas los titulares? Todo se irá a la mierda con un chasquido. No he dejado que mi cara apareciera en los medios para poder seguir con mi vida, y no tengo planes para que eso cambie.

Imanol sí se los imaginaba. Lo cierto era que su pareja tenía razón. La situación no estaba controlada, para nada. Los terroristas encarcelados eran difíciles de tocar, pero lo de su hijo estaba fuera de toda discusión. Lo protegería con su vida, por mucho que se hubiera vuelto un cipayo de opresores. Aunque sabía que a ella, desconocedora de cualquier compasión, ya se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de silenciarlo. Ella solo disfrutaría de un hijo el día del parto, y con seguridad no por otra causa que la sensación de poder al parir, la sensación de dar una vida, solo comparable a la de quitarla. Imanol había hecho todo lo posible por blindar a su único hijo de las intrigas familiares, pero sobrevivir a las telarañas tejidas por ella era como no mancharte limpiando chapapote. Ricardo era un hijo único que, desde luego, no había salido a su verdadera madre. A su padre, quizás, por lo menos a un padre que tal vez se hubiera casado con una mujer distinta a su difunta Aiala. Pero, sobre todo, se parecía a su tío Andrés, el padre de Iñaki, con esa cabezonería noble que lo había puesto en el punto de mira cuando se negó a pagar el «impuesto revolucionario», y tampoco se prestó a colaborar con la banda armada cuando surgió la oportunidad. Le había pesado lo ocurrido todos aquellos años, pero se había convencido de que no había quedado otro remedio; que si no hubieran tomado esas decisiones difíciles no solo su hermano, sino toda la familia, hubiera muerto o caído en desgracia. Intentaba convencerse de que no merecía la mirada que vio en Iñaki nueve años atrás, mientras las patadas y el hierro del arma caían como granizo sobre su cuerpo. Pero no estaba seguro del todo acerca de si merecía estar aún vivo. Pasaron por su cabeza aquellos momentos en los que estuvo convencido de que iba a morir: el hombre del pasamontañas, que le hizo arrodillarse a punta de pistola. Los ojos que pudo ver, tan idénticos a los de su difunto hermano que solo podían ser los de su sobrino. Recordaba haber susurrado el nombre de Iñaki, justo antes de que él se quitara la prenda descubriendo su rostro. El último rostro que Imanol pensó que iba a poder ver en su vida, cuando las explosiones de dolor fueron tan continuas que ya no supo distinguir dónde impactaban esos golpes. Ya no tenía un cuerpo, solo un recipiente de agonía. Escuchó un disparo, que luego, al despertar del coma inducido, supo que era de Ricardo, su hijo. Que llegó por casualidad, salvándole la vida.

—Mi hermano era un anacronismo —declaró por fin Imanol intentando apartar las imágenes, que volvían, pertinaces—. Alguien a quien admirar, pero nacido en un tiempo y lugar equivocados.

—Tan solo me alegro de que no hayas sido tú.

«Difícilmente hubiera sido yo. Yo no valgo para construir, con lo que no puedo verter lágrimas por lo destruido», pensó Imanol. Y con razón. Al fin y al cabo, él nunca había valido para los negocios. Al menos hasta que la conoció, tras la muerte de su esposa. Una estudiante, más joven que él, activista contra todo lo que oliera a Estado español. Para ella no podía ser que los españoles fueran los que detentaran el poder, quitándole toda esperanza a vascos como ella para ostentarlo. La patria vasca, pensaba ella, tenía que ser independiente para no formar parte de esos retales de cochambre que formaban la silueta de piel de toro. Su compañera siempre había tenido buen instinto para sacar dinero de las piedras, en cualquier negocio que hubiera emprendido, y sabía sacar su sonrisa de serpiente a todos, con independencia del bando al que perteneciesen. Fue fintando las estocadas de unos y de otros con éxito. Hasta que Ricardo decidió marcharse para ser picoleto. Entonces sí que se acabó para Imanol: todo se fue al garete cuando su hijo, con el corazón recién roto por el abandono de su novia, decidió que la mejor manera de recomponerlo era dejarlo todo para convertirse en guardia civil: el hecho de que eligiera vestir de verde antes que, al menos, pertenecer a la Ertzaintza, le indicó que se trataba de una venganza contra la sustituta de su madre y sus ideas; una venganza que, en realidad, fuera o no consciente de eso, estaba extendiendo a su padre, y ya de paso a todos sus descendientes. Por eso, la única manera de borrar esa letra escarlata era colaborar con el bando del pueblo. Pero colaborar de verdad. Ser un verdadero patrocinador, como una marca de refrescos con una competición deportiva. Un negocio legal no podría haberlo conseguido, pero un negocio de tráfico de armas camuflado en componentes informáticos y torres de PC de Componentes Arresua S.L. sí podía; además, les permitió captar como clientela de una buena parte de esos negocios extra a la banda armada, lo que les garantizaba estar exentos del «impuesto revolucionario».

El padre de Iñaki, que no sabía nada de esa «ramificación de la actividad», no se fiaba de ella, pero sí de su hermano Imanol. Fue este el que, con ayuda del asesor fiscal convenientemente localizado por su mujer, lo envolvió con una fina tela que lo conectaba, sin saberlo, con toda esa «división B» de la empresa. El Código Penal hablaba del administrador de hecho y de derecho al repartir las responsabilidades de una persona jurídica, pero, joder, era al que firmaba los papeles al primero al que buscaban. Y así lo hicieron. Cuando la llamada «división B» cayó, se había formado una gruesa piel que impidió que tocaran a Imanol. Al único que podían tocar en realidad, de haber podido.

Como mucho, de haber sucedido lo peor, «la tía» solo hubiera sido considerada participante a título lucrativo por los negocios turbios de su «marido». Y ya se sabe cómo termina eso en España. Aunque, al final, ni a Imanol ni mucho menos a ella se les tocó pelo alguno.

Tampoco había salido gratis: nada había sido lo mismo desde la detención y el suicidio del padre de Iñaki, y mucho menos desde la paliza e intento de asesinato a Imanol. El cambio de nombre y las notas de prensa no habían sido suficientes: se relacionaba la empresa con el tráfico de armas y con la banda armada, y eso no daba muy buena imagen fuera del mundo *abertzale*. Lograron correr más que la onda expansiva de semejante bombardeo de información, pero las ventas habían caído en picado, y la parte de tesorería que consiguieron salvar de la quema iba menguando día tras día. Solo les faltaba, pues, que Iñaki resurgiera con una iniciativa que les despojara del escaso trozo de pastel que les quedaba. Y él partía de cero, pues algunos creían en el héroe romántico que había intentando vengar la muerte injusta de su padre. En efecto, para muchos Imanol era el malo de la película. Aunque no para todos.

Pero una cosa era lo que creyera la gente, y otra la verdad judicial demostrable y con consecuencias penales. Esa era la que tenían que enterrar a toda costa.

—Debemos controlarlo —dijo ella—. No permitir que esto se desmadre. Tenemos que seguir controlando las posibles ayudas que pueda recibir.

—Para eso necesitaríamos un mayor fondo de maniobra del que disponemos. En el momento en el que no podamos ponernos al día con los pagos, nuestras amenazas no servirán de nada. Al contrario, sentirán alivio si no los compramos. Y él ahora acaba de conseguir un buen patrocinio, ¿lo sabías? Ha convencido a John Salgado.

—A quien tú dejaste escapar... Ya da igual. Tendremos ese dinero —anunció ella—. Podremos ser un imperio.

—¿Piensas en una ampliación de capital?

—Pienso en una nueva rama de negocio. Alta rentabilidad con muy bajo coste. No exento de cierto riesgo, pero con una ventaja muy importante: las sinergias con nuestros objetivos.

Imanol la miró con cara de no estar entendiendo nada. ¿De qué coño estaba hablando? ¿Sinergias? Ella le devolvió la mirada; sus ojos brillaban, y no era un brillo bonito. Sopesaba, calculaba los grandes beneficios, pero a la vez los grandes riesgos, de su alianza con el Adversario. Al fin y al cabo, ella dirigía uno de los primeros negocios de la historia cuyo éxito dependía de las habilidades y productividad de un asesino en serie.

***

En el tiempo de construcción del proyecto de Arresua, Beatriz Alsina demostró ser una aliada imprescindible para Iñaki. El empresario fue consciente de que, más que una secretaria, Bea era una mano derecha y una socia para él: de cara a tratar con los proveedores de servicios, los patrocinadores y los talent, era una fuera de serie que siempre sabía estar en su sitio. Él solo se sentía a gusto con algunos deportistas con los que contaban en las campañas de *marketing*, en concreto con los boxeadores y, especialmente, con su amigo Fabio. Pero con los demás era cortés aunque cortante, como si se viera reconocido y quisiera salir cuanto antes de la misma habitación que su interlocutor. En esos casos era Bea quien trataba con ellos, quien los atendía desplegando su encanto y su sonrisa de niña buena. Por el contrario, Bea era más visceral que Iñaki entre bambalinas, le costaba más no sacar su mal genio y su contrariedad cuando las cosas venían mal dadas; en esos momentos era a Iñaki a quien le tocaba ser más cerebral, y la escuchaba soltar su incendiario discurso acerca de tal o cual competidor, o de tal o cual estrella del deporte hasta que se calmaba.

Con el transcurso de las semanas, Iñaki llegó a creer en ese fenómeno del que le habían advertido en su etapa escolar, el de la quijotización de Sancho Panza y la sanchificación de don Quijote: era cierto que las personas podíamos ser permeables y que, con el contacto continuo, las personas absorbíamos rasgos de carácter de aquel con el que compartíamos la mayor parte de nuestro tiempo.

Así, Bea se fue haciendo con el transcurso de las semanas más cerebral bajo presión, algo más dada a darle vueltas a las decisiones… y también un poco más desordenada. Por su parte, Iñaki fue de manera progresiva siendo más ordenado, y al mismo tiempo comenzó a despreocuparse y relajarse un tanto al afrontar el número de decisiones que tenía que tomar en su día a día empresarial. Incluso empezó a estar más a gusto en compañía de desconocidos.

Lo que más le llamaba la atención a Iñaki era que, cuando lo necesitaban, los papeles podían volver a cambiarse: el día en que el proveedor del servicio de hosting en Italia tuvo una caída, Iñaki pensó en cortar amarras, y esta vez fue Bea la que tuvo que calmarlo y recordarle que era el que mejor equilibro entre precio y calidad podían pagarse con el fondo de maniobra del que disponían. Tomaron decisiones juntos como las que solo tomarían dos copropietarios, como aquel momento en el que una franquicia del sector se ofreció a absorberlos cuando solo llevaban un mes en marcha. Decidieron ser libres e independientes, enfrentados contra el mundo.

Si bien no había interés romántico entre ellos, pese a que Iñaki estaba solo y Bea divorciada, cada día que pasaba con ella era para Arresua una especie de redención de su autoimpuesta condena.

El negocio, en esas pocas semanas, demostraba que podía levantar el vuelo: las apuestas crecieron, las decisiones demostraron ser acertadas, la dinámica entre ambos era inmejorable, y a la vez servía de impulso e inercia a las relaciones comerciales y a las redes de contactos que iban tejiendo entre ambos.

La fiereza con la que parecía que la empresa de sus tíos los iba a comer parecía diluirse con la protección de John Salgado. Llegó a creer que era posible que los dejaran en paz, que los dejaran crecer tranquilos, ganarse una vida tranquilos.

Estaba mortalmente equivocado, y alguien pagaría por ese error.

SAN SEBASTIÁN

Cuando Iñaki atravesó el puente de Zurriola en dirección al Kursaal, lugar de encuentro con su primo Ricardo, el río Urumea estaba bravo y golpeaba sin piedad las indefensas rocas del espigón. Era una batalla lenta, perdida de antemano por un objeto inamovible contra una fuerza irresistible, y una lucha que a Iñaki siempre le había parecido fascinante. Desde pequeño, arriesgando el tipo, se había asomado a ese puente, y también al de Santa Catalina, para presenciar esa guerra sin fin que las rocas iban perdiendo poco a poco, confiadas en que el río, inasequible al desaliento y voraz la mayoría de los días, pereciera por una tercera mano: la del ser humano, provocando la desertización por falta de lluvias. Si hubiera que hacer apuestas, Iñaki apostaría por las pacientes rocas. Al final ellas resistirían mucho mejor el paso de los siglos que el acaudalado río. Aguantarían magulladas por la erosión, pero en pie, mientras que el río sería solo un recuerdo en los sedientos habitantes de un paraje yermo, que no significaría nada para sus descendientes.

Le recordaban a su padre, inasequible al desaliento, imperturbable, aguantando los golpes de su hermano tanto en la vida privada como en los negocios. Confiando en que, al final, se haría justicia y la honradez prevalecería. Pero esta vez las rocas fueron las dinamitadas por una tercera mano, precisamente la mano togada de esa quimérica justicia que buscaba su padre, y que le dio la espalda. Cuando su tío aprovechó para introducirse por cada rendija de su negocio, de todo lo que le pertenecía, la fuerza irresistible fue la que se alzó con la victoria.

Iñaki no sería una roca. Sería la sequía que acabaría con el río.

Pero pesaba sobre él una gran desventaja que hacía que esas palabras fueran más difíciles de cumplir: su primo, aquel que lo había detenido por el intento de asesinato de su tío, quería verlo. Y el motivo era diferente a las rencillas de sus dos familias. El motivo era Laura Olmos, y la posibilidad de que su asesino en serie fuera real.

Mientras pedía un café con leche en una de las cafeterías situadas frente a las taquillas del Kursaal, Iñaki trató de ensayar en su cabeza

las posibles direcciones que podía tomar aquella conversación inminente.

Creían a Laura, había dicho su primo. Pero… ¿quiénes? Al menos, no la investigación oficial, que sostenía que los suicidios que Laura atribuía a la influencia del Adversario habían sido decididos de manera libre, y que la psicóloga intentaba esquivar la apertura de un expediente por las declaraciones de una de las fallecidas, en las que esta la culpaba. Además de salvar de responsabilidad a su propia madre, sobre la que estaba a punto de caer otro mazo legal que la aplastaría. Pero, si alguien en la Guardia Civil la creía…, ¿por qué ese sigilo? ¿Por qué tener que recurrir a él?

Alzó la vista, y allí estaba Ricardo.

Hacía tiempo que no se veían, pero su aspecto estaba más o menos igual, con el pelo rubio cobrizo sin una cana de más pese a que ya andaba en ese peligroso territorio para el hombre que es frisar las cuatro décadas. Pero Iñaki no detectó más arrugas, o que las que ya surcaban su rostro se hubieran hecho más profundas. Si acaso, parecía más ancho de hombros y con la cintura más estrecha. Iñaki también había cincelado su cuerpo en el gimnasio de la prisión, haciéndolo más fibroso gracias a las dominadas y a lo poco apetitoso de la comida de la cárcel la mayoría de las veces, pero se notaba que su primo había sido más técnico y certero al plantear su crecimiento muscular.

Fue un momento incómodo: Iñaki sentado y su primo de pie, con una carpeta azul debajo de la axila, ambos congelados, mirándose sin saber muy bien cómo salir de esa burbuja que los tenía paralizados. Fue Iñaki el que se adelantó, tendiéndole una mano que su primo aceptó antes de sentarse y pedirse un cortado, casi más por automatismo que por apetencia.

—No has cambiado mucho, primo —comentó Iñaki.

—Pues tú sí. No eres como recordaba. Y casi que lo prefiero, ¿sabes? Así puedo hacer el esfuerzo de imaginarte como una persona diferente.

—Ya puedes jurar que lo soy, pero no te garantizo que para mejor.

El primo asintió, como confirmando que sabía con quién trataba.

—Lo que les ha ocurrido a nuestras familias es una putada, Iñaki.

—Es una putada, sí, pero tu padre se empeña en que lo siga siendo.

—¿Te está presionando?

Iñaki pegó una calada a su cigarrillo antes de contestar:

—¿Tú qué crees? Es tu padre. Siempre te has quejado de lo mucho que te empujaba a ser lo que no querías ser. De su aliento tras tu nuca, del poco espacio que te dejaba. Eso sí, tuviste dos cojones con lo de hacerte picoleto con su oposición.

—Yo soy yo, no voy a dejar que dirijan mi vida y me anulen, pero sigue siendo mi padre.

—Lo respeto, y ojalá el mío estuviera vivo para poder decir lo mismo. Han destruido su negocio, pero no destruirán su legado.

Un silencio denso se posó entre ambos. Era un tema complicado y mejor quitárselo de encima. Había que tratarlo, que mencionarlo. Iñaki sabía que su primo no iría más allá. Era el guardia civil que lo había detenido y jodido aquellos años, pero de alguna forma lo respetaba. Sabía que era tan honorable que no dudaría en detener a su propio padre de tener constancia de la comisión de un delito; lo malo era la imposibilidad de demostrarlo, al menos en aquel momento.

—Y bien, ¿de qué me querías hablar respecto a Laura Olmos y su fantasma?

El primo pareció salir de un trance y darse cuenta de la carpeta que todavía guardaba bajo su axila. La miró y la puso sobre la mesa.

Al abrirla, Iñaki pudo ver tres fotos. En ellas aparecían tres rostros: el de un niño regordito y con gafas de unos ocho o nueve años de edad, según calculó a bote pronto, una chica rubia cuya foto robada y sin posado no restaba un ápice a su belleza, y un hombre de mediana edad. Edades y condiciones bastante dispares, eso fue lo primero que se le vino a la cabeza a Arresua. Lo segundo:

—¿Qué coño tienen que ver con Laura?

En el fondo presentía la respuesta que le dio su primo:

—Todos están muertos. Los tres. Tres suicidios, dos de ellos con

una carta culpando a los responsables de su colegio, en el caso del menor; a su empresa, en el caso del hombre. Y en el caso de la chica… no encontramos carta alguna, pero sí detectamos que la escena había sido manipulada para que pareciera un accidente. Alguien prendió fuego a su casa, y no creemos que fuera ella. Su cuerpo estaba carbonizado, fue de chiripa que supiéramos lo de los cortes en las muñecas, detectados en la autopsia. Aquí el modus operandi cambió por algún motivo, y por eso supusimos que era la clave del caso.

«Suicidio, y alguien a quien culpar», pensó Iñaki con Laura y su difunta paciente, la señora Dolores, en mente.

—¿Se investigaron como suicidios? ¿Qué se sacó en claro? —preguntó Arresua.

—Que, en efecto, lo fueron, aunque quedara la duda del incendio provocado. El niño se ahorcó. Sufría acoso escolar, y aunque sus padres lo apoyaban, en el colegio estaba muy puteado. Ya sabes cómo pueden ser esas cosas.

Iñaki asintió. Por supuesto que lo sabía; él mismo no siempre había tenido esa imagen de hombre duro y autosuficiente que ahora mostraba. En sus tiempos había sido un niño repudiado y atemorizado, que llegaba a casa esperando que las horas no pasaran y no tener que volver al colegio al día siguiente. Eso se convirtió después, al llegar al instituto y hacerse mayor, en un ostracismo y un aislamiento si cabía aún más insoportable, pues al menos en el otro caso no estaba solo.

Las cosas cambiaron más adelante, y su experiencia le sirvió para aprender a sobrevivir en la cárcel, un lugar en el que las cosas tampoco eran tan diferentes. Pero por supuesto que sabía hasta qué extremo se podía haber sentido arrinconado aquel chaval. Lo que no encajaba era lo de la nota que había dejado, culpando a sus padres en vez de a sus acosadores.

—¿Y los otros dos?

—Lo de él fue espectacular. Era un apasionado de las montañas que no hubiera ido a la playa hasta que asfaltaran la arena. Sin embargo, fue el escenario que eligió para quitarse la vida. Y de eso hay menos dudas aún, pues un buen día se metió en el agua de la playa de Ondarreta delante de multitud de testigos. No llamó la atención de casi nadie, pero alguno que escapó a ese «casi» lo vio alejarse con

decisión hasta hundir la cabeza en el agua, como si pensara que llevaba branquias en vez de pulmones. Ese testigo se jugó el tipo y nadó hasta el punto donde había desaparecido, pero ya se había desvanecido como por arte de magia. Se avisó a los socorristas y a la guardia costera, y la búsqueda duró varias horas hasta que la marea arrastró su cadáver a la orilla. Tenía llenos de agua los pulmones, pero ni rastro de violencia física.

—Entonces, en apariencia…

—Exacto, en apariencia se había dejado morir —continuó el primo —. Y con testigos que aseguraban que había entrado solo en el agua. No cabía ninguna duda del suicidio.

—¿Entonces?

—Déjame terminar. De nuevo, una nota que se encontró en su coche, en este caso culpando con virulencia a la empresa en la que trabajaba. Se trataba de una *start-up* de aplicaciones informáticas de productividad personal. En concreto, cargó contra su jefe directo, un tal Espí.

—No te entiendo.

—¿No te das cuenta? —preguntó el primo alzando la voz y provocando las miradas de otras mesas—. Las notas de suicidio que dejan son solo una herramienta para culpar a alguien. Nunca se despedían de sus familiares ni de sus seres queridos, sus últimas voluntades tan solo eran un saco para tirar mierda.

—No, no tiene lógica —coincidió Iñaki, pensativo. Encajaba con lo que afirmaba la psicóloga: Laura podía tener razón, podía existir un Adversario.

El guardia civil interrumpió los pensamientos de Iñaki:

—La chica rubia. La chica rubia también está conectada de alguna manera con tu amiga Laura Olmos.

—¿Qué? —acertó a decir, perplejo.

—En efecto, no es la primera vez que se investiga a Laura Olmos por el suicidio de uno de sus pacientes. Esta chica, Cristina Zarauz, también era cliente suya.

Ahí estaba; la conexión con el pasado de Laura que la psicóloga había investigado con tanto ahínco.

—Vamos a ver…

Iñaki trató de recapitular los acontecimientos, pero no les veía ningún sentido. ¿Cómo no había contemplado Laura la posibilidad de que este fuera el fantasma de su pasado? A menos…

—¿Llegó a declarar? ¿Llegó a saber que estaba siendo investigada? ¿O enterraron el asunto sin que ella tuviera la más mínima idea?

—Lo del incendio hizo que el tema del suicidio se diluyera. Y en este caso, recuerda: no había carta que la culpara, ni a ella ni a nadie. Pero mis compañeros hicieron la conexión al descubrir la relación de esta chica con Laura, al igual que la de Dolores Enterría.

—¿Quiénes son… tus compañeros?

—En realidad no importa, al menos por el momento, hasta que decidas aceptar ayudarnos y conectarnos con Laura Olmos. Entonces llegará el momento de las presentaciones. Lo relevante es que son un grupo de policías que piensan… Que pensamos que estos casos se han cerrado en falso… y que no se trata de suicidios.

—Pero dices que en el caso del empresario hubo incluso varios testigos de lo ocurrido.

—Así es —asintió Ricardo—, pero nadie dice que el asesinato tenga que ser con un cuchillo, o con un arma. Ni siquiera que el asesino deba ponerles un dedo encima. Hay tantas formas de matar como de morir.

Iñaki comprendió, con el impacto de una bomba de certeza, lo que su primo quería decirle.

—No los mata. Los convence para que sean ellos mismos los que abracen a la muerte —dijo el guardia civil confirmando los pensamientos de su primo.

El café ya se había enfriado.

VALENCIA

Jorge Grau se agitaba inquieto en el asiento de la cafetería de la Ciudad de la Justicia. Su cara era como la de haber pasado tres meses en la isla de Supervivientes, pero no desierta, sino con los famosos dentro. La situación no podía ser peor para él: un procurador sin abogado se siente huérfano. En realidad, igual que un abogado sin procurador, aunque a estos últimos les cueste mucho más reconocerlo. Pero, además, había trabado una cierta amistad con Sara Atxaga, y si bien él era lo suficientemente empático como para lamentar una desaparición, se tratara de una persona conocida o desconocida, lo bien cierto era que en este caso le tocaba bien hondo. Por eso le era tan complicado expresarse ante Laura Olmos, detallarle el estado del procedimiento y, sobretodo, intentar pensar cómo habían cogido a Sara y dónde podía estar.

—Sara se había aclimatado muy bien, y se había hecho una persona de costumbres fijas —le contaba Grau a Laura—. Joder, parece mentira que fuera vasca y no se conociera ya estas cosas de las personas amenazadas.

Lo dijo en un tono de voz un poco más alto, pero nadie pareció percatarse. Era viernes y no había mucha gente, aunque fuera hora punta. Y era gente con sus propios problemas, con su propia libertad o patrimonio en juego: eso hacía que se crearan microburbujas en cada una de las mesas en las que abogados departían con sus clientes acerca de sus posibilidades y actitud durante el juicio antes de entrar en la sala.

Laura movió la cabeza antes de responder:

—Jorge, no estamos mirando los bajos de los coches cada mañana después del desayuno. Ya no, al menos. Sara nunca ha estado amenazada, y la verdad, ni a ella ni a mí se nos ocurrió que mi… enemigo fuera tan poco sutil. Nadie… —Laura pareció quebrarse por un momento y luego se recompuso. Jorge pensó que ese dique no tardaría en romperse, y que iba a arrastrarlo todo a su paso cuando lo hiciera—. Nadie…, ninguno pensamos que fuera a ir a por ella. Fue por mi culpa, todo por mi culpa — dijo la psicóloga. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Jorge emitió un sonoro suspiro.

—Sara era… Es —se corrigió— muy especial. Ninguna amenaza la cambiaría.

Ambos miraron a la mesa en silencio.

—¿Y ahora, qué? —preguntó el procurador.

—Ahora, Jorge…, mientras Sara no esté aquí…, mientras la encontramos..., es tu turno.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero que tú lleves el tema de mi madre… Como abogado, no como procurador.

—Pero ¿qué dices?

A Laura le preocupó que, en ese momento, Jorge se encogiera y no se expandiera, como ella esperaba. En su lenguaje, el cuerpo del procurador le estaba advirtiendo que a su dueño el encargo le venía grande. Pero decidió ignorar la advertencia e insistió:

—Eres el que mejor conoce el tema, y Sara te mantenía al tanto de todo. Y creo que estás hecho de una pasta especial, aunque tú mismo a veces no te des cuenta. O eso me decía Sara.

Laura notó el ligero rubor de Jorge con la mención. Se sentía fatal en esos momentos de sutiles manipulaciones, en los que trasteaba en las emociones de los demás no para ayudarlos, sino para conseguir algo de ellos. Era consciente de ese poder y le asustaba, lo que la ponía, o eso esperaba ella, en un nivel distinto al del Adversario, a quien utilizar ese poder para matar le proporcionaba placer. Laura había percibido en Jorge que sus sentimientos hacia Sara estaban aplastados por su propio matrimonio, y que la desaparición de su amiga le hacía más doloroso el esfuerzo de presionar para seguir manteniéndolos ocultos. Tenía que utilizar eso a su favor, porque de verdad estaba convencida de que Jorge era la elección adecuada.

—Pero esto… —dijo un Jorge algo más decidido— va a ser complicado. Es una petición inusual, aunque no recuerdo nada en la normativa procesal que lo impida. Lo del cambio de condición de procurador a abogado a mitad de un procedimiento, me refiero. Pero

creo que la adscripción en ambos colegios es incompatible. Tendría que darme de baja de uno y colegiarme en el otro, pasando la prueba de acceso. No va a ser tan fácil.

Laura se mordió el labio con cierta rabia. No lo había pensado. No se le había ocurrido que la idea romántica de que Jorge llevara a cabo la defensa fuera a ser tan complicada.

—Vale. Mierda… Entonces, ¿quién sugieres que sea? Tiene que ser alguien tan bueno como Sara y que se haga con el tema con rapidez.

—Creo que puedo tener a alguien. Pero tendremos que cumplir algunas condiciones.

Laura enarcó la ceja. Estaba intrigada.

—Te escucho.

SAN SEBASTIÁN

Iñaki se había visto en multitud de situaciones extrañas, la gran mayoría no queridas. Pero estar en aquel piso alquilado rodeado de fotos y datos de personas desconocidas, con una amplia mesa de Ikea como altar lleno de expedientes en carpetas de diversos colores, con etiquetas cuyos contenidos no podía distinguir desde donde se encontraba, era de las más surrealistas. Le recordaba a uno de esos despachos de agentes federales que podía verse en las películas, llenos de procedimientos marcados en pizarras, pósits y flechas que trazaban las relaciones entre las víctimas de un asesino en serie. En realidad, por lo que le había contado su primo, lo que estaba contemplando era exactamente eso. Solo que lo veía en un piso del casco viejo de San Sebastián, con la diferencia de que los policías no estaban de servicio, y de que sus superiores no tenían ni la más mínima idea de lo que se hacía entre aquellas paredes. Ricardo le presentó a sus compañeros: el primero, Joseba, era un flacucho con gafas, pelo ralo y voz y maneras suaves.

—Este jodido va a su ritmo, pero es condenadamente bueno en lo suyo: establecer patrones y meterse en ordenadores ajenos —dijo al presentarlo.

Luis, el compañero de patrulla de Ricardo Arresua, era un músculos gallego con cara de vividor y sonrisa algo siniestra.

—La fuerza bruta de nuestro equipo —explicó el primo.

Ambos asintieron con un leve movimiento de cabeza, correspondido por Iñaki.

—Vale, ¿y qué cojones hacéis aquí? —pregunto este.

—Como te comentaba antes —explicó Ricardo Arresua—, nos preocupan diversos casos cerrados en falso por ausencia de sospechosos. Casos que, una vez sobreseídos por los juzgados por falta de pruebas o de sujetos a los que interrogar, son olvidados por los medios y por la opinión pública. Las fotos que ves ahí son de ese tipo. Temas archivados como suicidios.

—La cuestión no es que no fueran suicidios, que lo fueron —

intervino Joseba—, sino que, investigando a la víctima y a su entorno, todos los casos seguían una pauta en común: gente que llevaba una vida más o menos normal, y que en relativamente poco tiempo empieza a mostrar síntomas de apatía y depresión. En un momento dado, esos síntomas se agravan y el sujeto, cada uno de ellos, termina quitándose la vida.

—Yo soy psicólogo clínico, además de poli —aclaró Luis, mientras Iñaki pensaba al escucharlo que los psicólogos surgían como setas a su alrededor—. Hay factores que relacionan la depresión y el suicidio, eso está claro. Pero en este caso, primero de todo, nos faltan elementos: no parece existir una preparación previa, ni tampoco hay despedidas de los seres queridos, solo reproches. Es como si, para estos sujetos en concreto, no hubiera sido una decisión meditada, sino que se hubiera tomado de un día para otro.

—O que se hubiera llevado en secreto —apuntó Ricardo.

—Pero, en realidad, lo que nos puso en guardia no fue todo eso —dijo Joseba.

Iñaki asintió, esperando el siguiente giro de la montaña rusa.

—Las cartas —anticipó, recordando la conversación con su primo.

Luis cogió un expediente y lo abrió. En él pudo distinguir la foto de una mujer con el rostro grueso y desagradable.

—Eso es, cartas que culpan a los seres queridos de la decisión tomada. A los seres queridos o a un tercero. Se dan a veces ambas cosas, como en el tema del acoso, en la que el chaval que se quita la vida da cuenta de la presión a la que se veía sometido. Pero incluso en esos casos son, desde luego, menos virulentas que estas. En este asunto la señora Dolores Enterria se ceba con alguien que, pensándolo bien, solo tiene una importancia tangencial en lo que ella da como razones para su decisión. La forma en que se ceba con ella… Creo que sabes de quién estoy hablando.

—Laura Olmos —confirmó Iñaki.

—Exacto. A mí me da la impresión de que esta mujer, aceptando que la carta sea de su puño y letra, fue instruida por alguien para que escribiera exactamente eso. Para culpar a Laura Olmos. Algo parecido a la escritura dirigida que practican las sectas con sus acólitos, y con

la misma virulencia hacia sus familias. Lo curioso es que en el caso de esta buena señora representa una modificación con respecto a lo que encontramos en el resto de carpetas —dijo Luis señalando el montón restante—. Una desviación importante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iñaki. Cada vez estaba más intrigado, y más implicado en la historia que le estaban contando. Ya no se trataba solo de Laura Olmos: allí había algo más. Algo que se enroscaba en su propia vida, le gustara o no. Todo parecía conectarse, trazado por un hilo invisible. El enemigo desconocido de Laura también lo quería a él, y no era por su relación con la psicóloga. El hecho de que su primo estuviera hablando con él en aquella habitación lo confirmaba.

—En los otros casos la carta del suicida implicaba a los familiares, como si, en realidad, fueran los verdaderos objetivos. Nuestra teoría es que el asesino no solo disfruta con la muerte del suicida, que toma como una victoria propia, sino también con el sufrimiento de sus cercanos. Digamos que se divierte con los posibles daños colaterales. Pero, en este caso, creo que no lo hizo por deleite macabro.

Iñaki lo comprendió antes de que Luis lo dijera:

—Esta vez, creemos, era una venganza personal.

VALENCIA

El despacho del letrado Gregorio Rodríguez parecía estar concebido para no tener ni un solo cliente: sin placa que lo identificara como abogado, y situado en una zona residencial a mitad de camino entre Paterna y Valencia, estaba muy alejado del centro de la capital o de las sedes judiciales de cualquiera de las dos poblaciones, y la falta de distintivos tampoco lo hacían candidato para el cliente ocasional atraído por tener un despacho de abogados cerca de casa o del trabajo. De hecho, tampoco era que la zona donde se situaba fuera la milla de oro londinense, ni mucho menos. Más bien era un área residencial dormitorio, en la que los negocios iban y venían y se circunscribían a un par de cafeterías que solo se llenaban los fines de semana y una sucursal bancaria que servía más como cajero automático que para contratar hipotecas o depósitos. La población, formada en su mayor parte por matrimonios con dos hijos y dos coches, uno de los cuales tenía que pasar toda su vida útil mal aparcado porque solo había una plaza de garaje a repartir, apenas hacía vida allí más allá de dormir y tomarse un café en alguna de las mencionadas cafeterías los sábados por la mañana.

Jorge Grau también tuvo que dejar el coche mal aparcado sobre la acera, como cualquier residente.

—Aquí hay bula papal para esto —aseguró ante la perplejidad de Laura.

Según había observado esta mientras, solo por calmar un poco la mala conciencia, realizaban dos intentos previos recorriendo la misma calle de manera circular, la «bula papal» daba para mucho más: coches que salían de los garajes como si no hubiera un mañana y sin mirar atrás, señales de prioridad sustituidas por un silencioso código de «un coche de aquí, otro de allá», rotondas mal atendidas por policías que preferían charlar con las camareras de la cafetería próxima antes que regular el tráfico… Sabía que la gente conducía mal en Valencia, pero es que allí el Código de la Circulación parecía un texto apócrifo.

—Aquí la poli es de armas tomar, cuando quieren —le explicó

Jorge mientras atravesaban la cancela. Pasaron por una piscina que a Laura se le antojó pequeña para los tres edificios que compartían el espacio común; sumados daban un buen número de viviendas.

—Pues parece que pasan de todo —observó Laura. Jorge movió la cabeza sin mirarla.

—Una vez hice de procurador en un caso de negativa a un test de alcoholemia a dos calles de aquí. Pusieron en el atestado que nuestro cliente iba a velocidad excesiva, cuando el control estaba a la salida de una curva cerradísima por la cual el coche hubiera volado de exceder un solo kilómetro los veinte por hora. Y no tenían visibilidad desde donde se encontraban para saber a qué velocidad iba antes de tomarla. El tipo estaba enfermo del pulmón y no podía soplar ni un globo, pero se negaron a llevarlo al hospital para una segunda prueba de sangre. En el parte reconocieron que no olía a alcohol e incluso lo dejaron marchar en su propio coche, pero mantuvieron en el acta que había empleado artimañas para no soplar en el alcoholímetro. Lo llevaron a juicio y, antes de celebrarse, nuestro cliente fue exculpado por Dios.

—¿Qué quieres decir?

—Sufrió un enfisema pulmonar que a punto estuvo de llevarle al otro lado, pero al menos eso demostró que decía la verdad y que los polis habían mentido en el acta, así que fue absuelto.

Laura estaba con la boca abierta.

—¿Y a los agentes qué les pasó?

—¿Qué les va a pasar? —contestó Jorge encogiéndose de hombros, mientras pulsaba el timbre del patio interior.

Pasaron una nueva puerta y allí estaba Gregorio Rodríguez, esperándolos, pues su despacho estaba situado en el propio bajo del edificio.

Rodríguez era un hombre ya mayor, Laura calculó que estaba en los sesenta, con una ropa que le venía pequeña pero solo en las extremidades, como si él se hubiera alargado después de comprarla, ya que el tallaje en hombros, pecho y cintura parecía correcto. Llevaba tirantes y una pajarita, y un pelo ya escaso surcado por hebras grises aleatoriamente dispuestas. No tenía un rostro agradable que invitara a

la confusión de creer que se preocupara por caer simpático a sus clientes.

Jorge los presentó y, tras un breve y nervioso saludo, Rodríguez los hizo pasar a lo que parecía una vivienda habilitada como despacho, pero sin que la casa disimulara lo más mínimo su condición de domicilio particular. Laura veía una estantería llena de libros al tomar asiento, pero solo tenía que girarse para ver el cómodo sofá, una tele de cincuenta pulgadas y el acceso a una terraza que parecía gigantesca aunque desnuda, y a la que Gregorio no parecía estar sacando partido a juzgar por el tono de su piel.

—¿Le ha explicado Jorge mis reglas? —preguntó el letrado sin más prolegómenos.

—Sí —contestó Laura—. Usted cobra por notoriedad, no por sus actuaciones procesales.

—Es correcto. Yo no cobro nada a mis clientes, y obtengo resultados, créame. Pero solo acepto casos que pueda explotar de manera informativa, y cuyo interés pueda ser también del interés de los medios de comunicación. Me da igual a quién defienda si puede generar entrevistas y me pueden pagar por ellas. En realidad, me importa un comino lo que me llamen, mientras me llamen.

Sonrió por su propia ocurrencia. La primera sonrisa del día resultó escalofriante.

—Quiere decir…

—Lo que quiero decir es que me va a contar su historia, y que mi vara de medir no van a ser sus posibilidades legales, ni su posible inocencia o culpabilidad, sino lo interesante que pueda resultar en la tertulia de un programa matinal para señoras. Así que comience y adórnela todo lo que pueda.

Laura miró a Jorge, que le devolvió el gesto con ese encogimiento de hombros tan característico suyo de regalo. Volvió a mirar al abogado.

—Sigo esperando, señorita Olmos. Me aburro.

Laura cogió aire y comenzó. Se lo contó todo. No solo lo que atañía a su madre y a su situación procesal, más o menos conocida por la

prensa, sino también respecto al Adversario y a la extraña desaparición de Sara.

Gregorio Rodríguez la escuchaba con interés, y aunque intentaba mantener cara de póker, Laura notaba cómo aumentaba el brillo de sus ojos con cada nuevo detalle mientras tecleaba de vez en cuando en su portátil Mac Air.

Al considerar que había terminado, Laura se quedó en silencio mientras le sostenía la mirada al letrado, quien la contemplaba con el mismo gesto en apariencia hastiado con el que había comenzado a escuchar la historia.

Pero el brillo de las pupilas no miente.

—De acuerdo, señorita Olmos: tenemos trato. Dirigiré un escrito al juzgado anunciando que su madre ya tiene abogado. Y moveré los hilos suficientes para que lo sepa todo el mundo.

Laura se inclinó hacia delante, acercando su rostro. El abogado no cambió su expresión.

—¿Me está diciendo que va a pasearnos a mi madre y a mí por las tertulias de marujas de las mañanas?

—No. Le estoy diciendo que también lo haré por las tardes, y por las noches en las tertulias de madrugada. Si nos llaman, iremos a los programas nocturnos y del corazón. Incluso a los de deportes, si resulta que su madre estaba federada de joven; y, por supuesto, a las radios, incluyendo programas de humor si hace falta. Solo habrá un requisito: que nos paguen, aunque luego lo nieguen. Y será tan sencillo como esto: lo que me paguen a mí, incluyendo los derechos de un posible libro, será para mí. Y lo que le paguen a usted y a su madre, incluyendo los derechos de un posible libro, será también para mí. ¿Queda claro?

—No puedo creerlo…

—Mírelo así —dijo Rodríguez con una sonrisa más horrible aun que la anterior—. Al menos le ahorro los escrúpulos de tener que mercantilizar algo tan horroroso y que afecta a tantas vidas. Al mismo tiempo su madre tendrá una defensa letrada muy competente, aunque le baile a usted menos el agua que la que tenía hasta el momento.

Laura se mordió el labio para no empezar a pegarle hostias como provisión de fondos.

—Y, por si fuera poco —continuó el abogado—, tiene la mejor arma contra ese «adversario» del que me habla: exponerlo a la luz pública. ¿Ha visto cómo reacciona el escorpión cuando levantan la piedra bajo la que se oculta? Pues tome nota de la naturaleza, señorita. Yo lo hago mucho.

Laura se lo quedó mirando, aunque no sabía muy bien el motivo. Quizás lo juzgaba, quizás lo calibraba, pero en el fondo sabía que aquel tipo era de los que mejor no tocar ni con un palo, sí, pero también que podía ser su mejor oportunidad. En realidad, la decisión ya estaba tomada. Era un camino incierto, pero ese baño de luz pública era un movimiento que el Adversario no se esperaría. Todas sus víctimas habían soportado en silencio su influencia, su seducción. Había tejido alrededor de ellos un hilo invisible que pasaba desapercibido hasta que él decidía tirar de él y apretar hasta que explotaban. El secreto era el arma favorita de los abusadores, de los manipuladores.

Sí, podía funcionar. Como decía el letrado, muchas veces, al levantar la piedra, el escorpión huía y era más fácil aplastarlo.

Pero claro, en la mayoría de las ocasiones, lanzaba su picadura mortal.

VALENCIA

Raquel ni siquiera sabía cómo había terminado como detective privado. Por vocación seguro que no era. Ningún rastro de Mike Hammer en el árbol genealógico que le habían hecho por veinte euros al presentar el ticket de compra de Carrefour; tampoco se encandilaba con las novelas de Hammett ni de Chandler, aunque le había echado un tiento a El poder del perro, de Don Winslow, autor que había sido sabueso antes que juntaletras. Ni siquiera había disfrutado de Bogart en la pantalla grande, o de Krysten Ritter en la pequeña.

No, lo de Raquel Alcántara tenía que ser explicado de otros modos: sencillamente, el oficio, tras dedicarse a algo tan distinto como el *marketing* o la gestión de cobros de una gran empresa metalúrgica, la había atropellado y todavía tenía que curar sus heridas.

Ese en realidad había sido el catalizador que la convirtió en lo que hoy era. Su rito de paso fueron las múltiples llamadas telefónicas durante las peores épocas de las sucesivas crisis económicas españolas.

Eran llamadas educadas con el toque justo de intimidación, aderezadas con unas gotas de sutil coacción que no rebasaran los límites que dieran paso a una denuncia del supuesto agraviado. Un agraviado que en realidad se trataba de un moroso con todas las letras. Algunos de ellos eran gente honrada que se daban cuenta demasiado tarde del agujero en el que se habían metido. No habían calculado bien esa diferencia entre gastos e ingresos que al final resultaba crucial, y de pronto se despertaban dándose cuenta de que los recibos de proveedores llegaban como tsunamis a arrasar las costas de su tesorería, hasta que solo quedaban números negativos sin más utilidad que la de recordar el fracaso. Pero esos, y Raquel lo sabía, eran los menos. Los más eran auténticos vividores, algunos de ellos estafadores en potencia, que jugaban con las ilusiones de los demás y a los que no les importaba el esfuerzo de sus suministradores, a los que consideraban tontos útiles. A por esos Raquel iba con ganas. Normalmente sus bienes estaban a nombre de otros, a veces ponían de administradores pantalla a familiares, mientras que ellos permanecían en las cómodas sombras. Creaban empresas y las destruían con la misma facilidad que Godzilla con Tokio, valiéndose de estructuras laberínticas que hacía imposible a los acreedores el poder localizar el dinero para ejecutar la deuda.

Ahí era donde entraba Raquel, y así comenzó a desarrollar su olfato. Atravesaba a los hombres y mujeres de paja, y rompía las sociedades pantalla hasta que la silueta oscura comenzaba a mostrar sus rasgos cada vez más nítidos, más claros. Y entonces ya podían ir a por él, a por su cuenta bancaria. Cuando llegó la pandemia fue rastreadora, y ahí se vio obligada a utilizar esas mismas dotes para romper el bloqueo mental de aquellos que tenían la mala suerte de ser contactos estrechos de un enfermo positivo detectado. Tenía que tener firmeza, pero también paciencia y empatía con ellos, ser capaz de ponerles las cosas fáciles para que los nombres de otros sujetos dotados de malas cartas por el destino surgieran de la pastosa boca del interlocutor, cuando este todavía intentaba salir de los escombros de la bomba emocional que le producía la llamada. Al final, Raquel ya no pudo con la presión, y abandonó.

Fue todo eso, y la necesidad de ser libre, claro. Hay un momento en la vida en el que eliges si trabajar por tu cuenta y riesgo o estar bajo el cómodo paraguas de la cuenta ajena. Raquel se dio cuenta de que sus días eran como los del personaje de *Atrapado en el tiempo*, con muy pocas variaciones. Se sintió atrapada, sobre unos raíles en los que ella no decidía. Simplemente se tenía que limitar a cumplir su papel, a ser un engranaje en la máquina: una vez tenía claro cuál era la identidad del administrador de hecho y sus propiedades reales, o tenía claro el origen de un brote, hacía una reverencia al público y se retiraba de la función por una de las esquinas, dando paso a los siguientes personajes.

Ya estaba rumiando dicha posibilidad de ir por libre cuando su propia empresa, como si le hubiera caído encima todo el karma acumulado, se hundió en el mismo pozo que aquellos a los que Raquel cazaba.

No fue una caída brusca: fue un apocalipsis blando a base de ERES parciales que los jefes, todo hay que decirlo, procuraron que se atuvieran a la más estricta legalidad.

Por eso, cuando recibió su aceptable indemnización, fue como si el universo, tal y como decían los libros de Paulo Coelho, que a ese sí lo leía, hubiera conspirado junto a ella para llevar a buen puerto su sueño. O, al menos, para zarpar.

Así que se hizo una pequeña oficina en el cuarto que la niña ya no utilizaba, y decidió que su despacho, ese en el que se reuniría con los

clientes, sería la cadena de locales más grande del país: sus bares y restaurantes.

Procuró enfocar su estrategia comercial por el tema del género, decidiendo que solo iba a admitir mujeres como clientas. Y funcionó. Su red de colaboración incluía abogadas que se sentían más cómodas con una mujer como colaboradora, al menos para ciertos asuntos. Y una de ellas era (¡es!) Sara Atxaga. Por eso hervía de rabia con la desaparición de la letrada, y por eso el tema de Laura Olmos había saltado al primer puesto de su top de prioridades.

Eso incluía rastrear la vida digital de todas las personas en las que Laura había dejado huella como mediadora, para bien o para mal. Las redes sociales, aunque exageradas y mentirosas, te podían contar la vida real de una persona. Era increíble de qué manera Facebook, Twitter, LinkedIn o Instagram podían ser piezas a través de las cuales podías encajar un puzle vital, aunque fuera caprichoso, hipócrita y desdibujado. Lo primero de todo, Raquel se dirigió a verificar cuántos perfiles de las setenta y ocho personas de la lista de mediados, descartando las instituciones y organizaciones que habían actuado como parte, se mantenían en activo en esos momentos o hasta poco tiempo antes: solo siete no tenían los perfiles activos, y de cuatro no había rastro digital alguno. Esos cuatro eran preocupantes, y raros, además de que entre ellos se encontraba la señora Dolores. En cuanto a los restantes, dos de ellos eran hombres y el otro una mujer. Los tendría que localizar a la vieja usanza; de hecho, dos de ellos sí que le habían aparecido en Google: uno como parte de un expediente administrativo de apremio, tres meses atrás (Hacienda es una amante posesiva de la que no desearías recibir nunca una carta) y la otra por una marca de *running* en una carrera popular en Huesca.

—Ermitaño digital o no, ahora todo el mundo sabe que eres un corredor dominical al que le adelantan hasta las abuelitas —se dijo Raquel casi con un silbido, tras comprobar una marca de prácticamente nueve minutos por kilómetro.

El tipo no podía competir con Usain Bolt, pero no parecía que estuviera pasando por un infierno. También llevaban vidas más o menos normales al menos sesenta y cinco de los investigados. A Raquel, que comparaba los últimos estados publicados con los que se mostraban en las redes en las fechas aproximadas de las sesiones de mediación, le llamó la atención lo poco que había influido la mediación en la mayoría de aquellas vidas: la gente con disputas laborales había dejado al final su trabajo; aquellos con problemas

conyugales se habían terminado separando y tenían ahora nueva pareja. Otros tenían post triunfales proclamando la resolución judicial que les daba la razón en la custodia de sus hijos.

—Joder, Laura, ¿tan mala eras, o es que lo de la mediación es un camelo? —susurró para sí Raquel. Era probable que los acuerdos se cerraran muchas veces por pura ansiedad de aparentar ser personas razonables, o por no gastar más dinero en sesiones, pese a que muchas eran subvencionadas por la Administración. O quizás la mediación, en la que supuestamente el profesional tenía que enseñar a las partes a comunicarse ante esa o cualquier otra situación de conflicto, era como enseñar a comer sano a una persona obesa. La determinación por mantener esos hábitos saludables de comunicación se perdía una vez que los mediados tenían que arreglárselas solos: no tardaban en recaer y en perder el respeto por el otro al primer atisbo de discusión, igual que el antiguo obeso acostumbrado a consumir hidratos y azúcar no puede resistirse ante la primera tentación glaseada rellena de chocolate cuando sabe que el nutricionista ya no lo va a pasar por la báscula.

Solo unos pocos parecían haberlo logrado, al igual que unos pocos logran evitar el efecto rebote y conservan su peso ideal.

De cualquier manera, el círculo de su investigación se estrechaba. Ahora tocaba gastar las suelas.

VALENCIA

El exterminador de tontos inspeccionó de nuevo su sótano. Era la ¿decimoctava?, ¿decimonovena? vez que lo hacía, pero nunca terminaba de sentirse satisfecho. Cosa de su TOC, sin duda. Su trastorno obsesivo-compulsivo había sido su compañero de viaje desde niño. No tenía recuerdo feliz. Lo más cercano eran situaciones más o menos cotidianas, más o menos normalizadas en las que la necesidad de limpieza, de que todo fuera aséptico, perfecto, simétrico, gobernaba cada una de sus decisiones. Eso eliminaba el libre albedrío que se suponía poseía, y lo sustituía por un Dios habitando dentro de su cabeza. Un ser superior en forma de enfermedad mental que influía hasta en los aspectos más superfluos de su existencia. No, ese amo le había impedido ser una persona normal. Y lo más horroroso era ser perfectamente consciente de ello. No era un esquizofrénico, que mantiene una feliz ignorancia de su patología. Él era muy consciente, incluso luchaba contra ella sin éxito, pero no podía evitar esa voz irracional, la de la enfermedad, que le obligaba a hacer cosas que no quería y que sabía que no les pasaban desapercibidas a los demás. Las visitas al lavabo, el tiempo que necesitaba para preparar todos sus rituales antes siquiera de salir de casa y que lo llevaban a levantarse tres horas antes de lo que debería… Y aun así, aun así esa lucha no servía de nada, y hacía la situación más horrible. Era como tener la llave de tu celda, pero estar encadenado por la muñeca mientras luchas por alcanzar la cerradura. Te estiras, te estiras…, pero no llegas.

Su vida había transcurrido así, y él, al menos, ya se hacía a la idea de que también terminaría así. Pero esa aceptación no había llegado sola. La acompañaba una ira sorda pero no ciega. Una rabia contra los estúpidos e ignorantes, una rabia que disfrutaba canalizando, y en cuyo éxtasis al exterminador de tontos le parecía notar que el dolor y el desasosiego cedían un poco. Se aliviaba entonces como el enfermo de próstata tras una micción alargada. Pero tampoco duraba su disfrute, y a las pocas horas, días a lo sumo, se veía de nuevo tragado por la indecisión.

El problema era que esta vez se sentía engañado. Que esta vez la abogada, Sara Atxaga, no merecía la orden de ejecución.

Al exterminador de tontos no le gustaba pasar por tonto, pues era

una paradoja que solo se podría resolver de una manera.

Por lo menos, lo que era seguro es que no le gustaba que aquel tipo le hubiera tomado por idiota.

Y se preguntaba qué hacer al respecto.

MORAIRA, ALICANTE

JULIO DE 2023

Una de las comprobaciones de Raquel se hallaba en Moraira, en la costa de Alicante, con lo que, agradeciendo no tener que desplazarse a Donosti, se subió a la mañana siguiente a su Volkswagen Beetle y se encaminó hacia la AP 31. Desayunó temprano, tomando notas del expediente que le había facilitado Laura de aquella mediación. El caso se las traía, por eso la pista era tan prometedora. A Raquel tan solo le había bastado una búsqueda en Google para sustentar la primera premisa: la chica, la mediada, estaba muerta. Había perecido casi dos años atrás en un incendio en Lasarte-Oria, a pocos kilómetros de San Sebastián. Pero según fue escarbando Raquel, más extraño parecía todo. El informe oficial hablaba de un incendio accidental, en el que unas botellas de vodka habían jugado el papel de etílico acelerante de las llamas de un cigarrillo mal apagado. Pero, a la vez, también había rumores en algunos medios de que se habían encontrado pruebas que apuntaban en otra dirección, enterradas en el secreto de sumario.

Pero, no conforme con eso, Raquel rastreó en las redes la historia no oficial: en la cuenta de Twitter de algunos de sus compañeros de ciclo formativo —la chica estudiaba Integración Social— se hablaba de cierto incidente en unas prácticas que tuvieron lugar en una «casa segura» de Donostia para mujeres maltratadas. Esa residencia dependía de la Diputación de Guipúzcoa, y ciertos problemas laborales entre los responsables del centro y los estudiantes de prácticas, entre ellos Cristina Zarauz Gascón, que era el nombre de la joven fallecida, había hecho intervenir a los mediadores institucionales. Entre ellos, claro que sí, Laura Olmos. Y por eso existía el expediente que ahora viajaba en el asiento del copiloto del coche de Raquel. Era un copiloto que no indicaba direcciones, ni cambiaba las emisoras a su antojo. Pero, ¿hablar? Hablar sí que hablaba: el expediente le contaba, al menos entre líneas, que entre las tres trabajadoras y la dirección del centro había habido algo más que el conflicto sobre horarios y turnos en el que Laura, sobre el papel, había mediado.

El instinto de Raquel le decía que se aproximaba a la clave de todo

aquello. Y que la madre de Cristina, ya que el padre había fallecido cuando esta era solo una chiquilla, podía darle mejor que nadie las claves que necesitaba. Si es que era una de esas madres que conoce bien a sus hijas adolescentes, ya que cada vez quedaban menos. Podía haber rastreado a alguna amiga, pero intuía que la madre podía tener más indicios. La muerte se había producido en una vivienda de su propiedad, y había abandonado el País Vasco meses después del deceso. Quizás estaría purgando su dolor, y quería hacerlo muy lejos de su propia tierra.

Tomó el desvío hacia Calpe, y se introdujo en una carretera secundaria que la llevó a atravesar varias poblaciones pequeñas. Las sinuosas curvas le hicieron desconectar un rato de sus pensamientos para centrarse en lo que tenía ante ella. Tras un tiempo que se le hizo interminable, pudo divisar un conjunto de casas blancas que parecían ponerse de acuerdo para deslumbrar al viajero, y unas aguas cristalinas que atraían a los turistas y a una clase media alta que disfrutaba de la población todo lo que le permitían los primeros.

Raquel iba a puerta fría, y sin prisas. Una vez más, a través del chivato de Mark Zuckerberg había tenido constancia de que la madre de Cristina, Sandra Gascón, tenía un pequeño negocio muy cerca del castillo: se dedicaba a vender reproducciones de armas antiguas y escudos medievales, así como soldaditos de plomo que escenificaban campañas militares de diversas épocas. Lo cierto era que Raquel era aficionada al miniaturismo y se hacía moldes de silicona a partir de positivos de arcilla polimérica, modelados por ella misma, en los que vertía plomo fundido para realizar las distintas reproducciones.

Esa iba a ser su ancla. En su trabajo necesitaba un ancla emocional para comenzar a conectar con las personas de las que quería obtener información, y más aún si esta era sensible o tocaba tan de cerca al interrogado. No en vano, era una desconocida que se iba a presentar sin avisar en la vida de una mujer deseosa de enterrar su dolor, solo para hurgar con saña en la herida. Eso era mérito, y no lo de los vendedores de telefonía móvil y banda ancha.

Raquel abrió la puerta del comercio con el familiar tintineo de campanas anunciando la feliz entrada de un cliente. No le dio la impresión de que ese sonido se hubiera escuchado con continuidad en los últimos tiempos: la tienda no estaba muy cuidada, con una gruesa capa de polvo en las estanterías, y un par de figuras de cierto tamaño que no se sabía muy bien qué hacían en la entrada. Raquel sospechó que eran encargos que el cliente no había pasado a recoger, dado que,

aunque la capa de polvo no era tan gruesa, también era visible. Se fijó en una mujer de pelo rizado y ropa ancha y colorida, quizás herencia hippie de unos más felices años sesenta, en los tiempos en los que América sobrevivió a duras penas a la muerte de Jacqueline Kennedy y al ascenso de Nixon en el 64 con su posterior Pax Americana. Esos tiempos convulsos parecían haber sido vividos por aquella mujer, al menos por edad, pero desde la dictadura franquista, lo cual lo hacía todo muy diferente.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Raquel.

La mujer alzó la vista de la serie de televisión que estaba viendo en el portátil y la miró con gesto inexpresivo. Raquel se acordó de la frase oriental: «Si no sabes sonreír, no abras una tienda». O quizás aquella mujer se había rendido y solo estaba allí por inercia, como un fantasma que no sabe abandonar la mansión embrujada.

—Hola, ¿qué deseaba? —contestó Sandra Gascón, la madre que Raquel había ido a buscar.

—No venía como clienta, la verdad, aunque la espada que veo detrás de usted puede que me haga cambiar de opinión.

—¿Y qué deseaba, entonces? Creo que tengo los pagos al día.

—No, no —dijo Raquel agitando las manos como si estuviera espantando moscas—. No es nada de eso, aunque el trago puede que también sea amargo. Verá, soy detective privado y quería hablar sobre la muerte de su hija Cristina.

—Qué cojones… Largo de aquí.

El rostro de Gascón transmutó como si la hubiera poseído un demonio en el clímax de una película de exorcismos. Raquel tuvo la impresión de haber atravesado su pecho y haber arrancado el corazón de la mujer, para devorarlo mientras se lo mostraba. Pero no era nada tan físico, solo un recuerdo doloroso.

—¿De verdad va a desaprovechar la oportunidad de cerrar esa herida? —preguntó Raquel—. En realidad, pienso que muchas veces ha soñado con este momento, con esta ocasión. Seguro que ha querido imaginarse cómo sería, y al despertar ha desechado la idea, igual que tantos padres y madres que han visto cómo arrancaban a sus hijos de sus brazos, sin ninguna respuesta, sin ningún culpable. Mire, antes de

que me eche a patadas, debo decirle que estoy aquí para esclarecer lo que pasó.

—¿Lo que pasó? Lo que pasó está muy claro: mi hija fue víctima de un grupo de asesinos que no tuvo que mancharse las manos de sangre. Le dieron el cuchillo y la motivación para quitarse la vida, y esperaron con tranquilidad a que diera el paso. Cristina nunca tuvo otra opción después de lo que le ocurrió.

—¿Se refiere a la casa protegida?

Sandra soltó una amarga carcajada. Raquel no quería conocer el rincón de su interior del que provenía.

—¿La casa protegida? Eso más bien era una casa de putas. O, en realidad, un harén. Eran cinco voluntarias, ¿sabe? Y un solo coordinador puesto allí por la diputación. Un latin lover cuarentón y musculado que llevaba de calle a las impresionables jovencitas con las que trabajaba. Y él era perfectamente consciente. Se dedicaba a tontear con ellas. Hoy te follo a ti, mañana a ti, y pasado ya veremos. Y a las pobres mujeres maltratadas, pues ya si tal. El tipo era un borracho aficionado a los botellines de cerveza, y al que apodaban «Brad» porque se parecía al actor.

»Mi hija era una más, la diferencia es que se colgó de verdad. Él pasó de ella como de la mierda. Me da vergüenza decirlo, pero creo que esa fue en realidad su motivación cuando lo denunció por las malas prácticas en la residencia, junto con otras dos compañeras. En eso la mediadora tenía razón, pero las malas prácticas también existían, y esa puta psicóloga ayudó a que se ocultaran. A que él saliera de rositas y como víctima de una «jovencita despechada». Mi hija. Qué mala suerte tengo. No le bastó a Dios darme a un hijo sociópata, tenía que desgraciarme también a mi hija.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de la mujer. Lo había soltado todo así, de golpe, y en efecto había esperado largo tiempo para contárselo a alguien. Raquel no supo qué hacer, si consolarla o seguir ahí parada. Lo que tenía claro es que sabía de quién estaba hablando Sandra al mencionar a «la mediadora» y a «la puta psicóloga». Laura haciendo amigos. Todo estaba empezando a encajar; ese debía de ser el pecado original, Raquel estaba convencida. Y ese hermano…

—¿Cristina tenía un hermano? —quiso saber Raquel. Un caballo galopaba en su pecho. Paladeaba el corazón de la manzana de la

verdad al escuchar dicha palabra.

—¿Ha visto esas películas de niños manipuladores? ¿Esos que siempre se salen con la suya provocando las desgracias de los demás? Así es mi hijo. Su padre murió de un ataque al corazón cuando ella contaba trece y él quince; casi podría jurar que lo mató él, como en esas películas americanas, si no fuera porque mi marido estaba treinta kilos pasado de peso y fumaba como el vaquero del anuncio. Pero lo que es seguro es que mi hijo no ayudó a la paz mental de mi difunto esposo, ni a la mía. A la única que quería era a su hermana, la única que consideraba su igual. Pero ya le digo yo que no lo eran: Cristina no era mala chica, solo tonta y manipulable. Ahora que lo pienso, por eso a Aitor le debía de resultar un buen complemento. Sé que es terrible que una madre diga eso de sus hijos, pero…

—¿Ahora tiene unos veinte años? —calculó Raquel mentalmente.

—Como si tuviera cincuenta. Es el puto Mesmero cuando quiere. Tiene hasta un programa con sus chaladuras de psicología e hipnosis, y está con mil blogs de historia, cine...

—¿Qué ha sido de él? ¿Sigue teniendo contacto con usted?

—Pues no, pero le debe de ir bien con sus temas, porque justo a los dieciocho se fue de casa y se lo montó por su cuenta, igual que mi hija. Eso sí, ella seguía utilizando la casa familiar y gastando la herencia de su padre y parte de mi sueldo, y él jamás se ha dirigido a mí, y menos para pedirme ni un solo euro. Lo que pasa es que creo que todo lo que se crece de boquita se encoge cuando se trata de ir frente a frente… Le encanta la radio y los podcasts por eso, porque solo depende de su voz.

—Joder —Raquel soltó el exabrupto sin querer. Ahí lo tenía: el motivo y el método. El Adversario ya tenía rostro y nombre: Aitor Zarauz.

Sonaron las campanas de la puerta. Raquel miró hacia atrás, maldiciendo su suerte. El único cliente del día o el correo llegando justo en ese momento. Pero no había nadie. Las figuras de la entrada, las que esperaban en vano, comenzaron a agitar su polvo como si empezaran a cobrar vida. Se escuchó un fuerte golpe, como el de una viga al desplomarse. Era un peto metálico, caído de unas estanterías que ahora bailaban una danza irregular. El suelo se movía bajo sus pies. Raquel escuchó un susurro y en una décima de segundo registró

la faz desconcertada de la madre de Cristina, cuyo enfado había sublimado en miedo, y el origen del susurro: una espada colgada en una pared que se balanceaba peligrosamente hacia la mujer. Raquel la apartó con un empujón. Sandra Gascón gritó, y sus gritos se unieron a los que se empezaban a escuchar en el exterior. Raquel le cogió la mano sin pensarlo más.

—¡Salgamos de aquí, ya!

Y se unieron al caos que empezaba a reinar en las calles.

SAN SEBASTIÁN

Bea había oído hablar de la combustión espontánea. En programas como *Cuarto Milenio* habían hablado de personas que, sin razón aparente, comenzaban a sentir calor en su interior y que, en cuestión de segundos, eran pasto de las llamas. No estaba claro si sentían o no dolor durante el proceso, pues, curiosamente, dichos fenómenos solían tener lugar cuando las personas estaban solas. Nada de gritos de auxilio y, por tanto, nada de extintores. Con seguridad en unos pocos segundos se consumaba el hecho, o al menos eso parecía al constatarse que los alrededores del desafortunado individuo permanecían intactos. Bea podía pensar en una bengala incandescente emitiendo una gran cantidad de luz durante unos momentos, para desaparecer al poco.

Así eran ese tipo de cosas: rápidas, ardientes y puede que indoloras. Bea sentía que, en el interior de su cabeza, acaso en el cerebro, se estaba produciendo uno de esos fenómenos. Al menos el ardor podía sentirlo. El cerebro quemaba como si fuera a hacerse cenizas, pero la diferencia estaba en que alguien había pulsado algún botón, y lo repetía en bucle una y otra vez. Y no menguaba, lo que solo era parte de su desgracia.

La migraña estaba ahí, pero ella no la podía reposar en casa. No podía cerrar la puerta de su habitación, apagar las luces, tomar las pastillas que le recetaba el médico. Dormir, olvidarse… Eso era algo que no se podía permitir el lujo de hacer.

Bea daba gracias a que nadie pudiera verla en aquel despacho: enviando correos electrónicos pegada a una pantalla brillante a la que había dejado al mínimo la luminosidad. Eso y las gafas de sol la ayudaban, solo un poco, pero a cambio le exigían toda la concentración de la que era capaz. Pero no podía marcharse porque el *show*, o el negocio, tenía que continuar, y ella, a falta de su jefe, el señor Arresua, era la única del equipo de dos que quedaba para cuidar del fuerte.

A fin de cuentas, no podía quejarse tampoco demasiado del señor Arresua, o de Iñaki, como le gustaba que le llamaran. Tampoco tenía

él la culpa de los frecuentes ataques que sufría, prácticamente uno a la semana, y ella tampoco se lo había mencionado. Con Arresua había tenido la entrevista de trabajo más extraña del mundo, y, ahora que lo pensaba, tampoco era un jefe muy normal. Y ella había tenido varios.

Pero Bea necesitaba el trabajo, y el dinero. Con una hija de cinco años a la que alimentar y una hipoteca, no era algo que hubiera sido optativo. Si no, hubiera seguido en la librería, con menos horas y bastante menos sueldo. O como cajera en el Eroski, si hiciera falta. En lo que fuera, pero tenía que trabajar.

Y la verdad es que el trabajo le gustaba: Iñaki dejaba hacer, daba espacio a la iniciativa, a veces demasiado, pero se notaba que actuaba entre bambalinas, que ocurrían cosas gracias a él. Los clientes empezaban a llegar y ya comenzaba a poder coordinar proyectos con ciertos *influencers* del *fitness*. Eso no caía del cielo, Bea lo tenía claro. Su jefe no era precisamente de los que practicaban el *marketing* de fe; al contrario, para Bea, la proactividad era uno de sus mayores fuertes. Pero eso hacía que, hasta que pudieran contratar a más gente, ella tuviese que hacer todo el trabajo de trincheras.

Eso era un alivio, quizás la mejor medicina. No parar, no pensar en lo que le ocurría. Ganar dinero para, sin la ayuda de sus padres, que siempre procuraban por su nieta con lo que les quedaba de pensión, poder garantizar el futuro de su pequeña. No era una cuestión de orgullo, pero ella era la madre, y por tanto la encargada de garantizar el bienestar de su hija. Al menos, la pequeña Lorena estaba disfrutando de una infancia feliz: le encantaba ir al cole, a la piscina, interpretar obras de teatro. Era una niña inquieta, divertida, y dadas sus sentencias en los momentos más inesperados, podría decirse que sabia. Sus primeros años habían pasado entre algodones gracias a unos abuelos todavía jóvenes que podían seguir el ritmo incansable de la cría. De hecho, lo hacían mejor que su progenitora, quien tenía que apretar los dientes y los ojos, parapetados tras unas gafas de sol, cuando sufría una de sus crisis. Bea notaba que la pequeña Lorena era consciente de que algo iba mal: a veces se la quedaba mirando muy seria, y cuando Bea se obligaba a sí misma a sonreír pese al dolor, la nena asentía levemente y sonreía a su vez, como si apreciara el esfuerzo de su madre.

Era lo mejor de este mundo, y no porque fuera su hija. De verdad que lo era, con esos rizos morenos y esa mirada de pilluela con sonrisa a juego. Le parecía alucinante lo que había crecido desde que la cogió por primera vez en brazos.

¿Su padre? ¿Quién podía acordarse ahora de su padre?

Ahora quedaba ella, Beatriz Alsina, como guardiana y protectora.

Por eso tenía que luchar contra el dolor, vencer al dolor. El teléfono vibró, lo tenía en silencio al igual que el de la oficina para evitar estridencias, y al mirar la pantalla supo que se trataba de su mayor aliado en esa batalla sin solución de continuidad. Era el doctor Serna, el neurólogo. Después de la primera visita a su consulta tras mucha insistencia de sus padres para que buscara un especialista, y tras un inicio de tratamiento con medicamentos poco prometedor, a Beatriz la habían sometido a una serie de análisis y de escáneres cerebrales para determinar las causas de su migraña y si esta era crónica o causada por… algo más.

«Algo más». Cuántas cosas podían contener esas dos palabras, soltadas al aire como si tal cosa. Podían contener la vida y la muerte, nada menos.

Serna, un joven amable que imprimía a su discurso una pasión por los detalles y por el paciente, de tal manera que hacía obviar la relación entre juventud y falta de experiencia que muchos conectan, le había asegurado que la medicina tenía que trabajar así: por descartes. Que no debía preocuparse, que todo era un camino que debía recorrerse para determinar la causa y, por tanto, el remedio.

Pero ella miraba el parpadeo del número en la pantalla, con el dedo fijo en el botón verde, y eternizando el momento de contestar.

Por fin, lo hizo, y sintió que se asomaba a un abismo oscuro.

—¿Sí? ¿Es usted, doctor?

Bea notó que alguien tragaba saliva al otro lado de la línea. El abismo comenzaba a girarse, y a devolverle la mirada.

—¿Beatriz? —preguntó una voz ahogada. Ella la reconoció.

—Sí, doctor, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Creo que debería venir hoy mismo a mi consulta para que hablemos de los resultados de las pruebas. No son… No son todo lo buenos que hubiéramos querido.

El abismo miró fijamente a Beatriz, absorbiendo toda la luz a su alrededor.

VALENCIA

Laura sintió una extraña sensación de alivio cuando se interrumpió la tertulia de la televisión privada en la que se hablaba de su madre para pasar a una noticia urgente. No se le escapó la mueca de contrariedad del letrado Gregorio Rodríguez y la mirada de fastidio que dirigió a algún punto determinado del estudio, como si el origen de la ruptura del hilo de su apasionada defensa de la presunción de inocencia de la «pirómana de Torrent» (así la habían bautizado los medios) estuviera justo allí, entre el equipo de cámaras y redactores del programa En casa del Herrero. Alberto Herrero era un joven periodista que provenía de las radiofórmulas, y que había logrado, con su imagen de yerno perfecto, hacerse un hueco entre las divas de las mañanas. Había sido el suyo el programa que más había crecido entre las televisiones privadas en el Estudio General de Medios, y por eso era uno de los elegidos en el paseíllo del lamento y la destrucción erigido por el letrado. Hasta entonces, todo había seguido su guion habitual: los rictus exagerados, las expresiones desencajadas de contrariedad, como si cada afirmación del defensor fuera una ofensa irreparable a la familia del resto de invitados; tertulianos de cartón que solo conocían el derecho penal a golpe de búsquedas apresuradas en Wikipedia, pero que actuaban como si tuvieran el cum laude por la Universidad de Cambridge.

El problema era que, en efecto, resultaba complicado de refutar el hecho de que las palabras «mi cliente es inocente» fuesen un adagio demasiado típico entre los abogados defensores que acudían a ese tipo de programas.

En realidad, la causa del corte era lejana al estudio de la capital de España, y bastante más cercano al lugar donde Laura Olmos y su madre estaban viendo la televisión.

Mientras Alberto Herrero permanecía resguardado dentro de la pantalla en un pequeño recuadro, otro mucho más grande albergaba a un apurado periodista de camisa blanca, levemente oscurecida en los sobacos, que eran visibles cuando agitaba los brazos como un pájaro que quiere volar de su nido antes de tiempo. Al fondo se podía apreciar lo que parecía una plaza típica de cualquier localidad costera, y un par de personas mayores sentadas en el suelo mientras otras las abanicaban. Personal del Centro de Coordinación de Emergencias de

la Generalitat Valenciana se desplazaba con prisas de un lugar a otro, apareciendo y desapareciendo del encuadre. El espacio que no llenaban las imágenes del estudio y del exterior lo ocupaban un cartel en el que se podía leer, en letras mayúsculas: «ÚLTIMA HORA: TERREMOTO DE ESCALA 4,5 EN LA COSTA ALICANTINA».

La cámara abandonó al pájaro sudado y dio una vuelta por los alrededores, mientras la voz jadeante del reportero la seguía. Las estructuras parecían estar enteras, pero había cascotes aquí y allá, y el rótulo de un comercio de comestibles había cedido. El objetivo daba vueltas sin fijar el foco en el mismo lugar, lo que contribuía a una sensación de mareo, casi de agobio, como en esas películas de encuadre nervioso que Laura no soportaba.

La psicóloga volvió a fijarse en su madre: miraba la pantalla como hipnotizada, con los ojos muy abiertos, mientras comía pipas con una cadencia exasperante. Cada pocos segundos se llevaba una a la boca, rompía la cáscara y escupía los restos en el plato de su regazo. La ponía de los nervios. Parecía tan tranquila… Así se había pasado todo el programa, sin hacer un solo comentario, como si las cosas no fueran con ella.

—Joder, mamá, qué temple —dijo Laura mientras se levantaba de la mesa. Una vez más le costaba estar en la misma habitación que su madre. Una vez más le costaba soportarla, como si ella fuera la culpable de todas sus desgracias. Como si fuera la centinela que, por no estar atenta, hubiera dejado que el mal saltara los muros de su seguridad y de su vida normal.

Su madre sencillamente la miró, y Laura sintió su mirada detrás de ella, mientras caminaba por el pasillo hasta la cocina. Había ido allí sin ninguna razón, solo para desfogarse, para romper algún vaso si hacía falta. Pero no, lo único que hizo fue romper, pero a llorar. Unas lágrimas que no le supieron a nada, y que en ningún caso suponían ni liberación ni alivio.

Apoyada en la encimera, sintió una vibración. Una alarma interna sopesó la posibilidad de otro movimiento sísmico, pero su mente racional informó con rapidez de que se trataba de su móvil. Era el número de Iñaki. Lo dejó sonar hasta que se cortó la llamada. De inmediato vibró un par de segundos extra, anunciando la llamada perdida. Pero volvió a sonar, y esta vez decidió cogerlo, sin saber siquiera el porqué.

—Iñaki, ¿eres tú?

—Sí, Laura, soy yo. He intentado hablar tantas veces contigo que me he quedado sin huellas dactilares. ¿No tienes ni una llamada perdida mía desde ayer?

Sí, sí que las tenía, pero una parte de Laura lo había rechazado como aliado, una parte que a la psicóloga no le gustaba; algo dentro de ella estallaba de despecho y orgullo, y se culpaba por haberse encoñado por el vasco hasta el punto de perder su dignidad. Y quizás mucho más.

—He estado ocupada —dijo por toda excusa. Se mordió el labio pensando sobre si decirle algo o no. Decidió que sí, que ya bastaba de juegos de adolescentes con una vida tan cercana en peligro—. Iñaki, mi amiga Sara ha desaparecido.

—¿Qué me dices? ¿Ha desaparecido una amiga tuya?

Al otro lado de la línea, Arresua se mesaba los cabellos. Todo se aceleraba, se desbocaba. Y él iba también en ese tren sin control.

—Sí, llevamos tiempo sin saber nada de ella. He tenido que sustituirla en el juicio de mi madre, mientras la busca la policía. Y ni siquiera me gusta el…

—Escucha —la interrumpió Iñaki—, tengo una posible pista, una conexión. Tengo un hilo que puede conducir al Adversario.

El Adversario. Por primera vez, él también lo denominaba así. La creía. Joder, por fin la creía. Laura sintió una sensación de triunfo que no sabía cómo exteriorizar, ni si debía hacerlo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Pero no estás en Donosti?

—Joder si lo estoy. Pero voy para Valencia con una gente que te va a interesar conocer. No me preguntes ahora, pero tienes que buscar a una paciente tuya que se suicidó. Tengo un nombre.

Laura miró a su madre. No sabía si estaba centrada en el programa de televisión o si se había dado cuenta de que la conversación que tenía con Iñaki podía ser su salvación.

—Un nombre. ¿Qué nombre? —apremió Laura sin dejar de mirar a

su progenitora, esperando una señal, algo que la hiciera más humana.

—Cristina Zarauz.

Una película en cámara rápida pasó por los ojos de Laura. Cristina Zarauz. Dios mío, claro que la recordaba. La joven que había denunciado a aquel centro de día para vengarse por unas calabazas. Ella había descubierto el verdadero motivo, el «para qué» que se agazapaba detrás de cada posición inamovible. En el caso de Cristina Zarauz, ese «para qué» había sido la necesidad de ver reparado su agravio. Gloria le había contado lo del accidente que tuvo lugar después. Laura, a quien Cristina le había parecido una joven inestable y con problemas de adicción, no se había sorprendido al saber que la chica se había dormido con un cigarrillo en la mano y una botella de Jagger o vodka en la otra. Laura lo había lamentado, pero no se había sentido culpable de aquella desgracia, nunca la había relacionado con su labor de mediadora, en la que solo había hecho su trabajo descubriendo, a través de las preguntas correctas, el verdadero motivo que se hallaba tras las denuncias.

Pero era evidente que alguien sí la consideraba culpable.

—Pero ella… Ella no se suicidó. Se archivó como accidente.

—Eso es lo que querían que tú creyeras —adujo Iñaki—. Mierda, Laura, ¿cómo no habías pensado en esa chica? ¿Acaso te acordabas siquiera de ella?

No, no se acordaba. No se acordaba porque la había clasificado y etiquetado como una descarriada, una jovencita que, jugando con fuego, se había terminado quemando. Justo su mayor pecado había sido aquel contra el que predicaba. La generalización, la cosificación de un ser humano. Sus prejuicios la habían llevado a cometer un horrible error, uno cuyas consecuencias eran compartidas por muchos inocentes.

El canto de la aplicación de mensajería la sacó de sus pensamientos. La abrió y comprobó que las sincronías existían. Era Raquel, con un mensaje escueto: «Ya lo tengo. El Adversario quiere vengarse por lo que le ocurrió a una mediada: Cristina Zarauz».

Laura quiso gritar, abrazar a su madre, besarla. Al menos ya lo tenían. Ya tenían el arpón clavado en el lomo de la ballena blanca. Ahora solo tenían que tirar de él. Su madre seguía viendo las noticias

de la televisión, en las que una presentadora con traje y chaqueta y mirada penetrante hablaba de un temblor de tierra en la costa alicantina; Mari Carmen Olmos ni siquiera parpadeaba, con el brillo de la pantalla yendo y viniendo de sus pupilas. Parecía catatónica. El sentimiento de triunfo pareció irse por el desagüe dejando solo un poso de amargura e incertidumbre.

***

No supo Laura hasta después de su conversación con Iñaki que su investigadora se encontraba en Moraira, interrogando a Sandra Gascón, justo en el momento del terremoto. Aunque todo había quedado en un susto, Raquel le confirmó que la situación no había resultado grata: más bien había sido para cagarse en los pantalones.

—Son unos segundos, pero te parecen horas —confirmó Raquel mientras se llevaba a los labios un moka del Starbucks donde ambas habían quedado—. De verdad que en ciertos momentos pensé que todo se nos caía encima.

Laura asintió, comprensiva.

—A fin de cuentas, esto no es California, sino Valencia. No estamos acostumbrados a estas cosas.

No quería dar prisa a la historia que tenían que contarle, no. Porque la conocía a la perfección. Además, le había venido confirmada por dos fuentes. Ahora, el siguiente paso era saber quién estaba enarbolando la bandera de la venganza por lo ocurrido con Cristina Zarauz Gascón. ¿Un familiar? ¿Algún novio? ¿Un ex? El problema era que cualquier pareja de su edad, apenas diecinueve años, no tendría la suficiente preparación para un plan tan elaborado y que requería de un carácter y de unos conocimientos de psicología tan complejos...

—Pero, ¿y si no es de su edad? —soltó Laura de pronto, dejando a Raquel a mitad de frase.

—Joder con tu escucha activa —dijo sin reproche la investigadora —. Pero sí, sé por dónde vas.

—Perdona, ya sabes dónde tengo la cabeza las veinticuatro horas.

—No hace falta que te disculpes, Laura. Además, este es mi trabajo. Creo que podemos ir con esto a la policía, y que empiecen a buscar a partir de ahí. Es una conexión sólida, ahora sabemos gracias a Iñaki que puede que Cristina tuviera vinculación con un asesino en serie que manipula a sus víctimas para que se quiten ellos mismos la vida, y que esa chica es parte de tu pasado, por lo que la conexión entre el Adversario y tú ya es innegable.

Laura se lo pensó un momento.

—De acuerdo —dijo por fin—, acudamos al fiscal con todos estos datos, pero yo desde luego no me voy a quedar quieta, esperando a que él haga el siguiente movimiento.

Raquel la miró de arriba abajo.

—Tú estás como una puta cabra. ¡Deja que hagan su trabajo!

Laura se puso tensa, rígida. No la comprendía. Ya lo tenían, tenían al Adversario atrapado en el puño, les faltaba solo apretar lo suficientemente fuerte y su nombre real pronto estaría corriendo de boca en boca de nuevo, una pista clara. Si aflojaban la presión, el mosquito escondido entre los pliegues de la palma se escaparía en cuanto abriesen la mano, creyéndolo muerto.

—No, Raquel, no nos han ayudado en nada por el momento. No voy a dejar que esto se enfríe, perdido entre expedientes dejados de lado por funcionarios aburridos.

—¿Y Sara? ¿Te has olvidado de Sara? —repuso Raquel. Laura negó con la cabeza y afirmó:

—No la van a encontrar aunque lo cojan. Los manipulará y mareará hasta desgastarlos. No le sacarán nada. Ellos no.

—¿Y crees que tú sí?

—Sí, el enfrentamiento es conmigo. Soy yo la que está al otro lado del tablero. La única a la que considera como igual. Creo que, si lo atrapamos, tenemos una oportunidad de que me diga qué ha hecho con Sara.

La voz de Laura se ahogó al pensar en su amiga. Estaba convencida de que estaba muerta, aunque decirlo en alto suponía para ella romper

una barrera, invocar un encantamiento que pudiera hacerlo realidad. Era pensamiento mágico y ella lo sabía, pero eso no lo hacía menos pavoroso cuando lo tenía en la punta de la lengua, cuando estaba a punto de soltar la frase: «Porque mi amiga Sara está muerta. Y es por mi culpa».

—Joder, te crees Dios, como todos los putos comecocos. Espero que no te equivoques, de verdad que lo espero.

Raquel la miró tras pronunciar estas palabras, todavía sin saber muy bien qué hacer. Jugueteó un buen rato con la carpeta azul que llevaba entre las manos, estirando su goma, haciendo ademán de abrirla, pero alargando el momento mientras seguía sopesando a Laura y mordiéndose el labio.

«Al fin y al cabo, es tu cliente. Te paga para que le des información y ella elije después qué hacer con esos datos».

—De acuerdo —dijo por fin.

Laura tuvo ganas de gritar de alivio mientras abría la carpeta y sacaba de ella lo que parecía la copia de un expediente académico universitario.

Por fin lo tenía ante sí.

—¿Estás segura? —preguntó Laura mientras leía un nombre que no había oído en su vida, y veía un rostro que no le decía nada. ¿Ese era de verdad su enemigo? La psicóloga esperaba algo más, no sabía el qué con exactitud, pero algo más.

—El perfil encaja. No tengo pruebas sólidas, pero sí: creo que el Adversario no es otro que el hermano de Cristina: Aitor Zarauz.

***

Nunca había oído Laura tal urgencia en la voz de Iñaki como aquella mañana en la que, somnolienta, descolgó el teléfono sin ni siquiera saber quién llamaba. De hecho, le había parecido que era la alarma del móvil, rescatándola de un sueño en el que Sara caía en un vacío oscuro, y en donde ella, al intentar agarrarla, se convertía en aire, en una sublimación que terminaba con un grito mudo y la decepción en los ojos de la abogada. Otra pesadilla, otra de esas en las que el tiempo de vigilia era el mismo que el tiempo de sueño; otra de

esas en las que soñaba despertar y seguía dormida, viendo a los pies de su cama a una Sara que se oscurecía y transmutaba en el otro letrado, Gregorio, el mediático, aquel a quien había vendido el alma para salvar a su madre.

Por eso no estaba tampoco segura al principio de si la llamada de Iñaki era otra trampa de la pesadilla. No encajaba en los límites reales que se había marcado, en las pautas que le había enseñado la experiencia: en ese caso, la voz de Arresua sonaría tranquila y calmada, midiendo cada palabra y su efecto sobre los demás. Como si nada le faltase, ni le sobrase.

Miró a su alrededor antes de seguir hablando. Si se trataba de una reconstrucción de su cuarto, la pesadilla estaba haciendo un trabajo digno del Óscar. Parecía su cuarto, olía como su cuarto. Pero los directores artísticos de sus malos sueños ya habían destacado en ocasiones anteriores por su labor, por lo que seguía sin estar segura.

—¿Tiene un hermano? ¿Su hermano es el Adversario?

Fue lo que dijo Iñaki por todo saludo. Laura se dio prisa en volver a la realidad.

—Veo que has escuchado mi mensaje... Sí, eso es lo que ha averiguado Raquel, la detective que contraté. Además, ha encontrado, no me preguntes cómo, una multa de tráfico que lo conecta camino de casa de Cristina Zarauz la noche del incendio —contestó con la voz aún pastosa y amortiguada. Se tocó la mejilla. Todavía podía sentir la marca de las sábanas en ella.

—O sea, que pudo haberla matado él.

—Él no mata, Iñaki. No con sus propias manos, al menos. Pero sí, pudo darle el último empujón.

—Así que todo esto es por ti, tal y como pensábamos. ¿Cómo cojones no se te ocurrió que podía ser por ella? Nos podríamos haber ahorrado tiempo y cabronadas.

Laura puso los ojos en blanco. Se sabía la canción.

—¿Me estás echando la culpa otra vez? ¿Exactamente de qué?

—¿La culpa? ¿Tú de qué vas, de diosa? La cagaste de verdad con

esa chavala.

—Perdona, pero todo lo que averigüé sobre esa «chavala», como tú la llamas, olvidando, por cierto, que su nombre es Cristina Zarauz, quedó en la más estricta confidencialidad. Jamás dije a nadie la razón de las denuncias, aunque ella lo confesara…

—No, pero se lo dijiste a ella, ella sí lo sabía. Le pusiste el espejo en la cara, y al mirarse se rompió en mil pedazos.

—Sí, Iñaki, y lo que le mostré fue el espejo de la verdad. ¿Nunca has oído la historia? Dicen que los dioses regalaron a los hombres un espejo que mostraba la verdad si te reflejabas en él. La verdad absoluta, sin fisuras ni dudas. Como era una única pieza para todos y tenían que hacer largas colas, los humanos se impacientaron e iniciaron una guerra por poseerlo. Tan atroz fue la batalla que rompieron el espejo, y a cada hombre, mujer y niño le tocó uno de sus pedazos…

—¿Qué coño me quieres decir con eso?

—Pues que cada uno de nosotros tenemos nuestra propia verdad, y que a veces somos incapaces de soportarla cuando nos la muestran, o cuando nos damos cuenta de que nuestro pedazo no tiene cabida en el espejo.

—Sí, y Cristina Zarauz utilizó su trozo para abrirse las venas… Te guste o no te guste, mostrarle la «verdad» fue lo que la mató, y lo que ha jodido mi vida. Porque ese Zarauz y mi tío van de la mano, de eso estoy seguro. Y me he ganado un enemigo más por tu culpa.

Laura guardó silencio. ¿Tenía razón Iñaki? Aunque fuera cierto, y ella se resistía aún a aceptarlo, no podía concebir que el vasco fuera capaz de machacarla con tanta crueldad. Ella solo había cumplido su trabajo… Pero, ¿no era esa la excusa que ponían los verdugos? ¿Tendría que haber obrado de otra manera? ¿Tendría que haber rellenado simplemente el expediente convenciendo a aquella trabajadora confundida de que todo el caso iba a perjudicarla laboralmente?

Su manía de hacer las cosas bien, de indagar en la naturaleza humana y sacarla a flote, como su adorado detective londinense de ficción… Y, ¿por qué? ¿Por simple vanidad? ¿Porque necesitaba ser adulada?

Las dudas la ahogaban, las sentía dentro de su pecho. Se había arrepentido de muchas cosas, de muchos comportamientos a lo largo de su vida (Iñaki Arresua era uno de ellos), pero había archivado el tema de Cristina como un éxito profesional; incluso cuando supo de su suicidio consideró que la había… ayudado, que la había salvado. «Somos creadores de nuestros propios universos alternativos, nuestras realidades, formadas en un pedazo de espejo que no encaja con los demás», pensó Laura.

Rompió a llorar, intentando sentir los latidos del corazón de Iñaki al otro lado, ya que no esperaba palabras de consuelo. Se dio cuenta de que, en realidad, ya no esperaba nada de él. La había decepcionado en todos los sentidos posibles.

—No lo acepto —dijo por fin Laura, cuando logró calmarse—. No acepto que la reacción de una desequilibrada y su hermano el psicópata pongan en peligro la vida de inocentes. No lo acepto y no lo permitiré. Así que decide: ¿estás con nosotras —ese «nosotras» sentaba muy bien, porque de algún modo daba vida a Sara— o estás del otro lado?

—Estoy de mi lado —dijo Iñaki por fin, después de guardar silencio durante todo el llanto de Laura.

—Lo sé, no lo dudo. No creo que hayas querido a nadie, jamás.

Laura no podía saberlo, pero esas palabras tuvieron efecto en Iñaki. Fue un búmeran lanzado a ciegas, pero que había dado de lleno.

—Yo… —Iñaki intentó recordar la última vez que había sentido amor romántico. No pudo. Se obligó a considerar otra clase de amores: pensó en su familia, en sus difuntos padres… y en Beatriz Alsina. ¿Era también parte de su familia?

—El problema —lo interrumpió Laura, ajena a sus pensamientos, y con un rencor que pulsaba al ritmo de sus latidos— es que, por un azar, tus intereses ahora coinciden con los míos. Creo que somos las dos piezas de la misma caza mayor, por razones que aún desconocemos.

—Es cierto. Y la pregunta más importante es: ¿cómo el Adversario ha tenido acceso a todos tus expedientes, en apariencia confidenciales? Al de Cristina Zarauz, al de la señora Dolores, al

mío…

—Es un *hacker*, Iñaki.—Entonces, necesitamos otro *hacker* para combatirlo. Y yo tengo uno. Necesitamos una estrategia, reunir notas, comparar información. En un par de días estaremos en Valencia, en tu casa de allí, y unificaremos una estrategia para acabar con esto de una vez por todas y que cada uno siga con su vida.

—De acuerdo —aceptó Laura. Lo hizo, a su pesar y odiándose por ello, con un pequeño aleteo de su corazón ante la perspectiva de verle —. Y quizás nosotros también podamos hablar.

—Laura, yo no tengo nada que hablar contigo —espetó Iñaki, tomándose la revancha.

Y colgó.

Laura se quedó como una estatua congelada, mirando pasmada su reflejo oscuro en el teléfono. Su espejo de la verdad le devolvía una imagen negra.

SAN SEBASTIÁN

AGOSTO 2023

Aitor Zarauz Gascón se sentía dueño de un millón de vi das. Si es cierto que leer te permite vivir en multitud de pieles y pasar por multitud de experiencias, qué decir de él, que era un devorador compulsivo de libros y películas. Disfrutaba hablando de ellas en su blog y en su *podcast*, haciendo partícipes a los demás de lo que significaba ser testigo de una obra de arte cinematográfica. Y se consideraba bueno, muy bueno. Lo más importante, tanto en sus podcasts como en la palabra escrita, era dejar a sus lectores y oyentes con la necesidad de dejar de comer, de dejar de follar si era el caso…, para abalanzarse sobre la taquilla de un cine y comprar una entrada para la siguiente sesión. Por eso adoraba vivir en Donosti, una ciudad que hervía y cuyo vapor era cultura pura; cada esquina, cada movimiento, cada paso, cada pulso, era necesidad de vivir la cultura, de saborearla como si se fuera a acabar en algún momento: cada día era algo nuevo, algo por descubrir: el Dabadaba, los cines Príncipe, el Jazzaldia, el Dock of the Bay… Y, por supuesto, el Zinemaldia, el mítico Festival de San Sebastián. Aitor había estado en los principales festivales del mundo: Venecia, Berlín, Cannes… Incluso había sopesado, con los beneficios de sus otras actividades, más sencillas pero todavía más lucrativas, dar el salto y cruzar el charco hasta Toronto o Sundance. Pero nada era comparable a San Sebastián. Ya podía sentir en su piel la inminencia del certamen, mientras el Kursaal y toda la ciudad se engalanaba para recibirlo. En poco tiempo, las furgonetas de los canales de televisión comenzarían a congregarse alrededor del Hotel María Cristina, lugar donde se alojarían la mayoría de los talents y equipo artístico de las películas presentadas en el certamen. Al otro lado del río, un buen número de operarios se esforzaban por engalanar la fachada del Kursaal, el centro de convenciones en el que se encontraba la principal sala de exhibición del Festival, junto con el bellísimo Teatro Victoria Eugenia, los cines Príncipe y el Teatro Principal, muy cerca del mismo casco antiguo en el que se encontraba. Una de las razones del éxito del Festival era, sin duda, la implicación de Donosti en el acontecimiento, de manera que la urbe latía al mismo ritmo que el certamen, formando un ente unitario que llegaba al Peine de los Vientos, golpeado por el fiero mar.

A Aitor la inminente Semana Grande le traía sin cuidado. Pero esa mezcla entre *glamour* contenido y sostenible, con las estrellas y talents sin fiestas en yates ni exhibiciones playeras como pasaba en Francia…, la comodidad de no sentirse como una oveja en un matadero, como sí ocurría en los otros atestados festivales. En Donosti sentía tener el control y no ser un número más. Veía todas las películas que podía a lo largo del día, y escribía y hablaba sobre ellas para los distintos medios que lo habían acreditado; acudía a pocas ruedas de prensa: ninguna si eran de intérpretes, le bastaba las máscaras que exhibían en el celuloide, no necesitaba las sonrisas impostadas que mostraban ante la prensa y las cámaras. Sí que acudía a la de algunos realizadores si estos eran de su admiración o la película le había gustado lo suficiente como para intentar comprender su mirada, meterse en su mente.

Meterse en la mente de los demás: del guionista para adivinar el próximo giro, del realizador para entender ciertas decisiones de luminosidad o amplitud de cámara. Meterse en la mente de los demás para entenderla, para saber manipularla, para que pensaran o sintieran lo que él quería en cada momento. Como lo hacían esos artistas a los que tanto admiraba: Eco, Dickens, Scorsese, Haneke… Todos tenían en común su capacidad para influir en el ánimo y pensamiento de aquellos que se acercaban a su obra. Eran artistas. Igual que Aitor. Aitor había llegado a entender los procesos mentales de los demás, y a saber deconstruirlos y reconstruirlos a su antojo. Era su don.

Y lo había probado en numerosas ocasiones. Era algo natural, innato. No era una cuestión de estudios o de ser más o menos inteligente. Desde pequeño sabía cómo influir en los demás. Cómo manipular los sentimientos con un llanto, o con un mohín. Cómo convencer a los demás de que hicieran lo que él quisiera, sin tener que amenazarlos. Pese a sus escasas condiciones físicas, en parte por un proceso asmático que se había vuelto crónico —al único que no había sido capaz de convencer para que lo curara era al propio Todopoderoso, y por eso no creía en él—, había sido el más popular de su clase desde el parvulario, el príncipe entre princesas. Aunque las mujeres no le interesaran demasiado. Para eso, al menos hasta unos meses atrás, había tenido a su hermana, la única a la que había querido de verdad y a la que, sin embargo, no había podido convencer de que no valía la pena quitarse la vida por un mundo de gilipollas. ¿Por qué le había fallado su don cuando más lo necesitaba? Daba vueltas a esa cuestión siempre que estaba solo, en la oscuridad de su cuarto. Se lo preguntaba una y otra vez, y el espíritu de su hermana

Cristina, a la que veía silenciosa junto a su cama, también parecía preguntárselo. Quizás, su don solo funcionaba al servicio del mal, y nunca del bien. Nunca para salvar una vida, solo para quitarla.

«Así sea», pensaba en esos momentos de reflexión, reafirmándose en su cruzada contra Laura Olmos, la auténtica responsable de la muerte de su hermana, según le había probado Miss Danvers. Todo sin descuidar su auténtico trabajo, por supuesto. Aitor solo tenía veinte años, apenas cursaba segundo de Psicología, y sin embargo tenía una abultada cuenta corriente que solo gastaba en viajes, libros y películas. Al fin y al cabo, era el mejor empleado de una empresa muy singular y lucrativa.

Sonó su busca. Así se comunicaba la gerencia con él a la hora de encargarle una misión. Era clásico e irrastreable.

En la pantalla apareció un nombre y un número de teléfono. Fue al ordenador y entró en una web para solteros. Se sentía al hacer ese tipo de cosas como en un capítulo de *Misión: Imposible*. Como siempre, ahí estaba. En su chat privado con el perfil MissDanvers73. La mejor encriptación para que un mensaje no pudiera ser interceptado. Recibió el expediente médico de Beatriz Alsina, falsificado por manos expertas.

Era el momento de dar el siguiente golpe a la vida de Iñaki, tal y como deseaba la gerencia.

VALENCIA

Días más tarde, en el piso de Laura, se produjeron varios encuentros. El saludo frío entre ella e Iñaki; Raquel y Luis, que charlaban de cosas que solo ellos podían comprender, como los niños pequeños y el *crossfit*; Joseba, que repasaba con atención los expedientes mientras la señora Olmos le servía té chai con un poco de leche de soja.

—Joder, parecemos un grupo de cazavampiros —comentó Luis.

—¿Los de *La tumba de Drácula*, de la Marvel?

—*Carallo*, Raquel, eres de las mías.

Laura apartó de su mente el recuerdo de que Sara también era «de las suyas»; se fue un momento a la cocina e Iñaki aprovechó para seguirle los pasos. Hacía solo unos días que no se veían, y sin embargo la psicóloga, la valiente que se había encarado con el tipo más peligroso del bloque de celdas por un puto pañuelo, parecía un espectro dudoso con un pie en la tierra de los vivos y otro en la de los muertos. Iñaki se había percatado de que en su rizada cabellera rubia habían nacido mechones demasiado claros, que se acercaban al color de la nieve sucia. La estaban consumiendo, la estaban desgastando, e Iñaki se encendió con tranquilidad un cigarrillo mientras examinaba sus sentimientos hacia ella.

Ella, que hacía como que buscaba algo en un armario de la cocina, mientras que en realidad luchaba por que no le salieran las lágrimas. Era lo único que le debía de quedar dentro, porque por lo demás se sentía hueca. Quizás era eso; quizás sus órganos, su corazón, su estómago, se habían licuado y ahora solo eran agua salada. Eso explicaría muchas cosas: por ejemplo, que eso fuese lo único que sentía estando Iñaki tan cerca (tanto que podía sentir su mirada azul posada sobre ella, evaluándola, como si el dolor le hubiera aumentado los sentidos en vez de embotárselos). Porque también oía el ligero chasquido del encendedor, el roce del paquete de tabaco sobre su americana. Pero solo sentía pena y rabia, y una honda culpabilidad, tan profunda que no se atrevía a aventurarse en ella. Porque temía no

salir jamás.

«¿Quién psicoanaliza a la psicóloga?», se preguntó en ese momento. ¿El cabrón que tenía detrás? No, no lo creía. Había despertado de ese cuento de hadas, ese mito por el cual las chicas buenas conquistan a los chicos malos y los cambian a su antojo. Vampiros, caraduras, sadomasoquistas millonarios… No, eso solo pasa en las películas y en los libros más vendidos. Ella hubiera reñido con saña a una adolescente que se hubiera siquiera planteado una aventura amorosa así, y ahí estaba. Completamente sola.

—¿Y si nos dejamos de chorradas y nos comportamos como dos personas normales en una situación extraordinaria? Extraordinaria… de lo jodida que resulta, claro está.

Laura se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Ya le daba igual que Iñaki la viera llorar.

—Puede ser una buena idea —admitió—. No parece que podamos sacar otra cosa, ¿verdad?

—¿Y tú qué quieres sacar, Laura? ¿Follarme?

—No lo sé, y creo que tú tampoco.

—Eso es cierto. Pero parece que, cuando se trata de nosotros, el contexto es importante. Admito que me atraías en la cárcel, pero era un contexto distinto. Eras la única gallina de un corral lleno de pollos. Y tenías algo que hacía que te admirase. Pero ahora las cosas son diferentes.

—¿Sabes? Yo también te veo ahora bajo una luz distinta. Te atraía en aquel momento porque no tenías otro remedio, y yo tampoco estaba en una situación muy distinta en aquellos tiempos. Estaba tan sola como tú.

—Ya, pero la diferencia es que tú eras libre y tenías más elecciones —señaló Iñaki.

Laura se giró. Su mirada era como la de los gatos en la oscuridad.

—¿La tenía? —dijo ella—. Dices eso porque no tienes ni la más puta idea de cómo era mi vida en aquel momento. Tú tenías opciones de salir de la prisión. Yo no podía escapar de mi propia cárcel, y sigo

sin poder.

Iñaki guardó silencio en su siguiente bocanada de humo. Presentía que el alma de Laura era un jardín lleno de enredaderas que llenaban todos los rincones, ahogando cualquier atisbo de luz. Sabía lo que era eso. Quizás fuese cierto que eran más parecidos de lo que se atrevía a admitir.

Laura notó la vacilación en su mirada, pero estaba demasiado exhausta, demasiado rendida, como para aprovecharla. Tan solo preguntó:

—¿Y entonces, qué?

—Y entonces cazaron a los hijos de puta que estaban detrás de todas las desgracias de su vida.

—Eso me parece bien —dijo Laura mostrando un atisbo de sonrisa. Eso podía hacerlo, era algo que sí le apetecía de verdad. Hacerlos pagar por todo.

Volvieron al comedor, donde se seguían discutiendo los puntos a seguir. No podían confiar en la Benemérita. Los casos de suicidio estaban con la vía penal anegada, y no podían confiar en ningún juez ni mando por encima de ellos. Tampoco se diría nada al abogado Gregorio Rodríguez, pues le faltaría tiempo para romper su compromiso de confidencialidad con el cliente o su causa, y alertaría a los medios de comunicación solo para sentir el calor de los focos del plató. Quizás estaban equivocados con él, sugirió Raquel, pero decidieron que no podían correr el riesgo. No, estaban solos. Y Laura no pudo sino sentir admiración por aquellos guardias civiles presentes en aquella habitación, que miraban expedientes, recopilaban datos *hackeados* y se situaban al margen de la ley para resolver un caso en el que las víctimas eran desconocidas para ellos. El primo de Iñaki, con su actuar siempre recto que le había llevado a meter entre rejas a su pariente, y sus dos compañeros, Joseba y Luis, se la jugaban para hacer justicia a esas víctimas a las que todo el mundo había dado la espalda, despojándolas incluso de esa condición. Y sacando horas de sus interminables turnos y de la presión que suponía ser picoleto en una tierra hostil que los llamaba *txakurras*, en la que no eran queridos ni respetados. Muchas veces tampoco por sus propios superiores, que entendían la militarización y la jerarquía como una excusa para avasallar a sus subordinados. Laura era muy consciente de la tasa alta de suicidios en el cuerpo armado. Incluso había realizado un estudio

publicado en su día en una afamada revista de psicología y que le granjeó bastantes antipatías entre los mandos. En el informe cuestionaba el hecho de que los psicólogos asignados a los agentes de la Benemérita eran mandos jerárquicamente superiores a los pacientes que acudían a consulta. Eso entrañaba un gran riesgo desde el punto de vista de la práctica clínica. Era imprescindible la externalización, consideraba Laura, y así lo había dejado escrito negro sobre blanco. Pero ciertos mandos la habían atacado, llamándola aprovechada y acusándola de estar agitando el manzano para que la fruta cayera en su propio cesto. Se lo hicieron pasar mal en su momento. Su jefa se mantuvo en un muy discreto segundo plano en aquella polémica, y Laura encajó aquel golpe de su superiora, al igual que otros durante su relación profesional. Pero también le llegaron apoyos desde dentro del cuerpo, de los soldaditos de a pie, de las ollas a presión a punto de estallar. La mirada de reconocimiento de Joseba y su asentimiento lleno de respeto al saludarse le confirmaron que el experto en informática era uno de los que habían aplaudido su postura. El gesto la reconfortó; esos pequeños detalles que recibía aplazados cada cierto tiempo la iban compensando poco a poco por aquellos tiempos oscuros.

Y los suicidios de guardias civiles y policías se seguían sucediendo, aunque muchos se silenciaran.

—Bien, tenemos el lugar, y la oportunidad también —anunció Joseba—. Está en la lista de acreditados para el Festival de San Sebastián del mes que viene.

—Estás de coña —espetó Raquel—. ¿Sabes la de gente que va a estar ahí? ¿Cómo quieres que lo cojamos justo con todo ese movimiento de multitudes? Si te parece, para eso lo hubiéramos pillado en la Semana Grande.

—Precisamente el hecho de que haya tanta gente es un activo, pero lo más importante es que durante casi quince días vamos a saber dónde está en cada momento.

Joseba movió el ratón y abrió una nueva pestaña de su navegador. En la barra del buscador tecleó «El crepúsculo de los mortales», y tras un clic accedió a una página de inicio en la que se veía el gráfico animado de un hámster que daba vueltas a una moviola, en una carrera sin fin, hasta que un nuevo clic los llevó a un menú principal, en el que había pocas opciones más allá del verdadero tronco del blog: una muy surtida página de reseñas con películas de todas las épocas y

estilos: desde *Cadena perpetua*, a la que Aitor le había puesto unas previsibles cinco estrellas, hasta *Tu madre se ha comido a mi perro*, que había tenido la misma calificación por parte de Zarauz.

—Gustos variados, los del psicópata —observó Luis.

Joseba, sin hacer ningún comentario más, buscó las reseñas —se contaban mínimo tres por día— correspondientes a las fechas del último Zinemaldia.

—Siempre va a los pases de primera hora y a los de la noche, especialmente si es la primera proyección de la película.

—Joder, Joseba —se admiró el primo—. ¿Te has estudiado todo eso?

—Así es —asintió el aludido—, sé cuál es su patrón. Y sé —dijo mientras desplegaba el programa del festival en papel— que no se resistirá al pase exclusivo nocturno de la última película de Kore-eda, uno de sus realizadores favoritos. Es un pase especial en exclusiva, y primer visionado de la cinta. Será en el Kursaal y acabará de madrugada. Lo seguiremos, y lo atraparemos.

Laura se maravilló. Podía funcionar. El Adversario tenía un gran talón de Aquiles. No era famoso, pero gritaba su vida, o por lo menos una de sus facetas, a través de las redes sociales. Y estaba a punto de llegar la temporada de caza, justo el momento en el que podía estar menos atento, más aletargado. Joder, se permitió pensar que ya lo tenían…

—Bien, ¿cuándo lo haremos? —preguntó Luis.

—Ese pase está programado para la madrugada del jueves 21 de septiembre —señaló Laura mirando la pantalla. Todos grabaron a fuego esa fecha en sus cabezas. El cambio de estación marcaba el inicio de la temporada de caza para ellos.

Su móvil vibró. Se sobresaltó; solía ser portador de malas noticias. Era el número de su abogado. Pidió silencio a los presentes antes de contestar.

—¿Sí? —dijo Laura al descolgar. No quiso poner el manos libres para que no se notara que no estaba sola. Los demás la miraron, expectantes.

—¿Laura? —replicó el abogado—. Te llamo porque nos han notificado la fecha de inicio del juicio oral contra tu madre. Es evidente que se lo quieren sacar de encima cuanto antes... Será el 2 de octubre. Solo tenemos seis semanas para prepararnos.

***

Ya habían pasado muchas horas, Laura había perdido la cuenta del número exacto, pero sabía que se encontraba extenuada, cansada hasta el último poro de su piel. Como si ya no pudiera obligar más a su cerebro a seguir pensando, se levantó de la silla como un autómata mientras Luis, Iñaki y Raquel ultimaban los detalles de la emboscada. Estaban de acuerdo en que serían los dos primos los que actuarían, durante el regreso a casa de Aitor Zarauz tras la sesión de madrugada en el Kursaal; Luis sería el apoyo externo. Laura ya no los escuchaba, con su mente dividida que iba en dos direcciones contrapuestas, muriendo de preocupación por su madre, pero, especialmente, muriendo de preocupación por Sara. El peligro que corría su madre era grande, aunque lo que se jugaba era su libertad y su patrimonio. No era poco, pero Sara se estaba jugando, o podría haber perdido ya, nada menos que la vida. El veneno de la incertidumbre corría por sus venas junto con la nicotina, y la corroía como ácido de baterías. Salió al amplio balcón del piso y sorprendió a Joseba apoyado en la barandilla, mirando el cielo, que en ese momento estaba en su punto más oscuro, casi sin estrellas. Estuvo a punto de volver a entrar, pero una voz interior se lo reprochó. Necesitaba hablar con alguien de su loca historia, y a ser posible que tuviera un poco más de objetividad que Iñaki o Raquel. Se apoyó junto a Joseba y le ofreció una calada.

—Gracias —contestó el guardia civil mientras lo aceptaba y Laura se lo encendía—. Lo dejé en la academia.

—Yo también lo dejé, en la universidad —dijo Laura, y ambos rieron sin saber muy bien por qué.

—Hay algo que te obsesiona, ¿verdad? —quiso saber la psicóloga.

—¿Tanto se me nota?

—Es mi trabajo. Aunque tu mirada de melancolía perdida en el infinito también ayuda.

Joseba se giró hacia Laura y le mostró una sonrisa torcida.

—Me lo imagino. Sí, la verdad es que estoy bastante preocupado.

—Pues cuéntaselo a tu confesora, hijo mío.

—Es complicado.

—¿Y cuándo no? Venga, ¿te lo tengo que sacar con mis trucos o me lo vas a contar de una vez…? Necesito ejercer con los demás a la menor ocasión, es una adicción como la nicotina.

Joseba miró hacia abajo, se incorporó y la miró de frente. Laura no pudo evitar hacer lo mismo, con tan solo la mano que cogía el cigarrillo asomada al abismo de la calle.

—Entiendo lo que personalmente te estás jugando aquí, Laura. Con el tema de tu madre, Sara y lo del Adversario.

—¿Pero…?

—Pero creo que estamos rascando solo la superficie de todo este asunto.

Laura notaba que el cigarrillo se consumía y la ceniza caía al vacío, pero no volvió a llevárselo a sus labios, ocupados en preguntar:

—¿Qué quieres decir? Por favor, explícate.

Al hacer tal petición, Laura tuvo muy en cuenta que Joseba era el experto informático del grupo. A ella le daba la impresión de que este hecho, lejos de convertirlo en un ratón de biblioteca alejado de la acción, le daba una visión del panorama total mucho mayor que la del resto. Notó que se le disparaba el pulso, anticipando una revelación importante. Tanto que podía ser un agujero negro que los tragara a todos.

—¿Has oído hablar del juego de *La ballena azul*?

Laura asintió. Por supuesto que había oído hablar de él.

—Sí, un auténtico horror. Convencer a los adolescentes de que quitarse la vida es un juego de rol en el que vas pasando pruebas diarias hasta la prueba final, que no tiene vuelta atrás. ¿Crees que está

relacionado con los suicidios?

Joseba dio otra calada al pitillo, dando la impresión de que ordenaba sus pensamientos.

—Yo me he pasado un tiempo en la unidad de delitos informáticos, y el juego de La ballena azul está todavía bajo nuestro punto de mira pese a que se detuvo a su responsable en Rusia hace ya algunos años. Al final resultó tener un funcionamiento propio de un grupo sectario. Se abducía la voluntad de esos chavales mediante mecanismos de manipulación, igual que se hace en las sectas. En realidad, los métodos no distan mucho de los que utilizaba el reverendo Jones en Guyana, y otros gurús que llevaron a sus acólitos a suicidios colectivos.

—El aislamiento —señaló Laura—. Se aísla al sujeto y se lo convence de que los demás son sus enemigos: su familia, sus amigos…

—Y, por supuesto, también de sus enemigos de verdad: los que abusan de ellos en el colegio, los que no los valoran. Esa es la palanca que permite que esos grupos entren en sus vidas. El sentimiento de pertenencia es tal que no conciben la verdad fuera del núcleo del nuevo grupo. Aquí la diferencia es que la convivencia no se rompe, el crío sigue con sus padres, que a veces no notan nada hasta que es demasiado tarde. Todo eso gracias a las redes sociales: el que juega a *La ballena azul* está bajo la supervisión y consejo de un «cuidador» que le va guiando por las pruebas. Todo desde casa, por Skype o Zoom, sin que nadie sepa lo que ocurre tras la puerta del cuarto de su crío. La diferencia que nos intrigaba a los que nos fuimos metiendo en el tema era que los responsables de La ballena azul, aparte de parecer tentáculos sin tronco ni jerarquía entre ellos, no tenían una ganancia clara. No parecía que el juego tuviera un ánimo de lucro directo.

Laura sintió un aire frío que atravesó su piel hasta juguetear con sus huesos. La maldad humana la repugnaba.

—No sé decir si eso lo hace aún peor. ¿Es más asqueroso si el motivo es el dinero o si es la diversión?

—Para un psicópata siempre es diversión, o placer, o control —observó Joseba—. El dinero es un añadido extra. Pero aquí no había lucro monetario directo. No se les pedía ninguna clase de aportación dineraria, más allá de colaborar en el adoctrinamiento de otros miembros para seguir creando esa argamasa de pertenencia a algo bueno y superior. Yo estaba seguro de que alguien iba a ver un filón,

una oportunidad, en ese hueco que dejaba libre *La ballena azul.*

Laura comprendió. Estaba ante el absoluto horror que podía nacer en las entrañas de un ser humano, de un supuesto semejante. Y ese horror no tenía límites, y siempre podía evolucionar, ir más allá. Daba igual que la comprensión se agotase, que el alma se secara: siempre la maldad podía dar un paso más allá.

—Han aparecido imitadores, ¿verdad? Algún juego que emula a *La ballena azul*.

Joseba asintió. Apagó el cigarrillo aplastándolo contra la barandilla y arrojó la colilla al vacío. En otras circunstancias Laura lo hubiera reprendido. Ahora solo podía sostener la mirada del informático, esperando comprobar si su cordura podía ser aún más elástica de lo que pensaba. A cada nueva frase, a cada nueva revelación, le parecía estar menos anclada en su universo y estar perteneciendo a otro marcado por la brutalidad y la locura, como si los seres de Lovecraft ya hubieran despertado y estuvieran entre nosotros.

—Así es —confirmó Joseba—. Me tomé como algo personal el detectarlo antes que nadie. Me serví de programas de última generación como los que emplea Anonymous cuando quiere putear a los yihadistas, y barrí la red, principalmente la española, buscando perfiles de adolescentes donde se pudieran utilizar ciertas palabras clave. Al principio fue como enviar una señal al espacio sin confiar en la contestación, pero se empezaron a repetir ciertos patrones, y al final di con esos hijos de la gran puta.

—¿Y por qué no lo haces público?

—Porque, como todos en este pequeño club, actúo sin una puta orden judicial, porque ningún juez quiere gastar su tiempo en dictar órdenes solo por si acaso el policía nerd tiene razón. Así que, sin medios ni orden, estoy solo. Y por eso te lo cuento ahora a ti, para no estarlo tanto. Por eso y porque estoy seguro de que todo está conectado con lo que te está ocurriendo.

Laura sintió un vértigo que la obligó a aferrarse a la barandilla. No quiso mirar abajo, se obligó a fijarse en los ojos de Joseba. Este, de manera instintiva, la agarró del brazo y la acercó para sí. Notó que temblaba como gelatina en una tormenta. Se había quedado pálida.

—¿Estás bien? —le preguntó Joseba—. Quizás debería tener más

tacto para ciertas cosas... Tanto tiempo ante la pantalla no dota de muchas habilidades sociales.

Laura asintió, pero era la peor mentirosa del mundo.

—Sí, sí… Aunque necesito saber a qué te refieres. Me acabas de contar que puedo estar relacionada con un juego mortal para adolescentes en Internet. ¿Por qué dices eso?

Joseba la tenía agarrada, y no sabía muy bien qué hacer ni cómo comportarse, pues ella no hacía ademán de soltarse. Él no era precisamente un casanova, y no tenía claras las reglas en estos casos, ni lo que podía estar detrás de ciertas acciones. Como que ambos permanecieran allí, casi abrazados, en la madrugada contemplada desde un balcón, donde se hablaba de la muerte y la maldad. Lo archivó por el momento como «mujer afectada y superada por los acontecimientos que se agarra a lo que tiene más cerca» y prosiguió:

—Mira, en la economía hay ecosistemas, ¿vale? Hay una cadena alimenticia vertical, con depredadores y presas, con clientes, compradores y distribuidores. Con vendedores estrella, con fichajes rutilantes de ejecutivos enfocados a aumentar los beneficios. A veces incluso dos competidores o más colaboran para controlar un mercado. Eso es así en cualquier sector: bancos, seguros, textiles, grandes almacenes, productos químicos…

Laura comenzaba a ver el cuadro tras los bocetos que le pintaba Joseba. En ese esquema, el vendedor de la organización podría ser Aitor, un psicópata que se dedicaba a manipular la mente de personas vulnerables llevándolos al suicidio o a servirle como peones. La sinergia era perfecta. Claro que sí, era perfectamente posible, pero quedaba una pregunta:

—¿Cómo sabes que ese juego nació en España?

—No solo eso: el juego nació en Donosti —contestó con seguridad Joseba.

—¿Y cómo coño sabes eso?

Tras preguntarlo, Laura pareció tener mayor conciencia de la realidad y se separó sin brusquedad de Joseba. El guardia civil la dejó ir con cierta decepción.

—Conseguí llegar a la caché de la primera versión en pruebas. No es nada fácil, porque comprenderás que los servidores no están precisamente en el paseo de La Concha. Es como encontrar al paciente cero de una infección, ver los primeros movimientos de una pandemia como la que pasamos. Y sé que los primeros perfiles alcanzados eran de chavales de San Sebastián. A partir de ahí, se expandió. De forma selectiva, nada llamativa. Cada miembro pasaba a ciertos contactos la mecánica del juego. Una mecánica simple y eficaz: los cabrones utilizan fotos falsas de tías despampanantes en la red con cuero y látex, y muchos chavales con granos en la cara y sobrepeso se dejan embaucar por sus mensajes de «Eres un perdedor, demuéstrame que tienes huevos». Mensajes que les conminaban a pasar por pruebas de carácter masoquista para mostrar su valor ante las *dominatrix* virtuales y que los considerasen dignos. La última prueba se supone que es en un chat en directo con una tal Miss Danvers. No sé aún cómo se montan eso, nadie lo ha visto y lo ha podido contar.

Laura sintió que el líquido viscoso que se había ido formando a partir de la cena durante la conversación se tornaba en un engrudo que no la dejaba tragar saliva.

—La imparable ingeniería social del *marketing* más oscuro —observó con amargura. Se frotaba la cara con las manos por sentir algo real en aquella pesadilla, más que por cansancio.

—Así es. Se aprovechan de los impulsos masoquistas y suicidas de un adolescente que no valora ni su vida ni su integridad, y añadiendo la pulsión sexual propia de la edad, fabrican un cóctel irresistible.

—¿Y la parte del dinero? ¿Cómo sacan su podrido dinero, ese que se pueden meter por el culo?

Ahí estaba la Laura que le había comentado Iñaki. Era estremecedor ver los cambios en su rostro. Daba miedo, pero era atractivo. Por un instante comprendió la clase de emociones prefabricadas que sentían las víctimas de *La mazmorra de los indignos*, que era el nombre del juego; Eros y Thanatos se daban la mano y te ofrecían la otra para que formaras un trío con ellos. Y algunos se lo pensaban. Joseba contestó:

—Es muy fácil. En algunas de las pruebas piden transacciones, como en la *app* gratuita de un móvil que luego te saca los cuartos casi sin darte cuenta. En *bitcoins* irrastreables, claro. No mucho dinero, porque saben que los chavales tampoco lo tienen, pero si se expande

por Latinoamérica, que es lo que me temo, va a representar un filón para quienes estén detrás de todo esto.

Laura lo pensó un momento, y ante sus ojos desfilaron los titulares y noticias conocidos por cualquiera que abriese un periódico o consultase la red de forma habitual: trata de blancas, tráfico de órganos, películas *snuff*… Cualquier atisbo de dignidad, conciencia o decencia humanas no tienen lugar para ciertos especímenes cuando se trata de obtener un beneficio monetario.

Laura siempre había pensado que este tipo de gente solo operaba en países africanos o del Este. Pensar que los tenía tan cerca, que podían ser sus vecinos o que estuvieran detrás de Aitor Zarauz le producía arcadas; le hacía sentirse insegura de todo y de todos, como si la humanidad al completo fuese una manada de lobos con piel de cordero. Era *La invasión de los ultracuerpos*, en la que su única aliada había caído también víctima de la plaga. Ahora estaba sola, aunque esa conversación con Joseba le había abierto una ventana, le había mostrado una persona en la que quizás, solo quizás, podía confiar. Y eso, tras el fracaso de sus ilusiones con Iñaki, era algo que necesitaba con desesperación.

—Joseba…, ¿qué podemos hacer para acabar con ellos?

El informático sintió electricidad en la espina dorsal al darse cuenta de que Laura le había llamado por su nombre de pila por primera vez.

—Ahora tenemos la oportunidad… Si capturamos a su empleado estrella… quizás podamos tirar del hilo y acabar con ellos. Pero, además, yo tengo otro plan, uno para el que necesito tu ayuda.

Laura asintió, decidida.

—Pero tenemos que hacerlo rápido —advirtió Joseba—, antes de que muera más gente. Lo haremos el día de la emboscada a Aitor Zarauz. Si son parte de lo mismo, si esa tal Miss Danvers existe y es la cómplice de Zarauz, será el momento en el que la encontraremos más vulnerable.

—Cuenta conmigo.

Y la noche siguió cayendo sobre ellos, pesada y oscura.

***

Poco a poco, como si se tratara de una fiesta, los miembros del grupo de «Cazapsicópatas» (expresión que había acuñado Raquel con el aplauso de Luis) se fueron marchando a sus casas. Raquel con su familia, Luis al hotel, en la habitación que compartía con Ricardo. Ricardo quería quedarse a repasar algunos detalles, pero se convenció de que ya era suficiente: habían pasado la noche entera planeando y ya se frisaban las seis de la mañana. Intentó digerir la idea de que en una hora amanecería, y que en seis horas más tendrían que abandonar la habitación del hotel, y se marchó con su compañero de cama doble. La madre de Laura ya hacía rato que estaba profundamente dormida. Iñaki se encendió un cigarrillo y observó a la extraña pareja de Joseba y Laura hablar en el balcón. Joseba gesticulaba y ella lo mirada arrobada y con una expresión de horror en el rostro. El vasco se preguntó de qué podrían estar hablando. «¿Podría ser…?», pensó, y para su sorpresa, experimentó un aguijonazo de celos. ¿Tan contradictorio era? Se dio cuenta de que eran celos de posesión y dominio, de no saberse necesitado. «Así que es esto lo que se siente, ¿eh?», se dijo para sus adentros, acordándose de todas las veces en las que se había comportado como un pagafantas de adolescente, preguntándose por los extraños cambios de comportamiento de los objetos de su deseo cuando él se acercaba a otras mujeres. Él, que no alcanzaba a entender por qué las chicas que lo despreciaban parecían hacerle más caso cuando se alejaba de ellas, ahora comenzaba a comprender el fenómeno que tanto había abominado.

La mirada de Laura se clavó en la de él, alejándose unos instantes del contacto visual con Joseba, que seguía explicando y gesticulando. Se la sostuvo durante unos momentos, analizando el odio cerval que emitía, y cuyas olas le llegaban hasta donde se encontraba él. Eran ondas de rencor físicas y puras, que casi parecían llenar de tibieza la fría estancia. Al fin, con un leve asentimiento de cabeza, cogió su abrigo y enfiló la puerta de salida. Se quiso permitir tirar el cigarro al pasillo y pisarlo, pero se lo pensó mejor.

—¿Ocurre algo? —preguntó Joseba al percibir el cambio en el velo de los ojos de Laura. Se giró, pero ya solo pudo ver la espalda de Iñaki cerrando la puerta. No le sorprendió.

—¿Pasa algo entre vosotros dos?

Laura no contestó a la pregunta. Lo rodeó entre sus brazos y mordió los labios de Joseba como si fueran la última vianda sobre el planeta. Joseba no se lo esperaba, y contestó al claro mensaje con

timidez y torpeza. Laura sentía el despecho como un líquido caliente que provenía de su sur, y atravesaba como una lanza hacia el norte. Se sentía poderosa, dadora de vida y muerte, con un odio que traducía en arañazos en la espalda y en rupturas violentas. Se encaramó a Joseba, indicándole el lugar preciso donde, al igual que las rocas del Urumea, una fuerza imparable impulsada por el rencor iba a encontrarse con un objeto inamovible que intentaba disfrutar, sin plantearse demasiado lo que estaba ocurriendo.

***

Ahora Joseba dormía, dormía con esas vívidas pesadillas que se manifiestan cuando nos encontramos en la frontera difusa entre la vigilia y el sueño. Las imágenes eran las de siempre; las que se habían quedado agazapadas en su retina cuando comenzó a colaborar con el Grupo de Delitos Telemáticos de la Guardia Civil. Ese pequeño detalle no se lo había contado a Laura: Joseba no había comenzado a introducirse en la *Deep Web* siendo ya miembro del instituto armado, sino que su puesta de largo había sido en el otro lado de la red: Joseba era un *hacker*, un cerebrito antisocial que se metía en las webs gubernamentales mientras de su pared colgaba una máscara de Guy Fawkes (nombre que Joseba jamás había oído) cortesía del séptimo arte, y en particular de un dibujante llamado David Lloyd; un artista británico a quien aquel adolescente no sabía si Anonymous le pagaba derechos. Lo que sí sabía, o creía saber, en aquellos momentos, era que le gustaba ser un lobo solitario y tocacojones, pero a la vez sentirse parte de un grupo sin estructura ni jerarquía. Un grupo con un código de honor muy particular, que igual daba por el culo a los poderosos que jodía a los yihadistas bloqueando sus cuentas de captación de adeptos en redes sociales. Eran buenos tiempos, en los que Joseba, desde su base de operaciones, se consideraba invulnerable, intocable ante esos lentos de la Policía Nacional, o de los picoletos. Era imposible que gente que necesitaba permiso de la autoridad judicialincluso para limpiarse el culo pudiera localizarle. Había días en los que le entraba la paranoia, eso tenía que reconocerlo. Pero eran los menos. Pronto se le pasaba a base de cafeína, de malware y de IPs fantasma.

Hasta que un día de 2015, con su mayoría de edad recién estrenada, llamaron a su puerta. No fue de madrugada, ni entraron las fuerzas especiales con un ariete y punteros láser recorriendo la casa

como luciérnagas de luz roja. No, todo fue muy civilizado y educado: una llamada a la puerta a primerísima hora de la mañana, cuando solo los panaderos están levantados. Era un martes, igual que podría haber sido un jueves o un domingo. Joseba siguió tapado bajo el edredón, esperando que todo fuera una pesadilla. Arrebujado entre mantas pese a que el frío en realidad emanaba de su interior. Bajo sus ojos cerrados Joseba se imaginó a unos agentes de paisano que les enseñaban a sus padres una orden judicial de registro e incautación. En los cuatro o cinco minutos que transcurrieron desde la llamada hasta que los agentes entraron en su habitación, Joseba ni siquiera hizo ademán de destaparse, así que mucho menos corrió a activar el programa de borrado de archivos, ni a pegar martillazos al disco duro. Lo tenían cogido, sin importar lo que pudiera hacer ya a esas alturas. Toda su falsa seguridad se desmoronó, y él tenía la percepción de que toda esa burbuja que él pensaba que lo protegía solo había sido una ilusión, un constructo concebido por él, tan real como las muertes en el *Call of Duty*. Escuchó una carrera apresurada por las escaleras. Llamaban otra vez a la puerta con tres golpes secos. Se imaginó a su padre mudo, con los ojos muy abiertos, apretando con el puño la orden judicial; a su madre sollozando con esos pequeños gemidos que le servían igual para el éxtasis que para la pena, con sus manos alojadas en el rostro, como la representación del mono que no quiere ver lo que ocurre a su alrededor.

Por fin Joseba se levantó, y no se atrevió a mirar a los agentes cuando les abrió. Tan solo señaló hacia donde estaban todos los equipos y sistemas informáticos, como un fantasma que apunta con el dedo al lugar en el que reposan sus huesos. Solo vio sus espaldas, y sí, en efecto, iban de paisano, aunque con chalecos reflectantes en los que se podían leer las siglas UCO.

—¿Está todo aquí, chico?

—Sí —contestó una voz pastosa. Para Joseba eran seres sin rostro, como los adultos de *E.T., el extraterrestre*. Seres que no iban a tener ningún problema en violar su intimidad, en escrutar cada pedazo de su vida y descomponerlo, para luego hacer el mosaico que les conviniera.

—Espero que sea así —advirtió el otro sin intentar esconder su tono intimidante—. De todas formas, tenemos todo el tiempo del mundo.

Y lo tenían. Escudriñaron cada rincón, cada hueco, cada clave (que, por supuesto, Joseba tuvo que facilitar). Con cada chat de contactos o

página porno que visitaban de su historial, con cada foto de su escasa vida social, de sus torneos de Warhammer, con cada foro sobre juegos de rol, con cada archivo de Scrivener conteniendo sus dos libros de literatura *pulp* empezados y jamás terminados, con cada carpeta con las fotos y vídeos de contenido explícito descargados de Pornhub con su crackeo de usuario, Joseba se sentía menos y menos persona; como si la parcela de vida experimentada desde muchos años atrás, conte nida en aquellas unidades de memoria, hubiera sido tan solo el rodaje de una película, pensada para ser disfrutada únicamente por aquellos sujetos.

Era ridículo, injusto. Él jamás había introducido un malware en un sistema, ni había robado ni interceptado datos personales de nadie. Solo se metía en las webs gubernamentales y las trastocaba un poco, para divertirse y que espabilaran. Nada grave, un mensaje aquí y una foto cambiada allá. No era comparable a lo que estaba recibiendo él en castigo. Y encima por dos tipos desagradables que llevaban chaleco reflectante, como si fuera a haber tráfico de camiones en aquella pequeña habitación.

Joseba sentía la mirada de sus padres, apoyados en el umbral de la puerta; su nuca quemaba, los percibía detrás, escuchaba el sollozo de su madre. Pero tampoco se atrevía a girarse, como si estuviera atrapado entre dos mundos.

Ocho horas de registro, y los de los chalecos decidieron que ya era suficiente. Cuando se lo llevaron a declarar ante el juez después de leerle sus derechos, tampoco pudo distinguir sus rostros. Era como si sus rasgos estuvieran dibujados a lápiz y sobre ellos se hubiera derramado lejía. Había intentado volver a recomponer las facciones de aquellos agentes muchas veces en los años siguientes, pero no había sido capaz.

Lo llevaron a rastras al coche patrulla; fue el momento en el que sintió más miedo, el momento en el que supo que la vida tal y como la conocía podía haber acabado. Fue violentamente consciente de que el mundo virtual tenía consecuencias en el real; se sintió muy solo, dieciocho años de soledad cayeron a plomo en ese momento. Su aislamiento en el colegio, su falta de cariño en su propia casa, se hizo patente en aquel momento; cuando se giraba a sus padres, que observaban la escena no con desesperación por su hijo, sino con pura vergüenza de ser sus padres y, si acaso, con odio hacia los picoletos que lo detenían. Pero solo por eso, porque eran picoletos invasores y no *ertzainas*, gente de los suyos, los que le dieran su merecido a su

hijo.

Joseba no pudo distinguir la belleza de los parajes vascos mientras lo conducían al Palacio de Justicia, con los ojos hinchados y anegados por las lágrimas de rabia. Lo hicieron esperar en una estancia vacía, en la que solo había una amplia mesa y varias sillas, como si alguna vez hubiera servido de sala de reuniones, hasta aburrirse de ella. Tenía amplios ventanales que llegaban a la calle y que dotaban al espacio de luminosidad. Se fijó en un detalle casi anacrónico: un cenicero de cristal, macizo, con suciedad en el fondo que se había apegado a estar allí después de tanto uso, y a la que el tiempo no había logrado borrar. Así se imaginó que sería ese día para su recuerdo.

Pasaron minutos, quizá una hora. No lo supo con seguridad, ni sabía lo que debía esperar, salvo un juez o un abogado de oficio. Pero lo que entró por la puerta, una eternidad después, no parecía ninguna de las dos cosas.

Era un hombre calvo, nariz romana, labios finos y unos penetrantes ojos verdes. Hubiera sido un buen Lex Luthor para el cine, salvo por la suerte de mono de mecánico que llevaba. Puede que fuera uno de esos conjuntos deportivos de modernos, pero a Joseba le parecía un mono de mecánico, o la ropa de Michael Myers cuando cogía su cuchillo y se iba de caza por Haddonfield. No llevaba maletín, tan solo dos pequeñas carpetas azules, no muy abultadas.

—Joseba Eguren… —dijo por todo saludo.

Él asintió.

—No pongas esos ojos de cordero degollado. Has jugado y has perdido. Game Over, chaval.

La impotencia hizo que Joseba sintiera ganas de llorar.

—Nada de pucheros, ¿vale? Ya tienes dieciocho años, edad de votar… y de ir a la cárcel.

—No he hecho nada —se defendió Joseba—. Nada grave, quiero decir.

—Ya. Eso mismo alegan los que rompen el cristal de una vitrina para llevarse un pan para alimentar a sus hijos. Pero si es una puta

barra de pan de cincuenta céntimos, nos dicen… Y no veas la cara que ponen cuando se presentan cargos por robo con fuerza y les cae un marrón más gordo que al banquero que se ha embolsado cincuenta millones de euros. Pero chico, ya pueden llorar y patalear, que la ley es la ley, al menos para desgraciados como tú. Y chico, tú te has metido solito, te has metido en webs gubernamentales y las has retocado un poquito, ¿verdad? Nada grave, claro, tan solo unas líneas de código aquí y allá. Solo un grafiti, pero sin mancharte las manos. Tú solo, desde casa. Demostrando que eres más listo que tipos como yo.

—¿Quién es usted? —quiso saber Joseba. No le importaba ya el juez, ni que no estuviera allí su supuesto abogado de oficio. Pero quería conocer el nombre de su inquisidor.

—Soy el capitán Lastra, del Grupo de Delitos Telemáticos de la Guardia Civil.

Abrió la primera carpeta mientras hacía la presentación. Joseba pudo ver que estaba su expediente, incluyendo su foto.

—Joder, chico, esta no es tu primera hazaña —comentó—. Aunque es probable que sea la primera que sea delito. Pero has desarrollado un montón de apps y programas para entidades sin ánimo de lucro. Eres todo un altruista.

Joseba pudo entender cómo se sentían las víctimas de los *hackers*, con su intimidad despedazada y vuelta del revés. En efecto, desarrollaba programas de plataformas de pago para ONGs sin cobrar un euro, tan solo si la entidad le caía bien o simpatizaba con su causa. Pero lo hacía desde el más absoluto anonimato, o eso al menos pensaba él. Era evidente que en tal aspecto también se había engañado.

—¿También me van a acusar por eso? —dijo Joseba secándose una lágrima rebelde que surcaba su mejilla derecha. Intentó prometerse que no habría más.

Lastra negó con la cabeza.

—Vamos a hacer un intercambio de rehenes, chico.

Joseba enarcó las cejas y Lastra mostró una sonrisa sin dientes.

—Es una forma de hablar. Teniendo en cuenta que solo has metido la pezuña en webs gubernamentales y no en redes privadas, y dado que solo es una barra de pan, somos nosotros los que tenemos el poder de joderte o salvarte. He hablado con Delegación del Gobierno y ellos han hecho unas cuantas llamadas a la Fiscalía y a la Abogacía del Estado. Y… ¡*voilá*! Me han dado luz verde para ofrecer un trato a un geniecillo cabrón pero con buen corazón como tú.

—¿Qué trato? —preguntó Joseba, ya intrigado. Lo último que se le pasaba por la cabeza era colaborar con los picoletos. En su pueblo lo matarían. Pero luego pensó que los de su pueblo, los que se suponía que eran su gente, ya lo habían enterrado en vida.

—El mismo que le ofrecería el diablo a un ángel si lo pillara haciéndole una mala jugarreta. Si un ángel puede ser tan hijo de puta para alcanzar sus fines, Satán sin duda pensaría que merece un puesto en las huestes del infierno. —Tras una pausa, añadió—: Trabaja para nosotros, hazte de los nuestros. El Estado español te necesita, chico.

Lastra remató estas palabras señalándolo con el dedo, imitando al famoso cartel de reclutamiento del tío Sam. Joseba se había quedado completamente blanco.

—¿Quiere…? ¿Quiere que me haga guardia civil?

—Eso es, chico. Nosotros te haremos un hombre, te enseñaremos a disparar y a escalar un muro. En realidad, todas esas cosas me importan una mierda. Lo que necesito es un buen programador en mi unidad. Necesitamos más expertos en nuestro grupo. Contra los yihadistas y los pedófilos necesitamos gente que, además de buenos investigadores, puedan manejar más cosas que el buscador Google y el Word a nivel usuario.

Joseba se pasó la lengua por sus labios agrietados. Se toco la mejilla de manera instintiva; la notó caliente y no la reconoció como propia.

—Pero yo… Mi vida…

Lastra rio con ganas.

—¿Tu vida? ¿Despreciado por unos padres que no se preocupan por ti? ¿Repudiado por la gente de tu pueblo, que te ve como un raro? Y ya sabes cómo van estas cosas, incluso desde el abandono de las

armas… Solo por el hecho de estar aquí, hablando conmigo, y los dos sabemos que alguien lo va a filtrar, vas a estar marcado para siempre.

Sin saber por qué, Joseba se miró las manos. No estaban marcadas, no. Estaban impolutas, sin un solo callo o rasguño. Se dio cuenta de que en realidad no había trabajado en su puta vida, que no había dado un palo al agua. Quizás por eso sus padres le despreciaban: ellos se habían deslomado por darle un futuro y él no había levantado el culo de la silla en todos aquellos años bajo su techo. Ni estudiaba ni trabajaba, tan solo se había conformado con sus trapicheos. Intentó imaginar lo que debían de haber sentido ellos aquella mañana, y solo pudo suponer que… alivio.

—¿Cuál es el trato?

Joseba pudo captar una mal disimulada exhalación. Seguramente el tal Lastra no tenía tan clara su colaboración, o que hablara siquiera. No contaba con que el *hacker*, en el fondo, estaba hasta los cojones de su mierda de vida.

—Hazte guardia civil, pasa las pruebas y las oposiciones como uno más. De lo único que me ocuparé es de que tengas el privilegio de elegir destino. Pero, mientras, ya estarás colaborando conmigo de manera extraoficial.

Lastra remarcó sus palabras mostrando la segunda carpeta. En ella se podía leer «Proyecto Droz».

—¿Qué es Droz? —preguntó Joseba—. ¿Alguna localidad de Navarra?

Lastra volvió a reír con ganas, casi hasta las lágrimas. Joseba sintió que sus mejillas se volvían incandescentes.

—De verdad, creía que estas cosas solo pasaban en los programas de José Mota —dijo Lastra aún entre risas—. No. Mírate la Wikipedia, chico. Ya que no tienes otro maestro que Internet, al menos consúltala. Pierre Jaquet-Droz fue un creador de autómatas acojonante, seres mecánicos que imitaban el comportamiento real de pianistas, dibujantes y escritores hasta un punto en que los hacía casi indistinguibles de la realidad. Y de eso va el asunto, chico: queremos crear, en definitiva, un programa que atrape a la araña en su propia red, sin que ella se dé cuenta hasta que esté jodida más allá de toda salvación. O, dicho de otra forma, crear un entorno virtual para el

hacker, haciéndole pensar que está aún en su propio programa o aplicación mientras nos muestra su IP cifrada: verle bailar desnudo en lo que él creerá su dormitorio, cuando en realidad lo hará en la habitación de nuestro hotel, mientras lo grabamos.

Lastra pudo ver los ojos de Joseba brillar con el desafío. Erigir algo así… Casi escuchaba las ruedas de la cabeza del joven girar.

—¿Queréis crear un *Man-in-the-Middle* para *hackers*?

—Premio —afirmó Lastra.

Joseba ya había olvidado el agujero negro que había sido su día hasta ese momento. Los hackers habían utilizado el *Man- in-the-Middle* para engañar a multitud de titulares de cuentas corrientes, a través de un troyano que se introducía en el ordenador de la víctima, creando un entorno virtual gemelo al del banco; entorno que se activaba cuando el desdichado introducía en el navegador la url legítima de su entidad de crédito. Una vez allí, las claves solicitadas iban a parar al bolsillo del hacker. Era un plan ingenioso y dañino, y entraba dentro del código de justicia poética de Joseba el crear algo que les devolviese el golpe. Equilibrar un poco la balanza de esos listillos, por así decirlo. Gentuza que solo hackeaba para ganar dinero a costa de otros, y que necesitaban una lección.

—¿Dónde hay que firmar?

—Ese es mi chico. Pero recuerda: *un gran poder conlleva una gran responsabilidad*.

A Joseba se le escapó un respingo. A su pesar, no le podía caer del todo mal un madero que citaba a Stan Lee. Aunque no supiera que en realidad la intención del capitán Lastra era citar al verdadero artífice de la frase, Franklin Delano Roosevelt. Por suerte, la palabra *Excelsior* no llegó a escapar del cerco de sus dientes.

***

De vuelta al presente, Joseba pudo comprobar la tranquila respiración de Laura. Una mujer descansando, de nuevo en su forma humana después de haberse transformado en pantera. Se fijó en los arañazos de su antebrazo, que escocían, y no se hizo ninguna ilusión sobre un punto en particular: había sido utilizado, era un segundo

plato de una mujer resentida con quien creía que era su verdadero amor. Escuchó el ruido de cacharros de la cocina y miró su reloj. La oscuridad que reinaba resultaba engañosa, pues eran más de las doce del mediodía. Era probable que ese ruido de platos lo provocase la madre de Laura fregando la vajilla.

«Mi suegra», pensó con humor mientras levantaba las sábanas.

Laura notó el movimiento y se incorporó como un zombi, sin pronunciar ni una palabra, y se dirigió al baño.

No hacía falta que dijera nada.

Joseba se preguntó si le sería tan fácil resetear la experiencia como su disco duro. Más le valía, porque tenían un viaje que emprender juntos, y de que lo llevaran a buen término dependían muchas vidas.

SAN SEBASTIÁN

A finales del caluroso mes de agosto Beatriz cogió el autobús hasta la plaza Easo, en el barrio de Amara, donde se ubicaba la consulta del doctor Serna. El viaje le pareció un sueño, casi ni recordaba los detalles de las paradas, ni quién había entrado ni salido, ni mucho menos quién se había sentado a su lado. Al bajar, agarró con fuerza el bolso simplemente para saber si seguía estando allí, o si por el contrario alguien había aprovechado su estado de ensoñación para quitárselo sin que ella se diese cuenta. Sus pensamientos habían ido desbocados y sin control, pasando sin orden ni conexión aparente de lo más mundano y superfluo a lo más elevado y profundo. Era posible que, entre parada y parada, hubiera descubierto el sentido de la vida, pero si era así tampoco se acordaba. Ahora, mientras caminaba, se daba cuenta de que su dolor de cabeza había desaparecido, y ni siquiera podía determinar cuándo. Ya no estaba, eso era todo. Puede que el cuerpo humano no fuera tan distinto de esos coches que dejan de hacer ese ruido extraño en el motor justo cuando los llevas al mecánico. Mientras caminaba los doscientos metros escasos que separaban la parada del portal, se escaneó mentalmente intentando encontrar signos de enfermedad, pero no: se encontraba bien, mejor que desde hacía bastantes días. Pero, si la había llamado Serna, no era para hablar del tiempo o de los vaivenes económicos. Algo malo debía de pasar en su interior, aunque ella no lo escuchara en ese momento. Porque los enfermos, de alguna manera, siempre escuchan las voces de su dolencia. Otra cosa es que se nieguen a escucharla, o que estén tan acostumbrados a ella que se pierda en algún lugar entre los sonidos de la vida. A veces no se acuerdan ni siquiera del silencio de la salud, cuando todo funciona como un reloj y los estímulos vienen de fuera, y no de dentro. Así ocurrió con su madre, con su enfermedad incurable que la fue minando progresivamente, hasta que fue parte indisoluble de ella. Y entonces fue demasiado tarde, con un descenso de montaña rusa sostenido pero inevitable. Cada vez más doloroso, cada vez menos ella. La pérdida de la identidad de una enfermedad degenerativa demostraba lo sádico que podía ser nuestro cuerpo en muchas ocasiones. Nuestro cuerpo, nuestro hogar, se volvía en nuestra contra y se complacía torturándonos.

No, ella nunca se permitiría llegar hasta ese punto. Antes…

Pulsó el timbre, impidiendo que esos pensamientos terminaran por

tragarla.

Esperó el familiar zumbido durante unos segundos. Serna siempre abría sin preguntar, y eso le extrañaba a Beatriz, pues no veía que el portero automático tuviera cámara. Cuántos vendedores se debían de colar así, pensó Bea para sus adentros. Cualquier reflexión de ese nivel era un clavo al que aferrarse para sobrellevar unos instantes que tanto se alargaban. Por fin, el zumbido, y la puerta se abrió sin más aviso, de manera tan repentina que Bea, apoyada sobre ella, casi pierde el equilibrio. Subió las escaleras hasta el primer piso, y cada una pesaba más que la anterior. Se dio cuenta de que la puerta estaba entornada. La empujó ligeramente.

—¿Doctor Serna?

No hubo respuesta. Tras unos instantes de duda, decidió entrar. Caminó despacio por el largo corredor hasta la puerta del fondo, en la que recordaba que se encontraba el despacho de Serna; quizás la estaba esperando ahí. Tocó tímidamente con los nudillos. Nada. Volvió a hacerlo más fuerte, con una acidez en el estómago que ya no se relacionaba tanto con lo incierto del diagnóstico, sino con lo extraño de la situación.

—Adelante. Pasa, Beatriz, por favor.

Bea suspiró de momentáneo alivio y giró el pomo. Serna estaba sentado en su gran escritorio, con una penumbra solo rota por la escasa luz de un flexo. Repasaba unos documentos con radiografías que Bea supuso que eran los resultados de sus pruebas. En momentos así, una parte de las percepciones de Beatriz parecían distraerse en detalles en los que hasta entonces no había reparado, como el hecho de que no existieran fotos de familiares del médico en la consulta. Se preguntó si los tendría, o si era de los que separaban de manera tajante su vida personal y profesional.

Daba igual, ya no daba tiempo para más. El médico alzó la mirada y, antes de que abriera la boca, Beatriz ya tenía claros los derroteros de la conversación. Las piernas le flaquearon y cayó a plomo sobre el asiento que se le ofrecía.

—Hay algo malo, ¿verdad, doctor?

Un simple asentimiento acabó con el mundo de Bea.

—Beatriz, hemos recibido los análisis y los resultados del TAC cerebral. No era extraño que tuvieras esos dolores tan intensos. Lo extraño en realidad es que no fueran más fuertes, dada la extensión de lo que hemos encontrado.

Bea tragó saliva. El rostro del médico era profesional, pero la gravedad de sus facciones hacía que la luz jugara con los pliegues de sus mejillas, como si fuera la faz de un muñeco de cera demasiado expuesto a una vela.

—¿Han encontrado… un tumor?

—Así es. Y lo lamento, pero tiene muy mal pronóstico.

Fue incontrolable. Las lágrimas salieron de sus ojos como si hubieran estado apostadas tras ellos, esperando una orden, un motivo. Fue un llanto ruidoso que Beatriz agradeció pasar sin consuelo, pues el doctor Serna aguardó al otro lado del escritorio a que se calmara. Paciente, sin prisas, sin hacer ademán de tocarla ni, mucho menos, de abrazarla.

—¿Se puede hacer algo? ¿Es operable?

—No, en este estado ya no. La operación te dejaría, con toda probabilidad, como un vegetal el resto de tus días, dada la extensión del daño y la zona donde se encuentra. Te puedo recetar ciertos fármacos para aliviar el dolor, pero será más intenso y frecuente debido a que presionará progresivamente el…

—¡Basta! —gritó Beatriz. Cerró los ojos, intentando encontrar en su interior algo que pudiera calmarla. Solo pensó en su pequeña, y en los momentos que se perdería con ella. Y, sobre todo, pensaba en quién iba a vivir esos momentos con ella. Pensó en su hermana. Era la mejor candidata—. ¿Cuánto me queda? —preguntó, más calmada.

—Es difícil de saber… Es de evolución lenta. El problema es que, por cada milímetro que el mal gane durante ese tiempo, tu dolor empeorará y será más incapacitante.

—O sea, que… ¿será peor que ahora?

—Mucho peor… Siento decírtelo, pero en menos de un mes tendrás que estar sedada para poder soportarlo.

Beatriz se llevó las manos a la cabeza. No, no, eso sí que no lo permitiría. Odiaba el dolor, y si esto solo era un adelanto de lo que estaba por venir… Pensó de nuevo en su hija, condenada a ver el declive de su madre, al igual que le había sucedido antes a ella. Solo que su pequeña solo tenía cinco añitos. Quién sabía lo que podía afectarla, lo que podía suponer para su manera de afrontar la vida en un futuro ser testigo de un dolor así. Sin poder remediarlo, sin entenderlo siquiera.

—¿No hay nada que se pueda hacer entonces? —preguntó Bea en un tono de súplica, como si su neurólogo fuera un Dios con poder para lograr su salvación.

El doctor Serna abrió el cajón de su escritorio y sacó de él un par de frascos transparentes con pastillas alargadas y de un color amarillo pálido.

—Esto te puede ayudar a mitigar el dolor. Y si quieres, podemos solicitar tu ingreso en un hospital…

—¡No! —exclamó Bea como si le hubieran clavado una aguja candente—. Entonces perderé el control de mi vida, como…

«Como le ocurrió a mi madre».

Beatriz bajó la vista y el médico respetó su momento de silencio hasta que volvió a fijar la mirada en él. Una mirada que había cambiado, como si se pudiera distinguir en esos ojos todas las etapas del duelo dándose codazos para elegir una que se instalara de manera definitiva en su psique.

—Beatriz…, puede que exista una alternativa. Una opción que no todos defienden, pero en la que yo creo. Juré proteger al paciente y tratar de salvar su vida bajo cualquier concepto, pero cuando eso es imposible, algunos damos otra interpretación al juramento hipocrático.

Mientras decía esto, el doctor Serna se levantó de su silla y se dirigió a la pared justo detrás de él, donde colgaba una pequeña caja fuerte que a Beatriz nunca le había llamado la atención hasta ese momento. De nuevo los nimios detalles ahora competían por su atención: el olor metálico en el ambiente, la colonia del doctor, el zumbido del cargador del móvil. Era como si, tras la noticia, sus sentidos se hubieran expandido. Escuchó también los resortes de la

caja fuerte girar cuando el médico introdujo la combinación para abrirla. Cuando lo hizo, extrajo otro pequeño tarro, en el que solo habría cinco o seis píldoras, redondas y de color rubí. Podían haber pasado por valiosas gemas, y eso daría sentido a que las guardase ahí, pero a Bea le daba la impresión de que no se trataba de eso, precisamente. Todo le parecía tan surrealista que no perdía la esperanza de despertar de un sueño. Pero otra parte de ella sabía que no tendría tanta suerte, que lo que vivía era real.

El doctor Serna las puso junto a las otras píldoras que le había ofrecido para mitigar el dolor, dolor que en ese momento no sentía en absoluto.

—Puedes llamarlas «plan B» o «válvula de escape» si no puedes más y estás cansada de no sentirte una persona —le dijo el médico.

—Está… Está ofreciéndome medicamentos para quitarme la vida...

—Solo si así lo decides tú, dadas las circunstancias. Créeme, Beatriz: una enfermedad como la tuya, cuando avanza, te roba tu identidad. Ya no eres tú misma, solo queda un saco lleno de un insoportable dolor que no deja espacio a nada más. Solo te ofrezco una vía de escape si ya no puedes soportarlo. Considéralo si quieres una contraseña que abre la puerta de salida.

Beatriz no daba crédito a lo que escuchaba. Eso sobrepasaba cualquier barrera que separara la ética médica de la mala praxis, e incluso el delito. Jamás había escuchado que un médico hiciera esa proposición a una paciente. Pero pensó en su madre. Pensó en que ojalá se lo hubieran ofrecido a su progenitora para ahorrarle tanto dolor, en vez de mantenerla viva para hacerla sufrir y para perpetuar el sufrimiento de Bea y de su familia.

—Yo… Yo no puedo…

Pensó en su pequeña. En sus amigas. En Iñaki, su jefe.

—No puedo —dijo por fin—. Si me… suicido, mi pequeña no cobrará el seguro de vida.

El doctor Serna suspiró.

—Eso también se puede arreglar. Pero necesitarías cambiar de compañía de seguros.

Beatriz se sobresaltó. Tenía una mente estructurada que no concebía conculcar las normas. A esa parte de su cerebro, la estafa le resultaba más escandalosa que la idea de quitarse la vida.

—No, yo no…

—Tu hija cobrará el seguro, te lo prometo —le aseguró con firmeza el doctor Serna—. Nos ocuparemos de eso.

—¿«Nos»? ¿Quiénes sois vosotros? —preguntó con la voz quebrada.

—Gente que no acepta las limitaciones de la ley en casos como el tuyo, Beatriz.

Fue demasiado. Cogió el bolso y salió corriendo. Necesitaba aire, necesitaba escuchar a su pequeña. Necesitaba pensar mientras la cabeza le dejara hacerlo.

—Beatriz, si necesitas algo, tienes mi teléfono. Puedes llamarme día y noche…

La voz del galeno se alzaba a espaldas de Bea, que corría buscando la salida mientras las palabras del médico la perseguían como una ola a punto de arrastrarla.

Unos segundos después, el hombre que se hacía llamar doctor Serna, desde su despacho, escuchó el portazo de Bea al salir de la consulta. Bajó la vista y comprobó que los frascos de pastillas ya no estaban allí.

CASTELLÓN DE LA PLANA

JUEVES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 2023

—Estamos llegando, esa es La Salera.

La voz de Laura sacó a Joseba de sus pensamientos, que seguían enroscados en la psicóloga y en cómo comportarse con ella desde lo de su casa. No había sido la forma más agradable de hacer el amor, pero había ocurrido. Eso no podía quitárselo de encima de un manotazo, como en apariencia sí había hecho su compañera de viaje.

Ella parecía obviar la ocurrido sin problemas, como si aún le hubiera hecho un favor a él, o como mínimo un intercambio: ella le había dado lo que notaba que quería, y a la vez había aliviado su frustración. Pero Joseba no pensaba lo mismo, ni quería conformarse con ese papel. Intuía algo bueno y noble en Laura debajo de ese comportamiento tan destructivo. Además, admiraba su valentía, sin olvidar ese cuerpo tan bien proporcionado y esas piernas que le habían quitado el aire de la manera más literal posible.

El vasco no se resignaba, pero tampoco se atrevía a sacar el tema sin más. No cuando eso podía dar al traste con su plan. No podía ser que niños inocentes pagaran por lo que podía ser un calentón. Era una conversación que tendría que darse, pero durante el viaje de vuelta, no en el de ida.

Cuando terminaran lo que habían venido a hacer a Castellón de la Plana, cuando encontraran pruebas que les permitieran desmantelar *La mazmorra de los indignos*, y, si todo iba según lo previsto aquel veintitrés de septiembre, detener a Aitor Zarauz.

Las amplias avenidas sin apenas tráfico de la capital de la Plana lo recibieron en un jueves aletargado, en el que solo la fila de coches que hacían cola para entrar en el parking del único centro comercial de la ciudad separaban a la localidad de parecer una urbe postapocalíptica. Aparcaron frente a un alto bloque de viviendas situado muy cerca del conglomerado de compras y restauración. A Joseba le hizo gracia el nombre del bar situado a los pies del edificio: Bogart. En la terraza,

unos cuantos parroquianos —algunos no eran precisamente nacidos en Castellón— apuraban sus cervezas mientras pegaban caladas compulsivas a sus cigarrillos.

—Vale, repítemelo otra vez —pidió Laura.

Joseba sonrió, sabía que era toda una historia. Sin quererlo, tomó aire antes de empezar a hablar.

—Ya comentamos lo de la página web que induce al suicidio a sus usuarios a través de diversas pruebas que tienen que superar hasta la meta final, que no es otra que quitarse la vida. Nada de países del Este con parajes sacados de una peli de terror y palurdos asesinos en los bosques. En nuestra misma España. Para recabar pruebas y demostrar que no era una leyenda urbana, puse anuncios en grupos de Facebook con el fin de que alguna madre preocupada me diera alguna pista; indicios de que alguno de sus hijos estuviera pasando por ese trance: mucho tiempo en Internet, insomnio, secretismo, marcas en muñecas o brazos… *La mazmorra de los indignos* lleva su propia firma en las pruebas que diseña, aparte de la *dominatrix* con tetas, por lo que veía factible el poder hallar alguna futura víctima que mostrase esos signos.

—Y esa víctima está aquí… —dijo Laura señalando la finca que se alzaba sobre ellos.

Joseba asintió.

—Así es. Esta era mi razón principal para acompañar a mis colegas en el viajecito al Levante español en el que… nos hemos encontrado. Me uní a ellos, además de por conocerlos de la academia, porque como te conté yo también investigaba una trama de suicidios inducidos. Pensé que podían estar relacionadas…, y al conocerte a ti ya estuve seguro por completo.

—Pero… ¿vas a presentarte ahí, a la madre de ese chico, al chaval…? ¿Qué esperas sacar?

Joseba se lo pensó un momento antes de responder:

—Tú eres la clave, ¿no te das cuenta? Y mientras Iñaki y los demás se encargan de Aitor Zarauz, nosotros podemos golpearles por otro flanco…, hoy mismo. Hoy mismo puedo averiguar dónde está el origen de la infección, desenmascarando su dirección IP y su base de

operaciones.

—¿Cómo? ¿Crees que vas a convencer a ese chico para que confíe en ti más que en esos hijos de perra que le han lavado el cerebro durante meses? ¿Crees que no se va a cerrar en banda?

—Estoy seguro de que va a ser así. Esa es, precisamente, la razón de que estés aquí. A la madre ya la tengo convencida, pero es imprescindible que sea él quien aparezca en la pantalla mientras rastreo el otro lado de la conexión. Necesito que el chico haga un papel digno de Óscar de Hollywood mientras ejecuto el programa remoto. Ahí es donde me toca introducirme a mí. Tú vas a entrar en la mente, en las tripas del chaval, para que yo pueda entrar en el sistema informático de aquellos que están devorándolo.

***

La madre de Julián les abrió la puerta a la segunda llamada de timbre. Laura no estaba muy segura de si la esperaba a ella, pero el rostro del otro lado del umbral no pareció sorprenderse en exceso al verla. Laura intentó mostrar una tímida sonrisa, que no sabría decir si fue correspondida por los labios cortados de la dueña de la casa. Tenía el pelo recogido en una coleta, pero cabello rubio también caía a mechones sobre una frente amplia, debajo de la cual unos grandes ojos, negros como soles apagados, parecían tener un millón de años. Laura era rápida juzgando, y le dio la impresión de que aquella mujer había vivido muchas vidas en una sola. Era delgada y menuda, de movimientos rápidos y ágiles. Observó unas manos gastadas, y dedujo que o bien trabajaba de limpiadora o bien de camarera. Los hizo pasar y se sentaron en un cómodo sofá que alguna vez debió de ser blanco. De hecho, los muebles del comedor también parecían víctimas de los despiadados rayos de sol que entraban por la ventana cuando las nubes se lo permitían. Su color, acaso marrón en origen, parecía ya verdoso, y el ambientador recién estrenado que se captaba incluso a la salida del ascensor y que ahora lo gobernaba todo no disimulaba, con su olor a jabón de Marsella, que la limpieza no era todo lo cuidadosa que debería ser.

Joseba se puso su maletín sobre las rodillas; era grande y pesado, y debía de contener su portátil y solo Dios sabía qué otros aparatos. Laura se sentó a su lado, y la madre de Julián, que aún no tenía nombre a esas alturas, se sentó en el borde de una butaca frente a ellos y se encendió un cigarrillo. No hizo ademán de abrir las

ventanas. Laura la miró con una sonrisa no muy amplia, y lo que recibió fue un gesto seco y tembloroso, pero los ojos negros le sostuvieron la mirada. Joseba carraspeó con incomodidad.

—Sheila, esta es Laura Olmos. Es psicóloga clínica, y creo que sería conveniente que Julián tuviera una charla con ella.

«Psicóloga clínica que jamás ha tratado a menores», pensó Laura durante la presentación de Joseba. Extendió la mano y Sheila le correspondió, estrechándola. Fue rápido como un parpadeo, y Sheila se guardó la mano en el bolsillo de la chaqueta deportiva que llevaba, como si se tratara de un tesoro.

—Encantada, Sheila. Joseba y yo esperamos poder ayudar a tu hijo.

—¿Es usted también de la policía? —preguntó la mujer con un deje de suspicacia. Laura no quiso mirar al guardia civil para que no se notara que no tenía ni idea de cuál era la respuesta más conveniente. Decidió que la más cercana a la verdad con una capa fina de mentiras por encima sería la más aceptable.

—Digamos que a veces colaboro con la justicia, pero hoy estoy aquí de manera extraoficial, si les parece bien a usted y a su…

Laura se quedó en silencio. No había ni una solo foto familiar en aquel salón.

—No, no estoy casada, como bien supone… —dijo Sheila casi leyendo sus pensamientos—. Nos dejó al poco de nacer Julián, y él ha crecido sin una figura paterna y con un montón de problemas… ¿De verdad cree que puede ayudarle?

«Otra familia rota», pensó Laura antes de contestar:

—Le aseguro que lo voy a intentar. A él y a muchos que puedan estar en la misma situación que él.

Sheila rompió a llorar. Laura reaccionó con rapidez y la abrazó, dándole su hombro para que apoyara la cabeza. Vio cómo la ceniza, y luego el mismo cigarrillo, caían al suelo del salón.

—Mi niño, mi pequeño… Mi pequeño quiere morir. ¡Morir!

Los sollozos se convirtieron en ahogados gemidos que se perdieron

por las habitaciones de aquel hogar despedazado.

Sheila pareció tranquilizarse un poco, quizás al pensar que su hijo podía estar escuchándolos:

—Lo he convencido para que hable con Joseba, de usted no sabía nada —dijo la mujer, casi excusándose.

—No se preocupe —contestó Laura con firmeza—. Háble me de Julián.

—Mi hijo… Mi hijo es muy reservado. Nunca me cuenta nada. Tampoco tiene moratones, ni golpes. No, no es nada físico lo que le hacen sus compañeros; para empezar, es un vacío absoluto. No hablan con él, lo excluyen de sus juegos y de sus conversaciones. Es un fantasma… Lo era hasta que deciden dibujar una cruel caricatura en la pizarra, como una especie de luna con un ojo y un diente, que dicen que se parece a su perfil. Cuchichean a sus espaldas y lo insultan… No tiene ningún amigo.

»Su único aliciente es llegar a casa por la tarde, comprar una botella de Coca-Cola de dos litros en el bar de abajo y ponerse a chatear con el ordenador… Apenas me habla a mí tampoco, ni a su abuela, a quien a veces creo que odia. No sé ni a la hora a la que se duerme, pero por la mañana casi que tengo que llamar a los GEO para que se levante; claro, para él tiene que ser muy duro, otro día más de su calvario. Julián es muy inteligente, de acuerdo con los informes psicológicos del instituto su coeficiente ronda los ciento veinte; pero sin motivación alguna para estudiar, ha repetido dos cursos seguidos dos veces.

Laura se dio cuenta de que, una vez más, se repetía el patrón: aquellos que manejaban al Adversario, y con quienes compartía fines y métodos, se cebaban con una víctima vulnerable, a la que se le aseguraba que la única escapatoria posible a la trampa que era su vida era entregarse a la muerte; al igual que la única manera de escapar de una pesadilla es despertar.

«Dios mío… Y además, si es un sueño lúcido, la forma de despertar es suicidándote de manera simbólica en el mundo onírico, creando un vacío y arrojándote a él», se le ocurrió a Laura. Apostaba a que ese ejemplo lo utilizaban los inductores contra los que ella estaba peleando.

—¿Cómo se dio cuenta de lo que le estaban haciendo a su hijo?

—Me lo dijo él —contestó Sheila, bajando la mirada.

—¿Se lo dijo él? —se sorprendió Laura—. Eso no es muy habitual en estos casos, e indica mucho y muy bueno acerca de Julián.

Sheila cabeceó de manera casi compulsiva. Laura distinguió a la perfección la culpabilidad de una madre que no había sido capaz de ser consciente de lo que ocurría, que quizás, de no ser por la confesión del chico, seguramente se hubiera dado cuenta demasiado tarde…

—Sí. Yo había notado cosas raras, como que nunca me dejaba verlo sin camiseta. Luego supe que era por los latigazos que se había infringido a sí mismo con una goma elástica y que le habían dejado morados en la espalda. También me extrañó otro día, que estuvo encerrado mucho tiempo en el baño. Oía correr el agua y debía de estar muy caliente, porque el vapor salía hasta por debajo de la puerta. Llamé, le pregunté si estaba bien y me contestó que sí. Estuve a punto de entrar de todas formas, pero llegaba tarde al trabajo…

Laura temió que Sheila se fuera a derrumbar de nuevo y se preparó para ello, pero finalmente la mujer se recompuso.

—Seguramente era otra prueba —dijo la camarera ante el asentimiento de Laura—. A saber cómo salió de allí, pero aun así tampoco deduje nada. No sé qué hubiera pasado si mi hermana no hubiera tenido a la chiquilla.

—Cuénteme… ¿En qué cree usted que eso afectó a su hijo?

—Sin duda fue para bien, para muy bien. La psicóloga es usted —aseveró Sheila encogiéndose de hombros—, pero algo se movió en el interior de Julián cuando nació Daniela, mi sobrina. Es una niña preciosa, muy buena, con mucho pelo rizado. — Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la madre de Julián, esa clase de sonrisa que brilla más por no estar tan gastada—. Apenas llora y es muy cariñosa, y atrapó el corazón de mi hijo. Pasaron dos meses en los que yo creo que él no se conectó en ningún momento al juego, según me contó.

Sheila pronunció la palabra «juego» como si sus sílabas fueran de esparto.

—Un día volvíamos en el coche de visitar a mi hermana. Julián se

había pasado un buen rato jugando con Daniela, «hablando» con ella, como siempre hacía. Quizás le juró que su primo siempre la protegería, no lo sé…

La mujer apagó el cigarrillo; le costaba hablar, la emoción era como un globo que pedía sitio, apelmazando sus palabras y expulsando una lágrima que corrió por su mejilla.

—En ese momento dijo que quería hablar conmigo —continuó narrando cuando pudo reunir saliva suficiente—. Y me lo contó todo: el juego, las pruebas, el «gemelo»…

Laura miró con cara de no comprender.

—El gemelo era alguien al que el juego emparejó con Julián para que se escuchasen, se apoyaran y se aconsejaran mutuamente mientras pasaban las pruebas, hasta…

Fue incapaz de decir nada más. Laura le cogió la mano.

—Todo eso ha terminado, Sheila, por eso estamos aquí. No sé hasta qué punto las autoridades hubieran podido ayudarla, o si se hubiera encontrado con un caballo con pies de barro como me he encontrado yo cuando los he necesitado, pero hoy vamos a terminar con aquellos que han querido acabar con la vida de su hijo.

Joseba, que había permanecido callado toda la conversación, se sintió culpable al escuchar a Laura. No sabía si podrían mantener esa promesa, y tampoco si el extremo rechazo de Laura hacia las autoridades estaba justificado, o, si por el contrario, hacía más mal que bien. Y él era un policía que estaba ayudándola a mantenerse fuera de los canales oficiales; y también podía poner en peligro a una víctima, todo para que ella se cobrara una venganza personal. No sabía qué precio podría tener todo aquello, y si podría vivir consigo mismo después de pagarlo.

—¿Puedo hablar con Julián? —solicitó Laura.

Sheila se puso en guardia, en el estado de alarma de una madre que detecta un peligro para su pequeño.

—¿De qué quiere hablar con él? Le he dicho que él esperaba a Joseba —dijo Sheila señalando con la barbilla al policía.

Laura miró a Joseba sin soltar la mano de Sheila. La mirada decía: «es tu turno».

—Quiero hacerme pasar por su hijo —anunció el guardia civil—. Estoy seguro de que la persona que chatea con él no es otro jugador, sino alguien que conocemos como el «Adversario», y que la que pone las pruebas a Julián, una voz femenina que chatea con él mientras le muestra imágenes sexuales y de sadomasoquismo, es su cómplice, una mujer a la que solo conocemos como Miss Danvers. Creemos que son ellos dos los que están detrás de ese juego, y de una cadena de suicidios inducidos. La idea es tenderles una trampa con un programa informático de mi invención, detectar el origen de la conexión y recabar pruebas sin que ellos lo sepan para conseguir una orden que pueda ponerlos a disposición judical.

—No le va a ser fácil —advirtió Sheila con un suspiro resignado y cansado—. Para él, su gemelo es un amigo, un confidente, y no lo va a traicionar así como así. Es una de las razones por las que no he avisado a las autoridades y he recurrido a usted. Julián se negaba a que yo interpusiera una denuncia para no perjudicarle…

—Deje eso de mi cuenta —dijo Laura con solemnidad. A Joseba le pareció que estaba haciendo demasiadas promesas. Oyeron el ruido de la puerta, y al girarse pudieron ver al pequeño Julián en el umbral.

—He oído toda la conversación. ¿Cuándo lo hacemos?

***

Lo que Laura recordaría después de Julián, en su primera impresión, era que se trataba de un adulto atrapado en el cuerpo de un niño que no se gustaba a sí mismo. Al entrar en su habitación y sentarse en una silla después de que el chaval apartara unos tebeos, pudo observar que, junto a los *posters* de grupos de música y superhéroes, había láminas dibujadas con carboncillo y tinta negra. A Julián le gustaba dibujar, y era bueno en ello. Se fijó en especial en el dibujo de un águila, de gran y majestuosa cabeza, unida a unas amplias alas, pero con un cuerpo desproporcionadamente pequeño. Lo mismo ocurría con los otros dibujos. Muy detallados, pero con cierta desproporción entre cabeza y torso.

«Eso podría tener que ver con la forma en la que se ve a sí mismo. Orgulloso de su mente, de su cabeza, y con desapego por su cuerpo.

Además de con muchas ganas de volar».

Se reprochó el haber llegado a esa conclusión tan rápido. Nada de etiquetas, como había hecho con Cristina Zarauz. No le agradaban a Laura los psicólogos que creaban conjeturas y apriorismos con el paciente, llevados solo por una firma, un rasgo, un lenguaje no verbal. Ese juego de deducción, no tan distinto a los que le gustaban a ella como pasatiempo, podía llevar a querer saber más del paciente sin conocerlo antes; sin hablar con él con calma, con tranquilidad, dejando que se expresara con total libertad.

Más aún cuando se trataba de un paciente con ideas suicidas, aunque no las hubiera llevado a cabo.

De hecho, era el primer paciente con ideas suicidas que había tenido, al menos el primero en el que ella lo había sabido de antemano antes de tratarlo. Era paradójico que dos de las personas a las que había tratado (por no contar los dos inculpados de los que solo había hecho el informe pericial) se hubieran quitado la vida, porque ella jamás aceptaba ese tipo de consultas. La paradoja la resolvían los hechos y trabajos del Adversario y de Miss Danvers, por supuesto. Porque ella, por lo demás, tenía demasiado miedo a que, por su culpa, por acción o por no saber evitarlo, alguno de los que estuvieran a su cargo terminara por quitarse de en medio. Bien se preocupó de estudiar los expedientes de todos ellos —aunque una voz en su interior le recordó que con Cristina Zarauz no había podido hacer esa consideración, porque no se había tratado de una terapia, sino de una mediación—, incluyendo sus «niños enjaulados», los de la terapia de prisión, para asegurarse de que no corría ese riesgo. Y, a la menor señal de alarma, lo había derivado a otros profesionales, o incluso a hospitalización, de inmediato. Ante cualquier duda. Ante la más mínima. Conocía a varios colegas, incluyendo algún psiquiatra de renombre, que por no abstenerse, por querer hacerse los héroes y salvadores, habían tirado demasiado del hilo, hasta que este se había cortado con la ayuda de una cuerda, una lata de gasolina o un frasco de pastillas. Algunos, y eso era lo más terrible, habían retado al paciente, seguros de que no iba a cumplir su promesa. Perdían una apuesta en la que ellos no se jugaban nada, solo el orgullo profesional; una apuesta en la que la banca con guadaña siempre ganaba.

Sin embargo, allí estaba, con un niño con tendencias suicidas en apariencia superadas, cuando ella nunca había tratado ni a menores ni a pacientes con esas tendencias, al menos conscientemente.

Se sentía caminando sobre una fina capa de hielo, aunque procuraba consolarse pensando que, al menos, era conocedora de dónde estaba pisando. No solo le tocaba intentar saber si de verdad el chaval había superado esa crisis, si era cierto que la necesidad de cuidar una vida había dado justificación a su propia existencia y era ahora más importante que la sensación de pertenencia a un grupo que lo comprendía y le daba objetivos que cumplir —aunque el objetivo último fuera ponerle fin a su existencia y robar a su madre—, sino que tenía que ganarse su confianza de tal modo que sirviera para sustituir a Zarauz o Miss Danvers como figura guía. Abandonar a ese otro mentor. No, no solo abandonarlo, sino hacerle partícipe de su destrucción, después de traicionarlo.

«Allá vamos».

—Hola, Julián. No voy a tratarte como a un tonto, ni como a un hombre invisible que no escuchaba una conversación de su madre con unos extraños que además le afectaba. Sabes por qué ella nos ha llamado a mi amigo Joseba y a mí, ¿verdad?

—Sí, lo sé —respondió el chico. Tenía un timbre peculiar, pero vocalizaba cada palabra con seguridad. Laura supuso que se encontraba más cómodo entre adultos que con personas de su edad.

—¿Has pensado en quitarte la vida?

Laura agradeció que no estuviera allí la madre. Se hubiera escandalizado con una pregunta tan franca como esa. Normalmente los padres rechazaban verdades incómodas que pensaban ponían en duda su pericia como tales; preferían eufemismos que no llegaban a ningún sitio, y que retrasaban las soluciones al problema. Eso pasaba igual tanto en niños como Julián como en los jóvenes adultos que Laura sí había tratado; si el tiempo era importante en cualquier tratamiento, no perderlo en una crisis suicida era, nunca mejor dicho, absolutamente vital.

—Sí, lo había pensado.

—¿Ya sabías cómo?

—No, eso no me lo habían dicho todavía. Aún me faltaban pruebas por superar.

Laura suspiró de alivio, de forma tan discreta como procuraba que

transcurriera la conversación, lejos de Sheila y de Joseba. «Faltaban». Ese uso del pasado era una buena señal.

—¿Consideras que no las superaste? ¿Te consideras un fracasado por ello?

Julián pareció pensarse la respuesta.

—No. Solo cambié de opinión. Ya no las quería superar. Ya no me quería ir.

—Entiendo. Me alegro de que tomaras esa decisión. ¿Qué te hizo cambiar de idea?

La primera sonrisa de Julián apareció en su rostro. Era una sonrisa abierta, que no le daba importancia a mostrar sus dientes doblados.

—Mi primita, Daniela.

Laura acompañó su sonrisa.

—La quieres mucho, ¿verdad? Asentimiento.

—Sí. No tiene hermanitos, necesita a alguien que la proteja— respondió Julián.

—Claro que sí. Tu madre también. Y te va a necesitar más gente en el futuro.

Julián asintió muy despacio. Laura tuvo la certeza de que él ya había intentado convencerse de eso. Podía ser que, en un momento dado, el propio chaval fuera su mejor terapeuta. Tan solo necesitaba una razón para vivir. Algo que lo sacara de una crisis suicida de largo recorrido. De repente, tuvo una revelación: la única debilidad de juegos como *La ballena azul*, *Jonathan Galindo* o *La mazmorra de los indignos* era que aunque en algunos casos se convertían en el catalizador de las crisis suicidas, de alguna manera también alargaba sus etapas.

La necesidad de seguir las pruebas era un antídoto, en ciertos casos, a una decisión repentina, a veces incluso de un día para otro, de arrebatarse la vida. Puede que sus creadores fueran conscientes de esa debilidad, pero seguramente contaban con que, en muy pocas ocasiones, la vida de las víctimas iba a cambiar para mejor en ese

tiempo añadido; pensarían que no habría incentivo alguno que contrarrestara esa influencia progresiva. Por fortuna, Julián había sido uno de esos casos.

Laura estuvo tentada de hacer la pregunta clave, que no era el «por qué», como muchos piensan, sino el «para qué». Pero se dio cuenta de que ese «para qué», con la aparición de Daniela, ya había dejado de importar para Julián.

Ahora quedaban las consecuencias de ese cambio, y cómo lidiar con ellas.

—¿Con quién hablabas cuando te conectabas en el juego? ¿Quién te iba proponiendo las pruebas?

—Mi gemelo. Así quería que lo llamara. Superábamos las pruebas juntos, y nos animábamos. Aunque a veces me he planteado si en realidad hacía lo que decía. Y a veces, Miss Danvers… —añadió con evidente rubor.

Laura se imaginó a la *dominatrix* de pega jugando con los instintos y pulsiones sexuales del chaval, mezclándolos con su sensación de culpa y autoflagelación, y sintió asco. Tuvo que contener las arcadas con una respiración profunda antes de hacer la siguiente pregunta:

—Y cuando decidiste… no seguir…, ¿qué te dijo tu gemelo? Julián negó con la cabeza.

—Nada. Ya no volví a conectarme.

—¿Y ya está? ¿No intentaron ponerse en contacto contigo? Julián volvió a asentir con lentitud.

—Pero tú no les contestaste.

—No.

—¿Y se enfadaron? Julián se quedó callado.

—¿Te enviaron más mensajes?

—Sí.

—¿Puedo verlos?

Laura captó el terror y la vergüenza de Julián. Pese a la penumbra de las persianas bajadas, pudo notar como sus mejillas se encendían. Laura tuvo miedo de perderlo.

—Por favor, Julián, no me los enseñes si no quieres. Pero si lo haces te prometo que ni tu madre ni mi compañero ni nadie sabrán de su existencia. Solo tú y yo lo compartiremos. Y creo que es demasiado peso para que lo lleves tú solo, yo también quiero llevarlo junto a ti.

Julián aguantó la respiración mientras sostenía la mirada de Laura. Por fin, con un chirrido de su silla de oficina, se giró y le mostró a Laura una carpeta de correos electrónicos. Eran docenas, quizás más de cien, una sucesión que dejaba al mayor de los *spammers* como un prudente cumplidor de la Ley de Protección de Datos; primero utilizaban la zanahoria, con imágenes sensuales y mensajes cariñosos dignos de una novia de Erasmus, pero, hacia la mitad, se convertían en palos, subiendo el tono amenazador y apelando a su cobardía y falta de hombría.

—¿Te mandaron también mensajes por el móvil? Julián no contestó a esa pregunta. No hacía falta.

—Julián, entiendes que se han comportado contigo como los matones que te acosan en la escuela, ¿verdad? Con un agravante: al menos los matones no fingen ser tus amigos, de una terrible manera son francos contigo. Esto es mucho peor —señaló Laura.

—Sí, así lo pienso yo también.

Laura asintió. Era la respuesta de un adulto. Confiaba en que Julián iba a ser lo bastante inteligente como para darse cuenta de la paradoja que estaba a punto de plantearle.

—Julián —siguió diciendo Laura—, si alguien te contara lo que tú has vivido, si un vecino te dijera que gente en la que confiaba le ha atacado en cuanto no ha hecho lo que querían, ¿qué pensarías? ¿Que son buenas o malas personas?

—Malas —reconoció el chico.

—Julián, esa mala gente ha hecho daño, daño mucho más permanente a otra gente como tú. Han hecho que gente buena tomara decisiones definitivas ante problemas temporales. Tú bien sabes que,

aunque parezca que no, las cosas pueden mejorar. Y más que lo harán. Pero a otros les han arrebatado la oportunidad de proteger nuevas vidas, de hacer nuevos amigos, de conocer a otras personas. Sé que me entiendes.

—Sí, te entiendo.

—¿Me ayudarás a atraparlos? Para eso necesito tu ayuda… Necesito que vuelvas a contactar con ellos, que crean que aún te tienen.

—Eso me da mucho miedo.

—Y a mí, Julián. Y a mí. Porque yo también soy una de esas personas a las que quieren arrebatar la oportunidad de elegir. ¿Estamos juntos en esto?

Julián ya no respondió, solo se abrazó a Laura. Y ella sintió que el niño, necesitado de afecto y abrazos largos, se vaciaba en ella tanto como ella en él.

***

Julián volvió con su madre mientras Joseba preparaba el equipo. Eran casi las ocho de la tarde, hora en la que Julián se solía conectar. Según había relatado, el gemelo se conectaba pocos minutos después. Laura no dejaba de darle vueltas a la cabeza a un tema: ¿cuánta gente había implicada en ese juego? ¿Era, por así decirlo, un pequeño negocio, un comercio detallista atendido por dos o tres personas? ¿O se trataba de una megacorporación de la incitación al suicidio? ¿O algo a mitad de camino, una pyme que traficaba con la muerte inducida? Por lo que Joseba le había contado, y la información que el pequeño Julián le había proporcionado, no parecía que la estructura fuera muy grande, ni que contara con «acólitos» que al mismo tiempo hicieran de guías para las nuevas incorporaciones al grupo, como ocurría con *La ballena azul*. Tampoco se le escapaba el hecho de las horas fijas: con su madre a las cinco, con Julián a las ocho. Parecía más bien un profesional del teletrabajo prestando un servicio, con sus horarios y una agenda ordenada de clientes.

Nada de estructura piramidal, concluyó la psicóloga: al menos por el momento, Miss Danvers y el Adversario parecían querer el control total concentrado en sus manos.

Laura miró de refilón a Sheila y a su hijo, desde la distancia, respetando su intimidad, pero con una puerta abierta que le permitía ver como ella acariciaba la mejilla de él, y Julián le devolvía una sonrisa en un gesto cómplice. Se permitió pensar que el chico saldría adelante, y que el patito feo incluso podía convertirse en cisne. Eso era posible, claro que sí.

Devolvió su atención a Joseba, y su rostro le pegó una bofetada de realidad.

—¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo con Iñaki y Zarauz en Donosti? Estabas hablando con ellos mientras yo estaba con Julián, ¿verdad?

Joseba la miró con un gesto que traslucía una lucha interior. Abrió la boca, pero las palabras no salieron de inmediato:

—No te lo quería contar, pero las cosas no van bien. Se han peleado y el primo de Iñaki ha abandonado el barco.

—¿Qué? ¿Por qué?

Joseba se encogió de hombros.

—Diferentes puntos de vista, parece ser. Te lo contaré cuando acabemos, pero poco podemos hacer desde aquí. Lo cierto es que contamos con uno menos para lo de Zarauz, pero me han dicho que se las arreglarán —dijo Joseba intentando remendar una débil sonrisa.

—Maldita sea su estampa —exclamó Laura, pero se obligó a concentrarse en lo que tenía entre manos.

—Ya da igual, es la hora.

Joseba conectó un USB al ordenador de Julián, que a la vez estaba conectado con el del guardia civil por acceso remoto.

—Yo puedo escribir por él si quieres…

—No —contestó tajante Laura—. Pueden notarlo. Incluso puede ser que lo vigilen por la webcam. Va a ser él quien escriba.

Julián se sentó en su silla ante la pantalla y miró a Joseba con expectación, esperando instrucciones.

—De acuerdo, chaval —dijo el policía—. Me han comentado que estaban pendientes de que les mandaras una foto.

—Sí, era una de las pruebas, ahí es donde me había quedado —confirmó Julián, con la cara incandescente por la vergüenza.

—No pasa nada —lo tranquilizó Laura—. Mi compi necesita verla, o al menos el archivo. La va a acompañar de un regalito que nos ayudará a engañarlos.

Julián les mostró el archivo .jpg, pero solo pudieron ver el icono en vista previa. No se atrevió a abrirlo, pero, incluso en un gráfico tan pequeño, pudieron distinguir la espalda del muchacho, atravesada por unos surcos que ya habían cicatrizado.

«Dios mío», pensó Laura, y notó cómo se le humedecían los ojos. Pero no hizo ningún comentario.

Tampoco lo hizo Joseba, que se limitó a asentir y abrir con ayuda del ratón inalámbrico un ejecutable de la carpeta del USB. La interfaz de su programa era muy sencilla, aparte de las opciones de un menú y de un recuadro en medio de la pantalla al que arrastrar archivos; así lo hizo con el .jpg de Julián. Una barra de progreso apareció y desapareció en un abrir de ojos.

—Ya está: el caballo de madera lleno de troyanos.

—No eran troyanos, eran aqueos —le recordó Julián.

—Lo que sea, tú me entiendes —repuso Joseba con una sonrisa que el chico devolvió.

—¿No lo detectará su antivirus? —preguntó la madre de Julián.

—Para eso los creadores de ese antivirus tendrían que saber que mi programa existe, y hoy es su estreno mundial, al menos en esta versión mejorada. De acuerdo, Julián, conéctate con normalidad.

El chico así lo hizo. Se introdujo en una página cuya url no tenía nada de amigable, sino que se trataba de una sucesión alfanumérica imposible de memorizar. Una serie de imágenes de mujeres de amplios pechos y caderas se sucedieron, junto con un sonido de látigos y cadenas que los altavoces amplificaban y hacían parecer que estaban

en una sala de cine. La imaginería de *Cincuenta sombras de Grey* en una forma extrema es lo que le vino a la cabeza a Laura.

Por fin, un gran letrero en el centro de la pantalla:

¿ERES DIGNO?

Julián sabía lo que tenía que responder. Pulsó en «NO» y la pantalla le pidió una clave, que él introdujo con rapidez y sin que a Laura le diera tiempo de distinguir cuál era. De ahí pasó a un nuevo mensaje:

HAS SUPERADO 18 ETAPAS DE TU CAMINO DE DIGNIDAD. TE QUEDAN SIETE PARA ENTRAR EN LA MAZMORRA DE MISS DANVERS Y GOZAR DE UNA NOCHE DE DOLOR Y PLACER.

¿QUIERES HABLAR CON TU COMPAÑERO DE TORMENTOS?

«Claro que quiere hablar, hijos de la gran puta. Para eso lo habéis traído a esta trampa mortal».

Julián confirmó con un nuevo clic el pensamiento de Laura.

LLAMANDO AL COMPAÑERO DE TORMENTOS. RECUERDA QUE, CON TU ACTUAL CRÉDITO DE BITCOINS, SOLO TE QUEDAN DOS CONVERSACIONES MÁS.

Laura y Joseba tuvieron el mismo pensamiento a la vez: el concepto *freemium* llevado al extremo. Una *app* en la que pagas por autoinfringirte dolor y por quitarte la vida, pero que te cobra para continuar matándote. Resultaría cómico de no ser tan trágico.

Pasaron los minutos.

—Está tardando mucho —dijo Julián.

—Sigamos esperando, tranquilo —contestó Laura. Aunque ella misma no estaba nada tranquila. Zarauz no iba a contestar. O había más implicados, cosa que ella dudaba, o quien contestaría, si podía hacerlo, sería la jefa, Miss Danvers en persona.

«Si es que puede hacerlo... Es lo más jodido de ser un negocio tan pequeño: nunca sabes cuándo te va a llamar un cliente», pensó Laura.

—Joder —susurró Joseba con derrotismo, y Laura le dedicó una mirada reprobatoria. Habían desconectado cámara y micro, pero no podían arriesgarse a ser escuchados o captados si la web era capaz de activarlo de nuevo.

De pronto, la luz roja de la ventana de chat se volvió verde, y todos contuvieron la respiración, incluyendo la madre de Julián.

HAS VUELTO.

Sí, tecleó Julián. *Lo siento, pero no había más dinero en la cuenta de mi madre.*

Laura cerró los ojos. No podía imaginarse las mentiras y engaños a los que habría tenido que recurrir Julián para conseguir llegar hasta su dieciochoava etapa.

DA IGUAL. LO IMPORTANTE ES TU COMPROMISO.

¿HAS REALIZADO TUS ÚLTIMOS COMETIDOS? YO SÍ LO HE HECHO, Y HE SUFRIDO Y GOZADO POR ELLO. HE TENIDO QUE ESPERARTE PARA PODER CONTINUAR.

Parecía una maestra pidiendo los deberes a un alumno. Laura se preguntó si en el lapso en el que había demorado la conexión, Miss Danvers había tenido que repasar quién coño era ese tal Julián y por dónde iba lo suyo.

Sí, lo he hecho, mi compromiso es total. ¿Y el tuyo?

MUÉSTRAMELO.

Se abrió una ventana en la pantalla, a la que se suponía que tenía que arrastrar y soltar el archivo con la foto de sus pruebas. Así lo hizo. Desde el portátil de Joseba pudieron ver la otra cara de la situación. El programa de simulación y rastreo se activó, sin duda al abrir Miss Danvers el .jpg infectado enviado por Julián. El malware de Joseba mostró un duplicado remoto del programa que Miss Danvers estaba utilizando. Joseba no sabía cuál era, pero no importaba. Lo que su programa había replicado era su código fuente externo, la interfaz gráfica, que era muy sencilla, y había sobreescrito el programa original. Era un espejo perfecto. Ahora Joseba tenía acceso a la IP de Miss Danvers. Porque el *proxy* que ella creía estar utilizando, ahora era controlado por el guardia civil.

Pero necesitaba unos segundos más para confirmar esa IP.

«Sigue hablando», le dijo Joseba con un gesto.

¿Estás satisfecho?, tecleó Julián.

SÍ, MISS DANVERS ESTARÁ ORGULLOSA DE TI. ERES UN CAMPEÓN. ELLA TE VALORARÁ COMO MERECES. HAS ESCOGIDO UN CAMINO DIFÍCIL, LO SÉ, PERO ES NUESTRO VIAJE DEL HÉROE.

Laura echó una mirada a la pantalla de Joseba. Habría otra barra de progreso. El veintisiete por ciento.

No me siento como un héroe.

LO ERES. UN HÉROE COMO ULISES, COMO HÉRCULES, ORLANDO O GILGAMESH. ALGUIEN QUE HA TOMADO EL CONTROL DE SU VIDA.

Progreso del cincuenta y dos por ciento.

Julián dudó un momento con los dedos suspendidos sobre el teclado de su ordenador, como los de un pianista que se pregunta con qué pieza comenzar su concierto.

¿Y si dejo de pagar?

Laura abrió mucho los ojos. Tocó el hombro de Julián para intentar decirle que no siguiera por ese camino, que necesitaba mostrarse tan sumiso como siempre, pero el chico no le hizo ni caso.

¿POR QUÉ DEBERÍAS HACERLO? YA TE EXPLIQUÉ QUE ESE DINERO SIRVE PARA AYUDAR A OTROS COMO TÚ.

Sesenta y seis por ciento. Laura repartía su atención entre ambas pantallas con los ojos fuera de órbita y la mano sobre la boca para no soltar un chillido, olvidando que ahora Joseba controlaba el programa del otro lado del espejo y podía filtrar el sonido.

Nunca me has dicho eso, tecleó Julián con las mejillas encendidas, pero ya no de vergüenza, sino de ira y rabia que habían sido contenidas demasiado tiempo. *¿Y tú? ¿De verdad pasas las pruebas igual*

que yo? ¿Por qué yo sí te lo tengo que demostrar y tú no me envías a mí ninguna foto?

«Lo tendría que haber previsto», se reprochó Laura. «No es un muñeco, es una persona que se siente utilizada».

¿POR QUÉ DICES ESO? ¿HAS HABLADO CON ALGUIEN?

Noventa y tres por ciento. Julián no contesta.

¿HAY ALGUIEN AHÍ CONTIGO?

Noventa y siete por ciento.

LAURA, HIJA DE LA GRAN PUTA. NO ME ATRAPARÁS.

Desconexión.

SAN SEBASTIÁN

JUEVES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 2023

AMANECER

Aquel día, en San Sebastián, te sentías como un ser diminuto y sometido a la fuerza del sol. Los surfistas paseaban con tranquilidad por el barrio del Gros, como si la zona estuviera en plena terraformación de un nuevo hábitat marino y el resto del mundo no se hubiera enterado. Convivían con los oportunistas y curiosos que miraban la alfombra roja adyacente al Kursaal, como si de allí fuera a emerger una estrella despistada, quizás en alguna confusión etílica de la noche anterior. Los pases de prensa ondeaban amarrados al cuello de los acreditados, al menos de aquellos que no sentían el menor rubor de llevarlo por encima de la camisa. La leyenda de que te trataban mejor en los establecimientos por hacerlo de notar, en la duda de si podías ser alguien importante, lo justificaba en el fuero interno de esa tribu, junto con la carga de ego y ostentación que daba el hecho de que la tarjeta con tu foto y un código de barras te precediera allá donde fueses.

Aitor Zarauz no era de esos. Caminaba con la acreditación bien guardada en la bandolera desde el Teatro Principal y su pase de prensa de las dos del mediodía hasta el Kursaal. Lo hacía con discreción, a paso reposado, y con la mirada fija hacia delante. El pase se lo había guardado en la mochila negra que llevaba en la espalda, y nada anunciaba su condición de acreditado de prensa. Él lo prefería así. Era uno más en la multitud, según se fijó Iñaki, gracias a los detalles que le permitía distinguir la distancia entre ambos: con un ligero sobrepeso, ojos achicados por la luminosidad que llenaba el aire —no era explicable por qué prescindía de gafas de sol cuando era evidente su sensibilidad a la luz—, y un pelo moreno atravesado por

una franja canosa que lo hacía parecer mayor de lo que seguramente era. Llevaba una cazadora fina y una camiseta azul. Debía de estar pasando calor, y quizás no se la quitaba para no dejar ver la transpiración de sus axilas. Parecía concentrado en esquivar a las multitudes que andaban en ambas direcciones a paso mucho más apurado que el suyo.

Iñaki lo seguía a distancia prudencial. Llevaba el pinganillo que le había proporcionado su primo, y le transmitió a Luis la posición y ropa de Zarauz. Al llegar al paso de cebra que separaba la avenida del puente, Luis cruzó y se puso cerca de él. Iñaki giró a la derecha hacia el hotel María Cristina, ahora rodeado por las caravanas de las televisiones y por los fans que esperaban a uno de los actores que defendían película aquella jornada. Ni puta idea de quién era. Puede que muchos de los congregados tampoco lo supieran. Iñaki cruzó a la altura del primer puente con la idea de llegar al Kursaal por el otro lado. Luis se encargaría de decirle si Zarauz se introducía en la zona de prensa situada junto a la entrada peatonal del *parking* del Kursaal o si, como esperaban, hacía cola para entrar en el pase de las dos y media de la tarde. Esa era la apuesta. La misma apuesta que decía que Zarauz, aquel día, iba a asistir a la sesión de la medianoche de la última película de Kore-eda. Ese nombre japonés, el único de los invitados al certamen que se habían aprendido todos los miembros del grupo. La «operación Kore-eda», así la habían bautizado, de hecho. Porque en la madrugada, a la salida, iban a encargarse de que Aitor Zarauz, el Adversario, dejara de ser una amenaza.

Luis, mimetizado en el paisaje urbano haciendo fotos a un coche de exposición frente a las taquillas, observó cómo Zarauz se introducía en la cola de prensa del Kursaal.

—Atentos —advirtió el primo de Iñaki—. Saldrá a las 18:45 por la puerta lateral del auditorio. Luego hay que seguirlo hasta el Príncipe: tiene dos pases allí, y luego volverá al Kursaal para la sesión golfa.

El momento clave sería el trayecto a los multicines, y localizarlo en la explanada del Museo San Telmo, donde se formaban las colas del contiguo cine Príncipe.

—Las sesiones allí son mixtas —recalcó el primo con un susurro—. Habrá tanto prensa como público en general.

—Por eso Luis ya tiene la entrada preparada —dijo Iñaki.

—No me lo recuerdes —se quejó Luis—. Una peli china de dos horas y media en vena.

—Pues no te duermas. A veces Zarauz se sale a mitad de película —dijo Ricardo, rememorando lo dicho por Joseba.

—*Carallo*, es de la escuela de Boyero. El micro se quedó en silencio.

—Nos reunimos en el Okendo en cinco minutos —dijo Iñaki rompiendo ese ruido blanco.

***

Unas horas antes, a unos tres kilómetros de allí, en el Antiguo Berri, Beatriz había abierto los ojos acompasada con el amanecer. Los primeros rayos de sol se habían filtrado por la ventana, y gozó de unas décimas de segundo de paz, que su cerebro intentó alargar todo lo que pudo antes de que las conexiones sinápticas se restablecieran, y el dolor volviera a su cabeza. El buen doctor la había atiborrado a tranquilizantes para que durmiera, o algo que pudiera parecerse a ello, pero como le había advertido, el dique estaba a punto de ceder y romperse. Lo notaba cada día: sabía que el dolor, que el negro dolor, iba conquistando zonas cada vez más amplias de su cerebro. Si no fuera por los medicamentos que tomaba, que el médico le proporcionaba sin receta ni pasar por la farmacia, ya haría tiempo que hubiera sido incapaz de trabajar o de cuidar de su hija. Pero estaba en su límite. No podía más. Había aguantado esas semanas por su pequeña. Y, en parte, también por el negocio de Iñaki Arresua, que consideraba ya un poco suyo: Arresua había delegado en ella por completo en esas últimas semanas, y la medicación, cuando funcionaba, le había permitido estar lo suficientemente lúcida como para contratar a una serie de profesionales externos y poner en marcha un sistema de gestión que permitiría a Iñaki aguantar varios meses mientras recomponía el negocio. Había cerrado varios contratos publicitarios, realizado acuerdos con proveedores de portales y con agencias de publicidad: la empresa comenzaba a despegar, pero Beatriz sabía que no se jubilaría en ella.

Se levantó y contempló el amanecer anaranjado, con la cabeza embotada y una lágrima que serpenteaba por la hinchazón negruzca que pendía bajo su ojo. Era el último e intentaba que quedara fotografiado en su mente para llevárselo consigo al otro lado.

TARDE

Con gran dificultad consiguieron una mesa improvisada en la legendaria cafetería Okendo, atestada como estaba de invitados al festival y acreditados. El rugido de las conversaciones se imponía en el ambiente, y por eso precisamente era el lugar perfecto para no ser escuchado. Iñaki, Ricardo y Luis hablaban con Joseba a través de los micros y se escuchaban gracias a los disimulados pinganillos. A su vez, Joseba, en Castellón y con su propia misión junto a Laura, podía también estar al tanto. Los auriculares y micros del propio Joseba, capaces de aislar el ruido ambiental, recibían así un uso creativo.

Lo que no fluía era la propia conversación, encallada en una cuestión clave:

—¿Qué hacemos con él? —preguntó una vez más Luis. No era la primera, en efecto, pero la seguía planteando porque todavía no había recibido una respuesta clara. Pero eso estaba a punto de cambiar.

—Vamos a matarlo —afirmó Iñaki. Lo hizo con seguridad, sin vacilación.

—Estás de coña —replicó su primo. Pero no se reía porque sabía que no era ninguna broma—. Tío, que somos guardias civiles, no tu puto escuadrón de la muerte. Vamos a acojonarle, a asustarle para que cometa un error y nos dé suficiente cancha como para conseguir pruebas y poder detenerlo.

—Estas soñando, ¡soñando! —replicó Iñaki alzando la voz. Nadie se giró, cada uno a lo suyo y con la cabeza puesta en el festival—. Cualquier prueba que obtengamos de este tipo, si obtenemos alguna, estará viciada. Si lo dejamos vivir, será una simple víctima, un inocente corderito que podrá denunciarnos, arruinarnos, llevarnos a la cárcel, y aún sacará tajada de ello. No lo tocarán, y sus cómplices se nos escurrirán de entre las manos.

—Tío, yo no te apunté para esto…

—¿Y para qué me apuntaste, joder? Intenté matar a tu padre, siempre me has llamado asesino, me metiste en la cárcel… ¿Qué coño esperabas de mí?

Iñaki logró decir todo esto en susurros, y mientras su primo estudiaba su respuesta, Joseba, desde la casa del pequeño Julián y su madre Sheila, mordisqueaba un bolígrafo escuchando la conversación mientras esperaba que la psicóloga terminase de hablar con el crío. Le sabía a plástico, tinta y ansiedad. Era consciente de que, de tomar la palabra, tendría que darle la razón a Iñaki. Porque era cierto: si escapaba, las posibilidades de localizar a Miss Danvers se esfumarían. Era necesario asegurar el objetivo, asegurar la información. No se le ocurría el cómo, ni si la muerte de Aitor Zarauz era tan imprescindible como Arresua señalaba, pero tendrían que, al menos, asegurarse de obtener pruebas y pistas sólidas. Si luego el propio Joseba, del que en principio Zarauz no tendría que conocer siquiera su existencia, podía con habilidad disuadir a sus superiores de que el hallazgo había sido fortuito, podría convencerlos para actuar. Eso sería la salvación para chicos y chicas adolescentes que podían encontrarse en cualquiera de las etapas del juego, o a punto de alcanzar la casilla de meta sin retorno.

Antes de que pudiera seguir pensando, el chirrido de una silla arrastrándose se expandió por sus pabellones auditivos, obligándole a quitarse los auriculares de un manotazo. Incluso sin ellos puedo escuchar lo que sí que hizo girar las cabezas de alrededor de la mesa del Okendo:

—¡Estoy fuera! ¡No contéis conmigo para esto!

La mente peliculera de algunos acreditados y turistas en el bar de pintxos pensaron en un filme de atracos transcurriendo ante sus ojos; otros en alguna iniciativa de canal de pago para publicitar una futura serie. Pero Ricardo Arresua se levantó de verdad, y se dirigió a la salida sin mediar más palabra.

—Por Dios, detenlo, lo vamos a necesitar —exclamó Luis sin recibir otra respuesta que a Iñaki mascullando: «puto santurrón».

***

Pensó en su hija mientras hacía los preparativos. No en los amaneceres que se perdería; no en los lugares o sensaciones que nunca

experimentaría: solo en su hija. Beatriz siempre había pensando que el pasado y el futuro, incluso los momentos de felicidad, solo eran abstracciones. Espejismos sensoriales que, en realidad, podías invocar a voluntad. Aunque nunca hubieras hecho un trío con dos mulatos, le había explicado una vez a una amiga tomando un café, podías cerrar los ojos y obligar a tu mente a rememorar ese hecho aunque nunca hubiera tenido lugar. El recuerdo entre algo real y algo inventado, le dijo, no tiene ninguna diferencia en absoluto. Pero eso era incapaz de aplicarlo a su hija. Porque su hija no era una cosa del pasado, sino del futuro. Y le resultaba imposible discernir cómo podía ser su pequeña de adolescente, cómo crecería, en qué tipo de mujer se convertiría. Pero no tenía elección, eso no dependía de ella y no iba a ocurrir en absoluto. Repasó una vez más los papeles de la aseguradora que le había facilitado Serna, con las correspondientes firmas: su hija era beneficiaria de un cuantioso seguro de vida. Por eso era tan importante que los medicamentos que le había dado el doctor funcionaran bien. La autopsia tenía que descartar cualquier indicio de suicidio. La cápsula que le había entregado solo era un acelerante para lo inevitable, pero no iba a dejar rastro de ese atajo. No era un remedio, pero al menos sí era una solución a su problema. La miró de nuevo. Yacía sobre la mesa, junto a un generoso vaso de agua. Parecía inofensiva.

***

El primo casi tropezó al salir con la figura de cartón de su tocayo Ricardo Darín. Apenas había percibido el exterior cuando notó la mano de Iñaki por detrás. Se dio la vuelta con una mirada que intentaba ser agresiva sin conseguirlo del todo. Iñaki al menos era a veces un cordero con piel de lobo, pero su primo era un cordero con piel de cordero, incluso en momentos como aquel, en los que la bilis hacía el viaje de solo ida.

—De acuerdo, no lo mataremos, pero le tenemos que pegar un buen susto —concedió Iñaki. El primo movió el hombro de manera brusca para que soltara la mano, y así lo hizo—. Pero le sacaremos la información a golpes si es preciso —añadió Arresua a continuación—. Nos lo llevaremos a algún sitio tranquilo.

—Tú lo que pretendes es matarlo, a mí no me engañas —replicó Ricardo con convicción.

Iñaki no dijo nada. ¿Qué iba a decir, si esa era la pura verdad?

—¿Y qué sugieres que hagamos? Venga, bonito, dime qué sugieres…

—Todo este plan es una mierda, yo me bajo —replicó el guardia civil—. Para empezar, nunca debí dejar que me metieran en esto. Voy a seguir pistas, a reunir pruebas, a acabar con este asunto con la ley en la mano y sin atajos.

—¿Y cuánto tiempo piensas emplear en ese plan?

—El que sea necesario.

—¿El que sea necesario? —rio Iñaki—. ¿Cuántas vidas van a pagar tu puta legalidad? Que parece que sea una enfermedad, joder. Según Joseba puede que haya niños, ¡niños!, a punto de quitarse la vida en un jodido juego al que no pueden ganar. Un juego en el que Zarauz está metido hasta el fondo, de eso puedes estar seguro.

—Estoy fuera —insistió su primo—. Y os denunciaré si ese tipo amanece cadáver.

Iñaki lo cogió de la solapa. Un grave error considerando la gran presencia de miembros de la Ertzaintza por los alrededores. Ser consciente de ello hizo que se lo pensara de nuevo, y lo dejó ir unos instantes después. La mirada no dejaba lugar a dudas, e Iñaki procuró que su densidad le atravesara enviándole un mensaje silencioso: «Si lo haces, te mataré». Ricardo tembló de manera ostensible, miró a su alrededor y vio no muy lejos de allí una furgoneta de la Policía Vasca. Se pensó por un momento dirigirse a ellos, pero consideró que sus compañeros Joseba y Luis iban a caer con Iñaki, y quizás él tampoco fuera a salir muy bien parado de todo aquello. Se dio la vuelta, dirigió sus pasos al Kursaal e Iñaki lo siguió con la mirada. Cuando vio que pasaba de largo por la patrulla policial, el vasco volvió al Okendo. Su mente hervía con ideas y rabia, atropellándose unas a otras.

***

El hecho de que no hubiera una sola nube en el cielo no le impedía al sol trazar un camino memorizado durante eras, y la tarde comenzaba su descenso hacia la noche, que se disponía a abrazar a Beatriz. El día se le había pasado entre pastillas y cabezadas de las que apenas había sido consciente, junto con papeles y más papeles que

arreglar. Ya estaba hecho: los había firmado todos. Todos los que le había indicado aquella abogada por teléfono. Todos menos aquellos que pudieran explicar a su hija en un futuro lo que estaba a punto de ocurrir. Para el resto del mundo, incluyéndola a ella, aquello no podía parecer un suicidio. De eso dependía su bienestar y supervivencia. Su futuro.

Aun así… Aun así no podía dejar las cosas de esa manera. Tenía que decirle adiós, darle todos los consejos que le hubiera gustado que le dieran ella. Decirle lo mucho que la quería. En realidad, pensó, era lógico, lo había visto muchas veces en los informativos: enfermos terminales que se despedían de sus hijos cuando ya eran conscientes de que no había vuelta atrás. Pero no se atrevía a hacerlo. Iba en contra de las instrucciones. Alguien podía atar cabos, descubrir que la fecha de la grabación era la misma que la de la muerte, y eso haría que se sospechara la verdad. Los seguros eran implacables con ese tipo de cosas. El doctor le había asegurado que todo iría bien si seguía al pie de la letra todas y cada una de las instrucciones. Sin saltarse un solo paso… ni añadirlo. Tenía que traslucir normalidad. La clave era que se creyera que Beatriz no era consciente en ningún momento de la enfermedad terminal que padecía. Iban a aprovechar su abnegación al continuar haciendo una vida normal sin faltar al trabajo pese a los dolores del tumor. Podrían preguntarse precisamente por qué alguien con un seguro médico y las facilidades que ello conllevaba no había hecho uso de él, pero no era en realidad tan raro. Incluso Beatriz conocía el caso de un tío lejano suyo que había muerto de cáncer de pulmón sin que nadie tuviera la menor idea de lo que le pasaba hasta la autopsia. Podía ocurrir. Ella haría las cosas bien, y todo iba a resultar según el plan. La llorarían, la olvidarían con el tiempo, pero su pequeña no tendría problemas nunca más. Le desgarraba el alma saber que no la vería nunca más, pero era lo que había que hacer. El dolor no le impedía atisbar la posibilidad de estropearlo todo y que, en un mundo al que ella con probabilidad ya no pertenecería, un descuido dejara desprotegida a su princesa.

La pastilla seguía esperando. Decidió que lo haría de madrugada. El médico le había dicho que tenía que ser esa noche para que el efecto ocurriera durante el sueño, y Beatriz determinó que se iría a la misma hora en la que había llegado a este mundo: las dos y media de la madrugada.

NOCHE

En la atropellada entrada a los cines Príncipe, Luis perdió a Aitor Zarauz. Lo había visto casi al principio de la fila, sin su acreditación, pero con la bolsa del festival colgada al hombro. Miraba el móvil, y vio cómo escribía un mensaje antes de entrar. Se le disparó la imaginación: ¿a quién se lo escribiría…? ¿A una víctima? ¿A la Miss Danvers de la que hablaba Joseba? Joder, si parecía el típico friki bloguero… Y en realidad, lo era. También había oído sus *podcasts* sobre psicología y cine y tenía que reconocer que la voz de aquel tipo tenía algo: eso que solo tienen las voces de los grandes comunicadores y que consigue que, estés haciendo lo que estés haciendo, lo dejes de inmediato para escucharlos. Y que, a veces, cambian algo dentro de ti sin que te des cuenta. Aitor Zarauz, ahí donde lo veías, era uno de esos monstruos mitológicos capaces de llevar a alguien a la perdición sin mover un dedo: si lo escuchabas, si lo dejabas hablar, estabas acabado. Por eso, y no por su anodino aspecto, era tan peligroso. Y por su inteligencia, claro. Todo lo que venía de dentro, lo que era invisible a los ojos, era mortal en él.

Al entrar en la sala lo localizó, de un rápido vistazo, en una de las filas traseras.

—Mierda —masculló Luis.

Solo quedaban un par de sitios libres en la primera fila. Luis suspiró de alivio al darse cuenta de que solo había una salida delantera junto a la pantalla. Lo podría tener controlado.

Las luces de la sala se apagaron y el guardia civil se acomodó como pudo en su dura butaca. Iban a ser más de dos horas interesantes para él, en las que se abstraería de la película, fuera mala o buena, con la atención puesta en la puerta de acceso a la sala. Lo lógico, lo que habían previsto, era que saliese a la hora prefijada. Pero Joseba apuntó con acierto que la película de madrugada de Kore-eda era una prioridad para Zarauz, y que ambos pases estaban muy solapados. Pese a la cercanía de ambas sedes, Zarauz podría optar por sacrificar el final de una película china de la sección Perlas por garantizarse un buen sitio en el patio de butacas que le permitiese disfrutar del pase de su admirado japonés.

Luis no tenía ni puta idea de quién era Kore-eda, pero con seguridad le hubiera extrañado que sus sensibles filmes, siempre enfocados en las relaciones familiares, fueran de los favoritos de un sociópata manipulador. O quizás, solo quizás, a Aitor Zarauz le recordaran su relación con su hermana. Pero eso Luis no lo podía saber, y la película china, en sus primeros quince minutos, le parecía un derroche estilístico sin sentido que le hacía complicado permanecer despierto.

Durante los siguientes cuarenta minutos a Luis se le antojó que las imágenes de una historia que ni bajo tortura podría contar cuál era, iban a cámara lenta. El colofón fue un plano fijo de un tipo comiendo una manzana, hasta su corazón, mientras las lágrimas le caían a chorros como si se les hubiera ido la mano con el colirio. La cosa ya se alargaba durante cuatro minutos más cuando notó una sombra por el rabillo del ojo, una sombra negra que portaba algo claro en su costado. Era Aitor Zarauz. Tal y como Joseba había anticipado, se marchaba antes del final de la cinta, y lo hacía en efecto en un momento complicado de asumir para la retina del espectador. Luis no podía seguirlo de inmediato, y según lo acordado envió un mensaje de texto a Iñaki. La cosa se complicaba sin el primo Ricardo, porque Zarauz a Iñaki sí lo conocía, y este tendría que tener mucho cuidado en no ser detectado.

***

Iñaki leyó el mensaje. La presa no tardaría ni diez minutos en llegar. Se encontraba entre los cazadores de *selfies* y fotógrafos que esperaban el paso del equipo artístico de la película. Seguramente la mayoría de ellos no tendrían ni idea de quiénes eran los actores japoneses, desconocidos para el gran público, que estaban a punto de desfilar, pero no importaba: el rebaño llamaba al rebaño, había que estar allí, aunque no se supiera bien el motivo. Y Arresua, con sus gafas de cristal sin graduación y su gorra de pijo encasquetada, esperaba estar lo bastante fundido con el griterío y la masa informe de móviles y rostros chillones. Zarauz ya debía de estar recorriendo el paseo de Salamanca, paralelo al río Urumea, quizás deleitándose en su bravura incluso en tiempo tan calmo, o quizás mirando el suelo y planeando cómo destrozar la próxima vida en sus manos. Iñaki lo tenía claro: iba a matar a Zarauz. No sin antes sacarle todo lo posible, pero lo mataría. Que el mojigato de su primo hiciera lo que le viniera en gana después. Apretó el puño hasta que las uñas hicieron surcos en las palmas de su mano. Se dio cuenta de que todo lo creado con su

esfuerzo los últimos meses, toda su ilusión por emprender una nueva vida, se podían ir al traste por su ira; una ira inapelable, sorda, que no atendía a razones ni a proyectos vitales. Pero entonces, ¿qué ocurriría con Bea? Fácil, pensó: si lo volvían a meter en prisión iba a regalarle a Bea todo el negocio, alguien como ella podría llevarlo adelante. De hecho, ella era la impulsora, el motor de lo que habían logrado. Al final él había sido tan solo un comercial, el verdadero cerebro era ella.

***

Era casi medianoche y el dolor de Beatriz había remitido. Bea casi lo consideró una burla cruel, una prueba para medir la firmeza de su decisión. Porque… ¿y si estaba equivocada? ¿Y si el médico estaba equivocado? ¿No debería haber pedido una segunda opinión? Pero Serna estaba tan seguro, le había dado tantos detalles de cómo iba a evolucionar su enfermedad… Había acertado en todo, le había ayudado a mitigar el dolor que el avance de su mal le legaba; había sido tan comprensivo, tan amable… No, era imposible, eso estaba dentro de ella, dentro de su cabeza, aunque ahora le estuviera dando una engañosa tregua. Iba a convertirla, al final, en un vegetal, antes de acabar con su vida. Se convertiría en una cáscara de piel, en una terrible imagen que acompañaría a su hija por siempre. No, no quería que esa fuera su herencia para ella. En el fondo, lo que estaba a punto de hacer era por su pequeña. Caminaría entre cristales toda la eternidad por ella. No, no podía desviarse del camino. En realidad, quizás no tendría que esperar; en realidad puede que fuera mejor hacerlo ya. Cogió la pastilla entre sus dedos.

***

A pocos kilómetros, Iñaki dejó de pensar en Bea, aunque la decisión que acababa de tomar ya había quedado larvada en su cabeza. Al fin de cuentas, Arresua se dio cuenta de que su proyecto vital, desde la muerte de su padre, siempre había sido pasarse la vida entre rejas. Todas sus decisiones desde entonces habían sido guiadas por la ira, y no por un plan de futuro. Ni tampoco por el amor. Vio a Zarauz, lo vio entrar tranquilamente mostrando su credencial en la entrada habilitada junto al *parking* del Kursaal. La Zurriola Hiribidea estaba cortada al tráfico y vigilada por la Policía Vasca. Pero Arresua y los suyos sabían que, a las dos y veinte de la madrugada, cuando terminase la película, las calles, siendo además un miércoles, estarían vacías como por encantamiento. Que Zarauz recorrería a pie el paseo

de la Concha tal y como lo había hecho las anteriores jornadas después de las sesiones del festival; que recorrería el túnel del Miramar por el que siempre transitaba en su vuelta a casa. Allí sería solo suyo. La idea era ahuyentar a los pocos peatones que a esa hora podrían cruzarlo con las placas de policía de Luis y de su primo. Ese era otro problema añadido a la situación creada por la mojigatería de su pariente: Luis tendría que cubrir los dos extremos. Debían ser rápidos, o llevar a Zarauz a otro sitio. Todo se había complicado, pero el plan seguiría adelante. Luis lo sustituyó en la fila al poco de entrar Zarauz en el auditorio. Kore-eda y sus actores saludaban en el *photocall* de la puerta principal, en el que desembocaba la ya desmejorada por los días alfombra roja.

—De acuerdo —le dijo Iñaki a Luis por todo saludo—. Yo voy a esperarlo en el Miramar. Entrégame tu placa, por si la tengo que enseñar a algún curioso que se pregunte qué coño hago allí.

Luis dudó un momento, pero se la puso en la palma de la mano, mirándola como si fuera la última vez. Se fijó en el bulto en el bolsillo del anorak de Iñaki. La pistola. Iñaki se dio la vuelta sin más, dejando a Luis como uno más de la muchedumbre si no hubiera sido por el rasgo distintivo de su rostro, lleno de fatalidad y malos presagios.

MADRUGADA

Se acercaba la hora bruja, la hora de la decisión final.

El dolor comenzó de nuevo: de menos a más, pulsante. Durante unos minutos fue tolerable, como si estableciera una tregua, o como el cuchillo del sádico que acaricia tu piel antes de comenzar a cortarte. Casi a las dos de la mañana, el dolor ya se había quitado su máscara, y la golpeaba a puño cerrado en sus sienes. Pero no quería irse; algo en ella, algo insistente y con voz de niña pequeña, la aferraba aún a la vida. Pensó en la imposibilidad de la marcha atrás, en el camino sin vuelta posible, y las dudas intentaron alzar la bandera, pero no era una bandera visible, sino teñida por el color de la agonía, un color oscuro que hacía que esas dudas parpadearan y cedieran ante la avalancha de un malestar pulsante. Se sujetó a la mesa, intentando

aferrarse a imágenes felices y a la sonrisa y juegos de su hija. Miró de nuevo la pastilla, olvidando sus vacilaciones. ¿Podría aguantar siquiera la media hora más que se había propuesto por puro simbolismo, o la tomaba ya? Beatriz la cogió entre sus dedos y se la acercó a la boca.

***

Pasaban las dos y media de la madrugada. Tras desperdigarse los espectadores que habían acudido a la sesión en múltiples direcciones, el entorno del Kursaal se había vaciado por completo, como si el festival solo hubiera sido un sueño; y así sería hasta la mañana siguiente, que amanecería con los perezosos andares de los somnolientos acreditados a la espera del primer pase de prensa del día; pero mientras, en la madrugada, las calles colindantes estaban vacías de tráfico o peatones, y bañadas por el tono amarillento de las luces de las farolas. Eso facilitaba la emboscada a Zarauz, que además se había entretenido más de la cuenta deleitándose con los títulos de crédito, pero también era más complicado para Luis seguirle y asegurarse de que tomaba el camino previsto a su domicilio sin que este lo detectara primero. Luis optó por la solución más sencilla, y a la vez arriesgada. Se puso el uniforme y cogió las llaves de su coche patrulla. No le tocaba turno, su compañero no estaba y ni siquiera llevaba placa, pero nadie lo pararía ni le haría preguntas por recorrer la ciudad a esas horas; o por estar parado por el paseo de Mirakontxa, cerca de Bataplan. No esperaba tampoco, siendo jueves, presencia de policía local ni Ertzaintza, por lo que tampoco tendría que contestar incómodas preguntas de compañeros. El problema sería con los suyos si se enteraban, pero ya estaba acostumbrado a que lo considerasen una bala solitaria y sus superiores lo dejaban bastante en paz; alguno de ellos, sospechaba, incluso compartía sus inquietudes sobre el caso de los falsos suicidas. Al menos falsos para los que creían en la conspiración, que por desgracia no eran los órganos judiciales ni suficientes compañeros.

Allí apostado, vio a Zarauz caminar con paso calmo superando el centro de talasoterapia. No tardaría en pasar por el túnel, el lugar de la emboscada.

—Está a cinco minutos de ti —le anunció a Iñaki.

—De acuerdo, recibido. Ven en seis.

La trampa estaba puesta. El paseo de la Concha se encontraba desierto, como diseñado para servir de escenario a ese encuentro, sin extras ni figurantes que lo perturbaran; Iñaki tensó sus músculos. La pistola le quemaba el costado. Se veía empuñándola, apretándola contra la sien de ese cabrón, como si pudiera agujerearla por pura presión. Eran expectativas, porque la realidad no la garantizaba nadie hasta que tenía lugar. Iñaki estaba en el extremo del túnel más cercano a Ondarreta, sabien do que Zarauz sería una figura algo encorvada que aparecería por el extremo del paseo de la Concha. Arresua fijaba todos sus sentidos en el agujero negro del otro lado, esperando que este escupiese al Adversario en cualquier momento. Pero era imposible no mirar de vez en cuando hacia arriba, hacia un techo que pedía con sus sinuosos motivos marinos la atención del paseante. La iluminación te hacía sentir un habitante de los abismos oceánicos, mientras que la luz blanca de las paredes te devolvía a la realidad en cuanto ponías la vista en lo que tenías delante: la profundidad del túnel horadado en la tierra. Iñaki no podía evitar dirigir de vez en cuando la mirada a los juegos de luces del techo, con el baile de las sombras azules enroscándose en sus expectativas. Sin saber el motivo, le vino a la cabeza la música de Jean-Michel Jarre que escuchaba cuando era joven, cuando en su adolescencia solo era un crío con pelo largo al que le gusta ba escuchar música electrónica mientras se fumaba un porro y veía bailar las luces del techo de su habitación. Arresua se sintió transportado a un lugar ajeno al mundo sin problemas ni dudas.

Una figura oscura no muy alta y algo rechoncha se recortó contra las luces de las farolas del paseo. La figura pareció ralentizar su paso, pero no se detuvo. De inmediato, Iñaki, con la gorra encasquetada tapándole los ojos, comenzó a caminar hacia el extremo del túnel donde podía distinguir esa silueta, con la reconocible bolsa beige con el logo del festival al hombro. Iñaki calculó que eran dos trenes lentos que chocarían en la mitad de los veintinueve metros que los separaban. Se preguntó si ya sospechaba algo, pero por lo que podía decir desde su posición, donde podía comenzar a distinguir sus rasgos, Aitor Zarauz no mostraba ninguna señal de reconocimiento ni alarma. Otra figura, unos pasos más atrás de Zarauz, emergió de entre las luces de la bahía: era Luis, con un pasamontañas cubriendo su rostro. Recordaba más a un terrorista que a un guardia civil, y los métodos que estaban empleando no diferían mucho de los de aquellos. Pero Zarauz seguía firme, decidido, con un caminar rítmico, como si de verdad fueran peces en el fondo subacuático. ¿Acaso no había oído los pasos tras de sí? ¿Llevaba auriculares y no los podía percibir? O acaso era consciente de su presencia… y no le importaba. Iñaki no sabía

mucho sobre asesinos en serie, él no era policía, pero las películas y las series de televisión le habían enseñado que uno de sus rasgos distintivos era la falta de emociones. ¿Y si… todo aquello le daba igual?

«Mírame, hijo de puta, mírame…». Pero no. Pese a que Iñaki ya no intentaba disimular ser un viandante más que se cruza con otro viajero de la noche, Zarauz seguía impertérrito, en su propio mundo. Iñaki ya no veía a Luis, ya no sentía la sensación subacuática de las profundidades del palacio de Miramar… Si acaso se había olvidado de respirar, como si esperara que en esa frontera entre la tierra y el mar le salieran branquias para poder hacerlo.

Ya estaba tan cerca que pudo distinguir la sonrisa de gato astuto de Zarauz. Claro que lo sabía. Por supuesto que ese psicópata era consciente de lo que estaba a punto de pasar. Iñaki alargó el brazo izquierdo hacia él y con la otra mano comenzó a sacar su arma. Luis apretó el paso tras ellos. Por primera vez, Zarauz lo miró, y tenía en los ojos un brillo de niño divertido.

***

Cuando ya notaba el ligero aroma de la cápsula y la sensación de plástico del recubrimiento en sus labios, Beatriz Alsina se percató de que su móvil, en el otro extremo de la habitación, estaba vibrando y reclamando su atención. A estas horas, en ese día, solo podía ser una persona: su madre. Algo podía estar ocurriendo con su pequeña. Algo grave que obligaba a que la *amona* tuviera que llamarla de madrugada… Quizás habían tenido que ir a urgencias por una indigestión, por fiebre… Volvió a mirar la pastilla. Si se la tomaba, le haría efecto en minutos. Si se la tragaba, fuera lo que fuese que pasara con su pequeña ya no podría ser asunto suyo nunca más. El primitivo instinto materno empezó a abrirse paso. Pero… Pero cogerlo, ocuparse de su hija en aquel momento, podía echar al traste todo el plan. A largo plazo, eso sería mucho peor para su niña. Volvió a acercarse la pastilla a la boca.

***

Sin mediar palabra, Iñaki Arresua cogió el cuello del culpable del infierno que Beatriz Alsina estaba viviendo aquella jornada, y muchas jornadas anteriores. Le golpeó en la sien con una fuerza que hasta a él

mismo le sorprendió, destrozándole las gafas y abriéndole una buena brecha. Zarauz puso sus manos en el brazo con el que Iñaki le agarraba del cuello, pero aparte de eso no hizo ningún intento de contraataque, más allá de su sonrisa traviesa.

—Vale, hijo de puta —escupió Arresua—. Nos lo vas a contar todo, incluyendo quién mueve tus hilos.

Volvió a golpearle para borrar su sonrisa, y el único cambio que logró fue que esta quedase pintada de rojo oscuro.

—Te has equivocado —le dijo Zarauz con su voz de encantador de serpientes—. Yo soy el titiritero de mi propio ventrílocuo. Porque… ¿es el ventrílocuo el que maneja al muñeco, o es más bien al contrario? O quizás sea una unión, una simbiosis entre ambos. Carne y cartón unidos por la increíble sensación de control, el poder de convencer a los demás de tus ideas anulando las suyas. —Zarauz tuvo que escupir sangre en este punto, ni siquiera intentando el gesto de adornar el rostro de Iñaki. No le hacían falta ese tipo de desafíos.

—¡Ding, dong, se acabaron las chorradas y es hora de hablar! —Iñaki volvió a golpearle de nuevo—. ¿Quiénes son tus cómplices? ¿Quiénes están contigo detrás del juego de la mazmorra? ¿Por qué vais a por mí? ¿Por qué Laura Olmos y su madre? ¿Dónde está Sara Atxaga?

Zarauz seguía sonriendo pregunta tras pregunta, golpe tras golpe, ahora con un diente menos. Iñaki miró a Luis, que a su vez miraba a todos los lados. Notaba su miedo, pero no el de Zarauz. Zarauz no parecía conocer el miedo, ni ser capaz de sentirlo. El castillo se desmoronaba.

—No solo sus ideas —siguió enumerando el Adversario ignorando la lluvia de preguntas y el granizo de golpes—. Incluso anular sus instintos más primarios. El instinto de supervivencia. Es fácil, solo has de cultivar otros instintos. El instinto maternal, por ejemplo, ¿sabes? Y solo necesitas dar un incentivo en forma de dolor continuo y sin tregua. Convencerlos de que es la única manera de que ese dolor se termine. Aunque seas una chica en la flor de la vida, con una niña pequeña que criar y un nuevo trabajo prometedor en el que tu jefe te da toda la responsabilidad y un buen sueldo. Un jefe que la considera como una hermana pequeña. Alguien en la flor de la vida. Incluso esa clase de personas pueden ser tocadas, moldeadas. ¿Qué ocurre, Arresua? ¡Te veo mala cara!

—¡Maldito hijo de puta! —Golpeó de nuevo a Zarauz, pero ya no volvió a preguntarle. No había más cuestiones que hacer.

—Tic, tac, tic, tac…

—¡¡Policía!! ¡¡Estamos deteniendo a un sospechoso!! —oyó decir Arresua a Luis.

Una pareja salió corriendo asustada del túnel ante la advertencia de Luis, que agitaba la placa que le había devuelto Iñaki tras los primeros golpes.

—Joder, Iñaki, date prisa, no vamos a poder contener esto mucho tiempo —le apremió Luis.

—¿Qué le has hecho, hostias? ¿Qué le has hecho?

—Soy el jodido celestino de la parca —rio Zarauz mostrando un arco irregular y rojizo, con dientes que se amontonaban de manera irregular—. Siempre le consigo alguna pareja. Tic, tac, héroe…

—¡Iñaki! —le zarandeó Luis—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—Estamos a diez minutos en coche de su apartamento, y eso si vais a toda leche —anunció Zarauz con solemnidad—. Pasan siete minutos de la hora pactada con ella para que se tomara la pastilla que acabaría con todos sus dolores. Este es el trato: si os piráis sin mirar atrás, la llamaré para distraerla. Y no pienses que haciendo tú la llamada conseguirás detenerla. Si no lo ha hecho todavía solo me cogerá el teléfono a mí, a su ancla emocional, a su guía, a aquel a quien conoce como el «doctor Serna», aquel que la comprende y la ha tratado de una enfermedad creada especialmente para ella... y para joderte a ti. Supongo que ya te has dado cuenta a estas alturas de que no vas a conseguir nada de mí a golpes. Pero no me apetece que me detengan, ni entrar en el radar de la policía, en el supuesto improbable de que os crean y logréis alguna prueba. Creo que ya he demostrado todo lo que tenía que demostrar. Este es el trato. Repito: no habrá más oportunidades.

—¡Iñaki! ¡Veo luces de coches patrulla en el paseo! ¡Puede que la pareja haya llamado a la Ertzaintza!

—Ya te pillaré, hijo de puta. Voy a salvar a Bea, pero ya te pillaré.

Y haz esa llamada. Si Bea muere, no habrá lugar donde te puedas esconder.

—Tic, tac, héroe… —repitió Zarauz.

***

Los vio alejarse por el extremo de Ondarribia mientras se limpiaba la sangre con el periódico del festival. No iban a haber más periódicos para él, ni más jornadas maratonianas de pantalla en pantalla. Tocaba desaparecer, y durante un buen periodo de tiempo. Pero antes quedaba una cosa por hacer. Se palpó el bolsillo. ¿Había perdido el móvil? No, allí estaba, pero con la pantalla algo quebrada, por efecto de alguno de los golpes o el forcejeo. Lo encendió, y la pantalla mostró el familiar logotipo de la manzana. En unos pocos segundos debía acceder al menú principal y a la petición de desbloqueo, pero ese lapso parecía alargarse más de lo acostumbrado. Quizás…

Aitor Zarauz, mientras las luces centelleantes de la policía se alejaban, esperó a ver cómo el destino decidía su siguiente paso.

***

Un vehículo de la Guardia Civil derrapando por las tranquilas calles de Donosti no era algo que pasara desapercibido. Cuando dejaron atrás el túnel paralelo al Miramar hacia el Antiguo, un coche patrulla de la Ertzaintza iba tras ellos, con probabilidad pensando que les iba a servir de apoyo en la supuesta emergencia a la que estuvieran acudiendo. De hecho, quizás los miembros de la Policía Vasca se estarían preguntando si el vehículo de la Guardia Civil al que seguían estaría persiguiendo a su vez a aquellos que habían originado el aviso por altercados en el túnel de Miramar; incluso podría ser que, en una decisión algo precipitada, se hubieran decantado por seguirlos en vez de comprobar por sí mismos *in situ* cuál era la situación en el pasaje.

Todo eso no ocupaba los pensamientos de Iñaki mientras Luis conducía a toda velocidad; un Luis consciente de que quizás el acudir al rescate de Beatriz Alsina, aun con el inasumible riesgo de pérdida de esa vida, era una oportunidad perfecta para montar una coartada que pudiera explicar todo lo ocurrido aquella noche; habría agujeros, pero estaba convencido de que Zarauz no iba denunciar la agresión. Podría explicar todo lo ocurrido como el intento de salvar una vida

tras una llamada angustiada.

Mientras la historia a contar iba tomando forma en la mente de Luis a la vez que conducía y se saltaba semáforos, la de Iñaki solo tenía una pregunta, una pregunta ansiosa e impotente, mientras su dedo índice se posaba sobre el nombre de Beatriz Alsina, temblando como si fuera a apretar un gatillo sin vuelta atrás.

—¡Llámala! Ese hijo de puta no va a cumplir su promesa. ¡Llámala! —exclamó Luis saliendo de sus propias cábalas.

—Yo…

Iñaki nunca se había sentido tan dubitativo, con tan poca confianza en sí mismo; él también, con todo lo firme que se creía, con ese marco de granito que se suponía que poseía, también había sido afectado por el virus Zarauz; si llamaba y lograba contactar con Bea, iba a ser para él una mala noticia: no tenía ni puta idea de qué decirle, de cómo convencerla, de cómo hacer que la creyera. No sabía si la conocía en realidad, de si había sido capaz en esos meses de preocuparse de verdad por ella. Sin embargo, Zarauz gozaba de su ciega confianza. Si cumplía de verdad su promesa, si la convencía de que todo había sido un complot… Si él llegaba a ser un impedimento para que Zarauz cumpliera su parte del pacto y desactivara la bomba psicológica que estaba a punto de estallar… Si lograba contactar con Bea, pero ella daba el paso de todas formas…, no se lo iba a perdonar jamás. Pero si no hacía nada y Zarauz la dejaba morir…, tampoco.

—¡Llámala! —insistió Luis.

Iñaki volvió a mirar la pantalla, con el nombre de Bea flotando en ella, esperando su decisión.

***

Desde donde se encontraba, Beatriz Alsina pudo ver cómo el móvil, que se había callado durante unos segundos, volvía a llamar su atención con sonidos, vibración y un haz de luz intermitente en la pantalla que iluminaba el oscuro techo de su habitación. Era la cuarta vez, algo grave debía de estar pasando. La pastilla, pospuesta durante esos pocos minutos, seguía en la palma de su mano. Beatriz Alsina descubrió que su instinto maternal había rasgado su muro de decisión y estaba metiendo la mano, espoleándola. Se levantó como pudo, con

la pastilla en la mano. Sus movimientos eran torpes, punteados por un dolor que cada vez era más agudo, estallando como granadas de mano con trozos de metralla que en cada explosión se repartían por todos los rincones de su cráneo, volviendo a fragmentarse cada vez. Cuando solo había andado unos pasos, nuevos fogonazos la golpearon en la cara. Pero en esta ocasión era distinto. Las deflagraciones no estaban ahora dentro de ella, sino fuera. Sí, estaban dando patadas a su puerta. Oía voces, gritos… Se estaba volviendo loca. Casi por instinto, con el color negro del dolor cerrando las cortinas de sus ojos, Beatriz Alsina se tragó la pastilla roja que llevaba en su mano. Ya no pensaba en nada, ya no concebía nada…

Una vez pasó la píldora roja por su garganta, como si se tratase de la pastilla mágica de Orfeo, el dolor cesó, aunque no el mareo, ni los golpes ni las voces, cada vez más apremiantes. Intentó ir a la puerta, pero justo al llegar donde estaba su teléfono sintió que la cortina negra descendía de manera inevitable. Mientras caía, su última imagen fue la de la pantalla de su móvil: las llamadas perdidas eran de Iñaki Arresua. Quizás por eso, puede que solo por un engaño de un cerebro que se apagaba, le pareció verlo abalanzándose hacia ella, como imagen final antes de que bajara el telón de la consciencia.

***

El sistema operativo del *smartphone* de Zarauz, tras muchas vacilaciones, le permitió entrar en la web de citas y enviar un mensaje a su amada «MissDanvers73», amada a juzgar por la larga ristra de diálogos mantenidos, pero con una foto tan falsa como su relación con el Adversario.

«Miss Danvers, me voy por un tiempo. Mi tapadera se ha roto», escribió Zarauz. «Puede transferir los fondos por los últimos servicios de la manera acostumbrada. Acudiré a la reserva y cambiaré de paisaje y de campamento base».

MissDanvers73 no tardó en responder:

«¿Te vas? ¿Y la Olmos? Ha estado a punto de localizarme hoy».

«Eso caerá por su propio peso. Ya lo leeré en los periódicos. Y dentro de un tiempo, años quizás, volveré a su vida. No la voy a olvidar», tecleó Aitor.

«¿Seguirás con nuestros otros asuntos?».

«A menor escala. Y, Miss Danvers, un consejo que a la vez es una disculpa…».

«¿Sí?».

«Tenga mucho cuidado con Arresua. Puede que su ancla emocional con Laura Olmos fuera menor de lo que pensábamos, pero ahora lo hemos cabreado de verdad».

Parte II

Hoy

CIUDAD DE LA JUSTICIA, VALENCIA

VIERNES, 20 DE OCTUBRE DE 2023

Hoy las paredes le resultan hostiles, como todos los días. Al igual que los suelos, los techos altos del *hall*, el rostro de vidrio que muestra el frontal del edificio; las largas colas para pasar, un día más, el arco de seguridad…, o la prensa apostada en la entrada que intenta arrancar declaraciones, fotografiando y filmando sus rostros contritos para diagnosticarlos después.

Y una vez dentro, vuelven otra jornada más las voces, el marasmo de conversaciones inconexas, algunas a pleno pulmón, que generan un eco que reverbera en los altos espacios del inmueble. Laura mira hacia arriba, y sin saber el porqué, su mente ve los fantasmas de altos hombres con fusiles apostados en los pasillos de los pisos superiores, apuntando a unos prisioneros que esperan su ejecución en un foso lleno de maceteros y entradas a nuevos laberintos: el Servicio de Orientación Jurídica, el Decanato, el Registro Civil, los juzgados…

Hoy brilla un sol espléndido en Valencia, pero allí el ambiente es frío; siempre lo es, al igual que lo es el de un hospital. Es un frío que exuda del miedo, del temor respetuoso y razonable que siente un ciudadano cuando se acerca a la Administración de Justicia, cuando su vida intersecciona con una entidad cuyas decisiones afectan a su libertad y patrimonio, elementos inherentes al propio individuo.

¿Qué día es hoy? Es el treceavo del juicio contra la madre de Laura, sin contar los días previos de selección de jurado. Pero no es un día más, es el más importante, el día clave. Aquel por el que ha suspirado toda la prensa de sucesos y las reinas y reyes de la mañana catódica: es el día de la declaración de la señora Olmos, la única imputada por el incendio premeditado de su piso de Torrent, según el escrito del Ministerio Fiscal al que se han adherido las acusaciones particulares personadas, con la intención de materializar su inquina hacia ciertos vecinos de su comunidad de propietarios. Gregorio Rodríguez, el

abogado estrella del proceso que ha venido alternando sus intervenciones en el estrado con sus apariciones televisivas, está razonablemente satisfecho con el devenir del proceso, en el sentido mediático de la palabra «satisfecho». A Laura siempre le ha dado la impresión de que ese es el único objetivo del letrado, mucho más allá de limpiar el nombre de su defendida. Gregorio siempre ha tomado como aceptable un veredicto de culpabilidad que reconociera que la señora Olmos no está en sus cabales, y confía que el jurado seleccionado haya tomado buena nota de ello durante los meses de instrucción, cuando aún ni siquiera sabían que iban a ser seleccionados. Por eso su cosecha en el procedimiento de cribado ha intentado ir en esa dirección: una enfermera, una mujer de la edad de la madre de Laura, un parado con tiempo para ver la tele… Esas han sido algunas de sus victorias frente a las elecciones del fiscal Maldonado, cuyo perfil favorito es el de personas rectas y justas con préstamos que pagar, miembros de parejas jóvenes y con niños pequeños que puedan empatizar no con la pirómana ni su estado mental, sino con el hecho de quedarse sin techo con largos años de hipoteca por delante.

Esa lucha encarnizada ha quedado en unas ciertas tablas, y la estrategia de Maldonado, para la contrariedad inicial de Laura, es centrar en el estado mental de su madre su estrategia, en vez de en un tercero. Un tercero denominado el Adversario, o Aitor Zarauz. Zarauz ha desaparecido, está en paradero desconocido desde hace semanas, no existen las suficientes pruebas contra él, y lo mejor que cabe esperar es que a su madre la declaren culpable, pero eximiéndola de responsabilidad penal; que la encierren en una institución psiquiátrica, otra vez. Laura tiene claro que eso acabará consumiendo a su progenitora, manchando además de forma injusta el nombre de una inocente, de una víctima, una más. Iñaki Arresua también está desaparecido para el mundo desde aquel día en el Festival de San Sebastián, un mundo al que su primo, Joseba y Luis han vuelto para seguir con sus cometidos habituales en la Guardia Civil. Con Raquel, la investigadora, ha perdido el contacto, perdida aquella a su vez en nuevos encargos. Quizás sintió como propio también el fracaso de localizar a Sara y detener a Aitor Zarauz, o es su decepción con Laura por haber llevado la operación encubierta haciendo caso omiso a su oposición.

Los meses y el procedimiento han seguido su curso desde aquellos días en los que estuvieron a punto de detener a Zarauz y desmontar toda la trama que había llevado a tantos inocentes, a tantas víctimas, a quitarse la vida. Y entre cuyas bajas de combate se contaba a su

amiga Sara Atxaga, también oficialmente desaparecida.

Por eso hoy es un día tan importante.

Para sorpresa de muchos, incluyendo la de la jueza que llevó la instrucción y que terminó quedándose con el convencimiento de que su madre estaba loca, la psiquiatra forense la ha considerado apta para declarar, pese a lo ocurrido en las primeras fases del procedimiento, en las que la señora Olmos pareció más un cadáver que una persona en su comparecencia como investigada, meses atrás. Eso no es muy conveniente para la estrategia de la defensa: siendo apta para declarar, lo que diga en el estrado será tomado muy en cuenta por el jurado. De hecho, todo lo que ocurra en el estrado será tenido muy en cuenta por los nueve heraldos de la Justicia, y por la prensa que abarrota, ese día más que nunca, la pequeña sala de vistas.

Y también, por eso, hoy es un día crucial.

Laura observa que su madre parece mejor, más animada, más dispuesta. Así ha sido los días previos, en las primeras jornadas del juicio. Cuando volvían a casa comentaba las jugadas con ella y su abogado como si se tratara de un partido de fútbol. Pero a veces su luz se apaga, sin venir a cuento, como si alguien le diera a un interruptor simplemente porque sí. En esos momentos ella parece ser su propia cárcel. Y Laura no sabe en qué casilla de la ruleta estará cuando le toque declarar en un par de horas.

Han llegado pronto, y ven a Gregorio y al procurador acercarse con paso apresurado. El abogado ya lleva puesta la negra toga de faena, ondeando al viento como una capa. Sujeta un pequeño maletín con una firmeza que haría pensar que todas sus posesiones están en su interior. Jorge camina a su lado, sosteniendo a duras penas varios archivadores.

Los saludos son cortos, más de gestos que de palabras. Laura observa que su madre reacciona, y se alegra por ello. Luego se fija en la cola del arco de seguridad y distingue un rostro conocido: el de su exjefa, Gloria Escoriaza, que la saluda con la mano, empleando un rictus que no sabe si debe ser alegre o triste. Quizás lo sea todo a la vez, como un arlequín. No muestra los dientes en esa sonrisa, solo los finos labios reconociendo su presencia con su curvatura. La llamó algunos días atrás, hablaron durante más de una hora: comenzaron la conversación con insultos y reproches mutuos, como dos hermanas que se reconcilian en la cena de Nochebuena; Gloria reprochó a Laura

su poco compromiso y parcialidad, su falta de profesionalidad; Laura a Gloria su escasa empatía, su nula comprensión de la situación que estaba pasando con su madre. Su pobre fe en ella ante las acusaciones de mala praxis por el suicidio de la señora Dolores. Ambas lloraron; Gloria le ofreció a Laura volver, a lo que la psicóloga adujo que su incipiente consulta privada en Valencia comenzaba a dar sus frutos, y que se iba a establecer de nuevo en la capital del Turia, porque su madre la necesitaba.

Pero Laura sí que pidió un favor, un favor por sus años de amistad: que estuviera allí el día de la declaración de su madre, que la apoyara, que la ayudara con su progenitora si se encerraba en sí misma, si las cosas iban mal. Que ejerciera de amiga ese día. Que tomara un maldito avión, haciendo *tetris* con su locura de horarios si hacía falta, pero que estuviera ahí, con ella. Gloria aceptó, y tiene que reconocer que, en efecto, ahí está, poniendo su móvil y su bolso en una bandeja antes de pasar por el arco. Lo hace sin que el sistema emita queja alguna.

Las dos (¿amigas?, ¿examigas?, ¿enemigas?) se funden en un abrazo, abrigo con abrigo. Los testigos son la madre de Laura, Jorge y Gregorio, ya con gesto impaciente y deseando subir de una vez a la reunión con la jueza. Jorge parece recordar algo de repente, apoya los archivadores en una de las mesas repartidas por todo el *hall* y saca algo de su propio maletín, que sostenía con un solo dedo y ya le ardía, para poder sujetar los expedientes con ambas manos: es un folio escrito con lo que parecen dos copias. Gregorio pone cara de fastidio, como si el procurador hubiera cometido un olvido imperdonable, y los firma mientras mueve la cabeza.

Laura y Gloria se han separado. Laura es la primera en hablar:

—Gracias por venir.

—Era lo menos. ¿Cómo está tu madre?

—Hoy está bastante bien —dice Laura mientras se vuelve para mirarla, como para confirmar que la realidad no rompe sus palabras —. Pero con ella, cualquiera sabe… Me alegra que estés aquí, de verdad. Me alegra mucho.

—Laura, yo…

Ella la interrumpe:

—El otro día ya nos lo dijimos todo por teléfono, no te preocupes.

—Ya, pero quiero decírtelo en persona. Siento muchísimo lo ocurrido y cómo te he tratado en ciertos momentos. Hay cosas que no puedo creer, que me niego a creer, pero hay otras que no me cuadran y para las que no encuentro explicación. Y la mayor de ellas es la desaparición de Sara. No hablamos sobre Sara el otro día, en parte porque era un tema ante el que no sabía cómo ibas a reaccionar, o si me ibas a colgar el teléfono cuando estábamos encarrilando las cosas. Ahora que puedo mirarte a los ojos, puedo ser sincera: pensaba que Sara era inestable, que se había ido porque no soportaba la presión. Ya sabes que teníamos nuestras diferencias, que no soportaba ese humor suyo y que la aguantaba por ti. Pero ya no creo que se fuera de manera voluntaria. Creo que puede existir ese Adversario del que hablas.

Laura tiene que contener una arcada, tiene que apretar el abdomen para no vomitar el apresurado café de la mañana que es el único habitante de su estómago, además de la bilis ácida que brota al pensar en lo ocurrido con su amiga. Pero se recompone.

—No quiero hablar de Sara, hoy no. Pero gracias, de verdad. Hagamos lo que podamos y a ver si, por lo menos, logro salvar a mi madre.

Gloria le pone la mano en el hombro. A Laura le quema.

—Claro que sí.

Gloria dirige su atención al resto de presentes y a lo que ocurre a su alrededor. Mientras lo hace, se quita el abrigo, dejando ver un ajustado jersey rojo que muestra a las claras su busto. Lleva falda negra, que le sienta como un guante, larga hasta más allá de las rodillas, y unas botas altas, pero sin mucho tacón, también de color negro, que hacen que no muestre un centímetro de piel más allá de su cabeza y sus manos. Lo que a Gloria le dice su mirada en derredor es que hay un corrillo de periodistas pendientes de ellos. Se fija en un hombre mayor y alto, el abogado que ha visto por la tele, y que la mira con cara de pocos amigos. No se lo toma como algo personal, porque parece mirar al chico con aspecto tímido que está a su lado —probablemente el procurador o un pasante, piensa Gloria— con la misma hostilidad. Y lo mismo con Laura y su propia clienta. El chico de los papeles, para satisfacción de Gloria y su orgullo, parece haberse

ruborizado al vislumbrar el color rojo de su jersey.

Gregorio no se molesta en presentarse, ni da pie a que Jorge haga lo propio.

—Laura, tenemos que subir ya a hablar con el juez y con el fiscal.

—De acuerdo —contesta Laura con un nudo en la garganta. En ese momento, se ve sola e incapaz de gestionar la situación. Echa de menos a Sara, a Joseba. Incluso a Iñaki, pero sobre todo a los dos primeros.

—Hola, Mari Carmen —saluda Gloria a la señora Olmos con una sonrisa y un beso en cada mejilla, que Gloria nota heladas, como si besara a un cadáver amortajado—. ¿Cómo estamos de ánimo hoy?

La madre de Laura responde con una sonrisa cansada.

—Pues bien, bonica, a ver qué pasa hoy.

—Yo te veo muy bien —observa Gloria con voz alegre—. Te veo en plena forma.

Mari Carmen Olmos comienza su habitual retahíla, a la que Laura está tan acostumbrada; habla sobre sus tiempos de atleta y de gimnasia, de sus marcas en los ya lejanos años setenta, antes de quedarse embarazada, en cómo si se pusiera de nuevo en forma podría poner en apuros a muchos jóvenes… Parece olvidar de repente dónde están y por qué están allí hoy. Eso, piensa Laura, es bueno y malo a la vez. Le sabe mal interrumpirla, pero al final lo hace:

—Vale, si os parece —propone Laura a Gloria y a su madre— vamos a la cafetería de arriba mientras esperamos, estaremos más tranquilos.

Allí suben, al cuarto piso, una cafetería-restaurante no conocida por la mayoría de los usuarios de la macrosede judicial, pese a que sus paredes son transparentes y dejan ver desde los pasillos circundantes el trasiego de los camareros yendo de mesa en mesa. A esa hora, de hecho, está casi vacía.

Mientras Gloria y su madre tienen una conversación trivial que no puede llegar a captar, Laura representa en su cabeza la escena que cree que está ocurriendo justo bajo sus pies, en el piso inferior. Se

imagina el despacho del juez sentenciador, que ha tomado el relevo de su compañera instructora, aunque nunca ha estado en él. Es muy probable que la imagen que se representa esté extraída del *atrezzo* de alguna película española que se ha agarrado a su memoria; el juez ha recibido a Gregorio y a Jorge sin la toga y con la corbata en el perchero. No quiere sentir su nudo con antelación: antes de ser magistrado no le gustaba llevar corbata ni en las bodas, y ahora que no tiene más remedio, procura hacerlo lo menos posible. O eso deduce Laura de las numerosas veces que, en su imaginación, se toca la nuez y estira el cuello durante las sesiones. El fiscal Maldonado ya está allí, apoyado en su bastón mirándolos como si fuera un pitbull que se piensa si se abalanza o no sobre su presa. Es como una parte del mobiliario del despacho, como si lo hubieran instalado allí antes incluso que el escritorio del juez. Imagina también la cara ceñuda, con ojos inyectados de justa ira, de su abogado. A Jorge tendiéndole con timidez el escrito de nuevas pruebas que van a plantear en base a hechos nuevos posteriores al escrito de proposición probatoria previa al juicio; ve con claridad, como si se tratara de una película proyectada en su entrecejo, cómo el fiscal Maldonado golpea el suelo con su bastón, oponiéndose de manera teatral a las sorpresivas y torticeras, según afirma, estrategias de la defensa, todas diseñadas para librar a su clienta de una segura sentencia que declare su culpabilidad.

Siente en su cabeza el eco de la argumentación del letrado, exponiendo la necesidad de la práctica de esas diligencias a la luz de los nuevos hechos probados, y en especial la nueva declaración testifical solicitada. Puede ser clave para la resolución del caso, dice.

«Eso lo dudo mucho, letrado», escucha responder a Maldonado. Ya no está en esa cafetería junto a Gloria y a su madre, es un fantasma de Navidad en el despacho del juez.

«¿De verdad quiere que me lea todo esto antes de entrar en sala?», inquiere el juez.

«Es necesario, señoría», responde el abogado. Y añade: «No puede ser maestro de alfareros sin esperar tocar el barro, señoría».

La frase solo está en la cabeza de Laura; quizás la ha leído en algún libro, o en algún artículo de prensa, pero en su fantasía el aplomo con que se pronuncia convence al magistrado y este lee el expediente.

***

El rollo de celuloide que pasa solo por sus ojos se quema a mitad de fotograma con el sonido ascendente de una campanilla, y Laura vuelve a la realidad. Hay dos mensajes entrantes en el teléfono, los dos de Gregorio. Laura lee el primero:

«Bajamos ya, comenzamos el juicio en quince minutos».

—Bueno, mejor pagamos y vamos yendo —anuncia Laura con una sonrisa de circunstancias, la típica mueca curva y asustada del que está a punto de entrar en la consulta del dentista.

Las mujeres se levantan. Laura se guarda el móvil en el bolso. Lo que no les comunica a sus acompañantes es el contenido del segundo mensaje:

«El juez ha aceptado la testifical».

***

El juez todavía no ha entrado, el fiscal tampoco. Solo el letrado y el jurado ocupan ya sus posiciones. La sala se queda claramente pequeña para toda la expectación que alberga. Expectación que se manifiesta en unos asientos del público copados por la prensa, y los pocos huecos que esta ha dejado son trozos de madera peleados por los escasos ciudadanos no enviados por el cuarto poder. Es una curiosidad que se expande y rebota por el, en apariencia, sacrosanto entorno judicial, cuya presumida solemnidad se ve sustituida en días como esos por la atmósfera de un mercado persa, o de una final futbolística.

Laura se ha quedado sola con su madre, ha logrado apartarla de todo el bullicio. Algunos las miran con curiosidad, pero allí están, dos de las actrices principales de la obra rascando entre bastidores los minutos previos, a la espera de que llegue el resto del elenco. Allí están, con las manos entrelazadas. Nadie las enfoca en ese momento con el ojo de una cámara, y susurran esperando que sus voces no sean registradas. Su suerte es que los enviados de periódicos, radios y televisiones (la mayoría locales, pero hay alguna nacional) no han querido quedarse sin sitio en la sala de vistas, en una especie de «tonto el último» que les regala unos instantes de libertad. De hecho, ni la propia Laura ha tenido muy claro el poder llegar a entrar. Gregorio se ha enfrentado con la prensa, raro en él, por no dejar ni un sitio libre, siquiera para la hija de la acusada. Al final una enviada de una

televisión local le ofrece un sitio, más por la oportunidad de que la filme su compañero que por auténtica compasión. A Laura le vale, quiere estar allí, con su madre. Pero no le convenía llegar demasiado temprano.

Gloria vuelve del baño y se encuentra con el panorama de que no hay sitio para ella.

—No te preocupes, Gloria. Quédate aquí fuera y espéranos. Creo que nos vendrás bien cuando salgamos —le pide Laura; su amiga asiente como respuesta, y se aparta dejándoles espacio para que hablen. Se sienta a unos metros, cruza las piernas, desbloquea el terminal y parece consultar sus mensajes.

***

Laura clava la mirada en su madre, que está cabizbaja. El ambiente es frío, pero las palmas de ambas están calientes, como si ese calor se alimentara de su contacto. Laura nota que las manos de su madre tiemblan, pero son tan suaves como las que recuerda de niña. En realidad, en su infancia tuvo muy poco contacto físico con aquellos que supuestamente la querían. Con su padre era difícil debido a su ausencia, pero su madre la abrazaba muy poco, la confortaba muy rara vez. Ni siquiera tenía que consolarla tras una caída, porque jamás dejaba que se arriesgara: nunca podía trepar, ni subir ni correr ni saltar. Era una niña en una jaula invisible, con todos los miedos que regalan los padres, y con algunos más: no corras que te caerás, no nades porque se te cortará la digestión, no saltes que te romperás los morros, no te tires a la piscina de cabeza que te partirás el cráneo… No, no, no… Eran tantas acciones y había tantas consecuencias que Laura tuvo que superar la necesidad de analizar cada cosa que hacía antes de atreverse a dar un paso. Por ello coqueteó en su adolescencia, tras el ingreso de su madre, con trastornos obsesivo-compulsivos que, de manera sorprendente para la evolución de esas dolencias, superó al llegar a la edad adulta. Pero corrió un auténtico riesgo de que aquello se hiciera crónico, de tener innumerables rituales diarios cuyo incumplimiento le traería una agonía dolorosa y constante, a pesar de saberlos absurdos y sin fundamento. Esa contradicción, la de esa cárcel en la que sabes que lo que haces no tiene sentido pero a la vez no puedes evitar hacerlo, es una tortura para aquellos que caen en ese bucle de por vida, con un pronóstico de curación muy remoto. Eso es de lo que, por los pelos, había escapado Laura, pero se daba cuenta de que era uno de los motivos por los que guardaba ese rencor sordo a su

progenitora.

Pero Laura vuelve a recordar, y ya lo ha hecho innumerables veces aquel día, que todo eso no importa. Que su madre es una víctima del mismo asesino que ha eliminado a Sara, y al menos a una de sus pacientes. Y que, si su madre flaquea ese día, si todo falla, será como una bala disparada por ese criminal atravesando su esternón y alojándose en su pulmón, como si la sangre la ahogara y solo pudiera balbucear y escupir hilos de hemoglobina. No piensa permitirlo ni va a abandonarla. Todo acaba ese día, el juego termina, y no en tablas: será en jaque mate.

—Mamá, escúchame. Mírame.

Mari Carmen Olmos lo hace, mira a su hija, y Laura percibe un brillo que no ha estado ahí durante más tiempo del que puede recordar. Es el brillo de la decisión y la lucidez, el que a lo mejor apagó cada golpe de la vida de su madre, y cuyos rescoldos terminaron de apagar las pastillas que le daban en el sanatorio. Laura se pregunta qué maldición hizo que su madre pasara gran parte de su vida cuerda, para luego caer en las fauces de la monstruosa esquizofrenia. La esquizofrenia, algo tan aterrador como la pérdida de tu identidad, de ser incapaz de discernir si las voces y las imágenes que te asaltan son o no reales. Un mal viaje sin regreso donde el único billete de vuelta te lo ofrece el bombardeo de unos medicamentos y tratamientos que, en vez de devolverte tu propia personalidad coherente, te dejan un vacío que recubre tu propia piel.

Todo eso, por supuesto, lo averiguó Laura más tarde, con los años, con los estudios. La psiquiatría y la psicología eran enemigas acérrimas, cada una denostaba a la otra, pero los discípulos de ambas tenían que conocer bien las alteraciones de la mente y su clasificación. Laura, era inevitable, se interesó por la esquizofrenia que había condicionado su infancia y adolescencia. Durante muchos años sintió auténtico odio por su madre. No solo por cómo la había dejado sola, sino por el pavor a acabar igual que ella. Un temor que no terminaría hasta estudiar la enfermedad mental y saber que no era contagiosa, ni tampoco hereditaria.

El terror desapareció, y el odio, pero el rencor se resistía a hacerlo.

Pero hoy, en la Ciudad de la Justicia de Valencia, Laura retrocede a los tiempos de normalidad de su madre, aquellos buenos tiempos de su temprana niñez, antes de que empezaran las cosas raras y Mari

Carmen Olmos estuviera siempre asustada; antes de que, y eso sí que era contagioso, transmitiera ese pulsante estado de alarma a su hija.

—Laura, lo siento muchísimo. Siento la vida que te di, la infancia que te ofrecí. No era yo, nunca fui yo. Pero no lo sabía, no podía saberlo.

—Mamá, escucha, por supuesto que no podías saberlo. Estabas enferma, no podías evitarlo, igual que el enfermo de gripe no puede no tener fiebre. Tú no lo elegiste.

Mari Carmen asiente. Laura es la que estaba a punto de derrumbarse, pero su madre está sólida y firme como un rompeolas.

—Es cierto… Pero la vida que te di… Lo único que quiero que sepas es que ni la enfermedad ni su tratamiento hicieron desaparecer el amor que yo sentía por ti. Pero tenía miedo… A veces recobraba algo de lucidez, y tenía miedo de hacerte daño, de perder el control y hacer algo… Luego lo olvidaba, pero a veces… A veces recordaba. Por eso me tuve que alejar de ti. Por lo mucho que te quería…, incluso cuando me curaron. Incluso entonces, tenía ese miedo. Palpitaba, me susurraba… A veces no sabía si había recaído, porque la voz de mi conciencia era más fuerte todavía que las voces de mi locura. A lo mejor es que el miedo es infeccioso, y cuando lo padeces durante mucho tiempo se vuelve un ser vivo, algo que habita dentro de ti, y es lo que llaman enfermedad mental.

Ambas se abrazan con fuerza, sin que sobreviva un centímetro de aire entre ellas. Laura nota el olor a lavanda y a jabón de Marsella, y no sabe discernir si es que su madre huele así, tal y como lo hacía cuando era pequeña, o si ese aroma es un eco del recuerdo de su pasado.

En ese momento solo sabe que la quiere, y se lamenta por todo el tiempo que han perdido y no han pasado juntas. Siente la necesidad de abrazarla, experimenta una sensación de pérdida que la abruma. Se entristece por las riñas, por las malas caras que le ha puesto, por todas las discusiones tontas, por haberla abandonado durante tanto tiempo, por haberla hecho la presa fácil de un desalmado. Piensa que se ha dibujado una desgraciada simetría en sus vidas: ambas se han abandonado la una a la otra, y no se han recuperado hasta el momento de mayor necesidad.

«Pero ella te abandonó porque estaba enferma. ¿Cuál es tu excusa,

Laura?», se reprocha a sí misma.

—No te puedo reprochar que me abandonaras —le dice su madre como si le leyera el pensamiento—. Tenías que hacer tu vida. Es lo que tienen que hacer todos los hijos. Mi error fue intentar llenar ese vacío de forma equivocada. Sabía que no te podía reprochar nada, así que vendí mi alma al diablo para llamar tu atención, como si fuera una niña pequeña. Pero también lo hice para salvarnos. ¿Puedes entenderlo?

—Mamá, hoy vamos a acabar con ese diablo. No van a hacer daño a nadie más.

—Cariño, voy a sentarme ahí a declarar y voy a contar lo que hacen esos hijos de puta a la gente.

—No van a salir de esta, mami.

La frente de Laura toca la de su madre y también siente su calidez. No desea despegarse de ella, pero sabe que no tiene más remedio. Que la bola de nieve sigue avanzando y deben seguir corriendo. Duda si decirle algo más. Abre la boca, pero no le salen las palabras. Nota que alguien alcanza su hombro.

La última sesión del juicio contra su madre va a comenzar.

***

Laura piensa, mientras su madre escucha las instrucciones del juez puesta en pie, que ese día todo el mundo se va a quitar las máscaras, como en el final de una obra de teatro griega. Su madre vuelve a ser su madre, y asiente con firmeza cuando el juez le recuerda que no tiene obligación alguna de decir la verdad a la hora de declarar. Ha desaparecido en ella ese caparazón que se había creado ante los demás, como el de una crisálida que no quiere saber nada del exterior. Su madre ha escuchado durante el juicio cómo los testimonios de sus vecinas y del médico forense la retrataban como una enferma mental. Eso sí, los primeros asegurando, a preguntas del fiscal Maldonado, que era una loca peligrosa, un polvorín vigilado por un guardián fumador que, finalmente, se había dejado un cigarrillo encendido al final de su turno. Y que, de manera inevitable, había terminado estallando. Por el contrario, la médica forense a quien había recurrido el juez para analizarla da cuenta de la cara más depresiva de la acusada, sin

descartar que en su estado maniaco hubiera intentado llevarse a sus vecinos por delante, tras amenazar a una de ellas.

***

Así están las cosas en aquella jornada cuando Gregorio, el letrado, al llamar a su madre a declarar y explicar los motivos para ello, se quita su máscara de showman. Ya no gesticula, ni mira hacia el banquillo de los periodistas como cuando quería remarcar una frase que le parecía adecuada como futuro titular. Ya no parece estar declamando, ni tampoco da la impresión de ser un imitador de Charles Laughton en *Testigo de cargo*.

Laura cree, por las escasas preguntas que había hecho el juez, así como por su decisión de admitir las nuevas pruebas presentadas ese mismo día y el testimonio de su madre, que el magistrado también encuentra agujeros en el hecho de que todo sea tan sencillo como una enferma mental a la que se le ha ido la cabeza. El problema es que, en el sistema de juicio con jurado, el juez solo esta allí como director de juego y para dictar la sentencia en base a los hechos que el jurado considere probados.

Laura echa otro vistazo a los nueve miembros del jurado, apretados en su pequeño banquillo como si estuvieran en un atestado estadio de fútbol. Lo cierto es que Gregorio ha hecho un buen trabajo en esa particular mezcla entre duelo a espada entre acusación y defensa, y a la vez elección de jugadores en el draft de la NBA: cinco mujeres y cuatro hombres seleccionados; de las cinco mujeres, una estudiante de Psicología (la que más notas tomaba, cosa bastante lógica), y nada menos que cuatro que, por edad y condición social, pueden tener una madre en situación delicada o, directamente, de una cierta dependencia. Además, se ha asegurado de que la mayoría estén en el paro, con la idea de que aunque desde el inicio del juicio oral se supone que deben estar aislados de los medios de comunicación, ya estén lo suficientemente impregnados por su diatriba catódica durante la fase de instrucción.

Pero no todos los estoques del Ministerio Fiscal han dado en vacío. Hay por los menos dos de los hombres que para Laura, y también para su letrado, van a poner las cosas difíciles. Un economista joven con una hipoteca que pagar y un técnico en telecomunicaciones que, Dios la perdone por generalizar, pueden estar inclinados hacia un pensamiento binario de ceros y unos basado en la acción y el

resultado, sin más. No cree Laura que hagan en su caso demasiadas disquisiciones a la hora de buscar matices o razones en el comportamiento de Mari Carmen Olmos, y que la etiqueten, por ser la opción más sencilla para ellos, como una enferma mental con brotes psicóticos.

Laura vuelve a prestar atención a su madre, y Gregorio carraspea antes de comenzar el interrogatorio:

—Buenos días, señora Olmos.

—Buenos días.

—¿Fue su mano la que inició el incendio del que hoy se le acusa?

—Sí, lo fue.

Murmullos en la sala. Hay una actividad febril en los bancos desde donde los periodistas toman notas. Susurran entre ellos, hasta que el juez se ve obligado a pedir orden.

—Señora Olmos —recuerda este—, ¿se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Se da cuenta de que está afirmando que usted misma es autora del principal delito del que se la acusa?

—Sí, señoría.

La mirada de la madre de Laura es firme, y no da lugar a equívocos.

—¿Puede explicarlo? —solicita el letrado.

—No me siento una loca a la que se le ha ido la olla de repente, como parecen sugerir. Soy una persona que arrastra las secuelas de una enfermedad mental. He tenido brotes esquizofrénicos a lo largo de mi vida, que se acentuaron cuando tuve a mi hija y me abandonó mi marido. Quizás sentí una presión por ello que me aplastó, que rompió mis defensas y dejó que algo entrara en mí, que me cambiara. Mi familia, la única que tenía, que era mi hija Laura, pagó por ello. Mucho más que yo, que no me daba cuenta de nada. Ella sí, y solo era una niña. Una niña que veía como el dinero escaseaba, como la casa estaba hecha un desastre, como su madre no compraba alimentos para ella, sino que se limitaba a revolver los contenedores mientras su pequeña miraba a todas partes, y al suelo, avergonzada. Yo no era

consciente, pero había una parte de mí, la parte cuerda, que la veía. Lo mejor fue que pasara lo que tenía que pasar.

—¿Qué ocurrió? —pregunta el letrado.

Laura lo sabe, por supuesto, y lucha por no salir de allí corriendo. Hay demasiado en juego. No puede irse, ha de aguantar hasta el siguiente movimiento. Las lágrimas la acarician hasta el cuello, y no se molesta en secárselas. Nota las cámaras que la enfocan en ese momento, pero no las mira. Las ignora, con su atención puesta en el relato de su madre.

—Me internaron. En una noche convencí a los que habían mirado hacia otro lado mientras mi hija sufría de que podía ser un peligro para ellos, que no bastaba con ignorarme.

—¿Cuánto tiempo estuvo internada después de eso?

—Diez años.

Diez años. Tan solo dos palabras, dichas en menos de un segundo. Diez largos años en los que Laura creció sin su madre, educada por un desconocido que luego fue un padre para ella, diez años en los que estuvo en tratamiento psicológico, en el que tuvo dos novios, el primero a los veintitrés, y solo tras convencerse de que podía amar y ser amada. Diez años en los que pudo estudiar Psicología y comprarse un piso. Diez años en los que pudo encontrar un trabajo, en los que se trasladó a Donosti, en los que ni siquiera estuvo cerca de Valencia cuando su madre fue declarada oficialmente «curada», aunque tendría que estar medicada el resto de su vida. La esquizofrenia era incurable, pero se podía cronificar, aceptar como un inquilino de la personalidad, que no molesta y paga sus rentas con puntualidad. Pero que está ahí, siempre está ahí.

—Diez años es mucho tiempo —observa el abogado sin preguntar. No hay protestas.

—Durante mucho tiempo no experimenté mejoras. Seguían considerándome un peligro para mí y para los demás. Y eso es lo que quería que pensaran.

Un nuevo murmullo en la sala. Gregorio está asombrado, descolocado. Eso no entraba en sus planes. Pero se recompone con rapidez. En el tiempo que necesita para hacerlo, Laura casi puede

escuchar los engranajes de su mente. Se vuelve hacia atrás, pero la mirada del letrado ya no busca el objetivo de las cámaras, sino los ojos de la psicóloga. Cruzan miradas, y los labios de Laura susurran: «Déjala que hable».

Porque lo que está ocurriendo no estaba previsto, pero Laura sabe en ese momento, con toda certeza, que desde el principio hay más jugadores de los que pensaba.

—¿Se puede explicar?

—Solo quise salir cuando supe que mi hija estaba a salvo, muy lejos de mí. Cuando supe que había rehecho su vida. Que tenía un trabajo y se movía en un nuevo ambiente. Cuando supe que, si recaía, no iba a ser un peligro para ella.

«Dios mío», piensa Laura, «estuvo encerrada todos esos años, quién sabe cuántos en realidad, por mí. Soportando los tratamientos, el contacto con pacientes que estaban mucho peor que ella. Se encerró allí por mí, sin dudarlo ni un segundo. Me manipuló, nos manipuló a todos...». Igual que el Adversario, pero su madre no lo hizo por la sensación de poder: lo hizo por amor.

—¿Salió curada?

Ese es el único momento en el que Laura ve un rastro de duda en la cara de su madre.

—Quiero pensar que sí. Quiero pensar que siempre he sido yo misma desde entonces. Pero, ¿cómo puedo saberlo? ¿Cómo puedo saber cuántas de mis decisiones desde entonces han sido tomadas desde la cordura o desde la locura? Lo único que puedo decir es que siempre he sido consciente de ellas y de sus consecuencias.

El fiscal Maldonado se pone todo lo derecho que le permite su peso y su espalda. Se relame como un gato, y en efecto parece uno de dibujos animados apoyado sobre un bastón. Está a punto de abalanzarse, de adelantarse a formular la siguiente pregunta en voz alta, pero el letrado la hace por él:

—¿También era consciente cuando incendió su casa?

—Así es.

—¿Y cuando amenazó de muerte a su vecina?

—También, aunque no le deseaba ningún mal.

Los murmullos nacen y crecen. Las voces se elevan hasta que el juez tiene que llamar al orden de nuevo y amenaza con desalojar la sala. El impacto de las palabras de su madre es tal que incluso a Laura le parece que, por un momento, el banquillo tiembla. «La situación es tan fuerte que hasta se manifiesta en lo que tocamos», se dice la psicóloga. Laura está encajando las piezas, y ve el rompecabezas desde arriba, con un dibujo que trastoca su realidad.

Esa realidad alterada le hace ver ahora a su abogado como un gran profesional que está dispuesto a subirse al tren que pone en marcha su cliente. Alguien que, durante los últimos meses, siendo consciente de las ramificaciones del caso, ha puesto en orden las prioridades y se da cuenta de que, más allá de librarla de la cárcel, su función principal en este proceso es respetar los deseos de su defendida. No negar los hechos, porque son innegables a esas alturas, sino ayudarla a explicar los motivos, los porqués.

—¿Cuándo contactaron con usted por primera vez? —pregunta el letrado, y en la sala parece escucharse un batir de alas que precede a un silencio que parece concertado de antemano.

La señora Olmos se encoge de hombros.

—Unos meses antes del incendio. Primero llamó él, diciendo que conocía a mi hija. Charlamos sobre ella, porque yo siempre quería hablar sobre Laura. Entonces, en un momento dado, me dijo: «¿Quieres que vuelva contigo? ¿Es ese tu mayor deseo? Yo puedo ayudarte.»

—Pero nos ha dicho que eso no es lo que usted quería.

—Así es —confirma la madre de Laura—. Ahí es donde se equivocaron. Pero supe desde el primer momento que la cosa no iba conmigo, sino con Laura. Que fuera quien fuese la persona que estaba al otro lado de la línea, quería mal a mi hija. Así que tenía que aprovecharme de su error, tirar del hilo, ver a dónde me llevaba. Pero, a la vez, aunque sé que parece contradictorio, también necesitaba hacerlo para tener a Laura más cerca de mí. No espero que lo entiendan, yo misma tampoco me comprendo. Todo eso pasó por mi cabeza en unas décimas de segundo. Así es la mente humana: para ella

el tiempo no importa, lo estira o lo alarga como quiere.

Mari Carmen Olmos se queda callada unos instantes, como si reflexionara sobre lo que acaba de decir. Aún con lágrimas en sus ojos, Laura, sin saber muy bien el motivo, se fija en el rostro de perro de presa de Bernardo Maldonado. Está rojo como un tomate: puede que, por primera vez en su carrera, no tenga ni idea de por dónde tirar. En realidad, las cosas no pueden estar mejor para él, ya que la acusada está confesando su delito. Pero a la vez, piensa Laura, también debe de estar notando cómo pierde el control de todo lo que está ocurriendo. El caso, su caso, está dando en esa jornada un giro copernicano para el que no estaba preparado. Seguro que tiene ganas de abalanzarse sobre la testigo, ansias por protestar. Pero lo cierto es que no tiene ningún motivo para detener las preguntas de la defensa.

—¿Y qué quería? —continúa el abogado, sacándola del ensimismamiento.

—Ya se lo he dicho: quería saber quiénes querían joderle la vida a mi hija. Parecía un chico joven, con una voz muy agradable, que me resultaba desconocida pero a la vez muy familiar. Yo sabía lo que esperaba de mí, día tras día, y se lo fui dando. Me llamaba con puntualidad, justo a las cinco de la tarde, de lunes a viernes, descansando los fines de semana y festivos, claro.

Risas ahogadas se expanden por la sala.

—Le hizo creer que la estaban manipulando a usted, pero en realidad eran ellos los manipulados —afirmó el abogado con la intención de recapitular y que el jurado no perdiera el hilo.

—Exacto. Así los tuve durante meses, hasta que, probablemente, se sintieron con fuerza para hacerme una petición.

Laura mueve la cabeza. Miss Danvers y Zarauz habían sido manipulados y engañados por su madre. La auténtica jugadora, la que había movido las fichas hasta ponerlos en jaque había sido la señora Olmos, pero no Laura, sino Mari Carmen. Eso sí que era un auténtico mate del pastor.

«Os creíais tan listos, tan maquiavélicos», piensa Laura, «que no contasteis con que una madre que protegía a su hija sería más inteligente que vosotros y daría la vuelta a vuestro plan a costa de sacrificarse ella misma. De hecho, yo tampoco contaba con ello».

—Cuando habla de… la petición, se refiere a incendiar su vivienda.

—Sí, me pidieron que incendiara mi vivienda para llamar la atención de Laura, para que se fijara otra vez en mí. Pensaban que todas esas charlas de café, culpabilizándola de mi soledad, hurgando en mi amor por ella, iban a ser suficientes para que destrozara mi vida y la de mi hija, junto con todas las víctimas colaterales que podía haber. Se creían dioses que juegan con la vida y con la muerte, y solo eran unos pobres desgraciados. Contaban con una mecha prendida por la rabia y lo irracional, un fuego que se extendiera sin control. Eso es lo que yo quería precisamente, que pensaran que había perdido el control. Lo haría, sí, pero no como ellos querían, sino a mi manera.

Gregorio asiente. Lo está comprendiendo todo. Y Laura también. Los periodistas están como en trance, todavía no se creen estar escuchando una historia como aquella.

—Por eso montó el numerito en la reunión de vecinos. —De nuevo no es una pregunta, es una afirmación la que realiza el letrado, y Laura recuerda la máxima de la abogacía que le repetía tantas veces Sara: «Nunca hagas una pregunta cuya respuesta desconozcas». Gregorio es inteligente, y ha comprendido todo el plan de su madre. Las cuestiones ya solo están siguiendo su patrón.

Mari Carmen Olmos asiente con la cabeza.

—Por favor, quiero que lo diga en voz alta.

—Sí, así es. Aunque mi vecina Helena no es que me caiga muy bien, ya he dicho que no le deseaba ningún mal. Pero tenía que llegar hasta el final. Era la única manera de que estuviéramos aquí hoy.

Otro murmullo cobra vida. El juez tarda en reaccionar, seguramente se siente en una burbuja de irrealidad al igual que el resto de los presentes. Entre lo que está escuchando en esa declaración y las pruebas presentadas esa mañana y que se ha visto obligado a admitir, debe de sentirse como el espectador de una película iraní sin subtítulos, en vez de como el árbitro del procedimiento. El jurado, o esa impresión le da a Laura, asiste a la escena entre asombrado y divertido, como si fueran parte de esa obra de teatro desde un palco imaginario, en el que solo deben alzar sus voces en el momento del clímax, como en un *deus ex machina*.

—Pero usted arriesgó vidas para cumplir ese papel, según lo que nos está contando —recalca el letrado.

Mari Carmen Olmos se encorva, como si un pájaro gigante se acabara de posar en sus hombros y ella cediera a su peso.

—Procuré elegir un momento en el que sabía que no habría nadie. Me informé en Internet y en la biblioteca de la manera de provocar un incendio, y que solo afectara a unos puntos determinados sin extenderse más allá. Hay vídeos sobre eso en YouTube, ¿sabe?

Mari Carmen Olmos baja la cabeza. Las alas del silencio no dejan de agitarse. No hay ninguna risa, ningún susurro. Sus ojos ahora son brillantes como joyas húmedas.

—Aun… Aun así… —dice entre balbuceos— soy muy consciente de que algo podría haber ido mal. Si mi vecina hubiera llegado sin yo saberlo, si hubiera cambiado los planes con su familia… No hay día en que no lo piense. Pero era la única manera, o yo no veía otra. Quizás en eso sí que triunfaron, al igual que hicieron con todos los demás. Solo veía un posible camino, igual que todos aquellos a los que, explotando sus debilidades, convencieron de que la única vía de salida era la muerte. A esas alturas, mucho antes de que mi hija me lo confirmara o que le pusiera el nombre de el «Adversario», sabía contra quiénes me enfrentaba. Para la policía, incluso para ustedes —dice girándose a la prensa, y muchos de ellos se encogen de manera instintiva, como alumnos de párvulos pillados en falta a los que está a punto de echar una reprimenda su profesora—, ellos eran fantasmas, pero para mí no. Para mí, el único camino de regreso, la única forma de sacarlos a la luz, era jugar a su mismo juego, y que creyeran que iban ganando. Solo había una forma, un posible futuro: el que conducía a este aquí, a este hoy.

Gregorio se queda callado, y tras unos segundos de vacilación, dice:

—¿Y ahora qué, señora Olmos?

Haciendo honor a su condición de jugadora, la señora Olmos se endereza, mira al juez, al fiscal, a su hija y, finalmente, a su propio abogado, y responde con voz firme:

—Ahora terminaremos con esto. Si el fiscal no tiene más preguntas para mí ahora que he confesado todo, es hora de que llame al siguiente testigo, al último que tendrá este juicio, y acabaremos con

todo esto.

Los periodistas gráficos dirigen ahora sus cámaras al magistrado. Está, de manera literal, con la boca abierta, al igual que el fiscal. Durante unos segundos que hacen honor al tópico «que se hicieron eternos», el juez no sabe cómo reaccionar. Laura se imagina los memes del día siguiente parodiando ese rostro que demuestra a las claras que no se ha encontrado con una situación similar en una trayectoria que, ni Laura ni él pueden saberlo, va a terminar de manera abrupta ese mismo día. El juez reacciona, como si despertara de un trance, pero al hacerlo no puede evitar que su tono de voz sea de niño indignado ante una injusticia de sus padres:

—Señora Olmos, la llamo al orden. Seré yo el que dirima la dirección que lleva este proceso.

La madre de Laura acepta la reprimenda con una humildad que suena más bien como un signo de superioridad:

—Por supuesto, señoría, no pretendía *más na* que eso.

Se oyen risas. La cara del juez es la de un hombre al que le ha estallado un puro de broma.

—Está bien. Letrado, ¿alguna pregunta más?

—No, señoría —contesta este de inmediato.

—¿Ministerio Fiscal?

Ahí está; la gran cuestión que se está planteando todo el mundo: ¿va a interrogar a la acusada el Ministerio Fiscal? ¿Va a hacerlo ahora que ha confesado, de alguna manera, ser la autora material del delito? Ya la tengo, se debe de decir Maldonado. En realidad, no solo ha confesado ser la autora material, sino que ha sido la autora intelectual, según ha dicho ella misma. Los motivos que ha aducido son delirantes, debe de pensar Maldonado. Cualquier juez la condenaría, y no le daría ningún crédito a las afirmaciones sobre la existencia de una supuesta «mano negra» que buscaba la perdición de su hija Laura. Es demencial, o lo sería si no estuviera sumado a las pruebas que él mismo ha visto esa misma mañana. Las periciales, las órdenes de registro de esa misma jornada dictadas por el Juzgado de Instrucción número cuatro de San Sebastián… Todo eso haría dudar a un juez, que plantearía que si bien Mari Carmen Olmos era la autora

material, había otros que podían ser castigados por inducción al delito de incendio, y por muchos casos de inducción al suicidio. Esa investigación estaba en pañales, pero sin duda afectaría al presente proceso… Maldonado se limpia con un pañuelo el sudor de la frente, y apoya su mano en el bastón con tanta fuerza que este debe de estar abriendo un agujero en su palma.

«Sé lo que estás pensando», se dice Laura para sus adentros. «O te dejas llevar por la corriente, con el riesgo de que el jurado dé rienda suelta a su vena sentimental de legos del derecho y absuelvan a mi madre, o le repreguntas impugnando de nuevo al siguiente testigo, con la posibilidad de una apelación, o incluso juicio nulo, o como mínimo que los miembros del jurado se te encabronen aún más…»

El fiscal mira los rostros del jurado. Intenta leer sus expresiones, y muchos años de experiencia le cuentan que han creído a la acusada. Hace un análisis de riesgos que dura pocos instantes.

—Ministerio Fiscal… —le apremia el juez.

—No haré preguntas…, pero pido que conste en acta que en su declaración la acusada reconoce haber cometido el delito.

—Está todo grabado —recuerda el juez con cara de gustarle poco esos subrayados—. De acuerdo, señor letrado. Proponga su nueva prueba testifical tal y como me ha expuesto.

—Con la venia, señoría… Tal y como hemos expuesto en nuestro escrito de esta mañana, y en base a la prueba documental aportada, incluyendo la copia de la documentación remitida a primera hora a esta Audiencia Provincial por el Juzgado de Instrucción número cuatro de San Sebastián, así como por la Policía Judicial, llamamos a la siguiente testigo, a la que por la premura no se ha podido citar por el Servicio de Comunicaciones, pero que se encuentra hoy aquí mismo, en sede judicial.

—¿Ministerio Fiscal?

—No nos oponemos, señoría.

El fiscal ha tomado su decisión, piensa Laura, no le vale la pena remar a contracorriente. La auxiliar ya ha abierto la puerta. Grita un nombre. Laura se pone de pie. La ve. Allí está, como un ciervo sorprendido en plena noche por las luces de un automóvil, en una

carretera que suponía cerrada al tráfico. Los haces de los faros solo son el anticipo del impacto, y, por azar o no, todas las miradas y cámaras se posan en ella, que, al abrirse la puerta, se ha quedado estática esperando quizás el desalojo de la sala, el abrazo a Laura y a su madre, o puede que con la esperanza de ver a Mari Carmen Olmos saliendo bajo custodia. El caso es que ella está allí, de pie. Ya no puede huir porque se da cuenta de que, después de las cegadoras luces, el choque es ya inevitable. Laura la mira y aprieta los puños. Mari Carmen Olmos, ya de nuevo en el banquillo de los acusados, también se da la vuelta y une su mirada a la de su hija.

El nombre de la testigo es pronunciado de nuevo por el juez apremiándola, y como en un eco, también por la auxiliar judicial.

La trampa ya se ha cerrado.

Jaque.

***

Tras tantos meses de infierno, tras tanto sufrimiento, tras tanta pérdida, Laura está obteniendo al menos en esos instantes un cierto solaz, un consuelo que si bien no compensa tantas vidas destrozadas y la pérdida de su mejor amiga, sí le proporciona una satisfacción momentánea a la que hace todo lo posible por aferrarse, por apurarla y disfrutarla.

Su jefa, su teórica mentora y salvadora durante tanto tiempo; aquella a la que llegó a considerar su madre sustituta y, si ello es posible, a la vez su hermana mayor. Esa es la que está caminando hacia el banquillo. Pero, y ahora lo sabe, nunca fue eso para ella. Madre solo tiene una, hermana era Sara, al menos lo más parecido… ¿Acaso una amiga? Tampoco. Y sí, era su jefa en la fundación, y le enseñó unas cuantas cosas sobre la profesión a cambio de su ciega obediencia. Si eso es ser una mentora, pues vale, lo era.

Pero resultaba ser mucho más. Y ahora ese «mucho más», después de meses de trabajo de investigación, de arriesgar la piel, está a punto de dar cuentas a la justicia. De la manera que ella menos esperaba. Siendo manipulada por aquellos a los que creía manipular. El titiritero que no nota sus propios hilos.

El instante: Gloria Escoriaza caminando hacia el estrado,

custodiada por todas las miradas fijas en ella. Cada paso es dubitativo, como los primeros de un astronauta en un planeta desconocido. Quizás, quiere pensar Laura, cree que está en un sueño, en una campana de irrealidad. Puede que se resista a pensar que la han pillado, que saben quién es. Quizás solo la están llamando para presentar testimonio indirecto como jefa de Laura. Pero una parte de ella sabe que no es así, que eso no tiene sentido. Hay otra parte, más instintiva, que le conmina a salir corriendo sin mirar atrás. Pero también sabe que no llegaría muy lejos. Está ya en la telaraña, con las patas pegadas. Sabe que es mejor no resistirse o acelerará su hundimiento, como en arenas movedizas.

Laura disfruta de su rostro desencajado, que no sabe a dónde mirar. Con probabilidad está viendo a la verdadera Gloria, si es que se llama así realmente, porque Laura ya lo duda también por primera vez en años. Y la ve sintiendo el desamparo que ella y el todavía en paradero desconocido Aitor Zarauz han producido en sus víctimas. Justo cuando se va a sentar, ambas cruzan miradas; hay una onda expansiva, una ola de odio primario que se deja notar en toda la sala de manera física como un temblor corto que sacude el suelo. La respuesta de Laura es clara, pese a ser silenciosa:

«Te tengo…, Miss Danvers».

Con balbuceos Gloria dice entender las generales de la ley, y con más balbuceos promete decir verdad. Ahora el letrado saca de su maletín una carpeta con documentación. Se toma unos segundos. Son las once. Asiente, como si estuviera satisfecho de la hora. Gloria retuerce las manos, quizás sin darse cuenta.

—Sus preguntas, abogado —anuncia el juez.

—Buenos días, señora Escoriaza.

—Buenos días. —La sonrisa de Gloria intenta sostenerse unos instantes, pero solo consigue una mueca nerviosa. En su mente las piezas intentan cuadrar, y reflexiona acerca de cuánto pueden saber, o dónde se ha descuidado. Recuerda que Aitor Zarauz ya no la puede ayudar, no ha vuelto a saber de él desde lo de San Sebastián. Sus negocios no legales, sin su socio, han seguido funcionando por inercia, pero sin víctimas.

—¿Puede decirnos en qué trabaja?

—Soy psicóloga, mediadora y directora de la Fundación para la Gestión Conflictual Donostiarra, InterMediamos.

—¿No trabaja en nada más?

—No.

—¿Seguro?

—No veo qué tiene eso que ver…

—Conteste, por favor.

—Es mi único trabajo, ni siquiera puedo decir que sea ama de casa, lo que me parecería ya otro trabajo.

—¿Es usted pareja del empresario vasco Imanol Arresua?

Gloria se lo piensa. Para Laura siempre, en los años que la conoce, ha sido una mujer soltera, centrada en el trabajo, sin relación alguna. Se da cuenta de cuántas cosas ha dado por hecho de su jefa. Y de cómo esta se ha aprovechado de ese apriorismo para tejer su red de mentiras. Una de esas mentiras está a punto de caer. Gloria se agita, duda, mira a Laura.

La puerta de la sala se entreabre. Lo hace de forma respetuosa, casi en un susurro. Algunas cabezas se giran aun así. El juez hace una mueca de fastidio, pero no dice nada. Una sombra se introduce en la sala; al principio nadie la reconoce, luego algunos susurros confirman lo contrario. Gloria, que se encuentra suspendida entre la pregunta que le han hecho y la respuesta que está planteándose dar, tarda en enfocar su rostro. Por fin lo hace, y su duda se transforma en una mueca de pánico, como la del que ve un fantasma. En realidad, lo está viendo. No sabía nada de él desde lo de Zarauz, desde lo de Beatriz Alsina. Pero ahí está, contemplándole como un vigía que se va a asegurar de que el barco se hunde en las profundidades del mar.

Se trata de su sobrino, Iñaki Arresua, que le devuelve una sonrisa de lobo.

«Aquí estoy, tía. Estoy vivo, y preparado para contemplar tu caída».

—Yo…

A punto está de pedir un abogado, pero se da cuenta de que solo está declarando como testigo, y que las preguntas que le están haciendo no son incriminatorias.

Al menos, todavía no.

—Sí, soy su esposa. Poca gente lo sabe.

El corazón de Gloria parece querer salir de su ajustado suéter rojo. Mira al fiscal, esperando que proteste. Este permanece impasible. El juez no da muestras de querer parar el interrogatorio, ni de solicitar aclaración sobre la pertinencia de las preguntas. Los murmullos vuelven a crecer en intensidad. «Iñaki Arresua está aquí. El escándalo. La pareja de la que nadie sabía nada. La que no figura en ningún documento de la empresa de Imanol, pero dirigiéndola en la sombra».

—¿No tiene nada que ver con la empresa de su marido?

—Nada.

—¿Ni siquiera como gerente o administradora de hecho?

—No, nada.

Ahí Gloria sabe que pisa terreno firme. No hay documentación alguna que la conecte, y el abogado lo sabe. Pero, de cara al jurado, le basta su rostro de terror al ver a su sobrino accediendo al recinto. Y aún queda más. Mucho más.

—¿Reconoce a la persona que acaba de entrar en la sala?

—Es el sobrino de Imanol, Iñaki Arresua.

—¿Conoce a un tal Aitor Zarauz?

—No.

—¿Conoce a Beatriz Alsina?

—Sí. Era la empleada de Iñaki en la empresa que montó para hacerle la competencia a mi pareja.

—¿Era? Más bien diría que es. ¿Por qué dice «era»?

Un nuevo movimiento. «Esa no te la esperabas, zorra», piensa Laura, disfrutando al ver cómo Gloria se revuelve en el cepo preparado durante semanas. Desde que la antes conocida como Miss Danvers creyó que había logrado desconectarse a tiempo de no ser localizada por el programa de Joseba. Casi lo consigue, fue por muy poco, pero se equivocaba.

—Yo… Hace mucho tiempo que no sé nada de ella.

—¿Pensaba que estaba muerta?

—No tenía por qué…

—Hay cosas que escapan a su conocimiento, según veo. Tenemos la declaración policial, que en su momento será ratificada en el debido proceso, de que alguien que responde a su descripción pagó en efectivo el alquiler de una vivienda a la que, vaya casualidad, Beatriz Alsina acudía con la creencia de que se trataba de la consulta de un neurólogo. Un neurólogo que la convenció de que estaba enferma mediante medicamentos adulterados, empujándola al suicidio. Estuvo cerca, muy cerca, pero no. La intervención de un guardia civil fuera de servicio y del propio Arresua, así como el esfuerzo de un grupo de médicos, la salvaron. Pero claro, Zarauz, que pasó a busca y captura con el testimonio de la señorita Alsina, ya estuvo a partir de aquella noche más preocupado en huir de la justicia que en advertirle de los movimientos de la policía, ¿verdad?

La sala se ha quedado en silencio, aunque en la cabeza de Gloria resuena la advertencia de Aitor Zarauz aquella noche: «Ahora sí que lo hemos cabreado de verdad»; fueron las últimas palabras de Zarauz antes de desaparecer del radar. Lo que no se esperaba la tía Gloria, y ahora su cabeza es martilleada con esa idea, es que aquella zorra sobreviviera, quizás acogida junto con su hija en algún programa de protección similar al de víctimas de violencia de género.

Laura mira a su madre, que asiente con confianza. Laura aguanta la respiración. En cambio, el único sonido audible que captan las grabadoras es la respiración pesada de Gloria y un ligero zumbido que procede del móvil de esta, el cual no se ha molestado en desconectar. Si pudiera atenderlo, sabría que es un mensaje de Imanol Arresua, justo antes de que un miembro de la UCO le requise con malos modos el teléfono al empresario; le hubiera advertido de que la Guardia Civil está registrando su empresa, pero ya no tendrá la oportunidad, ni hoy ni nunca. El mensaje queda sin respuesta y sin ser leído, al igual que

el de la empleada de la fundación que se ha visto obligada a abrir la puerta a otro grupo de agentes que se están llevando, también por orden judicial, los ordenadores, discos duros externos y memorias USB de InterMediamos.

Las dos vidas de Gloria caen de manera simultánea, dos castillos de naipes que ella ha logrado que permanecieran separados, pero cuyas piezas se mezclan como el confeti al ser derribados.

—¿Conoce el juego *La mazmorra de los indignos*?

Gloria traga saliva, y su deglutir es audible a kilómetros de distancia.

—De oídas, por algún artículo del periódico.

—¿Tuvo usted, o Aitor Zarauz, algún contacto con las dos víctimas conocidas del juego? ¿Y con las decenas con las que el juego ha contactado?

—Quiero un abogado —dice Gloria olvidando toda precaución.

—No declara como investigada. Aún no —advierte el letrado—. ¿Fue mi defendida víctima de sus maquinaciones y las de su socio Aitor Zarauz para perjudicar a la hija de mi patrocinada, como medio de ataque a su «sobrino» —Gregorio forma las comillas con la inflexión de su voz— Iñaki Arresua?

—Quiero un abogado. No voy a decir nada más.

—¿Pensaban que Iñaki Arresua y Laura Olmos tenían una relación sentimental? ¿Para eso utilizó a su socio para incitar al suicidio a doña Dolores Enterría? ¿Explotó las motivaciones de venganza de su socio Aitor Zarauz para intentar destrozar la vida de Laura Olmos? ¿La contrató en su fundación para tenerla vigilada y tener acceso a sus expedientes?

Las preguntas del letrado son como ráfagas de una ametralladora impactando en una pared que intenta no ser consciente de las balas y seguir entera. Toda la atención está centrada en el abogado y en Gloria, que sigue con su cantinela como un disco rallado.

El momento es aprovechado por una segunda figura para entrar en la sala. Nadie repara en ella, salvo Iñaki, que lo saluda con un

movimiento de cabeza que es correspondido del mismo modo. Laura lo ve, sonríe y le deja sitio junto a ella con una mirada que espanta a la periodista que tiene al lado y que cede su sitio a Joseba. El guardia civil se sienta junto a ella con la actitud del soldado que vuelve a casa tras la misión cumplida. Abraza a Laura y le susurra al oído:

—La tenemos, tenemos todas las pruebas en su contra.

Laura asiente con nuevas lágrimas en el rostro. Mira a su madre y le sonríe. Esta le devuelve la sonrisa. Los tres forman un triángulo perfecto durante unos instantes, y la sensación es de plenitud, de cúspide de la felicidad, con la única mácula de la ausencia de Sara. Pero su muerte también la vengarán. Aitor Zarauz no será otro Antonio Anglés. Conseguirán atraparlo, y pagará por sus crímenes. Por todos ellos.

Es realidad, pero parece un sueño. Un sueño del que no quiere despertar. No sabe, en esos momentos, si es una cosa u otra.

Teme que, en efecto, sea un sueño cuando todo empieza a temblar, cuando no debería hacerlo. A temblar de verdad. Comienzan los gritos, y Laura se da cuenta de que es realidad, porque no logra despertar.

***

Laura toma conciencia de que no solo ella siente los temblores. Que no es una consecuencia del *shock* emocional, que el suelo no se mueve por una caída repentina de su tensión arterial. Allá donde mira puede ver rostros de confusión, ojos muy abiertos, bocas de las que escapan gritos. El juez se levanta sin que siquiera él sepa muy bien el motivo, como si su asiento quemara de repente. Laura nota la mano de Joseba, que la agarra y tira de ella.

—¡Vamos! —oye que grita, apremiándola.

—¡No! ¡Mi madre! —contesta en un chillido.

Luego todo lo que percibe son fragmentos: escucha los micros y cámaras cayendo a las bancadas y al suelo, aunque unos cuantos periodistas aún giran alrededor de sí mismos intentando capturar el momento con sus móviles sin perder el equilibrio. Un fragmento de techo cae como una pieza de puzle y derriba a uno de ellos; el otro

olvida las visitas en YouTube y huye, sus ojos saliendo de sus órbitas le adelantan. La mayoría, espoleados por su instinto de supervivencia, han abierto la puerta y se lanzan en estampida. Piernas y brazos se anudan en contorsiones imposibles, siempre intentando avanzar, pero encontrando como obstáculo el espacio vital de los demás.

La puerta de la sala de vistas parece ahora un retrato del infierno pintado por un Bosco desatado. Los cuerpos de algunos de los miembros del jurado y de los periodistas se mezclan en un montículo de carne que otros sortean como si se tratara de una carrera de obstáculos. Los cascotes caen aleatoriamente como una lluvia que se afianza, pero el techo parece resistir por el momento. Laura puede distinguir a Gregorio, el letrado, en esa colina infame. A Jorge no lo ve por ningún sitio.

—¡Mi madre! —repite.

Su madre está aún de pie, paralizada. Y eso que uno de los trozos de techo ha caído cerca de ella. Vuelve a parecer la mujer vulnerable que en su declaración ha elegido no ser. Tenderle la trampa a Gloria, esa parece haber sido la misión de esa personalidad arrolladora y triunfante de Mari Carmen Olmos, pero para esto no está preparada. Nadie lo está.

«Gloria», piensa Laura, «dónde está Gloria». Por un segundo tiene la esperanza de que haya sido ella una de las primeras en caer, pero algo le dice que no es así.

¿E Iñaki? Iñaki estaba en la puerta de la sala. Puede que haya podido huir con los primeros temblores, cuando aún no estaba taponada la salida.

Ahora no tiene tiempo de pensar en ellos, pese a que de una manera u otra no haya dejado de hacer otra cosa en los últimos meses. Ahora solo puede preocuparse de su madre… y de Joseba. Agarran entre los dos a Mari Carmen, pero al dar unos cuantos pasos cae un nuevo cascote y este le da en el hombro a Laura. Aunque lo tiene entumecido casi de inmediato, sigue adelante. Hacia la salida de emergencia que conecta con las oficinas de uno de los juzgados. Es por donde ha ido el magistrado y el resto de personal judicial que ha estado presente en la vista. El temblor parece remitir. ¿Habrá pasado lo peor?

«No», le dice una voz interior a Laura, «esto solo ha sido el heraldo

de lo peor».

Cruzan un pasillo sin ventanas y se encuentran con las oficinas del juzgado. Los archivos y expedientes están por los suelos. Hay mesas volcadas. Al caminar, Laura vuelve a darse cuenta de detalles inconexos, que luego serán teselas en el mosaico de la tragedia: un café desparramado junto a un cuerpo tendido en el suelo; entre ellos, un surco de ese café con la huella de un zapato; un Pokémon, o un juguete similar, probablemente el recuerdo de un hijo, en uno de los escritorios; un atrapasueños; un calendario de papel en el que está marcado en rojo el día siguiente con una gran palabra también en rojo: «¡VACACIONES!». Laura se permite darse cuenta de todo esto en esos segundos de tregua en los que ella es el eslabón de en medio en la cadena que forma junto a su madre, que va detrás, y Joseba, que abre camino buscando una salida. Se centra en sentir la mano de su madre, para no perderla como Orfeo perdió a Eurídice. Hay cadáveres marcando el camino, pero nadie vivo a quien seguir hacia el exterior. Encuentran la salida de emergencia y de personal, pero está bloqueada por la caída de un falso techo. Hay una toga tirada en el suelo, bajo el derrumbe, y Laura comprueba con horror que al final de dicha toga hay dos pies, uno de los cuales ha perdido el zapato.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde el primer temblor? Unos segundos, o una eternidad quizás.

Salen al pasillo del segundo piso. Tendrán que salir por el *hall*, o encontrar otra salida de emergencia. Bajan las escaleras. La evacuación resulta ser hasta cierto punto ordenada, han abierto las puertas de emergencia del exterior, y los guardias civiles y policías tratan de contener el pánico, aprovechando que el caballo negro de la muerte parece haber dejado de galopar y ha seguido de largo. Laura intenta no mirar a los ascensores que se han despeñado desde lo alto, con los cables cortados moviéndose como anguilas animadas por la electricidad, y con las cabinas desparramadas en un amasijo de metal y cristal, salpicado por la sangre de los que han quedado allí atrapados en un repentino viaje descendente. Cuando están a punto de tocar el vestíbulo, Laura la ve: a Gloria y a su jersey rojo ajustado. Está en una de las filas. Laura está a punto de gritar a la policía que la detenga, pues sabe que intentará aprovechar ese golpe de la fatalidad para escapar; pero el grito muere, ahogado por otros, cuando todo comienza a temblar de nuevo, como profetizaba su voz interior.

Esta vez el temblor es menor, pero sus efectos no. Es la réplica, pero también el martillo que termina por clavar el clavo.

El edificio principal que alberga la Ciudad de la Justicia cimbrea y se agita como si fuera una batidora; Laura mira hacia arriba esperando lo peor, y lo peor llega. La cubierta acristalada comienza a resquebrajarse encima de ellos, formando un mural de formas violentas, un rompecabezas de piezas de vidrio imposible de resolver. Hay una nueva avalancha humana; un policía, quizás presa del pánico, comete un grave error: saca una pistola y apunta al aire, haciendo ademán de disparar. Laura logra ver una mancha roja en la marea humana que se lo traga. La pierde de nuevo en la confusión.

El temblor se detiene. Esta vez solo ha durando unos cinco segundos, como el colofón a una sinfonía. O ese final aéreo de las *mascletás* valencianas. Pero los chillidos continúan.

Laura sigue centrada en ser parte de la cadena, en sentir la mano fuerte de Joseba en su mano izquierda, y la mano fría, que amenaza con deslizarse como un pescado, de su madre en su derecha. También se afana en localizar de nuevo a Gloria. Oye un disparo. Quizás es ese sonido lo que propicia lo que ocurrirá a continuación, o quizás hubiera pasado de todas formas.

Enfoca Laura de nuevo la mancha roja. Gloria. Gloria tiene una pistola, probablemente arrebatada al policía que tan mala decisión ha tomado. La dispara de nuevo. La gente se tira al suelo. Varios agentes sacan sus armas reglamentarias y apuntan a Gloria, pero algunos miran al techo con cautela, y también a la gente que sigue corriendo como pollos sin cabeza y que pueden recibir una bala accidental. Solo algunos de los muchos que corren aciertan a encontrar la salida, pero la mayoría quedan atrapados en un bucle de confusión. Al menos el suelo ya no tiembla.

—¡Dejadme salir! ¡Si no me abrís un pasillo, os juro que lo haré yo misma! —grita Gloria agitando el arma.

—¡Tía, el juego ha acabado!

Es Iñaki. Laura no sabe de dónde ha salido, pero es Iñaki el que ahora está justo en frente de Gloria.

—¡Todo ha sido por tu culpa, hijo de puta! ¡Destrozaste la vida de mi hombre y yo tenía que ocuparme de destrozar la tuya!

—¿Y has hecho daño a tantos inocentes para eso?

—¡Era ella o yo! Laura o yo. Cuando la hermana de Aitor Zarauz murió, él me responsabilizó a mí, como jefa de la fundación. Me comenzó a acosar, amenazó con destruir también a Imanol y a su empresa. Me costó mucho convencerlo de que yo también era una víctima de lo que había hecho Laura Olmos. Cuando supe que podía haber una conexión entre vosotros dos, uno de esos puntos que cruza la vida, vi la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro —Gloria lo dice sin dejar de apuntar, y mostrando una sonrisa desquiciada—. Monté el juego *online* porque era lucrativo para mí, y un entretenimiento para él que lo tenía distraído. Ganábamos dinero mientras yo te destrozaba a ti, y él a ella. Y ninguno de los dos teníais ni idea de que ambos me conocíais, cada uno de vosotros en una de mis dos vidas, de mis dos facetas.

—Dos yoes y una sola asesina —dice la madre de Laura, soltándose de su mano y de la de Joseba.

—¡No, mamá!

Gloria apunta a Mari Carmen Olmos, e Iñaki puede ver, como si fuera un zoom, su dedo tensarse sobre el gatillo. El vasco se abalanza hacia ella. El disparo se produce, pero desviado. Nadie sabe decir hacia dónde, pero hay un sonido metálico que atestigua el impacto. Iñaki derriba a su tía como un jugador de fútbol americano y forcejea por la pistola. Hay un segundo disparo. Un tercero que impacta arriba. El techo se abre, suena una terrible música compuesta por el averno, y las teselas de vidrio, que se mantenían titilantes pero unidas, se convierten en lluvia de cristal que cae en un grito aterrador. Joseba aún agarra a Laura, y desplazándose de un salto coge del hombro a su madre. Tira de ese hombro, y logra que ambas se refugien junto con él debajo de una de las mesas del vestíbulo que, fijadas al suelo, han logrado aguantar. Cabezas y hombros se tocan, las de los supervivientes que podrán contar el horror que está por llegar.

Otros, aquellos que no han podido encontrar refugio en ese mortal juego de las siete sillas, tan solo pueden contemplar cómo la cubierta acristalada se precipita sobre ellos; miles de pequeños objetos cortantes arrojados desde las alturas en un mortífero juego de azar. Pronto se convierten en muñecos que forman posturas repulsivas, algunos de ellos protegiendo a sus seres queridos, otros en un baile que durará toda la eternidad, pero todos llenos de cortes allá donde el punzante aguacero ha podido encontrar piel.

Con lentitud, como muertos vivientes que desearían serlo de verdad, una columna de aparentes afortunados caminan momentos después entre charcos de cristales rotos y de cadáveres desparramados por todo el recinto. Se oyen llantos de bebés, y por fortuna esos bebés y algunos niños son rescatados de debajo de los muertos por los vivos, vivos cuyo instinto de solidaridad vence al de supervivencia.

Así, se convierten en el primer equipo de rescate en la Ciudad de la Justicia, acaso por humanidad y también por miedo a encontrarse lo que puede haber fuera. No hay cobertura, no pueden saber por el momento si los suyos están bien, ni tampoco aquellos que los esperan en el exterior pueden saber de su suerte. Durante unos segundos el instinto más primario ha tomado el control, y solo existe la necesidad de salvar vidas, como primer acto de redención, como primera celebración por estar vivos y no haber compartido el destino de muchos otros en aquel día, el día del terremoto de escala siete que dejará una cicatriz indeleble en la ciudad de Valencia.

Laura mira a su madre y a Joseba. Están magullados, pero enteros. Tienen una nueva oportunidad, la vida les ha dicho que pueden continuar, que pueden seguir equivocándose y seguir acertando. Que pueden tomar los distintos caminos de victoria y fracaso, y que pueden hacerlo juntos. Algo que no han podido elegir muchos allí hoy, y no sabe cuántos allá fuera. El destino ha elegido por ellos, al igual que ha elegido entre cobardes y valientes, héroes y villanos. Laura, mientras camina hacia la luz y hacia lo incierto, pasa junto a los cadáveres, casi abrazados, de Iñaki y Gloria. En él hay un rictus de aceptación, casi de triunfo. Tiene los ojos cerrados, sus brazos agarrando el cuerpo de su tía para que no pueda escapar a la mortaja que se estaba cerniendo sobre ella. Ella los tiene muy abiertos, y casi puede ver Laura las sombras de fragmentos que se acercan, acaso la última imagen sobre su retina.

«¿Qué pensarías en esos momentos?», se pregunta. «¿En tu vida? ¿En tus víctimas?».

Salen por fin al exterior, su madre con un niño pequeño entre los brazos, ella aferrada a Joseba. Contemplan lo que pensaba que iban a ver: edificios rotos, supurando humo; pavimento rajado, el metal mezclado de los coches colisionados; sangre y cuerpos en las calles; vehículos de emergencia, helicópteros sobrevolando la zona, que se unen a una danza de muchos otros en el escenario azul del cielo. La silueta de la cercana Ciudad de las Artes y las Ciencias está quebrada, pero Laura prefiere no mirar y la deja como una sombra indefinida. Al

menos el puente Assut de l'Or ha resistido, en apariencia. Al igual que Jorge, el procurador, a quien con alivio distingue a lo lejos.

Laura intenta desviar la vista, y centrarse en el hombro de Joseba y en el brazo de su madre, sus asideros con la vida. Piensa en las elecciones que hacemos, cuando podemos: elegimos morir cuando no encontramos salida; elegimos vivir cuando nos damos cuenta de que siempre la hay. A veces, ni siquiera se nos da esa opción, se nos arrebata sin ser preguntados.

Vivir o morir.

Ella ya ha elegido, y hace la elección con todas sus consecuencias: disfrutar de cada día de su tiempo en esta tierra junto con aquellos que la acompañan.

Porque no sabe cuándo el destino tomará la decisión por ella.

Parte III

Mañana

SAN SEBASTIÁN

JUEVES, 2 DE NOVIEMBRE DE 2023

El funeral no se producirá hasta dos semanas después; el sistema, pese a la ayuda estatal e internacional, creará un embudo de localización y de identificación de cadáveres que ralentizará el traslado del cuerpo de Iñaki. Más de siete mil muertos, veinte mil heridos y más de quinientos desaparecidos: esas serán las cifras oficiales que se manejarán, pero algunas fuentes empujarán la cifra hacia arriba y otras hacia abajo. Le será complicado a Laura conseguir que el funeral pueda celebrarse en Donosti con tan poco espacio de tiempo. El caos y la burocracia conquistarán el territorio de la capital del Turia, y se dependerá de la organización improvisada de muchos ciudadanos para suplir las carencias de los servicios públicos. Valencia será puesta en el mapa y aparecerá como portada y apertura de todos los medios informativos mundiales, pero con seguridad no lo hará como los políticos y ciudadanos tenían pensado. Las consecuencias económicas todavía estarán por calcular, aunque el gobierno no tardará ni medio telediario en declarar zona catastrófica la ciudad, y de acudir en helicóptero a hacerse fotos. Los Estados Unidos también enviarán víveres y medios, junto con las condolencias de la presidenta Kamala Harris.

Con todo, se dirá, podría haber sido mucho peor: el terremoto, y su posterior réplica, habrá tenido su epicentro en el mar, afectando en especial a la zona sur de Valencia. Otras áreas habrán permanecido más o menos intactas, lo que permitirá que los números rojo sangre no sean tan devastadores.

Se comparará el caso de Valencia con el de México, con la salvedad de que aquí sí que existía un plan de contingencia ante terremotos de escala siete, como el de aquella fecha de octubre. Los edificios habrán aguantado, pero Laura, su madre y Joseba jamás podrán olvidar lo ocurrido aquel día.

Por tantos motivos.

Y allí estarán, llorando a Iñaki en un entierro no muy concurrido. Su única familia viva son su tío y su primo: su tío no acudirá por encontrarse en prisión, y su primo no lo hará por falta de fuerzas para enfrentarse a él, aunque sea cadáver. Laura no escuchará noticias muy halagüeñas por parte de Joseba sobre el estado mental y físico de Ricardo Arresua: baja indefinida, encerrado en casa… La parte más rencorosa de Laura, la que le culpa de haber abandonado a Iñaki en el momento de la verdad, de no haberle apoyado cuando tenía que hacerlo, sentirá una siniestra alegría.

Laura se preguntará cómo fue capaz Gloria de llevar una doble vida tanto tiempo sin que nadie se enterara. «¿Acaso no lo hacemos todos?», se dirá en ocasiones. Tampoco encontrará explicación ni motivación a su extrema maldad, y su mente tendrá que abrazarse a la sencilla respuesta de su madre: «Niña, tan solo es que hay gente que ya nace torcida».

¿Qué sentirá Mari Carmen Olmos? Quizás sentirá alivio, alivio porque todo habrá pasado, aunque seguirá teniendo cuentas pendientes con la justicia. El juicio contra ella se repetirá, y lo sabe. Pero todo habrá cambiado: por desgracia será otro juez, otro jurado, otro fiscal y otro abogado; romperá a llorar al pensarlo, pese al consuelo que le producirá el hecho de que la verdad, al menos, habrá salido a flote.

No sabemos lo que sentirá Joseba, pero sí, por supuesto, podemos deducir, al igual que lo haría su adorado Sherlock Holmes, lo que sentirá Laura Olmos: una paz inmensa al ver allí, junto a su pequeña, a Beatriz Alsina, ahora a cargo del negocio de apuestas online de Iñaki. De hecho, se lo habrá legado en su testamento, como sabrán después. Es una de las personas, de las muchas personas, a las que Iñaki, un héroe que no creía serlo, habrá salvado la vida. Ambas mujeres se saludarán en las exequias, se abrazarán, siendo conscientes de quién es la otra pese a no haberse visto nunca antes, y Laura recordará a Bea lo importante que fue para la vida de Iñaki. Bea le confesará que lo quería, y que eso las une: ambas fueron incapaces de hacerle amar de nuevo, pero Laura le recordará algo a Beatriz:

—Él ya no quería amar, Bea. Nadie podía hacerle amar, algo estaba muy roto dentro de él. Pero tú al menos sí que le diste lo que buscaba.

—¿Y qué buscaba? —preguntará Bea, aunque sabiendo la

respuesta.

—La redención.

Ambas mujeres se volverán a abrazar, y otra cosa que sentirá Laura es que ella también se ha redimido en ese viaje. Que hay una nueva posibilidad de dar un volantazo a la vida, transitar por lugares no explorados y acaso más luminosos. Apoyar a su madre en lo que venga y sentirse ella apoyada por Joseba en su nueva vida en Donosti. Porque a Valencia ya no podrá volver, ya no. Ya nunca más podría caminar por sus calles, con todo lo que perdió allí. Será en Donosti donde tendrá que empezar de nuevo por segunda vez, ahora que la fundación de Gloria está desarticulada, al igual que la empresa de Imanol Arresua, en prisión provisional desde el día de la catástrofe. Joseba, más joven que ella, pero más maduro al mismo tiempo, ahora la está completando en todos los sentidos de la palabra.

Laura, del brazo de su madre, mirará de nuevo al páramo que deja a sus espaldas, las tumbas del cementerio que susurran una nueva oportunidad, deseando volver atrás en sus vidas; y ella se esforzará como cada día por sentirse de nuevo más viva que ayer, por todos aquellos que no pueden ya hacerlo.

Será justo entonces cuando su móvil vibrará, leerá el mensaje entrante y la última pieza de su rompecabezas vital se colocará en su sitio, dejándolo por fin completo.

CARACAS, VENEZUELA

Caminará junto a él por las calles de Caracas. Ella también verá muertos vivientes como Laura los vio en Valencia aquel jueves del mes de noviembre, habitando una ciudad muerta en vida, sin necesidad de un terremoto. Tan solo por la ambición de malos hombres en puestos altos. Cuerpos famélicos buscarán con desesperación algo de fruta fresca, acaso el lujo de un antibiótico para curar la infección de un ser querido. Las calles huelen a excrementos y a orín por falta de limpieza, e incluso esos detritos tienen un olor más fuerte de lo normal, porque se componen del vacío que los venezolanos se tienen que llevar a la boca.

No le extrañará que él haya huido allá; no solo por la falta de tratado de extradición y de colaboración con las autoridades españolas que se lleva a gala en Venezuela. Al fin y al cabo, ha sido durante mucho tiempo el santuario de huidos de la justicia, como etarras y acusados de sedición. «No, no lo ha hecho solo por eso», pensará ella, mientras pasa por una tienda de electrodomésticos sin apenas mercancía en las estanterías; solo hay un par de desvencijados televisores, ofreciendo uno de ellos la retransmisión de un partido de baseball, y el otro un reportaje, uno más, sobre Nicolás Maduro en su palacio presidencial, viviendo a todo trapo.

«Para él esto debe de ser la tierra prometida. Un lugar que debe de ser el paraíso para un vampiro emocional como él. Lleno de gente desesperada que lucha por subsistir cada día de su vida, mientras ve sufrir y consumirse a aquellos a los que ama. Familias rotas, familias desesperadas. Debe de ser un festín, un lugar en el que se debe de sentir más ángel de la muerte que nunca».

Ella caminará con el alma quebrada por las noticias que le han llegado de Valencia. Tantos muertos allí también… Al menos ya sabrá que Laura está viva, al igual que su madre. De hecho, se permitirá una sonrisa al pensar que incluso la estirada de su amiga se ha echado un noviete mientras que ella, en cambio, habrá tenido como única compañía masculina la del hombre alto y de brillante calvorota llamado Daniel. «Daniel, que al menos no ha matado a ningún “tonto” desde que está conmigo, al menos que yo sepa. Y que, de hecho, ha

demostrado ser más hábil de lo que él mismo creía a la hora de rastrear a un individuo. Por mucho que se trate de alguien que ha despistado a la policía y ocultado sus huellas. No, Daniel podrá ser un asesino en serie, pero al menos es "mi" asesino en serie, y aunque mata tontos, no le gusta que lo tomen por uno».

Sara Atxaga no estará segura de si ha desarrollado el síndrome de Estocolmo en estos meses en los que ha tenido que permanecer oculta junto a él; desde que el exterminador de tontos decidió que ella no era tan idiota, y en vez de cortarle el cuello decidió engañar a Zarauz con un corte que, eso sí, ha dejado una cicatriz lo bastante tenue como para que resulte visible: Sara, en esos meses, habrá estado fuera de su propia vida, de la vida de Laura y de su promesa de ayudar a su madre. Pero no le habrá dejado otra elección su pacto con Daniel, por el que ambos permanecerán ocultos hasta acabar con el monstruo más grande. Después, cada uno volverá a sus vidas, retomando sus cometidos donde los hubieran dejado. Solo que con un pacto de silencio cuyo quebranto por parte de Sara tendría consecuencias muy severas para ella.

Y Sara, llegado el momento, hará su parte, porque sabe que Daniel tiene un código muy estricto y le habrá contado a la abogada, en una de sus confidencias, que la ciudad le advirtió en sueños lo que iba a ocurrir aquel día, y que lamenta no haber podido estar allí para ayudar a los supervivientes.

Sara lo creerá o no, pero ambos tienen una promesa que cumplir. Y Sara lo verá caminar, con su gorra encasquetada, gafas de sol, perilla y mucho menos peso. Las calles estarán llenas, pero a la vez a Sara le parecerá increíble que una pareja tan extraña como la que forman Daniel y ella pase inadvertida para Aitor Zarauz. Vale, ella ahora es rubia, pero… ¿Daniel? ¿Un tipo alto como una montaña y calvo? Solo lo podrá explicar por la embriaguez que ese asesino debe de sentir al caminar entre la desesperación y la miseria, con una sonrisa tonta en la boca, a la búsqueda de una próxima víctima a la que susurrarle cosas al oído.

«Por lo menos parece que desde su huida no ha podido tocar su flauta de Hamelín con nadie». Eso querrá pensar Sara, o, al menos, que Aitor Zarauz ha preferido pasar inadvertido. Pero también pensará que es imposible estar segura, que para él no empujar a la decisión sin retorno será como no masturbarse. Y que debe de ser tan fácil… Una palabra aquí y allá, dicha a la persona precisa, justo en el momento adecuado. Y vaya si él tendrá olfato para captar en su radar a esas

personas…

El hombre que camina junto a Sara apretará los puños al ver a Zarauz entrando en unos baños públicos de una calle cualquiera, junto a un mercado textil cualquiera. Sara no se hará ninguna ilusión en ese punto: está con un asesino, alguien que huele la estulticia en vez de la desesperación como hace Zarauz, y que se convierte en juez, jurado y verdugo de la idiotez.

Ambos se introducirán en esos baños, sucios, con huellas de inmundicia en las paredes; una gota de sangre se deslizará por una tubería, mientras que el inodoro taponado también rebosará un monstruo fabricado de heces que parecerá querer escapar de allí y cobrar vida. Habrá tres hombres que parecerán imbuidos en el trance de la vida que no es vivida, y que se dispersarán como palomas por una simple mirada de Daniel. Ni siquiera repararán en Sara, o simplemente no les importará.

Se deslizarán en silencio, y no habrá espejo, siquiera rajado, para que Aitor Zarauz se dé cuenta de que hay alguien detrás de él; al menos así será hasta que una parte primaria de su instinto detecte el cambio de temperatura y luz que producirá la sombra cernida a sus espaldas. Con la bragueta abierta, con el chorro de pis cortado de manera repentina, los auriculares inalámbricos de Aitor caerán sobre uno de los brazos de Daniel, que colocará la navaja en la garganta de Zarauz mientras que con el otro, igual de enorme, lo sujetará, provocándole una contorsión que resultaría cómica si no fuera patética, y que le obligará a mirar a los ojos a Sara Atxaga; porque el que está detrás de él agarrándolo, Aitor ya sabe quién es.

—Hola, cabrón —lo saludará ella—. ¿Todo bien?

—Espera… —empezará a decir Zarauz, intentando llegar hasta su don, hasta encontrar las palabras justas que le saquen del problema, mientras ahora su orín fluye sin control. Pero recordará con horror que su don solo logra que la gente haga cosas malas, y no estará seguro, dudará, de si matarlo a él es bueno o malo. En esos instantes intentará de nuevo hablar, y se encontrará con un lacerante dolor que le confirma que no tiene cuerdas vocales para hacerlo. Ni para convencerlos a ellos, ni para persuadir a nadie de nada nunca más. Notará el sabor de la sangre, sus manos y sus ropas manchadas, el rojo manchando el tapiz marrón nauseabundo del suelo de los baños públicos. Esa será la forma de morir de Aitor Zarauz; ni siquiera se acordará de su hermana ni pensará que a lo mejor se reúne con ella,

tan solo en que muere inundado de mierda y orín, con el cerebro apagándose y sin poder decir ni una sola palabra para evitarlo.

Y Sara, aunque una parte de ella sentirá un hondo estremecimiento, sonreirá satisfecha.

Daniel se limpiará las manos con el exiguo chorro de agua que saldrá del grifo del lavabo, y ambos volverán sobre sus pasos dejando allí el cadáver. No les preocupará la policía, que saben está pegando una buena somanta de palos con sus porras a opositores al régimen unas calles más allá. No se van a preocupar de algo tan nimio como el asesinato de un prófugo extranjero.

Ambos saldrán a la luz y permanecerán en silencio durante un buen rato hasta que, en un momento dado, se mirarán y sabrán que es la hora de que cada uno vuelva a su vida anterior, por diferentes que estas sean.

—¿Qué vas a hacer ahora, Daniel? —preguntará Sara. Y de verdad le preocupará la respuesta, y se sentirá culpable por el precio que podrá tener su obligado silencio.

—Bueno —contestará Daniel, encogiéndose de hombros y mirando un cartel que muestra a Nicolás Maduro, vestido de vivos colores, con el puño en alto y la barriga llena—. Creo que si hay un tonto que vale la pena cazar, está aquí.

—*Fiuuuu* —silbará Sara, aunque nunca le salgan bien los silbidos—. Ese es caza mayor, estará muy protegido.

—Bueno —dirá el exterminador de tontos—. Para mí cuenta la calidad, más que la cantidad. Cuídate. Y no hagas tonterías.

Y Daniel se girará, y ella lo verá alejarse de su vida para siempre.

Allí se quedará Sara, intentando recordar el pin del teléfono que ha tenido apagado durante meses. Acertará a la tercera... La primera fallará por la esquiva memoria, la segunda errará por el temblor descontrolado de su mano. Tendrá mucho miedo… Miedo de volver, miedo de explicar… Ese miedo que gobierna el mundo, a los vivos y quizás a los muertos. Pero lo superará, deseando volver a ser ella.

El teléfono funcionará. Pulsará un botón y aparecerá un nombre, el que le conecta con la vida, el que la rescatará del olvido.

Escribirá un mensaje: «Hola, neni, vuelvo a casa. Ya está todo hecho. Tenemos mucho de qué hablar. Besis.»

Y al pulsar «enviar», Sara Atxaga volverá a vivir. A formar parte de otras vidas.

Paterna, 30 de mayo de 2019

Agradecimientos

La terrible música de los cristales rotos es mi segunda novela extensa. He observado el curioso fenómeno de muchos escritores que, con cada libro de su carrera, ven menguar su página de agradecimientos. Cuanto más longeva, cuantas más obras sacan al mercado, más personas caen de sus recuerdos, más se estrecha el círculo, llegando incluso a lo ridículo: Ken Follet, en una de sus últimas obras, se limitaba a agradecer al chófer que le había servido de guía en un viaje de documentación.

No va a ser mi caso, precisamente. Bien porque mi bibliografía es todavía escasa, bien porque siento que no soy nada sin los que me rodean, siento que tengo aún más que agradecer con el paso del tiempo. Más aún en la época en la que escribo estas líneas, en la que, aunque sea con la debida distancia, hay lazos que se han estrechado, aunque algunos, solo unos pocos, se hayan quebrado.

Sigo dando las gracias a mi padre, José Lacomba Albalate, el mejor compañero de confinamiento posible; al recuerdo de mi madre, Remedios; a Susana Saez, mi mejor amiga, y de las primeras que leyeron esta obra; por supuesto, a Mari Carmen Sánchez Carreño, en la que me he basado, desde la amistad desarrollada tras trabajar tanto tiempo juntos, para crear a Beatriz Alsina. Cambiad la librería por un cine y a Arresua por mí, y tendréis la manera en que la fiché para Glaspol Composites. Y así vamos quince años juntos; a su hija Daniela, la mejor sobrina postiza del mundo, la mejor jefa y la mejor doctora de mascotas con cinco años. La mejor en todo, vamos, y por eso la homenajeo en todas mis obras, también en esta.

Aunque ahora evito ir al gimnasio y casi siempre entreno en casa, esa vaina no impide seguir mi amistad con Patricia del Río, y también recibe su homenaje en esta obra. No olvido tampoco otras grandes amistades que me ha traído el haber practicado y practicar, como alumno y, en su día, como instructor, ese generador de endorfinas que es Zumba®: Sonia Rodríguez Pérez, Cristina Martos, Elena Sánchez Rodríguez, Diana Serena, Eva Rodríguez, Alma Dawes, Muriel Mera, Beatriz Caparrós (que me contó alguna anécdota que aparece en la obra), Maite, Esther, Jessica, Encarna, Antonio, Esmeralda y un infinito etcétera.

Hay más cosas que me producen bienestar, y a sus artífices también hay mucho que agradecer: a Emma Cervera, que es un auténtico ansiolítico con sus clases de yoga, y a su marido Iván, que es el autor de la foto de solapa y a quien debéis seguir en Instagram en @lalentedepathos; a Ana Barberá García, y su buena mano con las molestias y malas posturas, y en general a todo el equipo de Andrea Almirante Fisioterapia; A Daniel Senent Capuz, antes entrenador personal y siempre amigo; y a mi profe de baile Andrea Vidaurre, que es también fan de mis obras; a otra profesora de baile muy, muy valiente, y un ejemplo para mucha gente, María Rocher.

También a mi médico de atención primaria (y primera línea de defensa), además de lector, Jose Antonio Minaya; a Diana Grau, mi dentista, y a todo su equipo, incluyendo, por supuesto, a Jesús; a todo el equipo de neumología y nefrología del hospital La Fe de Valencia; a la farmacia de Jose Miguel Gorriz, en Paterna, con Laura, Amelia, Amalia Ana, y Alba; a Miguel Ángel Bellosta, que hace de escuchar un arte…

Hablando de escuchar, a todos mis compañeros del curso de EFIC, con los que aprendo a escuchar y acompañar, y en especial a aquellos con los que he compartido sesiones y, por tanto, también emociones.

Otro placer para mí es la lectura mientras tomo café, y también cuando escribo. A aquellos que atienden esos lugares y crean en ellos oasis de bienestar va este párrafo: por ello, gracias a las chicas del Bombon Boss, otro de los lugares que aparecen en la obra: María, Sagra y Silvana; a María Sanchis, también compi de Zumba® y que dio la casualidad que atendía en el Starbucks en el que rematé la novela; a Jessy, y en general a los que están detrás y delante de una barra con una sonrisa.

A mi panda del instituto, que ahí sigue: Fernando, Javi, Bea, Enriq, Olga, Yolanda, y los Jorges; a la de boxeo del gym, capitaneada por Fabio Miguel Gomes: Darío, Rafa, Ina, Sandra, Ana, y tanta buena gente con la que he compartido golpes y risas. Siendo una obra sobre una mediadora, no puedo olvidar a mis compañeros del Máster de gestión de conflictos del ICAV:

Teresa, Amparo, Elena, Sonia, Saúl, Rafa…

En el ámbito literario, por supuesto a mis compañeros en el Universo Babylon: Marina Lomar, Anabel Botella, Diana Cerdá, y a

todos los autores de su catálogo; y por supuesto, a Nisa Arce y Javier Bolado, que han apostado y peleado de nuevo por mí. A otros compañeros de letras y cultura: Marta Querol, Isabel Barceló, a mi queridísima Ángeles Pavía, a la que tanto le debo; al maestro Antonio Penadés, mi guía en los primeros pasos; a Mauro Guillén y a todos los compañeros de la Generación Bibliocafé; a María Vicenta Porcar y a todo el equipo de Pegando la Hebra; a Bernardo Carrión, Santiago Álvarez y a todo el equipo que hace posible VLC Negra; a los escritores Javier Pellicer, Julio César Cano, Juanjo Braulio y David Gil, por ser ejemplo y a la vez cercanía; a los alumnos del taller de Sebastián Roa; a mi cuadrilla del Festival de San Sebastián: Ricardo, Sandra, Raúl, Carlos, María...; a Ana Peris de Elena, mi procuradora favorita; a Raúl Borrás, Eva Marcos, Marga Quesada, Victoria Roselló, Josep Asensi, y a Alejandro Noguera, el dean de la Catedral, del Museo de los soldaditos de plomo de Valencia, el motor cultural que me enseñó la senda a seguir, y a todos los miembros de ese floreciente club de lectura.

Cómo no acordarse de las librerías en estos tiempos: empezando por Casa del Libro Ruzafa, con su director José Manuel Sánchez, que tan bien me trata y me cuida, y a todo su equipo: Marta, Desi, Mireia...; a Lola, de Librería Gaia, José Luis, de Bibliocafé, Eva y Helios, de Pinazo, José Seoane, de Clarión; a todas las librerías que forman la red de «La Cueva de los libreros»; a Cayetana, de Casa del Libro Castellón, a la FNAC Bonaire y San Agustín. A ellas y a todas las librerías que han dejado un hueco para mí en sus estanterías, o me han dado voz y han permitido que me acerque a los lectores.

A autores de reseñas que también me ayudaron en los primeros tiempos con sus observaciones: Óscar González Camaño, Íñigo Pereyra, y por extensión a todo el jurado de Hislibris, que me nominó como mejor autor novel, Kiko Prian, Inma García Ros, Almudena Gutiérrez, Eva Martín y, por supuesto, a Marta Cardona y a todo el equipo de Negra y Mortal.

Y a mi grupo de lectores constantes, como diría Stephen King. Eso sí, en mi caso constantes porque han leído la primera obra y quieren leer la segunda, claro. Por citar algunos: Angels Pomares, Ángel Company, Consuelo Barberá, Pura Ramos, Ramón Moles, Helena Estela, Noelia Martí, María Asunción Vicente Valls, Cristina Marco, Ray Nogués, Fran Morant, África Martínez, Miguel Sanchís Valero, Vicky Candau y su marido Jaime, Concha García, Miguel Rubio, y tantos cientos que han apostado por mis letras y por mí al adquirir mi novela.

Me los he dejado para el final porque son un compendio de todo lo anterior: mi gran amigo y frontman del Club de lectura de L´Iber, Toni Zarza Sepúlveda (es un ave rapaz, mirad sus alas), su mujer Lucía y, por supuesto, mi alma gemela cultural, Irene Zarza, cierran estos agradecimientos que hago extensivos a aquellas personas que, por olvido, haya omitido de esta lista, pero cuya influencia forma parte de mi vida.